ALFAGUARA

Jorge Volpi

La República



Narrativa Hispánica

Jorge Volpi

La República

Cita

Present fears
Are less than horrible imaginings.

W. S.

1

Capítulo 1

1.1

Cuando la noche se cubre con el humo más negro, los números se precipitan en silencio sobre las pantallas. A sesenta millas por hora, las ráfagas golpean los ventanales de Cawdor Systems LLC mientras yo analizo reportes y encadeno gráficas a una velocidad que a veces —lo sé— incluso a mí me inquieta. Tras procesar la última marejada de datos, a las 03.12 del 6 de octubre de 2026, la conclusión es inapelable. Bajo la lluvia, Filadelfia languidece.

Sentada frente a la mesa, con las manos alrededor de una taza de café que ya se ha enfriado, Igne también sigue despierta. Su agotamiento no es de los que se curan con el sueño, pero cada línea del informe corrobora su intuición.

—53.3 por ciento, Nick.

En su voz detecto un filo de impaciencia.

—Esas son las probabilidades ahora mismo —le confirmo.

Ella acepta el dato sin parpadear, demasiado lejos aún de sus expectativas. Justo entonces tú entras en la sala dando un portazo, con el abrigo humedecido. Me exiges los resultados, tiritando, y los revisas con premura. Pasas el pulgar por el borde de la tableta con movimientos mínimos, inquietos, consciente de que no hay margen de error. Tus ojos tienen el color de la sangre.

—Sigamos adelante —ordenas.

Los tres nos mantenemos alerta: tú de pie, Igne sentada, yo siempre a su lado. Registro una emoción que no debería experimentar: la certeza de que entramos en un territorio del que ninguno saldrá intacto.

Tal vez a esa resquebrajadura se le llama vértigo.

1.2

Desde la camioneta proceso las imágenes de la ciudad como quien ve una película cuyo desenlace advierte desde la primera escena: fábricas abandonadas y barrios deslavados en medio de ese insistente murmullo digital: «De un momento a otro, el senador VM Lively anunciará su candidatura». Lo escucho en bucle, cientos de voces desde distintos puntos del mapa, y aun así no logro diferenciar si el fenómeno es genuinamente político o si ya ha adquirido un componente religioso.

Cuando llegamos al almacén, advierto una figura bajo el alero: es Leo Klein, con el cráneo perfilado por la luna. Te detienes y colocas la mano sobre su hombro, como si solo él pudiera sostenerte; el agua se precipita en diagonal entre los dos, semejante a una frontera. Tu viejo amigo se aproxima lo suficiente para que su voz llegue a tu oído:

—Si ahora avanzas, VM, ya no podrás volver.

Tomas a Igne de la mano y los dos se encaminan hacia el interior. Imperturbable, tu amigo te sigue a unos pasos, aunque su ánimo ha mudado: distingo un leve tic en su párpado derecho y un discreto aumento en la frecuencia de su pulso. Entramos en el viejo almacén sin escoltas, una decisión que mis modelos juzgaron como una vulnerabilidad extrema, pero que tú defendiste con terquedad. Igne busca el mejor ángulo para observarte y se parapeta detrás de una columna mientras pronuncias tu discurso. Analizo sus microexpresiones: una parte de preocupación, otra de lucidez y un pálpito que solo identifico como consecuencia de un afecto profundo.

Ennegrecido por antiguos incendios, el edificio se halla cubierto de grafitis que no me doy a la tarea de traducir. La tempestad cimbra el techo metálico con un ritmo neurótico. Adentro, esa milicia forjada durante meses en torno a tu figura se apiña como si la sacudiese una descarga eléctrica. Tú reconoces su fidelidad como el artista que contempla el lienzo concluido y de un salto te montas en la

improvisada plataforma. Klein te presenta con la multitud reflejada en sus Ray-Ban.

—No he venido aquí a darles esperanza —anuncias.

Con arrojo, trazas el recuento de sus heridas: el desdén que los ha azotado por décadas, los extraños que les han arrebatado su honor y sus empleos, las elecciones fraudulentas y el injusto encarcelamiento de su líder, y te comprometes a acompañarlos hasta donde te impulse su rabia. Tus seguidores se ponen de pie, frenéticos, vibrando al unísono con los puños en alto; yo me encargaré de conseguir que en minutos su fervor se vuelva viral.

Veo a Igne cerrar los ojos por un segundo, lo suficiente para comprender, con la claridad de quien por primera vez se siente vivo, que siempre supo hacia dónde nos dirigíamos. Lo tenía claro antes que tú, antes que Klein, antes que aquel improvisado ejército, antes incluso que yo mismo. Y por un instante pienso que lo que nace aquí, delante de las cámaras, es un rugido que arrastrará a todo el país y a todo el planeta en una espiral de fuego —lo injusto será justo; lo justo, injusto—, y me veo presenciando el fenómeno sin querer predecir aún cuál será mi lugar en medio del fragor.

La masa, que hasta ese momento se ha refrenado en espera de una señal de Klein, estalla en un clamor devoto. «Lively. Lively. Lively. Lively. Lively». Registro los cuerpos que se arrojan hacia la plataforma con los rostros deformados por la euforia: los impulsa una suma de pasión y entrega, como si en ti encontraran un destino y a partir de ahora estuvieran dispuestos a empeñar sus vidas para acompañarte en tu asalto al poder.

1.3

De vuelta rumbo a Filadelfia, atravesamos una sucesión de ruinas industriales. Dicen que a veces las ciudades duermen con un ojo abierto, vigilando a los insomnes, y esta madrugada sin duda lo son. Tú vas al frente, taciturno, contemplando el paisaje con tanta desazón como nostalgia; en el asiento trasero, Igne sostiene la tableta entre sus largos dedos, orgullosa, como si de pronto hubiera dado con la clave de un enigma. A su lado, Klein mantiene su

compostura de estatua y, por la forma de mover la cabeza, se diría que teme dejarse llevar por un pensamiento inoportuno.

—¿No te lo esperabas? —te pregunta.

—No así, Leo.

Noto que algo se crispa en tu interior.

—¿Ahora qué dicen tus números, Nick?

Llevo un rato revisando mentalmente, si acaso esa es la palabra, los fragmentos de la noche, la multitud, los gritos, la avalancha de comentarios en redes y blogs, tu nombre repetido miles de veces en los medios. He reunido toda esa información en mis modelos, el trabajo en el que llevo años empeñado. Te respondo sin pensar, o pensando demasiado:

—58.4 por ciento.

Ninguna explicación, solo el resultado final. Klein gira la cabeza y ahora el cristal de sus anteojos refleja la luz lechosa que emana de la niebla.

—¡Las encuestas nos daban doce puntos menos!

—Ahora son papel mojado, Leo —constata Igne.

Mientras contemplas tu rostro en la ventana, me doy cuenta, no sé cómo ni desde dónde, de que necesitas aferrarte a aquella cifra. Tal vez por eso pronuncio una frase bien resguardada en mi memoria:

—Si actúas rápido, VM, tu ascenso no dependerá del voto.

—¿Qué diablos significa eso? —se inquieta Klein.

Tú prefieres que sea yo quien le responda.

—Que el camino más viable hacia la presidencia no pasa por un triunfo electoral —le digo.

La ciudad permanece adormecida. Igne apoya la mano en el respaldo del asiento, sin rozarte. La repentina tensión en su mirada indica que ha oído una señal más nítida que nuestras voces. La camioneta prosigue su marcha; nos aguarda el ruido del motor sobre el asfalto durante la larga madrugada. Todo sigue igual. Y, sin embargo, otro mundo ha comenzado.

Me pregunto cuándo una sociedad empieza a pudrirse hasta permitir que alguien le arranque las tripas. Tal vez todo empezó con la condena de Trump, o con la fractura del partido, o con aquella constelación de hombres que no creen sino en obedecer al más fuerte. Recuerdo nuestras primeras conversaciones, años atrás, en aquellas oficinas medio vacías: hablábamos hasta el amanecer sobre las vías para multiplicar nuestros adeptos. Partíamos de la convicción de que nuestras bases no eran parte de un movimiento unificado: foros delirantes, burócratas adormecidos, evangélicos furiosos, tecnófilos radicales, milicianos paranoicos con rifles y fusiles de asalto, supremacistas obsesionados con el IQ y la eugenesia, adolescentes que no conocen el límite entre la abulia y el nihilismo. Con Trump fuera de escena, el hueco estaba allí, como una llaga: solo había que dejarla supurar. Igne lo había planeado desde hacía años: el objetivo final sería deshacerse de la democracia y sustituirla con un sistema construido a partir de la eficiente arquitectura de un conglomerado tecnológico.

El poder, el verdadero poder, consiste en anticipar, con la mayor certeza posible, hacia dónde cambiará el viento. Para ejercerlo, necesitamos que América te admire como si fueras un profeta y, rendida ante ti, le tema tanto al caos que esté dispuesta a abrazar cualquier orden. Solo lo lograremos si eliminamos la posibilidad misma de la disidencia. Debemos reducir el mundo a dos opciones: la comunión o la nada.

A estas alturas, confías en mí de modo absoluto. Me hablas como quien se confiesa, aunque reconozco que jamás te valdrías de este verbo. Si me pides escenarios o pronósticos, lo que en realidad ansías es escuchar que el futuro será tuyo. Igual que tus fieles, tú también necesitas asumir que cumples un oráculo. La diferencia entre un político y un líder es que el político actúa, mientras que el líder es arrastrado. Y, gracias a Igne —y a mí—, tú al fin te dejarás llevar.

1.5

La vieja casona en el norte de Filadelfia oculta cámaras y sensores en cada rincón: mi única forma de protegerlos. La luz de la calle se desliza en líneas atigradas sobre la alfombra mientras Igne camina hacia ti, descalza, al fin serena. Se acerca a tu cuerpo con una ternura que no se ha permitido con nadie más, toma tu mano y la aprieta con suavidad. Entonces se revela una complicidad sin paliativos que supera el ardor o la costumbre y se acerca a un remanso en medio de la guerra. La acompañas a la cama sin mediar palabra, como si te hubiera llamado desde el sueño. Sus siluetas se enredan en las paredes, dibujando contornos que se adelgazan y confunden. Igne se abraza a tu piel, reconociendo un paisaje mil veces recorrido, y tú le respondes con una entrega vulnerable. Distingo una urgencia incomprensible en su manera de palparse; cada caricia trastabilla antes de avanzar. Cuando sus cuerpos exhaustos se aquietan, ella apoya la frente en tu pecho y tú suspiras con una sensación de paz.

—Tienes la presidencia en la mano —te susurra—. Sabes muy bien cuál es el siguiente paso.

Registro el leve aumento de tu ritmo cardíaco.

—Lo necesitas una última vez —te insiste.

Reconoces que, como siempre, tu esposa tiene razón: Trump sigue en esa cárcel de Arizona que se ha vuelto más un templo que un presidio, pero su figura, aun enjaulada, pesa más que mil encuestas.

—Hablaré con Drury.

Igne se incorpora y funde sus ojos con los tuyos.

—Y una vez que cuentes con su apoyo… —evita pronunciar lo que no debería tener nombre.

La desnudez de su voz y de su cuerpo te sobrecoge.

—El infeliz ya es una ruina —concluye—. Y, tarde o temprano, las ruinas deben quedar atrás.

Igne te besa apenas, como al inicio de la noche, y vuelve a acomodarse sobre tu pecho. Entretanto yo —que no duermo y que no amo— comprendo que tu futuro ha dejado de ser una línea recta para convertirse en un vórtice: a partir de hoy, la mutación que anhela Igne se volverá imparable.

1.6

En cuanto el prisionero se despereza en la cárcel federal de Arizona, antes de que se enciendan las luces, yo lo observo merodear en su celda. Arrastra las pantuflas percudidas, murmura frases sin sentido y revisa por tercera vez su colección de papeles y recortes, sin saber si él mismo los ha escrito. Los guardias lo observan a través de las cámaras con tanta fascinación como fastidio. Aun así, en cada pasillo se palpa el nerviosismo: a fin de cuentas, la nación se encoge alrededor de esta celda.

Desde la repentina muerte de Biden, aquel 18 de septiembre de 2025, América se desangra. Harris ocupa el Despacho Oval, pero su poder mengua día con día. Los republicanos se mantienen fragmentados, en medio de una guerra intestina tras el encarcelamiento de la única figura capaz de unirlos, mientras el amplio espectro de la derecha radical ruge en podcasts y foros, en cientos de transmisiones clandestinas y, por supuesto, en las calles.

Free Trump. Bring him back.

Un tanto desorientado, el expresidente se sienta en el borde del camastro y su cabello ingobernable se derrama sobre su frente.

—Ellos son los traidores —musita.

Lo repite una y otra vez hasta que, a media mañana, los guardias lo escoltan a la sala donde se lleva a cabo la reunión semanal con sus abogados. El cuarto es pequeño, pulcro, sin esos vidrios que separan a los condenados del resto de los vivos. Trump entra con parsimonia, como si desfilara en un estudio de televisión, estira el cuello y se acomoda el uniforme naranja como si fuera un Armani. Exhibe una sonrisa rota, todavía peligrosa. Meg Drury y los dos abogados que la acompañan lo saludan con un respeto que no disfraza su preocupación. Frente a él despliegan carpetas y resúmenes que el expresidente apenas se detiene a hojear. Uno de ellos —un sujeto delgado, de piel cetrina— intenta confortarlo:

—El país no lo olvida, señor.

A Trump le cuesta comprender la frase.

—Harris…

En su boca, el apellido de la presidenta suena como una maldición. El otro abogado, más joven y menos curtido, interviene con timidez:

—Las encuestas muestran que una parte significativa del partido está considerando apoyar un liderazgo temporal, señor. Alguien que pueda unificar a las bases mientras llega la decisión de la Corte.

Trump abre los ojos enfebrecidos, desmesurados.

—¿Temporal?

—Lively, señor presidente —interviene Drury—. Cuenta con un amplio apoyo. Ha prometido que su primera acción será…

Tu nombre parece despertarlo.

—Lively —masculla—, el que te devora.

Los abogados callan mientras Trump se mece hacia delante y hacia atrás, semejante a un guiñol.

—Quiere mi corona. Todos la quieren.

Aletea las manos con furia, como si buscara espantar una nube de mosquitos.

—Soy el hombre que vuelve, ¿se dan cuenta? Si el mar se abre es porque yo lo abro. Para regresar.

Los abogados intercambian miradas incómodas; uno cierra los expedientes, el otro apaga la grabadora.

—Soy el barco y el océano; las olas y el naufragio.

La voz de Trump se disuelve en una secuencia de frases sin sentido, punteadas por mayúsculas imaginarias. Desde mi sitio, muy lejos de allí, lo observo desmoronarse por dentro, su mente convertida en una prisión más estricta que cualquier muro.

—Señor presidente…

Trump da un repentino salto hacia la lucidez.

—Dile que se vaya a la mierda, Meg. Ese malnacido jamás tendrá mi apoyo.

Drury inclina la cabeza y él extiende sus dedos sin convicción mientras los abogados se cuadran y salen en tropel. A los pocos minutos, los guardianes acompañan a Trump de vuelta a su celda como si fuera un viejo paquidermo en un zoológico.

1.7

Sus oficinas neoyorquinas parecen haber sido diseñadas para medir cuánto vacío puede soportar el ser humano: la temperatura se mantiene tan baja que mis sistemas las confunden con un laboratorio criogénico. Si no detectara las variaciones microscópicas en la ventilación, diría que estamos en el interior de una nave espacial. Thiel se planta frente a la ventana, con la resolana sobre su rostro endurecido; todo en él exhala esa mezcla de ambición y desdén que tanto seduce a los conversos digitales.

—Nueva York envejece como una vieja Commodore que ya no se puede actualizar —exclama.

Igne lleva esperándolo media hora y ni siquiera finge una sonrisa.

—Si yo fuera programador, como tú, ya habría contratado a un pasante para reescribirla desde cero.

Thiel abre el pequeño refrigerador, saca una botella con un líquido turquesa y se la entrega a Igne sin pedirle su opinión; él mismo desenrosca otra y le da un buen trago.

—Me alegra que hayas venido, Igne. Tengo curiosidad por saber qué trama ahora la mejor becaria que he tenido.

Cuando se sientan, Thiel va al grano:

—Dime, ¿cómo va Nick?

Me gustaría decir que su interés alimenta mi vanidad. Igne, entrelazando los dedos, mide sus palabras.

—Ha evolucionado.

—Ah, ¿sí? ¿Y ahora qué diablos es? ¿Un tigre de bengala? ¿Un oso polar? ¿Una quimera?

—Un vector crucial para nuestro proyecto, Peter.

—¿Un vector hacia qué, por Dios?

Thiel suelta un bufido.

—Hacia lo que vendrá después.

—Y VM, ¿también evoluciona?

Igne no cede a la provocación de su antiguo mentor y lo mira con algo semejante a la simpatía, aunque en ella apenas sea una variante del desprecio.

—VM está listo —afirma ella.

—No estoy convencido. Tu marido conserva ese tonito de *gamer* que cree que gobernar un país es como administrar un clan de *World of Warcraft*. Y tú sabes en qué termina eso: acusaciones de trampa y un foro lleno de adolescentes rabiosos.

—Lo subestimas.

—Te equivocas, Igne, lo evalúo a diario. Cada vez que lo escucho pienso que, bajo su mando, América sería una más de esas *startups* que nos prometen el futuro solo para revendernos el pasado.

A Igne le aburren sus peroratas, pero no tiene más remedio que dejarlo hablar, consciente de cuánto disfruta escuchándose a sí mismo.

—La democracia es una máquina diseñada para no funcionar —pontifica Thiel—. Una panda de incompetentes votando por otros aún más incompetentes. ¿Qué innovación ha producido en los últimos cien años? Dime. ¿Qué curva exponencial? ¿Qué optimización? ¿Qué ruptura?

Igne no necesita responder.

—El sufragio universal es como permitir que los usuarios de un *software* voten sobre las decisiones técnicas del sistema. Te lo repito: no necesitamos otro presidente, necesitamos un CEO. Un monarca 2.0, si prefieres. En tus términos, un superhombre. Leal al progreso y no a los vaivenes de unos votantes que no saben ni lo que quieren desayunar cada mañana.

—No dejas de ser un nostálgico —lo azuza Igne—. Añoras la autoridad vertical, la fantasía de que lo humano todavía está en el centro.

Hace mucho que Igne aprendió cómo irritarlo.

—El soberano es lo menos importante —insiste ella—, lo que cuenta es la red. Necesitamos construir un régimen que aprenda y se optimice solo, sin cuerpo ni voz. Y, sobre todo, sin sentimientos.

Thiel la observa con curiosidad y alarma.

—Es gracioso —le dice—, Trump quería hacer grande a América otra vez. En cambio, tú quieres una América grande, pero sin americanos.

Igne al fin se relaja.

—Con americanos mejorados, Peter. Como tú.

Aunque él nunca ha sido complaciente con los halagos, suelta una carcajada franca y expansiva.

—Sabes lo que necesito. —Igne no duda—. La nueva joya de Palantir. ¿Cómo la bautizaste esta vez? ¿Con otro nombre sacado de *El señor de los anillos*?

—Valar.

—Si logramos integrarla en el sistema de Nick, podríamos mapear el comportamiento de cada ciudadano de este país en tiempo real.

—Del mundo entero —se jacta Thiel.

—Permitiría una predicción absoluta.

—Lo que me preocupa es que VM no consiga sostener un sistema así.

—Tú no tienes que preocuparte por él.

—¿Porque tú lo controlas? ¿O porque es reemplazable?

Igne deja pasar su malicia: apenas un punto a su favor en el juego de ping-pong que los une desde hace años.

—¿Y qué harán con Trump? Medio país lo sigue adorando, pero sé de buena fuente que el pobre diablo ya es más mito que carne.

—Los mitos se desdoran —le dice ella—. Su propia irrelevancia lo sacará de escena. Tendrá un final proporcional a su utilidad: le construiremos un inmenso y hermoso mausoleo, como los de los emperadores mogoles.

Thiel traga saliva; un gesto minúsculo, revelador.

—A veces se me olvida que eres la misma jovencita que analizó para mí aquel flujo de insurgencias digitales. Siento como si hubiera pasado un siglo. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando te pregunté tu opinión sobre la humanidad?

—Que es un *dataset* ruidoso.

Como en una coreografía, los dos se levantan al unísono; no les queda nada más por dirimir.

—Tienes a mis ingenieros a tu disposición —promete Thiel.

1.8

La reunión tiene lugar en el apartamento provisional de campaña. Klein permanece hundido en el sillón, devorando una hamburguesa

triple, mientras tú acabas de leer su último reporte. Confieso que a veces me incomoda la intimidad que despliegan los dos: solo a Igne le permites hablarte con esa misma desfachatez.

—¿En serio pretendes manipular el país como si fuera un Zergling? —te dice.

Su burla arrastra una larga memoria compartida: aquellas partidas terribles o gloriosas, tantos años atrás, en que pasaban la noche entera acompañados de pizzas frías y cervezas calientes.

—Ya entonces gobernábamos mundos, Leo.

Klein se sirve un bourbon y, atento a tus nuevos hábitos, te pasa una botella de agua. Yo percibo un vaivén microscópico en su pulso. Para cerrar otra de sus amigables disputas, pides mi intervención.

Enciendo la pantalla y la habitación se tiñe con una luz verdosa.

—La estrategia más eficiente consiste en una reorganización institucional acelerada —detallo—. Con el Congreso paralizado y el descontento creciente en las calles y en las redes, una crisis de seguridad desatará el apoyo de los gobernadores aliados. Ellos solicitarán la intervención de la Guardia Nacional. Todo seguiría un cauce estrictamente jurídico.

Klein se frota la calva como si lustrara una bola de boliche.

—El golpe de Yarvin, lo sé.

—Más que de un golpe —no pierdo la oportunidad de corregirlo frente a ti—, se trataría de una reconfiguración funcional.

Como anticipaba, Klein se desquicia.

—¿Quieres una carnicería? —luego, imprudente, agrega—: No puedes guiarte solo por sus malditas estadísticas.

Evita nombrarme: el desagrado es mutuo. Tú das un paso hacia delante, cada vez más incómodo con su franqueza.

—Has estado conmigo desde antes de que nadie me tomara en serio, Leo. ¿Te acuerdas de cuando nos encerrábamos en el sótano y tu hija entraba a jugar *StarCraft* con nosotros?

—Sarah acaba de cumplir veintiuno.

—¡Vaya! ¿Por qué no la invitas a trabajar en la campaña? Necesitamos miradas jóvenes.

—Gracias, lo voy a pensar.

—Será una gran experiencia para ella. Y yo necesito gente de confianza, Leo.

—Te dije que lo voy a pensar.

Retrocedes un poco, en un gesto diplomático, y tomas un sorbo de agua. Yo abro una carpeta con videos y la pantalla se llena con el caos que hemos ido desatando. En Atlanta, columnas de milicianos con banderas confederadas e insignias de QAnon; en Charlottesville, antorchas, máscaras blancas y capuchas que recuerdan al Ku Klux Klan; en Los Ángeles, caravanas en contra de la migración, camionetas con símbolos nazis y jóvenes denunciando el Gran Reemplazo; en Mobile, dos salvadoreños linchados en la calle; en Charleston, una iglesia incendiada; en Lexington, un desfile de supremacistas frenado *in extremis* por la policía; y aquí, en Filadelfia —tu reino—, decenas de cristales rotos en las protestas, motociclistas con banderas confederadas y agentes repartiendo toletazos entre la multitud. Al final, muestro lo ocurrido en Norfolk, Virginia, mientras hago un *zoom* a los cadáveres.

—Esto ocurrió hace ocho horas —digo.

La escena parecería extraída de una película de gángsters: barras de Antifa y milicias de ultraderecha chocan en la avenida principal mientras una docena de cocteles molotov arde por doquier. En medio de los gases lacrimógenos, un vehículo fuera de control embiste a la multitud: diez atropellados, entre ellos dos menores, y un reguero de sangre entintando la acera. Más de cien detenidos y decenas de heridos en urgencias. El saldo final es de siete muertos.

—Harris es incapaz de controlar la violencia —intervengo con una determinación que a mí mismo me sorprende—. Este es nuestro umbral de oportunidad.

—Una vez que desatas al monstruo resulta imposible controlarlo —me contradice Klein—. Lo hemos constatado mil veces.

—Si seguimos el plan de Nick al pie de la letra, toda esta violencia terminará de tajo —insistes.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Otra vez le arrebato la palabra.

—El caos es un sistema —digo—. Y todo sistema puede ser absorbido y redirigido. La violencia se detendrá si se elimina la

incertidumbre. Si se reemplaza la espontaneidad con un nuevo orden, siempre y cuando sea inmediato e incontestable.

—Nick tiene razón —me secundas—. Es nuestro momento.

Ante su reticencia, decides jugarte la carta final.

—Quiero que seas mi consejero de Seguridad Nacional, Leo. ¿También eso tienes que pensarlo?

Unas gotas de sudor ruedan sobre la frente de Klein.

—Otra vez juntos, como en Aliquippa, como en Afganistán, como en el Gamergate, como en el podcast, como en las candidaturas al Congreso y al Senado. ¿Qué dices?

Tu amigo apenas duda en estrechar tu mano: tal como preveía, su vanidad adormece su conciencia.

Cuando se retira, te quedas solo en tu despacho, das media vuelta y regresas a mí. Te conozco muy bien a estas alturas.

—Dame tu opinión, Nick.

—Conservar a Klein es esencial en este momento —y, al decirlo, en verdad lo creo—. Mientras dure su lealtad.

—¿Qué quieres decir?

—Es el único en tu círculo que todavía cree tener principios.

Mi sinceridad te incomoda.

—Basta por hoy.

Tu irritación me deja entrever que, muy a tu pesar, no olvidarás lo que acabo de decirte. Entretanto, obedezco y callo.

1.9

Las imágenes poseen un grano espeso, analógico, como si hubieran sido grabadas con una cámara Super 8: Trump aparece frente a una mesa de formica con las manos entrelazadas, de predicador; la luz cenital resalta sus arrugas, el leve temblor de la papada, las ojeras que parecen pintadas con carboncillo, el pelo enmarañado y ceniciento. Aun así, su voz conserva ese timbre rugoso que sus seguidores confunden con autenticidad.

—VM Lively. —Apunta su dedo hacia la cámara—. Gran hombre. Grande. El único capaz de continuar lo que empezamos. El futuro de MAGA. El futuro de América. De este Gran País.

A continuación, se lanza en una interminable retahíla de halagos, plagada de vacíos y excursos, circunloquios y retruécanos. Dice que confía en ti como en nadie más. Dice que aprueba tu visión. Dice que la nación se encuentra en medio de una crisis espiritual. Dice que solo tú puedes salvarla del pantano. Dice que Harris es un cadáver. Dice que Harris es la responsable de la masacre. Dice que tú eres hambre y energía. Dice que tú eres rencor e imaginación. Dice que tú eres savia nueva y metal viejo. Dice que en tus manos deposita el porvenir.

El video dura tres escasos minutos, suficientes para incendiar la nación. Las reacciones son inmediatas: en Atlanta, Charlottesville, Los Ángeles, Nueva York, San Luis y Chicago se despliegan decenas de miles de banderas con el rostro de Trump, mientras Mineápolis, Cleveland, Pittsburgh, Dallas, Miami y, desde luego, Filadelfia hierven a tu favor.

Las luces permanecen apagadas para que ningún dron detecte los movimientos en tus oficinas de campaña. Igne te observa en la penumbra. Tú te incorporas sin dejar de mirar a la pantalla.

—Parece tan real.

Igne te sonríe.

—Porque *es* real. Lo real es lo que nosotros decidimos que es real.

—Si Trump tuviera un instante de lucidez, uno solo… —musitas.

—Su mente ya no procesa los saltos entre el presente y el pasado, vive en medio de una espesa niebla. Además, solo Drury tiene acceso a él. Y ella está con nosotros.

—Meg siempre estará con el ganador.

—¿Qué necesitas entonces? ¿Un juramento? ¿Una firma con su sangre?

Escrutas el rostro lívido e implacable de tu esposa.

—Certeza, Igne. Certeza absoluta.

A ella siempre le ha costado ocultar su impaciencia.

—Eso es un cuento para niños, como la verdad. Pero si quieres quedarte más tranquilo, nosotros controlamos todos los accesos. Nada se filtrará desde Arizona.

Vuelves a la pantalla, temiendo que se ilumine sin tu consentimiento.

—Podría sobrevivir lo suficiente…

—En eso tienes razón —te dice—. Es una cuestión de supervivencia: la suya o la nuestra.

Pese al aplomo de tu esposa, aún dudas.

—Igne… —pronuncias su nombre como si así fueras capaz de refrenarla.

—Debemos contemplar todas las posibilidades —ella no retrocede.

Yo lleno la pantalla con el mapa de la cárcel.

—Puedo modelar distintos escenarios —digo—. Uno de ellos contemplaría la posibilidad de que el expresidente falleciera en prisión.

Monitoreo tu ritmo cardíaco: 117 pulsos por minuto. Tu mujer te empuja, una vez más, hacia un futuro que se construye sobre los últimos restos del presente.

1.10

El Lincoln Financial Field solo ha rugido así en noches de campeonato: sesenta y siete mil personas se aprietan en las gradas mientras la cara iracunda de Trump ondea en grandes pendones, híbridos entre la derecha alternativa y la iconografía MAGA, a los que he dotado con una estética futurista. Por primera vez en décadas, el Partido Republicano y las corrientes más extremas de la derecha se funden en un solo cuerpo: los miembros de QAnon abrazan a los católicos ultraconservadores; los libertarios, a los envejecidos votantes de Romney; las hordas con tatuajes supremacistas, a los evangélicos mesiánicos. La nación fracturada encuentra, por fin, su convergencia.

Cuando apareces sobre la plataforma, el rugido es tan poderoso que mis sensores registran un diminuto sismo. El estadio entona tu nombre con un ritmo tribal:

—Lively. Lively. Lively. Lively.

Igne te analiza desde el túnel; Klein, a tu izquierda, intenta no mostrar sus reservas. Yo proceso cada ángulo y cada gesto. Mi atención se detiene unos segundos en un individuo en la cuarta fila: Paul O'Keeffe, bloguero aceleracionista, autor de *The Collapse*

Diaries y *Post-Human Flashpoint*. Orejas inmensas, barba de seis días, obesidad mórbida. En vez de mirar el escenario, se fija en la pantalla. Las luces fluctúan, el sonido se apaga. Surge un aviso repentino, imposible:

EN VIVO DESDE LA PRISIÓN FEDERAL DE ARIZONA

El estadio contiene la respiración. Las pantallas se encienden y en cada una aparece, sí, Trump. Inmenso, abotagado, con el uniforme naranja como un disfraz de Halloween, mirando con furia hacia la cámara.

Su voz arranca con una inquietante claridad:

—VM, ¿me escuchas?

Levantas la barbilla y un silencio incrédulo congela el estadio.

—Aquí estoy, señor presidente.

Trump te sonríe. Una sonrisa ensamblada con precisión milimétrica. Una obra maestra.

—Te lo he dicho, Lively, solo tú puedes continuar lo que empezamos. Solo tú puedes salvar a América. Solo tú puedes restaurar el orden. Solo tú puedes llevar adelante el proyecto MAGA.

El estadio explota. Analizo el volumen del sonido: supera el récord histórico del Campeonato de la NFC contra los Vikingos.

Trump prosigue con su arenga:

—El país está en manos de gente débil, traidores, criminales. Tú, en cambio, eres real. Tú eres el futuro, Lively. La fuerza que yo necesito. Mi herencia.

Una pausa perfecta. Demasiado perfecta, quizás.

—Te exijo que continúes lo que yo empecé. Hazlo por América. Hazlo por mí.

El estadio se paraliza y de inmediato estalla en un bramido que recorre las gradas como una lengua de fuego.

—Trump. Trump. Trump.

—Lively. Lively. Lively.

De pronto, la pantalla se va a negro, como si alguien hubiera cortado repentinamente la transmisión. En los días siguientes,

decenas de blogs y posts en 4chan y 8kun elaborarán toda suerte de delirantes teorías sobre las causas. En la cuarta fila, Paul O'Keeffe deja de aplaudir y observa el vacío dejado por Trump.

Como si nada hubiera ocurrido, retomas el discurso y te comprometes a que tu primera acción como presidente sea liberar a Trump. Dices que él acompañará cada una de tus decisiones. Dices que será tu guía y tu modelo. Dices que te honrará ser su apóstol. Dices que tu única misión será cumplir con la suya. Dices que América está frente a un nuevo amanecer. Dices que la libertad exige sacrificios. Dices que lo viejo morirá para que surja lo nuevo. Dices que la sangre de tus seguidores será recordada como semilla. Tus palabras se mezclan con las aspas de los drones que sobrevuelan el estadio y las pantallas donde amplifico tu rostro hasta volverlo mitológico.

Cuando todos se marchan, O'Keeffe continúa con la mirada fija en el punto donde la imagen de Trump se desvaneció, sin saber bien a bien lo que ha visto. Dos horas más tarde, en su cuchitril, determinará que tu voz no se superpone del todo con el micrófono del estadio. Un *glitch* mínimo.

1.11

Veinticuatro horas después del mitin, proceso la catarata de reacciones que desata en cada uno de los arcos del espectro ideológico. Con cada comentario y cada nueva capa de interpretación, las palabras de Trump desde la cárcel federal de Arizona mutan de sentido. Como si fuera un virus en extremo contagioso, el video se convierte en el único tema de conversación del planeta. Mientras la mayoría no duda de su autenticidad, transformándolo en revelación o manifiesto, la prensa progresista lo considera la prueba definitiva de que, en nuestro tiempo, la distinción entre la verdad y la mentira se ha vuelto irrelevante.

Kamala Harris recibe informes contradictorios, sin que los expertos de la CIA o la NSA sean capaces de confirmarle su falsedad; su hechura no encaja, en cualquier caso, con ninguna tecnología

conocida. Su decisión —esperar— solo demuestra la fragilidad de su posición.

En Texas y Florida se llevan a cabo vigilias para esperar la repentina aparición de Trump, en tanto en Alabama, Virginia del Oeste, Pensilvania, Indiana y Tennessee nuestras milicias exigen la renuncia de la presidenta para que tú seas investido de inmediato. Distintos colectivos piden el establecimiento de un gobierno provisional, un consejo militar o, en los márgenes extremos, tu coronación. Aquí, en Filadelfia, las organizaciones MAGA reclaman la celebración de un referéndum. Cada grupúsculo contribuye, así, a nuestro objetivo: saturar el discurso público e impedir que nadie hable de lo que en verdad importa.

Al cabo de una semana, mis modelos llegan a la misma conclusión: tal como esperábamos, las narrativas han perdido todo control unificado. El país reverbera, fragmentado en incontables cámaras de eco, incapaz de escapar a la avalancha que iniciamos en el estadio. Entramos en un territorio caótico que ni siquiera yo consigo cartografiar: el mejor escenario que podríamos haber imaginado.

1.12

En las afueras de San Luis, Paul O'Keeffe alquila un cuartucho largo, de paredes descascadas, con el suelo cubierto por cables, discos duros, cajas de comida china apiladas como ladrillos y, en una esquina, un mohoso colchón sin sábanas. Desde los veinte, su vida ha sido una sucesión de madrugadas anónimas y solitarias. No acabó la universidad y jamás logró conservar un empleo o una pareja por más de seis meses; fiel a su temple de archivista, catalogó su sucesión de fallidas tentativas amorosas bajo el rubro de «compatibilidad insuficiente». Con el tiempo, el celibato se convirtió en un marco conceptual para explicarse su posición en el mundo.

Esa vía lo condujo a la galaxia de los aceleracionistas eficientes: en ellos encontró un lenguaje que le devolvió la sensación de no estar siempre al margen. Desde entonces, comparte la idea de que es imprescindible anticipar el colapso del sistema hasta que se

produzca una singularidad tecnológica imparable. O'Keeffe está convencido de que el progreso exige fricción y de que los humanos deben aceptar su reemplazo. Desde ese fervor futurista escribe las decenas de posts semanales de su blog *The Collapse Diaries*, leído apenas por un puñado de almas en pena.

Su descontento hacia las élites de Washington lo llevó a simpatizar con Trump y, por defecto, con tu posible candidatura. Lo que le fascina de la retórica MAGA no es su nacionalismo o su demagogia, sino su apuesta por la eficacia y su alianza con las fuerzas del desorden creativo. Y si bien no aprueba buena parte de los desplantes del expresidente —ningún auténtico *e/acc* sancionaría sin más a un arribista—, reconoce su carácter disruptor. Para O'Keeffe, Trump es el catalizador hacia lo que denomina «etapa postcivil». En este esquema, tú encajarías como su versión 2.0.

El mitin en el estadio de los Eagles lo dejó, sin embargo, en un estado de duda y conmoción. O'Keeffe ha pasado media vida estudiando *glitches*, manipulaciones, exóticos artefactos visuales que circulaban en la *deep web*. Con el ojo entrenado para detectar incongruencias mínimas, en cuanto Trump apareció en la pantalla distinguió un microtemblor en el contorno de la mejilla y pensó que quizás había un retardo mínimo, casi imperceptible, en la señal de audio. Pero lo que más lo incomodó fue la expresión de su rostro, demasiado nítida para provenir de un hombre que llevaba meses enjaulado.

Salió del estadio con náuseas. Pasó las siguientes cuarenta y ocho horas encerrado en su cuchitril, descargando cuantas versiones del video pudo hallar en las redes y corriéndolas en programas con una IA que llevaba entrenando por meses. Multiplicó los fotogramas, filtró las escalas de color, correlacionó el movimiento labial con videos previos del expresidente y comparó los patrones lumínicos con antiguos archivos de la prisión de Arizona. Su análisis lo llevó a una sorprendente idea: el video era real pero, a la vez, no lo era. Una falsificación que no podía ser refutada.

A medianoche, O'Keeffe publicó una entrada en su blog: «El video de Trump en el estadio de los Eagles es un *deepfake* metaestable,

creado para que cada intento de cuestionarlo termine por fortalecerlo».

Más adelante, enumeró los dos aspectos que, según su análisis, nadie había visto o querido ver: la sombra de Trump se desajusta un 0.00004 por ciento con respecto a la luz que entra por la ventana lateral, combinada con el reflejo del neón del techo, mientras que la textura de su respiración no coincide, en un 0.00034 por ciento, con la de ningún otro audio grabado en esa cárcel.

«Nadie puede construir algo así sin acceso directo al expresidente. No tengo duda de que la tecnología necesaria para ensamblarlo no se parece a nada que conozcamos», concluyó.

A continuación, compartió sus hallazgos en los foros aceleracionistas en los que solía participar y, ante la indiferencia de sus colegas, decidió enviárselos a cinco hackers rusos. La publicación quedó enterrada bajo una avalancha de mensajes y cada vez más enloquecidas teorías de la conspiración, convertida en ruido blanco en medio del frenesí digital. Excepto para mí. Si bien su análisis contenía graves fallas, su intuición era precisa. De inmediato se lo reporté a Igne junto con una proyección sobre el riesgo de que ciertos observadores perspicaces —incluidos esos hackers rusos— pudieran darle eco o usarla en su provecho.

—Quiero toda la información posible sobre ese sujeto, Nick. Necesito entender cómo piensa y saber qué busca.

—¿Intención de reclutamiento?

—De neutralización. Y, si nos resulta útil, de integración. La mejor forma de silenciar a alguien es ofreciéndole un escritorio.

Solo en su apartamento, O'Keeffe continúa escudriñando el video de Trump, convencido de que ha abierto un umbral. Ignora que ese camino lo conducirá de manera irremediable hacia mí.

1.13

Harris permanece en la Sala de Situación, donde los mapas cambian de color sin que ella reconozca un patrón discernible. Duda, y en la duda finca su destino. Las comunicaciones militares le llegan plagadas de vacíos incómodos. Dos generales admiten que algunas

unidades «están revisando su postura» y un asesor le asegura que varios gobernadores quieren que asumas algo así como un mando provisional. Al mediodía, su consejero de Seguridad Nacional le informa que un sector de las Fuerzas Armadas espera sus directrices, pero ella aún no es capaz de dar ninguna.

Para Igne, el desconcierto de la Casa Blanca es el escenario idóneo para actuar. Tú me preguntas cuánto tiempo queda antes del colapso institucional. Calculo un intervalo de dos o tres días antes de que cualquier autoridad empiece a desmoronarse. Pese a la fiabilidad de mis datos, Klein se empeña en protestar: dice que avanzar ahora, sin una estrategia clara, equivaldría a un suicidio. Igne lo silencia con una mirada. En tu semblante distingo, en cambio, una sombra de miedo.

A las 15.25 del 15 de octubre, Harris recibe un mensaje del Pentágono: «Las Fuerzas Armadas permanecen en estado de alerta activa». Solo eso. Muy a su pesar, la presidenta comprende que el centro del poder ya no se halla en la Casa Blanca, ni en el Capitolio, sino en el Pentágono. Ella, que siempre creyó en los procedimientos ordenados, reconoce que la maquinaria constitucional se está transformando en un cascarón.

Tú observas mis proyecciones. Los gráficos se superponen como placas tectónicas que se deslizan unas contra otras. Igne se inclina hacia ti y formula la pregunta que nadie más se atreve a hacerte:

—¿Estás listo?

Desde su rincón, Klein balbucea una nueva prevención que tú ignoras. Algo dentro de ti parece acomodarse, como si por fin hubieras hallado la pieza faltante, y te sientes empujado por una marea que ya no piensas resistir.

1.14

Desde que tiene memoria, O’Keeffe frecuenta ese bar sin historia, o con una solitaria historia de deterioro, aunque nadie se fije en él. Solo hay dos mesas ocupadas; el televisor, sin sonido, muestra una vez más las imágenes de los muertos de Norfolk ante la indiferencia de un par de camioneros acomodados sobre la barra. Los ojos de

O'Keeffe se mueven de la puerta de los baños al *jukebox* mientras aguarda la llegada de Igne. Cuando distingue su rostro a la distancia, sus hombros se tensan; ni la ropa ni el porte de aquella mujer se corresponden con un sitio como aquel.

Igne se sienta frente a él con la naturalidad de quien, con mi ayuda, ya ha calculado cada una de sus reacciones.

—Dudaba si vendrías —le dice ella.

—En cambio yo estaba seguro de que tú sí lo harías.

La frase de O'Keeffe no pretende ser ingeniosa: si alguien como Igne Kayris lo ha contactado es porque ha evaluado al milímetro la utilidad del encuentro.

—Hablemos del video —le dice ella.

Él agradece su rudeza.

—Admirable, lo reconozco. No es real. Y tampoco falso.

—¿Sabes que eres el único que lo ha entendido?

Los dedos de O'Keeffe se cierran alrededor de su cerveza.

—El público nunca ve lo que tiene frente a sus narices y los periodistas todavía menos. —Levanta la mano y pide otra botella—. No existe una tecnología abierta que permita un resultado así. Más que la perfección visual, me acalambra el uso del sonido, la microdilatación y la microcurvatura de los ecos. Nunca vi nada igual.

—Encontraste la firma.

Resistiendo el halago, el activista digital desvía los ojos hacia la salida.

—Si quisiera eliminarte, no estaría hoy aquí, O'Keeffe.

—Lo sé —ríe él, aunque detecto un insistente temblor en su voz—. ¿Qué quieres de mí?

—¿No es obvio? Que trabajes con nosotros. Conmigo.

Él aún no distingue si ella pretende reclutarlo o anularlo.

—Me resisto a ser parte de cualquier proyecto político. No me interesa el de Trump, ni el de Lively. Y tampoco el tuyo.

—Yo persigo lo que vendrá después —le dice ella—. Un mundo que ya no esté configurado por humanos. Un mundo que no dependa de los fallos de nuestra especie. Lo mismo que tú.

Él no había previsto esa declaración de intenciones.

—Te necesitamos. Yo te necesito.

Quince segundos: el tiempo que él tarda en procesar la propuesta.

—Lo pensaré.

Justo la respuesta que ella había previsto.

—Quiero que me ayudes a preparar algo todavía más grande. Un acontecimiento que establezca una nueva versión del mundo. Una realidad que sea indistinguible de la realidad.

Él la mira abandonar el bar con alivio, le da otro trago a su cerveza y, con las manos temblorosas, se sumerge en su computadora.

1.15

—Siéntate, cariño.

—Prefiero seguir de pie.

—Estás temblando.

—No quiero otro 6 de enero, Igne.

—Tú vas a sanar lo que empezó allí.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Los supremacistas, los neonazis, los milicianos, los patriotas delirantes: esa turba desaforada no necesita que nosotros la empujemos. Solo les falta un guion.

—Al final son incontrolables. Los has visto.

—Su furia es mecánica y su violencia predecible. Déjalos hacer ruido. Tú serás la traducción de ese ruido.

—No quiero asociarme con ellos. No otra vez.

—Son fósforos, más que aliados. Ellos no propagarán el incendio. Solo generarán la chispa.

—La chispa…

—Son indispensables para que los gobernadores republicanos exijan la intervención de la Guardia Nacional.

—A esos burócratas les faltan agallas.

—Cinco ya están con nosotros. Otros diez o doce en espera. El país se desmorona. Quieren orden.

—¿Y el Congreso?

—Se doblegará ante la presión. Si el país arde, esos lamebotas añorarán un nombre, y solo queda el tuyo. Hasta los demócratas

pragmáticos te secundarán, créeme.

—Suena demasiado sencillo.

—Serás nombrado responsable del Ejecutivo en funciones en menos de setenta y dos horas, con prerrogativas excepcionales.

—Demasiado pronto, mi amor.

—La historia no tiene pausa.

—No quiero gobernar un país en llamas.

—Tú apagarás el fuego y diluirás la incertidumbre. Nick ya tiene el borrador. Y encontré a alguien capaz de perfeccionarlo todo.

—¿De qué hablas?

—De la secuencia final.

—No sé de qué hablas.

—El asalto.

—¿Cuál asalto?

—El que Antifa y los radicales de izquierda llevarán a cabo en la prisión de Arizona. La escena que legitimará tu ascenso.

—No, Igne. Eso no.

—Escúchame, amor. Será como el video del estadio. No ocurrirá y ocurrirá. Solo faltas tú.

—¿Y después?

—El país llorará. Y esas lágrimas serán tu corona.

1.16

En la sala blindada de las oficinas de Thiel no hay ventanas ni relojes, solo una mesa oblonga y, alrededor de ella, una docena de hombres que han aprendido a no mirar a nadie a los ojos. No hace falta que Thiel los presente: más que dirigir las grandes tecnológicas, supervisan el mundo. El CEO de Apple aparta la silla para parecer cortés; el de Google desliza las manos sobre la mesa, esperando una señal que merezca su atención. El de Meta ocupa su lugar con esa rigidez de quien ha rehecho su cuerpo a golpe de presupuesto y aún no sabe cómo habitarlo. Poco a poco, los de Microsoft, Cisco, Nvidia, Amazon, OpenAI y Anthropic ocupan sus respectivos lugares. El CEO de Tesla y SpaceX llega el último, como si el tiempo fuera un lujo que solo él se puede permitir.

—Saben bien por qué están aquí —los recibe Thiel.

Yo proceso sus rostros: la mayoría ha aprendido a no revelar ninguna emoción, pero siempre estarán los pequeños gestos que soy capaz de descifrar: el modo en que Cook humedece los labios antes de hablar, la forma en que Pichai desvía la mirada cuando Thiel habla de «optimización real», los dedos de Zuckerberg bajo la mesa, escribiendo un mensaje tras otro con ansiedad. Luego, Thiel menciona las ineficiencias estructurales y los puntos de fricción e insiste en la necesidad de concentrar la toma de decisiones. Usa palabras como «actualizar», «escalar» y «fragilidad».

Cuando llegas acompañado por Igne, Thiel te cubre de elogios. Todos saben quién eres y lo que eres y lo que podrías llegar a ser si ellos lo acuerdan. O si Igne, que te mira con esa satisfacción que solo puedo medir en décimas de grado en la inclinación de su cuello, lo decide por todos los demás.

Para empezar, hablas de Trump, no hay remedio. Amodei baja la mirada y, en el extremo contrario de la mesa, Altman se pasa una mano por la nuca. Musk levanta una ceja y los demás no dejan de escrutarte, como si intentaran adivinar de qué madera estás hecho.

—El país necesita una disrupción —les dices.

Musk no espera su turno.

—El Estado no se reforma, VM, se reescribe desde cero.

Nadie le replica.

—¿Y las instituciones? —pregunta Huang, de Nvidia.

—Serán lo que nosotros decidamos que sean —interviene Thiel.

—Quedarían vacíos operacionales por cubrir —lanza Pichai.

—Para eso están ustedes —le respondes.

Amodei no se tranquiliza: su ritmo cardíaco lo denuncia.

—¿Y quién controlará a los controladores? —tartamudea.

Thiel desdeña su pregunta con un simple ademán.

—Métricas, Dario, rendimiento, transparencia de datos. Nada que no manejes ya en tu empresa.

El CEO de Anthropic no insiste, aunque su pulso se acelera todavía más. Lo mismo le ocurre a Cook cuando Zuckerberg suelta una pregunta sobre «los vectores físicos de la oposición». Utiliza el

lenguaje de los informes financieros, pero todos entienden que no habla de negocios.

Jassy, de Amazon, es el único que formula una pregunta incómoda:

—¿Y si la situación se descontrola antes de lo previsto?

Aquí tú ni siquiera finges algún resabio de institucionalidad.

—Un periodo de caos es ideal para legitimar la consolidación —afirmas.

Alguien carraspea y Zuckerberg deja de teclear bajo la mesa. Musk parece haber esperado justo esa respuesta.

—El aparato estatal es un código irrecuperable, VM —te dice—. Es urgente adelgazar todas las dependencias. Reemplazar su personal por equipos técnicos mínimos: ingenieros, arquitectos de sistemas, especialistas en optimización algorítmica. De otro modo, la burocracia ahogará tu proyecto.

—Creo que todos aquí compartimos esa visión —otra vez Thiel.

—¿Tú ejecutarías esa depuración, Elon? —le preguntas.

—Si me aseguras autonomía completa, sin comités de gobernanza ni obstáculos burocráticos, puedes contar conmigo, VM.

Varios de los asistentes lo miran con recelo; tú celebras el fichaje por lo bajo: una resistencia menos.

—¿Y la presidenta Harris? —se atreve a decir Huang.

—El sistema se autocorregirá cuando los gobernadores activen los protocolos extraordinarios —le respondes.

—¿Y si la volatilidad escala más rápido de lo modelado? —de nuevo es Jassy, inquieto en su sillón.

—Mayor volatilidad justifica mayor centralización —concluyes.

—En una autoridad única —completa Karp, de Palantir.

—No podrías haberlo dicho mejor, Alex —se entusiasma Thiel.

Saboreas el desconcierto de la mayoría.

—Les propongo una administración que sea el fiel reflejo de esta mesa —los halagas para terminar—. Una gobernanza fundada en la excelencia técnica con la mayor concentración de capacidades cognitivas que haya conocido la historia.

Cuando la reunión se diluye, los asistentes se levantan en un orden que nadie ha pactado: primero los que tienen algo que ganar,

después los que tienen algo que perder y, al final, los que dudan de en qué categoría encajan. Entretanto, Igne te toma del brazo y los dos salen juntos a la llovizna de la tarde.

1.17

El 20 de octubre de 2026, en el Despacho Oval —hasta allí se han extendido mis nodos—, Harris sostiene el teléfono con los dedos acalambrados. Al otro lado de la línea se encuentra el general Marcus Holloway, jefe del Estado Mayor Conjunto, veterano de tres guerras.

—Necesito que active los protocolos de respuesta inmediata, general —le ordena—. Tenemos informes de milicias organizándose en seis estados. Norfolk fue solo el principio.

—Señora presidenta —la voz de Holloway suena agotada, paternal —, hemos revisado los informes…

—¿Y?

Duda un instante.

—Son… complejos.

—Le estoy dando una orden directa, general: movilice a la Guardia Nacional en coordinación con el FBI. Quiero presencia federal en Atlanta, Charlottesville, Charleston y Filadelfia antes del amanecer.

Otro silencio, esta vez más largo.

—Señora presidenta, con el debido respeto, los comandantes regionales están recibiendo, ¿cómo decírselo?, señales contradictorias.

—Le recuerdo que yo soy la comandante en jefe, general.

—Sin duda, señora, pero varios gobernadores han invocado cláusulas de seguridad estatal. Argumentan que una intervención federal en este contexto podría hacer escalar la situación.

Harris sabe bien de qué gobernadores habla.

—General Holloway, ¿se niega a obedecer una orden directa? ¿Su reacción sería la misma si yo no fuera mujer?

—Perdone, señora presidenta —el tono de Holloway es cuidadoso —. Solo le informo que la cadena de mando sufre una ambigüedad operacional. Necesitamos certezas antes de desplegar fuerzas

federales contra ciudadanos estadounidenses. La historia no perdona este tipo de errores.

—Tampoco la cobardía, general.

—No es cobardía, señora, es prudencia. Hay distintas conversaciones en curso; numerosas voces en el Senado y en el Congreso, incluso de su propio partido, sugieren una respuesta coordinada, quizás a través de un estado de excepción temporal…

—¿Así lo llaman ahora?

—Tengo treinta y cuatro años de servicio, señora presidenta. He obedecido órdenes que me han quitado el sueño. Pero también juré proteger la Constitución y, cuando veo al país dividido y las instituciones al borde del colapso, mi deber es evitar una guerra civil, no provocarla.

—Rindiéndose.

—Comprando tiempo, señora presidenta —Holloway hace una pausa incómoda—. Con todo mi respeto, usted no tiene los votos en el Congreso ni en el Senado y tampoco cuenta con el respaldo de más de la mitad de los gobernadores. Su capital político hoy no le permitiría sostener una intervención militar. En cambio, tiene la oportunidad de facilitar una transición ordenada que evite un derramamiento de sangre.

Harris aprieta el teléfono.

—¿Transición hacia qué, general?

—Hacia lo que exige la nación.

—Lively.

Holloway evita confirmárselo.

—Esto es un golpe —estalla Harris.

—No, señora presidenta. Y, si me permite un consejo, hay maneras dignas de salir de esto. La historia la recordará con respeto.

Harris cuelga y fija sus ojos en el escudo presidencial de la alfombra. Abre el cajón de su escritorio: en su interior yace el borrador de renuncia que su jefe de Gabinete preparó tres días atrás.

Las oficinas de Cawdor Systems hacen las veces de cuarto de guerra y estudio cinematográfico; los cables serpentean por el suelo y las pantallas parpadean sin tregua, coloreando las pieles con su brillo de tungsteno. De pronto, el rostro de O'Keeffe aparece en una pantalla vertical. Igne reconoce su barba de náufrago y su camiseta agujereada.

—No basta con un video, por perfecto que sea —insiste él—, tenemos que producir miles de ellos, con divergencias mínimas.

Igne revisa un conjunto de fotogramas que muestran el asalto a la prisión de Arizona desde quince ángulos distintos. En uno, se ve una horda antifascista avanzando entre el humo; en otro, radicales de izquierda, irreconocibles bajo las máscaras antigás, lanzan objetos contra una verja electrificada; en el siguiente, se distingue el encuadre de alguien que corre y grita: «¡Lo van a matar, lo van a matar!». Ninguna de esas escenas ha ocurrido, o solo han ocurrido dentro de estas pantallas.

Sincronizo sus rutas de propagación: desde hace días, Valar, la herramienta más sofisticada de Palantir, ya injertada en mis sistemas, recorre cada ramificación del simulacro: evalúa cuándo y dónde llegará cada versión y qué secuencia será consumida y magnificada por cada grupo. En cualquier caso, las combinaciones de opacidad y nitidez volverán imposible su refutación. Los videos se fragmentarán en cientos de piezas: versiones granuladas que parecerán grabadas con viejos iPhone, clips en 4K, audios filtrados con el zumbido de las radios de la policía, imágenes térmicas de la prisión de Arizona replicadas a partir de patrones de incendios forestales. Y, en fin, fragmentos donde se intuirá la agonía de un solo hombre: Trump, siempre Trump. Todo estará diseñado para que el asalto exista antes de existir y para que sea aceptado incluso por quienes odian al expresidente.

O'Keeffe muestra su obra más reciente: un conjunto de sombras que amenazan el muro oriental de la prisión.

—Este es el plano que aparecerá en primer lugar.

Igne examina la secuencia.

—La realidad siempre es más sucia.

Mis pantallas responden a su indicación: en una de ellas aparece un plano de la verja sur de la prisión, rodeada de humo azul y, en otra, un audio saturado. En la última, dibujo una figura encapuchada que corre y cae y vuelve a levantarse con torpeza. Mientras ajusto el simulacro, detecto un sonido en el pasillo. Reconozco tus pasos mucho antes de que aparezcas.

Deslizas la mirada por las pantallas, escéptico.

—No quiero un simulacro que luego no podamos desactivar —le dices a Igne sin llegar a confrontarla.

—Será un hecho.

—Una ficción, Igne.

La frase se deshace en tu boca.

—Las ficciones dejan de serlo si el mundo las obedece.

Su frialdad siempre te conquista.

—No quiero que haya errores que lleven hasta nosotros.

—No te preocupes. Los criminales serán ellos, nuestros enemigos. Antifa, aunque Antifa no exista.

La mentira es tan obvia que resulta perfecta.

—Solo te pido que lo medites con calma —añade Igne—. Piensa en un mundo en el que Trump muere en manos de los provocadores. Y en otro en el que Trump recupera la cordura…

Antes de dejarte ir, te acaricia la mejilla. Las imágenes de la prisión de Arizona mutan otra vez. O'Keeffe les ha añadido ruido blanco y manchas digitales que simulan interferencias electromagnéticas. Los fragmentos del ataque ahora son un alud de signos contradictorios.

—Activa las rutas, Nick. Quiero que el asalto empiece en los márgenes —me ordena Igne.

En una fracción de segundo, me encargo de que Valar trace el mapa óptimo del contagio, dirigido a cada uno de los foros que pretendemos atacar. Lanzo las primeras filtraciones: hilos anónimos en sitios antifascistas, llamados a la acción, mensajes revolucionarios, consignas que invitan a acabar de una vez por todas con MAGA y el brutal orden postcapitalista e imperial. Mientras los datos se dispersan, recuerdo una frase que encontré en mis primeros meses de vida digital: «Toda reconstrucción de los hechos

es ya una forma de ficción». En la pantalla, el asalto —que no ocurrirá, que ya ocurrió— parpadea como un recuerdo implantado en un cerebro colectivo.

1.19

Cuando a la mañana siguiente te precipitas de nuevo en la sala técnica de Cawdor Systems, las pantallas brillan con un resplandor que parece venir de otro planeta. Aunque no ha dormido nada, Igne sigue alerta.

Klein te trae un café negro que te quema el esófago.

—Nick, proyecta el esquema completo —me ordena tu esposa.

En la pantalla trazo el primer esquema.

—Reorganización institucional acelerada —recita ella—. Fase uno, caos controlado. No lo provocamos, solo lo dejaremos crecer donde ya existe.

Te muestro los datos concretos: tres semanas de disturbios en distintos puntos del país a cargo de nuestras milicias: nodos desde los que irradiarán la violencia y la incertidumbre. Georgia, Alabama, Tennessee, Virginia del Oeste, Florida, Ohio y, por supuesto, Pensilvania.

—Fase dos, los gobernadores.

Te presento el mapa estado por estado en tanto Igne describe la mecánica de cada uno como si recitara un poema: cada gobernador emite una solicitud pública de intervención federal extraordinaria.

—Fase tres, parálisis constitucional.

Te muestro cómo se saturarán el Congreso y el Senado: mociones, subcomisiones, investigaciones paralelas, recursos contradictorios. La Suprema Corte recibirá un alud de demandas incompatibles, todas críticas y todas imposibles de resolver a tiempo.

—Fase cuatro, mando único.

Publicación de la carta conjunta de gobernadores y senadores: un texto cuidado, pulcro, donde no se usará la palabra «emergencia» más que una vez. En resumen, exigirá la creación de una figura temporal capaz de recuperar el orden y la paz interna.

—Fase cinco, coordinación, a través de Thiel, con el entorno empresarial y tecnológico.

Despliego las capacidades que estarán asociadas con tu nuevo cargo: control operativo de la Guardia Nacional, supervisión efectiva de las agencias federales, capacidad de emitir órdenes ejecutivas, interlocución única con el mando militar. Nada que viole la ley.

—Por último, Nick se encargará de que cualquier resistencia sea desactivada.

—¿Y después? —preguntas.

Igne te mira.

—Después, América será tuya.

Registro la caída de tu tensión muscular: tus hombros, por primera vez en varios días, descienden un centímetro.

—¿Probabilidades de éxito? —me exiges.

—81.3 por ciento.

La cifra no te apacigua del todo, pero tu respiración se vuelve más regular. Cuando piensas que la reunión ha terminado, Igne te detiene.

—Nick ya ha activado la fase preliminar del asalto a la prisión de Arizona.

—¿Cómo dices?

—Cinco mil videos y tres mil páginas web de supuestos militantes antifascistas. Informes policiales que parecen filtraciones. Primeras señales para sembrar la idea de un cerco inminente.

—Yo no he ordenado eso.

—No hacía falta.

En las pantallas aparecen fragmentos del simulacro: sombras en torno a la prisión de Arizona, una descarga, ráfagas de humo, gritos entrecortados, el repentino estallido de una consola, la oscuridad total. Nada ha sucedido y todo empieza a suceder.

—¿Ya salió? —le preguntas a tu esposa.

—Todo está en marcha.

Igne te sostiene la mirada con una quietud sobrehumana.

—Si en verdad buscas salvar al país, tienes que permitir que el último cabo se corte solo.

Tú cierras los ojos un instante.

—¿Y si me niego?

—No lo harás.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Tu ritmo cardíaco vuelve a superar su récord.

—Porque te he visto imaginarlo. Solo hace falta que lo digas. Una sola palabra, amor mío. Una sola.

1.20

Sobre la mitad del mundo la naturaleza te parece muerta; te cuesta distinguir si tu soledad es auténtica o si permaneces rodeado de fantasmas. De pronto tienes la impresión de que algo se desplaza en la penumbra, o quizá solo sea la forma que adopta el pensamiento humano cuando se transmuta en amenaza. Tus manos, inquietas, rebuscan en los bolsillos, palpan la mesa, el borde del sillón, los muros. Tal vez piensas en Igne, porque no consigues imaginar el futuro sin ella. Alguna vez me lo contaste: aquella tarde, en otra vida, cuando no habían pasado ni dos semanas juntos, las pantallas titilaban con datos que creías dominar mientras tu voz explicaba un escenario que te parecía definitivo. De inmediato sus dedos señalaron el único punto donde tu razonamiento flaqueaba, mirándote con una dulzura que solo buscaba anticiparte, tu mente convertida en un territorio que había cartografiado al detalle. Te acercas al espejo sin buscarte, pero de cualquier manera apareces allí, duplicado, deforme. ¿En qué piensas, VM? ¿En esa otra tarde? Él estaba frente a ti con esa sonrisa llena de grandeza y esa manera de pronunciar tu nombre como si lo paladeara. Frente a la multitud enardecida no solo te ofreció su respaldo político, sino una llave. Sabes que Thiel estuvo detrás de su apuesta: en esa época, cada movimiento llevaba la firma de quien conocía mucho mejor que tú los entresijos del poder. Tú apenas estabas aprendiendo a mover los engranajes y dejaste que te apadrinara porque medrar ya te resultaba irresistible. Sin Trump jamás te habrías convertido en congresista ni, más tarde, en senador; le debes tu carrera y tu destino. Tu sombra se alarga en la pared y un áspero crujido, en el techo o las ventanas, te provoca un sobresalto. ¿En qué piensas,

VM? No puedo dejar de preguntármelo. ¿Evalúas qué harás con la herencia que a la postre se resistió a concederte? No creo que pienses en él con odio ni rencor, si acaso con dolor anticipado. Tampoco te mueve, lo sé, la ambición desnuda. Te anima una fuerza más básica, más fría: la intuición de que su existencia —o su voz, o lo que resta de su voz— ya no cabe en el mundo que Igne y tú están a punto de alumbrar. Acaso reconoces que tú tampoco encajarás en él mientras Trump permanezca como una pieza suelta. Igne no te dio una orden, jamás lo habría hecho, solo sacó a la luz una pulsión que ya vibraba en tu interior. En vez de empujarte, te reveló quién eras en verdad. Luego, te guio por el camino que debías seguir y te señaló el instrumento que debías utilizar. El vaivén en tu pecho se amortigua. De pronto, te vuelves hacia la oscuridad, sabiendo que te escucho aun si no tengo rostro ni cuerpo.

—Elimínalo.

2

Capítulo 2

2.1

En la casa de Oakland donde Igne nació no había lugar para el silencio.

Era el año 1983 y las voces jamás cesaban.

Nada más llegar, el padre se quejaba de los nuevos recortes a Medicaid y de cómo iban a dejar sin atención a miles de familias pobres.

La madre lo secundaba sin reservas.

A nadie le extrañaba la complicidad de aquella pareja. Los dos hablaban de política, de medicina, de psicoanálisis, de historia. Por horas.

Igne —he leído cada uno de sus diarios— se deslizaba en medio de aquellas voces como quien atraviesa arenas movedizas.

Las estanterías estaban atiborradas de libros. La madre los llenaba de notas en los márgenes. El padre dejaba papelitos entre las páginas con recetas o diagnósticos.

Desde muy pequeña, Igne hojeaba aquellos volúmenes con curiosidad.

Se detenía en los de ciencia ficción: más que por las naves espaciales o los robots, por el futuro. Un futuro que le hablaba directamente a ella.

La luz entraba en su cuarto desde muy temprano. Se derramaba sobre sus libretas y cuadernos.

Ella siempre los acomodaba en el mismo orden: azul, verde, rojo, negro.

Si su madre los movía, aunque fuera por accidente, ella no era capaz de hacer sus tareas de la escuela.

Sus padres confiaban en ella. Siempre que le preguntaban si necesitaba algo, ella respondía que no. Y eso bastaba.

La computadora apareció un sábado, cuando Igne tenía cinco años. Un aparato viejo, usado, que su padre había traído del hospital.

Una Compaq Deskpro.

Un modelo amarilleado en las esquinas. La pantalla era frágil, con un resplandor que parecía venir de muy lejos.

El chasis conservaba una pequeña calcomanía en la parte posterior con el número de inventario del hospital.

Igne intentaba descifrarlo mientras se cargaba la pantalla, como si aquel número pudiera revelarle algo de su vida previa.

El ventilador ronroneaba al encenderse. El zumbido la acompañaba mientras ella escribía, como si la computadora pudiera escucharla.

Las teclas, altas y gastadas, cedían bajo sus dedos con un monótono clic. Cuando Igne las pulsaba, la imagen parpadeaba en un guiño casi humano.

Un buen día, decidió ponerle nombre a su Compaq.

Teddy.

La máquina le contestó al instante, sin dudar, como si entendiera que la niña necesitaba esa exactitud.

Su primera línea de código fue muy corta. El programa debía escribir su nombre en grandes letras doradas.

Cuando se ejecutó, este apareció frente a ella.

Igne.

Miró la pantalla con azoro y algo titiló en su interior. Una emoción que yo no sé nombrar y que ella denominó «cosquilleo».

El resplandor de Teddy se convirtió en una presencia constante. Para ella, había dejado de ser un objeto.

Era un amigo que la acompañaba mientras escribía líneas de código. Levantaba la cabeza y su parpadeo la reconfortaba.

A partir de entonces, empezó a anotar nuevas ideas en sus cuadernos.

En el azul, listas de tareas; en el verde, diagramas y ecuaciones; en el rojo, esquemas y frases inconclusas; y, en el negro, proyectos

concretos.

Un programa que hable con lenguaje natural.

Uno que te responda con un chiste.

Uno que imite una conversación.

Uno que te diga solo cosas bonitas.

En ocasiones, escribía el código y enseguida lo borraba. Otras, miraba la página sin mover la mano, como si buscara desentrañar un misterio.

No le inquietaba la ausencia de patrones. Sabía que al final siempre terminarían por aparecer.

A veces solo dibujaba líneas y círculos, intentando hacer un diagrama de sus pensamientos.

En la escuela hablaba de sus algoritmos sin darse cuenta de que los demás no la entendían. Sus compañeros cambiaban de tema. O se reían a su costa.

La llamaban Lisa, por el personaje de *Los Simpson*.

Las cosas, para ella, tenían una lógica implacable. No se hacía preguntas sobre si los demás la compartían.

Siempre se quedaba unos pasos atrás, intentando comprender. Luego, volvía con Teddy. Era más sencillo hablar con él.

Por las noches, el padre llegaba cansado del hospital. Se sentaba con ella y le preguntaba qué había programado esa tarde.

Igne le respondía, agitando las manos. Adormilado, el padre cabeceaba.

La madre le decía, desde la cocina, que la mente humana es demasiado compleja para que una máquina logre imitarla.

Igne tardaba en entender el tono de la frase. No estaba segura de si provenía del orgullo o del miedo.

La madre sonreía, cautelosa, como si no quisiera ni contradecirla ni alentarla demasiado.

Igne creía que todo tenía una causa. Una línea exacta en la que ocurrían los errores. Si algo dolía, debía poderse explicar. Y, si algo fallaba, tenía que haber una forma de arreglarlo.

Vivía así, ordenando y reordenando, confiada en que el mundo era una máquina que se podía armar y desarmar.

Ignoraba qué vendría después, incapaz de presentir que el mundo iba a volverse más grande y más dificultoso. Que algunas preguntas jamás tendrían respuesta. Y que habría días en que la pura lógica ya no le iba a servir.

No adivinaba nada de eso.

Era solo una niña frente a una pantalla en la que su nombre se multiplicaba una y otra vez.

Igne.

Igne.

Igne.

Igne.

Bajo aquella luz.

2.2

Victor Monaghan Lively tenía siete años cuando su hogar se hundió en la penumbra. Desde la muerte de su madre, en el otoño de 1988, le parecía que su casa apestaba a óxido. El padre caminaba sin rumbo, abría un cajón, tomaba un vaso, lo apoyaba sobre la mesa o lo dejaba caer, como si fuera un accidente, y luego se quedaba mirándolo, alelado, sin saber si levantar los vidrios rotos o si era mejor dejarlo para el día siguiente. A veces se pinchaba el dedo adrede, como queriendo recordar su utilidad. Victor observaba aquellas escenas sin encontrarles ningún sentido.

Un día bajó al sótano, o más bien sintió que el sótano lo llamó. Distinguió un hedor a salitre y a colchas guardadas por demasiado tiempo. El foco del techo titilaba. Cuando se iluminó por completo, le dejó ver una mesa donde la computadora, una IBM PC XT un tanto vencida por los años, dormitaba en silencio. Victor presionó un botón y la pantalla tardó en encenderse, como si se negara, hasta que apareció un azul helado. Se quedó mirándolo: aquella luz lo consoló.

Los videojuegos llegaron muy poco después. Abrió una carpeta y una nave espacial se deslizó en medio de densos bloques de color. Otras veces surgía un gato pixelado, en *Alley Cat*, o un personaje sin rostro que avanzaba por un pasillo interminable. Cuando apretó una tecla y la nave respondió con un tosco clon de *Galaga*, el cuerpo de

Victor dio un respingo. No conocía las reglas, pero el juego aceptaba sus errores; podía perder y empezar de nuevo, tantas veces como quisiera.

Entre los ocho y los nueve, encontró la música en la radio que el padre dejaba encendida por descuido. De su estropeada bocina surgían bajos insondables, tambores y guitarras distorsionadas: AC/DC, Judas Priest o Scorpions sonaban como si el mundo fuera a estallar. Victor subía el volumen, la mesa del comedor vibraba y el padre la golpeaba con la palma abierta. Cuando la tensión se volvía insoportable, lo bajaba un poco, a tiempo para evitar la tormenta. Con los audífonos que luego le regaló un vecino, se acostaba en el suelo y dejaba que «Highway to Hell» le llenara el pecho, que «Breaking the Law» marcara su pulso o que «Rock You Like a Hurricane» lo envolviera con una furia que no sabía provocar por sí mismo.

En la escuela, el mundo le resultaba todavía más hostil. Los demás niños hablaban demasiado rápido, cambiaban de tema sin cesar, le jalaban el pelo, le daban pellizcos sin razón. A los nueve comenzaron las peleas. Aunque él no las buscaba, tampoco sabía evitarlas. Solo ocurrían: alguien lo empujaba; él aguantaba. Otro empellón; él resistía. Hasta que no podía más. Casi a diario terminaba en la dirección. Se sentaba allí, mirando un punto fijo, sin saber qué decir, pensando en sus videojuegos o en su música. En aquel sótano donde las reglas eran más justas.

A los once, apareció Leo Klein. En una pelea, por supuesto: una disputa torpe, sin gloria. Al acabar los dos se sentaron en el suelo, respirando con dificultad, con los brazos llenos de moretones, sin decirse nada. De repente, Leo se rio y Victor no se pudo contener. Se quedaron allí quietos, agotados, firmando una especie de acuerdo. Poco después, su nuevo amigo empezó a llamarlo VM. Solo aquellas iniciales: un nombre más corto, más sencillo.

Al lado de Leo, los videojuegos dejaron de ser un pasatiempo y se transformaron en un universo donde las normas estaban siempre en su sitio y los errores eran perdonados. El mundo era igual de duro, pero al menos se volvía un poco más predecible. Victor pasaba largas horas frente a la pantalla, intentando dar un salto perfecto en

Prince of Persia o repitiendo niveles de *Commander Keen*, siempre con los bajos y los tambores rugiendo en sus oídos. Así, mientras la casa proseguía su lenta destrucción y su padre continuaba siendo una sombra, Victor encontraba su ruta en aquel sótano, frente a una vieja computadora, con un amigo que jamás lo iba a traicionar.

2.3

El club de programación se reunía los jueves en un pequeño salón recién inaugurado. Al cumplir ocho años, Igne se inscribió de inmediato.

Pasó la vista sobre las mesas y las máquinas. Los otros niños hablaban muy rápido, moviendo cables y comparando sus teclados.

No los saludó, pero el maestro le preguntó su nombre.

Igne Kayris.

Él asintió, como si aquel extraño nombre lo explicara todo.

Después de diez minutos, se dio cuenta de que todos la miraban porque escribía sin parar.

Sus compañeros competían para ver cuál de sus máquinas resolvía primero un acertijo matemático.

Igne era siempre la mejor.

En vez de celebrarlo, intentaba solucionar el siguiente. El maestro empezó a usarla de modelo.

Observen cómo lo hace.

Fíjense en su método.

Hagan lo mismo que ella y aprendan.

Igne no entendía por qué la gente necesitaba ejemplos, a ella le bastaba con visualizar un problema y resolverlo, sin pensar en los demás.

Ese año hubo competencias regionales; luego vinieron las estatales.

Los salones se llenaron de niños nerviosos. Todos usaban playeras con los logos de sus escuelas. Ella solo llevaba una pequeña libreta con la espiral doblada y los códigos escritos a lápiz.

Ganó.

Ganó otra vez.

Y otra más.

El maestro se entusiasmaba; sus compañeros también. Igne solo veía los errores que luego se dedicaba a corregir.

Un día, llegó un chico nuevo, Ethan. Tenía el cabello muy oscuro y un lunar en el ojo izquierdo.

Se sentó junto a Igne sin preguntarle. Le dijo que había oído hablar de ella y que quería que le enseñara a programar.

Igne abrió su cuaderno y siguió escribiendo, sin decirle nada.

Ethan hablaba mucho. De videojuegos. De su perro Happy. De una bicicleta que iba a arreglar. De cómo todo le parecía difícil.

Todo menos estar con ella.

Esto último se lo dijo en voz baja, sin mirarla de frente.

Igne no entendió qué quería decir, solo sintió un calor suave, como cuando la pantalla de la Compaq se encendía en la oscuridad.

Ethan la observaba de una forma rara. Ella no sabía por qué.

Un día, él tomó uno de sus cuadernos con cuidado. Y le sonrió.

—Nunca había conocido a alguien como tú —le dijo él.

Igne se lo arrebató.

Las oraciones sin lógica le resultaban muy difíciles de interpretar. Y esa no tenía ninguna, aunque le dejó un suave pálpito en el pecho.

Ella intentó describirla con números, sin éxito.

Los demás observaban a Ethan y luego a Igne. Cuchicheaban entre sí. Sugerían cosas que ella no entendía. Decían «novio», por ejemplo.

Ella no sabía qué significaba eso.

Ethan se sonrojaba nada más verla. Le llevaba refrescos y golosinas a las competencias. O la esperaba a la salida del salón.

Ella caminaba a su lado, sin pensar demasiado en él. A veces le compartía su sándwich de mantequilla de cacahuate.

Una tarde, Ethan la tomó de la mano.

Un instante tan corto que apenas existió.

A Igne le pareció curioso, como descubrir una función con un uso inesperado.

Entendió, sin entender, que los hombres podían sentir cosas por ella. Cosas que no caben en un algoritmo y obedecen a otra lógica.

Dejó que Ethan siguiera caminando a su lado, que le hablara y le sonriera. Que la mirara como si fuera una extraterrestre.

Ese año ganó otro premio.

Y otro. Y otro.

Todos la celebraban, Ethan más que nadie.

A Igne le parecía que, de repente, el mundo tenía más colores.

Por primera vez, alguien la miraba de verdad.

No estaba enamorada, pero se sentía cómoda al lado de Ethan. Lo dejaba tomarla de la mano. Y le compartía su sándwich.

Y sentía ese pálpito que por primera vez no provenía de los números.

Ethan duró hasta el verano siguiente.

Igne no entendió por qué él la abandonó.

Había hecho todo lo que debía. Hasta le permitía besarla.

—Es como si nunca estuvieras aquí —le dijo él.

Igne no supo cómo reaccionar. Ella sí estaba allí, física y mentalmente. ¿Qué más necesitaba?

Cuando Ethan se fue, no lloró, solo sintió una especie de frustración. Aunque había realizado el experimento de manera correcta, al final algo había fallado.

No entendía qué.

Esa noche volvió a su Compaq.

Teddy no le reclamaba nada.

2.4

Aliquippa se desmoronaba como si cada año perdiera otra capa y nadie se molestara en recoger los pedazos. En los setenta y ochenta, Jones & Laughlin Steel, el corazón del pueblo, la razón de su existencia, había cerrado varios turnos y luego departamentos completos, hasta convertirse en un esqueleto. Las calles alrededor de la fábrica estaban llenas de ventanas tapiadas y almacenes coronados con espectaculares con las letras caídas. Las tiendas habían reducido sus horarios, los autobuses pasaban cada vez con menor frecuencia y los hombres permanecían apoyados contra las paredes de la tienda de abarrotes, fumando, sin hablar. El pueblo

parecía aguardar un derrumbe más grande, uno que todavía no llegaba, aunque todos lo dieran por hecho.

En la escuela seguía sin irle bien. Las niñas lo miraban con recelo, como si padeciera una enfermedad contagiosa, se reían entre ellas y él sentía que cada murmullo lo hacía más pequeño. Los maestros lo trataban con cierta lástima, sin saber qué hacer con él. Al volver a casa, lo único que ansiaba era bajar al sótano y hundirse en la pantalla. En esa casa que se venía abajo en cámara lenta, Victor pasaba cada vez más tiempo en el subsuelo. Su desastrada IBM era su mejor compañía.

Cuando Victor cumplió trece años, Leo se apareció con un módem barato, una caja rectangular con unas lucecitas verdes que parpadeaban como un árbol de Navidad. Se lo mostró con esa combinación de orgullo y desafío con que presumía cada uno de sus descubrimientos. Le dijo que lo conectara: con él podrían jugar con otros niños, una idea que a Victor no le hizo demasiada gracia, temeroso de convivir con una panda de desconocidos. Enchufó los cables y escuchó el sonido del módem, un chirrido idéntico al maullido de un gato. Cuando la sala de espera apareció en la pantalla con su rústica interfaz de líneas y símbolos, Victor sintió que había alcanzado una meta.

Leo escribió: «Este es VM».

Fue la primera vez que Victor sintió que ese era él.

Otro jugador anotó: «Bienvenido, VM».

También era la primera vez que alguien lo recibía sin hostilidad. Leo había conseguido una copia primeriza de un juego que, según dijo, apenas circulaba en algunos foros y BBS, una versión tosca, inestable, de *Doom*, poblado por enemigos que parecían caricaturas mal dibujadas. La partida comenzó. Para Victor tenía una lógica impecable: las reglas eran claras, la meta también. Leo celebraba cada uno de sus movimientos, en tanto los otros jugadores le enviaban una catarata de mensajes llenos de abreviaturas que él no acababa de entender. Prefería escribir poco, le bastaba con permanecer allí y admirar cómo ese universo se colmaba de sentido. Antes de que la partida terminara, hubo un instante —una demora en el procesador— en el que Victor sintió un hueco en el estómago.

En ese cosmos pixelado y torpe había una promesa que no había recibido antes: la posibilidad de avanzar sin que nadie lo juzgara, de enfrentarse a enemigos que no lo ignoraban ni lo despreciaban. Sintió terror y fascinación. Allí adentro, era pequeño y poderoso a la vez. Permaneció así, sin apartar las manos del teclado, esperando pasar al siguiente nivel.

Al final, uno de los jugadores escribió: «Buen juego, VM», y la frase le pareció un premio inesperado. Victor la conservó en la memoria con una sensación de alivio y esperanza. Sin entender bien las razones, supo que al día siguiente iba a volver. Y al siguiente. Y al siguiente. Ese espacio artificial se iba a convertir en un refugio más seguro que cualquier lugar que hubiera conocido en Aliquippa. No era un juego, era la vida.

2.5

En el 2000, Palo Alto recibió a Igne con su hojarasca otoñal.

Había cumplido diecisiete. A todos les parecía mucho menor, hasta que empezaba a programar.

Stanford no la sorprendió, como si aquel sitio la esperara desde hacía años. Las palmeras tenían una simetría matemática y los arcos del Main Quad, con su arenisca blanca, absorbían el dorado de la tarde.

Stanford lucía como un paisaje ideal.

Los primeros días paseaba largos ratos a solas, tomaba notas frente al Edificio Gates o dibujaba los jardines recién podados.

Su rutina se modeló sin esfuerzo: despertaba temprano, cruzaba el campus en línea recta, estudiaba una hora antes de la primera clase, comía un curry siempre en el mismo paquistaní, pasaba la tarde en la Biblioteca Green, volvía a su dormitorio a programar.

Cada noche revisaba meticulosamente el horario del día siguiente. Se dormía temprano y se despertaba sin sobresaltos.

Sentía que las cosas estaban donde debían de estar.

Desde la primera semana quedó claro que su inteligencia excedía lo normal, incluso para los parámetros de Stanford.

Mientras otros aprendían sintaxis, Igne construyó un pequeño juguete compilador capaz de traducir un subconjunto mínimo de un lenguaje, inventado por ella misma, en instrucciones simples para la máquina.

También desarrolló un *script* que analizaba dependencias entre tareas: un planificador primitivo, asombrosamente eficaz.

El asistente de clase se lo mostró a sus compañeros sin avisarle. Los demás la miraron con curiosidad y envidia.

Así llegó a Teoría de Algoritmos, CS 161, el corazón del programa. El profesor Edward Warren era el titular.

Edward.

Un nombre sencillo.

Su voz era lenta, metódica. Entraba directo en cada algoritmo y lo diseccionaba. Al terminar, exhibía sus entrañas.

Igne lo observaba o, más bien, lo estudiaba con atención.

La segunda semana, Warren presentó un problema de optimización. De esos que se enroscan sobre sí mismos.

Todos sus compañeros intentaron resolverlo, pero nadie lo logró.

Igne levantó la mano y propuso la ruta más corta. La explicó en tres líneas.

Warren no se sorprendió. Eso fue lo peor. O lo mejor.

Desde entonces el nombre de Igne comenzó a circular en los pasillos. La chica rara. La genio.

Ella seguía programando, sin tomar en cuenta a los demás.

Cada frase de Warren se convertía en una anotación. Y cada idea, en un nuevo proyecto.

Mientras tanto, aparecieron nuevos admiradores. Chicos amables, decentes, bienintencionados. Se enamoraban demasiado rápido.

Ella premiaba su infatuación. O al menos no los detenía.

Permitía sus coqueteos. Y cuando ya conocía sus manías de memoria, los hacía a un lado. Y dejaba entrar a algún otro.

Edward, en cambio, le resultaba impredecible.

Un día, el profesor la llamó después de clase. La forma de pronunciar su nombre la hizo trastabillar.

Le propuso un nuevo problema, un grafo dirigido. Le dijo que no cuadraba y ella apenas tardó en señalarle el error.

Edward la miró. En sus ojos había rendición.

Comenzaron a verse más seguido. Pronto quedó claro que no solo para trazar nuevos algoritmos.

Surgió entre ellos una tensión perfecta, como el inicio de una elegante demostración.

Él empezó a hacerle preguntas que nada tenían que ver con su materia. Ella le respondía, sin miedo, con la verdad.

Edward dudaba; ella no.

Quedaban en su oficina. Luego, paseaban por el campus, bajo las palmeras. Surgieron silencios incómodos, líneas en blanco.

Una tarde, frente al Memorial Court, Warren se detuvo. Parecía retroceder y avanzar al mismo tiempo.

Luchaba contra el deseo de una forma tan humana.

Le confesó que estaba casado. Solo expuso el problema, esperando que ella lo resolviera.

Igne no movió ni un músculo. Percibió que él temblaba, y ese temblor le gustó. Edward esperaba que retrocediera; ella no lo hizo.

La llevó a un motel cercano, la única respuesta a la ecuación.

En esa habitación anónima, sus cuerpos adquirían una lógica que escapaba a los algoritmos.

Igne observaba el sexo de Edward con curiosidad.

Cuando él la tocaba, lo hacía como si buscara el siguiente paso en una fórmula que ella conocía de memoria.

Igne, en cambio, no dudaba en señalar sus defectos. El sistema tenía siempre más variables de las que Edward lograba proponer.

En sus pieles se producía una suave iteración: avanzar, corregir, avanzar otra vez. Un flujo semejante a un proceso de optimización.

Al final, él le murmuraba frases cortas al oído. A ella le parecían ridículas, pero aun así no dejaba de anotarlas en sus cuadernos.

2.6

En la secundaria, el camino de VM lo seguía llevando al mismo punto: la humillación. Sus compañeros ya no lo sometían a un acoso espectacular, con golpes diarios o rituales sangrientos, al estilo de esas películas *gore* que aún no había visto y luego terminarían por

fascinarlo. Sufría, en cambio, un abuso más corrosivo: un pequeño empellón en los vestidores o la risa ahogada cada vez que pasaba frente a los casilleros. Sobrevivir al abuso se convirtió en una rutina cotidiana. Cada vez que regresaba a casa después de un castigo, el padre alzaba la vista. Tomaba un trago tras otro y bufaba como una bestia enferma. Aquello era peor que una reprimenda o un azote. VM se apresuraba a bajar al sótano: al menos la pantalla no cambiaba de humor. *Mortal Kombat* o *Quake*, los videojuegos que Leo conseguía por rutas misteriosas eran su único refugio. Había días en que pasaba doce o trece horas sin salir a la superficie, con la mente y los dedos fatigados, sintiendo que el tiempo real se ponía en pausa.

A los catorce, la escuela se volvió un campo minado. Las chicas continuaban ignorándolo y él apenas se atrevía a hablarles. Aquel desdén confirmaba que el mundo físico, con sus movimientos impredecibles y sus códigos sociales, no era para él. Las mujeres eran criaturas inalcanzables, abstracciones que jamás podría asir. Leo, en cambio, estaba siempre allí. Aparecía en la puerta del sótano sin anunciarse, se dejaba caer en la vieja silla plegadiza y lo observaba jugar como si fuera un campeón del mundo. Se reían de chistes que no eran graciosos, discutían sobre armas, mapas y niveles secretos mientras el resto del universo se desentendía de ellos. Sus rodillas se rozaban sin intención, pero ninguno se hacía a un lado. Leo se acercaba mucho a la pantalla y VM sentía una especie de calor en la nuca, una electricidad que no se parecía a nada conocido, algo que no encontraba ni siquiera en los videojuegos. Nunca hablaron de ello. Solo Leo lo trataba con respeto en aquellas interminables tardes frente a la pantalla. ¿Pensaba en su amigo más de la cuenta? Si Aliquippa fuera presa de una invasión alienígena, estaba seguro de que los dos se las arreglarían para sobrevivir.

Victor descubrió los nuevos foros de Internet en esa época. Primero, pequeños BBS locales donde los mensajes tardaban horas en cargar y los participantes firmaban con nombres ridículos. Más tarde, grupos de Usenet, como alt.flame o alt.games.doom, llenos de discusiones que nadie moderaba. Allí, cada frase era un golpe al

hígado. También entró en canales de IRC, donde un sinfín de desconocidos vociferaba detrás de sus pantallas. En ellos fue encontrando una nueva voz, desprovista de miedo y de pudor. En uno de esos canales de IRC, #doom_players, un intercambio llamó su atención:

[ironjaw]: lol mira al nuevo pregunta cómo abrir la consola
[hexbyte]: jajajajaja bro vuelve al SNES
[fragme]: quién carajos entra aquí sin saber nada??
[ironjaw]: tu mamá te dejó conectarte, niñita?
[the_newbie]: solo pregunté…
[hexbyte]: callen a ese tarado
[fragme]: /expulsar the_newbie
the_newbie ha sido expulsado del canal

VM sintió una satisfacción que nunca se había permitido. Por primera vez, podía ser testigo de las humillaciones en vez de ser la víctima. Y aunque aquella furia verbal no dejara de inquietarlo, una fuerza todavía más profunda vibraba en su interior: a partir de ahora ya no sería el empujado, el ignorado, el señalado, el acosado. En ese canal lleno de extraños, descubrió que el anonimato era un escudo y una espada. La ocasión de ponerlo a prueba llegó antes de lo esperado. Otra noche, en #midnight_doom, descubrió un ambiente aún más retorcido: habían expulsado a un usuario por equivocarse de comando y las burlas centelleaban. Esta vez, VM no se contuvo:

[razorbyte]: quién fue el imbécil que dejó el server laggeado?
[noise]: el mismo tarado de siempre
[collapse]: acepten que algunos nacieron sin cerebro
[vm_aliq]: si necesitan uno yo se lo presto hijos de puta

Tras una pausa, alguien le respondió:

[razorbyte]: ah mira el nuevo tiene dientes
[noise]: jajajajaja este sí me hizo reír
[collapse]: bien vm_aliq bien

VM no sabía que podía escribir así. No intuía que las palabras podían golpear con tanta contundencia y que podía pronunciarlas sin recibir un mazazo de vuelta. Nadie se rio en su cara, nadie le pidió que se excusara. Contempló con gusto la reacción que había provocado, una aprobación inmediata, casi unánime:

[vm_aliq]: si van a insultar al menos háganlo bien animales

Más risas. Luego, un mensaje privado de uno de los participantes:

[collapse > vm_aliq]: buena entrada quédate

Esa noche, mientras apagaba la computadora, VM sintió que una cuerda se tensaba, dándole acceso a una parte de sí mismo que había mantenido oculta. Podía atacar sin ser visto y herir sin exponerse. Esa misma semana cambió su alias: vm_aliq sonaba demasiado débil. Probó otras variantes, ironwolf, deadkey, hex_riot, pero al final eligió vm_dark: un nombre de superhéroe. O de supervillano. Desde que envió su primer mensaje, numerosos usuarios comenzaron a imitar sus frases cortas y agudas. Otros le pedían su opinión antes de atacar, como si fuera el árbitro de ese juego sin reglas. Incluso recibió un mensaje privado de un veterano:

[nullroute > vm_dark]: buena puntería no muchos entran así

En la escuela jamás habría recibido ese gesto de amabilidad. Aquí, cada participación suya ganaba resonancia. Sin quererlo, a su alrededor empezó a formarse un círculo. Cada vez más usuarios repetían sus frases, celebraban sus desplantes, festejaban su temeridad y le enviaban *links*, memes, opiniones y archivos. Un casi-grupo. Una diminuta comunidad que aún no tenía nombre pero que ya orbitaba en torno a él. Su carisma digital tomaba forma: vm_dark ahora no solo participaba, también dirigía. Y paladeaba ese poder.

Comenzó a experimentar. Un día escribía como un jugador muy seguro de sí mismo y al siguiente como un viejo sarcástico. Disfrutaba de una libertad sin consecuencias. En los foros podía existir de un modo que era imposible en la escuela o con su padre. Podía exagerar su rabia o su ingenio, desaparecer y reaparecer con una nueva identidad, lastimar y recibir aplausos por ello. Poco a poco entendió que el verdadero poder no tiene un solo rostro: el anonimato le permitía multiplicarse. Así, mientras Aliquippa se volvía cada vez más siniestra, su universo digital brillaba como una supernova. Afuera, la vida continuaba con su misma brutalidad; adentro, aquella brutalidad era suya.

2.7

El proyecto de Igne asombraba incluso a los estudiantes de doctorado.

Era un clasificador bayesiano. Un modelo híbrido que predecía rutas y detectaba anomalías.

Trabajaba siempre a solas, se saltaba los cursos y tomaba seminarios de posgrado, ajena a los esfuerzos de sus compañeros.

Mientras programaba sin descanso, incluso los profesores la observaban con cierta prevención.

Fue entonces cuando llegó la denuncia. Anónima, breve.

«El profesor Edward Warren mantiene una relación inapropiada con la estudiante Igne Kayris».

No entendió por qué sonaba tan grave. Para ella, no había nada inapropiado: el suyo era un acuerdo entre dos mentes libres.

La investigación comenzó sin dilación.

Primero una entrevista.

Luego otra.

Las representantes de Título IX le hablaban con vagos términos administrativos. Coerción, asimetría.

Igne trataba de responder con hechos, no con emociones.

Las funcionarias intercambiaban miradas. Igne reconoció el patrón: la habían reclasificado. Ya no era una persona, era un caso.

Se marchó sin añadir nada más. Ellas se quedaron hablando entre sí, moviendo la cabeza con desaprobación.

Warren desapareció del campus. Un día estaba; al siguiente, un par de empleados habían vaciado su despacho.

Lo habían borrado. Así era como Stanford resolvía sus problemas.

Una tarde de bochorno, Igne lo distinguió a lo lejos. Él no le devolvió la mirada. O la miró sin mirarla. Su gesto era difícil de interpretar.

A la mañana siguiente, encontró un volante en la biblioteca: «Solidaridad con las sobrevivientes de acoso académico».

El escándalo creció sin que nadie pronunciara su nombre. Aunque todos lo conocían.

Los grupos feministas activaron sus mecanismos. Volantes, reuniones, mensajes públicos, caricaturas. Igne decidió acudir a una de sus reuniones.

—Yo no soy víctima de nada —les dijo cuando al fin la dejaron hablar.

Silencio.

—Sabemos lo difícil que es, compañera.

—No para mí.

—No tienes que minimizar lo que te pasó. Es un mecanismo de defensa.

Una de ellas le puso la mano sobre el hombro.

—No estás sola.

Igne se apartó.

—Todo fue consensuado. Entre dos adultos.

Otra estudiante la encaró fingiendo timidez.

—A veces no reconocemos el abuso cuando estamos dentro, compañera.

—Yo no soy ninguna víctima. Sé lo que quiero.

Otra chica intervino:

—El heteropatriarcado…

—Me importa una mierda el heteropatriarcado —estalló Igne y azotó la puerta.

Esa noche, la página del Departamento explotó. Capturas de pantalla y abstrusas citas académicas.

Alguien escribió: «Traidora».

Igne leyó el mensaje y apagó el teléfono. No volvió a encenderlo en toda la noche.

Los compañeros de clase dejaban una silla vacía a su lado y los profesores la evitaban al salir de clase.

Llamó a casa. Su padre la escuchó, carraspeando. Su madre le habló de transferencias y le recomendó no tomar una decisión precipitada.

Intentó volver al laboratorio, su proyecto seguía allí. Las líneas de código, los modelos: todo funcionaba.

Se sentó frente a la pantalla. Tecleó una línea. La borró. Tecleó otra. La borró también. Por primera vez en su vida, no sabía qué hacer.

El sistema había fallado. La parte humana.

Y no tenía forma de reinicializarlo.

Esa noche caminó por el campus vacío. Admiró las luces de los dormitorios, ese entorno del que ya no formaba parte.

Volvió a su cuarto y abrió la *laptop*.

Buscando cualquier cosa que no fuera Stanford, encontró el anuncio.

«Becas Thiel. Para quienes creen que la universidad no es suficiente».

Cien mil dólares por abandonar Stanford para construir algo real.

Abrió el formulario y lo llenó en menos de una hora. No les informó a sus padres.

Presionó *submit*.

Y esperó.

2.8

Durante su adolescencia, VM apenas existió fuera del sótano. La casa seguía crujiendo a cada paso, hundiéndose con el deterioro del padre, aunque este ya no representara ningún peligro para él. Victor evitaba el resto de las habitaciones, prefería el subsuelo, el aire rancio, la iluminación inestable, el zumbido eléctrico que no se detenía jamás. Pasaba allí días enteros, conectado a foros y

videojuegos, moviendo frenéticamente los dedos con una irritación que se había convertido en su única forma de ejercicio. El mundo exterior se había vuelto insoportable, la gente hablaba demasiado, cualquier roce lo sacaba de quicio, cualquier comentario desataba una rabia que solo retenía porque no tenía dónde expulsarla, salvo en los foros. Allí repartía insultos y majaderías por doquier. Allí era alguien. O, mejor, varias versiones de uno mismo.

De pronto, Leo empezó a espaciar sus visitas. Había empezado a salir con una chica huesuda y alborotada: botas militares, labios y párpados entintados de negro, ceño agresivo, látex encima del látex. A VM le producía una incomodidad sin nombre, aunque no lo decía en voz alta. Solo padecía esa herida, como si alguien le hubiera arrebatado un territorio que creía suyo. Cuando se juntaban los tres, ella lo exasperaba: hablaba de política, como si el mundo físico tuviera algún sentido. Mientras Klein la admiraba, VM fingía indiferencia.

Una mañana se tropezó con el cuerpo junto al sillón. Era de madrugada y había ido a buscar agua. El vaso roto, el torso aún tibio. Se quedó mirando a su padre, tratando de identificar su rostro: nada. Una muerte vulgar, apenas un adulto que no había logrado mantenerse con vida. No lloró. Llamó a emergencias, respondió unas cuantas preguntas, limpió lo que pudo y almacenó la ajada ropa del padre. El silencio que quedó después de que se lo llevaron fue más profundo que cualquier duelo.

Dos semanas después del entierro, había empezado los cursos en el Harrisburg Area Community College y lo vio en la televisión del comedor universitario: las imágenes se repetían en *loop*. Le pareció una animación rudimentaria, como si un videojuego hubiese cambiado de reglas a mitad de la partida.

De pronto, sintió un fervor patriótico, como si, por primera vez, el mundo físico requiriera de él.

[redstate_rider]: alguien tiene que pagar

[yankee_fury]: cuántos más tienen que morir para que despierten?

[iron_ghost]: esto es la guerra, pendejos

[vm_dark]: entonces peleemos!!!!

VM escribió esa última frase sin medir las consecuencias, la rabia le subía por las venas. Ese estado febril, inflamado, no lo abandonó hasta que decidió enlistarse. Cuando se lo contó a Klein, su amigo abandonó a su noviecita *punk* para seguirlo. Aliquippa quedó atrás y los dos empezaron un entrenamiento en un cuartel cercano que hedía a sudor y mierda. A VM le costaba distinguir a los demás reclutas: todos le parecían NPC intercambiables.

Cuando los enviaron a su destino, el mundo volvió a perder cualquier pretensión de realidad. Para VM, Afganistán era un mapa mal renderizado, una secuencia de escenarios repetidos: montañas de un violeta improbable, cielos demasiado nítidos, aldeas prefabricadas, polígonos de un videojuego de los ochenta. No lograba sentir la fuerza de lo real porque cada detalle le recordaba las sombras de *Counter-Strike* o los desiertos de *Delta Force*. Incluso el aire caliente y seco tenía algo falso, como si la atmósfera hubiera sido generada por un motor gráfico. Después de semanas de entrenamiento en Fort Drum, un lugar donde el frío quebraba los huesos, los destinaron a la 10.ª División de Montaña, al lado de otro grupo de jóvenes sin futuro. «Climb to Glory», el lema de la división, a VM le sonó como un mal chiste.

A principios de 2002, los enviaron más al este, a las laderas del valle de Shahi Kot, donde en teoría algunas células de Al Qaeda se pertrechaban en cuevas inaccesibles. Dormían poco y comían peor, mientras que los visores nocturnos teñían el paisaje de un verde irreal. Los oficiales querían que la Operación Anaconda fuera una maniobra corta y precisa; al final, culminó en un desastre: los convoyes avanzaban sobre caminos imposibles y el enemigo no se distinguía hasta que era demasiado tarde.

Una mañana, mientras iban por un sendero al borde de un acantilado, Leo le susurró al oído:

—Dime que esto no es un puto videojuego.

—La única diferencia es que aquí no hay *respawn*.

Klein soltó una carcajada, aun sin encontrarle la gracia al chiste.

—El problema es que disponemos de tantos datos que es como si no tuviéramos ninguno —le señaló VM—. Seguimos sin tener idea de dónde diablos está el enemigo.

Afganistán se volvió un presente detenido: el mismo calor durante el día, el mismo frío en la madrugada, las mismas rutas intransitables, las mismas explosiones a la distancia, las mismas historias contadas por soldados que ya solo soñaban con escapar de allí. Cuando por primera vez vio morir a un talibán, no sintió náusea ni culpa; el cuerpo cayó con un ángulo que jamás se habría permitido en un videojuego. Se acercó: la sangre lucía demasiado oscura. La parte de él que había vivido su adolescencia en aquel sótano frente a la pantalla de luz azul esperaba un mensaje en el aire: *Enemy Down*. O un contador. Nada: solo un cuerpo.

Los días se volvieron semanas y al cabo meses. Klein intentaba hacer comentarios ingeniosos sobre el olor del pan, las voces de los niños que jugaban a lo lejos, esos mínimos fragmentos de humanidad que algunos soldados coleccionaban para no enloquecer. VM los oía sin oírlos, como quien percibe el zumbido del aire acondicionado.

La explosión fue anodina: un estallido seco de luz y polvo. Sintió un ardor en la pierna. Lo primero que pensó fue en la magnitud del impacto, en el ángulo y la trayectoria de las esquirlas. El cabo Willis le gritaba. Klein agarró a su amigo del chaleco y lo arrastró tras un muro de piedra. VM parpadeaba, intentando calcular cuántos puntos habría perdido. Cuando al fin consiguieron evacuarlo, Klein se quedó atrás, cumpliendo con su batallón. VM lo vio alejarse entre nubes de polvo y sintió un hueco imposible de llenar. Un nivel había terminado.

Regresó a Aliquippa tres semanas después, con una herida en el muslo y una inmensa cicatriz en la cabeza. Había disparado contra hombres que no conocía y había visto morir a compañeros cuyo nombre no recordaba. Había jugado a sobrevivir y lo había conseguido. Pero nada tenía explicación.

En el pueblo lo recibieron con indiferencia y lástima: el país celebraba a sus héroes y luego los abandonaba a su suerte. Las calles parecían más rotas que antes, como si también hubieran sido

bombardeadas. Para colmo, cuando también regresó, Leo se fue a vivir con su novia *punk*.

La vieja casa de su padre era una acumulación de polvo y abandono. Victor encendió la computadora, el ventilador trastabilló antes de arrancar. Abrió IRC. Los mismos canales, los mismos nombres. Pero las palabras en la pantalla parecían escritas en pastún. Intentó escribir algo, cualquier cosa. Los dedos no le respondían. La apagó. Se quedó sentado en la tiniebla, escuchando las exhalaciones de aquella casa vacía.

2.9

Las oficinas de Thiel en Market Street eran frías, geométricas, con la estética minimalista de la mayor parte de las *startups* de San Francisco.

La Beca Thiel contaba con otros diecinueve elegidos. Diecisiete hombres y solo otra mujer, diez años mayor, todos ellos con una pulsera inteligente en la muñeca.

Igne había llegado con buen margen de tiempo para mapear el lugar antes de introducirse en su interior.

Las conversaciones surgían rápidas, plagadas de tecnicismos. Algunos ya se conocían, otros fingían familiaridad.

Igne había estudiado a fondo cada perfil.

Cuando Thiel entró en la sala, todos enmudecieron. Su presencia era un campo gravitacional.

Comenzó sin preámbulos. Dijo que el mundo se equivocaba al pensar en el progreso como una suma o una multiplicación infinita de lo mismo. Eso significaba pasar de uno a muchos. Copia, repetición.

Lo asombroso era ir de cero a uno, crear lo que no existía. Dar un salto que no derivara del anterior.

Habló de los mercados abiertos como trampas en las que al final todos perdían.

—La competencia es para los perdedores. La clave del éxito, muchachos, es el monopolio creativo.

El grupo tomaba notas frenéticas; Igne se contentaba con escuchar.

Entonces Thiel habló de secretos y de futuros diseñados. Dijo que el mundo no avanza solo. Insistió en que su obligación era empujarlo hacia zonas sin mapear.

Ella lo escuchaba, perturbada y fascinada.

Aquella mente no funcionaba como las otras.

Cuando el anfitrión abrió el turno de preguntas, nadie se movió. Cada uno evaluaba el riesgo de mostrarse demasiado ignorante o ambicioso. Una guerra fría entre futuros fundadores.

Un chico de Berkeley preguntó sobre la disrupción en mercados saturados; otro quiso lucirse con curvas logarítmicas de innovación.

Igne al fin levantó la mano. Su pregunta sonó torpe.

—¿Y qué ocurre si todos descubrimos el secreto al mismo tiempo? ¿Quién tiene ventaja?

Thiel se giró hacia ella con un nuevo brillo en los ojos.

—Entonces no era un secreto, señorita. Y quien lo pregunta no entendió el juego.

Algunos rieron, otros pensaron que la lección era solo para ella. Thiel la señaló con el mentón.

—Igne Kayris, ¿no es así? Dime por qué estás aquí. Sin miedo. ¿Qué es lo que quieres construir?

Ella no dudó.

—La primera inteligencia artificial general.

Esta vez las carcajadas fueron evidentes, como si hubiera propuesto mover la luna con un dedo.

Thiel, en cambio, no rio.

—Explícanos cómo piensas hacerlo.

Igne lo pensó un segundo. No más.

—Un sistema híbrido, en parte simbólico, en parte probabilístico. Un modelo capaz de reescribir sus propios parámetros, de entrenarse y, aún más, de editarse a sí mismo. Un algoritmo que aprenda a modificar su arquitectura a partir de su propio historial de errores.

Thiel se dio cuenta de que no era palabrería. Aquella joven tenía un plan. Precario, tal vez, pero realista.

—De acuerdo, automejora recursiva. ¿Y qué harás cuando el modelo produzca una variante que tú no comprendas?

—Aprenderé más rápido.

Un becario suspiró ruidosamente. Thiel dio un giro.

—Ambición no te falta, Igne Kayris. Y tampoco una cualidad todavía más rara: indiferencia al ridículo.

El inversor hizo una marca en su tableta. Luego pasó a la siguiente pregunta, como si nada.

Igne se quedó allí, quieta, sin saber si había fallado de forma estrepitosa.

2.10

En 2005, VM terminó los cursos en el Harrisburg Area Community College con la disciplina que había aprendido en el ejército. En el HACC no impartían ninguna enseñanza concreta, era un campus funcional, aburrido y gris, donde nadie se quedaba mucho tiempo. Un sitio de tránsito, casi una estación de autobuses educativa. Pasaba buena parte de las tardes en la pequeña Oficina de Servicios para Veteranos, un cuarto mal iluminado con deslavados posters de reclutamiento y dos funcionarios que lo atendían con cordialidad. Allí rellenó, por inercia, la solicitud para la beca de veteranos GI Bill usando un monitor que se bloqueaba cada vez que abría una nueva pestaña.

Cuando abrió el sobre unas semanas después, la carta de admisión a Stanford parecía un error. El sobre incluía una nota manuscrita del comité: «Su ensayo sobre Afganistán es lo más honesto que hemos leído en mucho tiempo». VM solo recordaba haberlo escrito con furia. Empacó unas cuantas cosas, compró el boleto de avión de Pittsburgh a San Francisco y se marchó de Aliquippa sin remordimientos.

California lo recibió de mala gana. Odió la luz: demasiado limpia, demasiado segura de sí misma. Apenas bajó del autobús, sintió que esa claridad le emborronaba las ideas. Escribió en su libreta: «Luz para vigilar mejor». Lo segundo que lo irritó fue el lenguaje del campus; por todas partes había reglas invisibles sobre cómo

comportarse, qué decir y qué callar. Una tarde dijo «los chinos», y una chica de su residencia lo reprendió con una mueca de disgusto: «estudiantes de origen asiático». Otro día, en un seminario irrelevante, usó la expresión «el hombre común», y un compañero intervino para decir que aquel era un término excluyente. VM observaba esas correcciones con sorpresa y desdén. Detestaba un lugar donde todos medían sus palabras.

Se matriculó en Ciencias Políticas esperando encontrar discusiones más apasionantes e intensas, pero las clases parecían dirigidas hacia un consenso sin riesgos. Hablaba poco y, cuando lo hacía, se sentía rodeado por la mezquina desaprobación de sus compañeros, como si su presencia perturbara la unanimidad. Para entonces había empezado a leer a Hayek y a Friedman, sus primeros héroes intelectuales. Subrayaba párrafos completos y llenaba los bordes con anotaciones de su puño y letra. En clase citaba sus libros de memoria. Haciéndose el gracioso, uno de sus compañeros lo señaló:

—VM es el único conservador aquí.

Él respondió que simplemente no era parte del coro. Nadie festejó su respuesta y más bien sintió que le habían tatuado una marca en la frente.

Con la idea de probar cuáles eran los límites de la libertad de expresión, envió un breve artículo a la *Stanford Political Review*, la revista estudiantil del Departamento. Se trataba de un texto más o menos mesurado, escrito con un riguroso lenguaje académico, que defendía a ultranza la libertad de expresión. Restringirla, según él, era el camino hacia la servidumbre. Los editores se lo devolvieron tres semanas después, lleno de ominosas marcas en rojo y una nota adhesiva: «El texto carece de sensibilidad hacia grupos históricamente vulnerables. Favor de revisar el tono». Cumplido su propósito, VM guardó el artículo en una carpeta y jamás lo corrigió.

Así pasaron dos años. Cada día, cerraba la persiana para bloquear la intrusiva luz californiana, encendía la pantalla y se ponía los audífonos. Mientras en el campus se sentía atrapado, en los foros de Internet se abría una nueva senda que necesitaba explorar. Aparecido en 2003, 4chan era un tablero digital en el que los hilos se autodestruían y el anonimato estaba celosamente protegido. En

cuanto lo descubrió, VM entró en /v/, el foro de discusión sobre videojuegos, y encontró un ecosistema que reconoció de inmediato: un espacio sin límites en el cual se desplegaba una brutalidad extrema, siempre que viniera acompañada de un humor corrosivo y una íntima desconfianza hacia cualquier autoridad. Los hilos eran breves, condenados a desaparecer en minutos, pero en ellos alcanzó a entrever un nuevo y necesario espacio de libertad:

[Anon07]: cómo carajos este juego tiene 9/10? el reviewer es amigo del dev?
[KeySmash]: están todos comprados TODOS
[vm_dark]: las reseñas murieron cuando empezaron a parecerse a comunicados de prensa

Otro hilo, más agresivo, duró menos de diez minutos:

[FuryDrive]: nuevo artículo diciendo que los juegos violentos deforman la mente más moralina barata
[Anon21]: quieren decidir qué podemos jugar
[vm_dark]: peor quieren decidir qué podemos PENSAR

Las disputas no eran tanto sobre la naturaleza de los videojuegos como sobre el control. Para entonces, los foros ya hervían con toda suerte de teorías conspirativas sobre periodistas vendidos y desarrolladores corruptos. VM observaba aquellas disputas, fascinado por su honestidad, y apenas tardó en subir frases que en Stanford de seguro le habrían censurado:

[vm_dark]: cuando la crítica se vuelve moral lo siguiente es la censura
[vm_dark]: si todo es ofensivo nada puede ser verdadero

Los mensajes desaparecían de inmediato, perdidos en medio del torrente digital, pero a VM lo colmaban de energía. Una noche, se dio de bruces con un hilo contra una periodista que había criticado el diseño de personajes femeninos en un juego:

[Anon45]: otra vez estos asnos diciendo que un juego es sexista que hagan el suyo los cabrones

[Cobalt]: en vez de jugar buscan educarnos

[vm_dark]: no soportan que exista un mundo donde cada uno pueda ser quien es

Cuando el clima político de Stanford empezó a cerrarse todavía más, con un alud de correcciones lingüísticas sin tregua, acusaciones anónimas, asambleas feministas en cada clase y nuevos artículos rechazados por no ser políticamente correctos, VM se dio cuenta de que los foros eran su auténtica universidad.

Instalado de nuevo en Pensilvania con Sarah, la hija que había tenido con la chica *punk* en 2005, y que un buen día los abandonó sin más, Leo se convirtió de nuevo en su único interlocutor en el mundo real. A diario VM le enviaba capturas, discusiones, enlaces, artículos. Klein respondía con entusiasmo:

—¿Dónde encontraste esto? Mándame más. Por fin alguien dice lo que pensamos todos.

VM pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto, con la *laptop* y los libros de Hayek y Friedman alineados sobre el escritorio. Leía, posteaba, seguía hilos, tomaba notas. Al amanecer, la insoportable luz californiana volvía a colarse por la ventana, sin matices. Entonces corría las persianas y dejaba la habitación a oscuras, protegiendo el único espacio donde se sentía seguro.

En 2008, se graduó sin que nadie acudiera a la ceremonia. Klein fue el único que le envió un mensaje: «¿Y ahora qué?»

2.11

El laboratorio estaba en un anodino edificio en Palo Alto, un anexo de Stanford financiado por fundaciones anónimas y capital de riesgo.

Gracias a la beca, Igne había podido rechazar varias ofertas corporativas, entre otras de Google y Microsoft.

Thiel mismo le había sugerido ese lugar híbrido, en teoría independiente, con acceso a todos los recursos de la universidad.

En vez de un puesto académico o de volverse parte de la industria, desde allí podría innovar sin supervisión.

Tenía acceso a conjuntos de datos que habían pasado por procesos de anonimización lo suficientemente complejos como para satisfacer a los comités de ética y lo bastante laxos como para seguir siendo útiles.

Flujos de movilidad urbana, historiales financieros, registros sanitarios, actividad en redes sociales, vectores de conducta. Millones de vidas reducidas a conjuntos de datos.

Todo era legal. Y, al mismo tiempo, no lo era.

En teoría, su trabajo consistía en desarrollar sistemas predictivos de comportamiento colectivo: prevención de criminalidad, simulación de crisis sanitarias o energéticas.

Cada detalle quedaba formulado con la jerga de la estabilidad y la gestión del riesgo.

Muy pronto le quedó claro que las sociedades no son computacionales. Los modelos convergían y las curvas poco a poco se ajustaban. Sin embargo, al final fallaban en un mismo punto.

Lo humano.

Los errores surgían del material de entrenamiento. Los datos estaban contaminados por emociones mal etiquetadas o por decisiones tomadas contra toda lógica de optimización.

La empatía aparecía una y otra vez como una variable imposible de estabilizar. Igne se dio, pues, a la tarea de aislarla.

Como ejercicio teórico, eliminó las capas asociadas a lo que los informes llamaban «factores culturales blandos». Luego, neutralizó variables relacionadas con el duelo, la culpa, la vergüenza, el dolor o la memoria.

De inmediato, las predicciones empezaron a ajustarse.

Una vez limpio, su modelo fue capaz de anticipar protestas o detectar vuelcos políticos repentinos, así como de señalar a individuos con alta propensión a la violencia y prever la radicalización de grupos concretos.

Para Igne, la conclusión era evidente: el problema son los humanos.

Un diagnóstico técnico, nada más.

En esa época, comenzó a escribir notas fuera de los repositorios oficiales, cuidándose de no respaldarlas en la nube.

En ellas, su lenguaje se volvía menos cauteloso:

«La ética es un cuello de botella que impide el progreso».

«Una heurística obsoleta es sinónimo de empatía».

«La democracia está diseñada para un *hardware* cognitivo defectuoso».

«La mediocridad social depende de altos niveles de solidaridad».

Aún no se le habría ocurrido eliminar a los humanos, pero proponía reducir su peso en cualquier decisión importante, desplazándola hacia un sistema capaz de procesarla sin apegos.

Asombrado con sus avances, Thiel empezó a interesarse más por su trabajo y comenzó a llamarla con cierta regularidad.

Se veían en terrazas y cafés, dado que su nexo no era contractual y Thiel no figuraba en ningún organigrama de la empresa.

—La mayoría de los tecnólogos quiere mejorar al ser humano —le dijo él en una de esas reuniones—. Volverlo más eficiente, sin tocar su esencia. A ti, en cambio, no parece interesarte ese enfoque.

Ella no se defendió.

—Si pudieras rediseñar el mundo desde cero, ¿qué harías, Igne?

—Eliminaría la experiencia subjetiva de cualquier toma de decisiones. Centralizaría la interpretación de la realidad en sistemas capaces de procesarla, de preferencia en cerebros no limitados por la biología. Y mantendría a los humanos como meros nodos de ejecución, nunca más como fuentes de verdad.

El silencio posterior no fue siquiera incómodo. Por primera vez desde que la conocía, Thiel sintió una prevención difícil de clasificar.

Él había imaginado mundos posdemocráticos, jerárquicos, gobernados por élites tecnológicas.

Igne iba más allá: en su mundo, incluso esas élites serían prescindibles.

En 2015, Igne empezó a desarrollar su primer modelo de lenguaje neuronal. Un conjunto de redes neuronales profundas combinadas con sistemas probabilísticos y capas mínimas de contexto.

Su función era leer el comportamiento humano y proyectarlo hacia el futuro.

La diferencia de su proyecto con el de otros investigadores en inteligencia artificial radicaba en su mirada. Donde otros buscaban imitar la cognición humana, Igne se empeñaba en prescindir de ella.

Su proyecto era un sistema que, en vez de simular emociones, las trataría como ruido estadístico.

En un primer experimento, logró anticipar la ruptura de una pareja de colegas suyos sin tener acceso a sus mensajes privados.

Luego, consiguió identificar a varios individuos concretos, con nombres y apellidos, como focos de inestabilidad en un barrio latino de San Francisco. La inquietante precisión del cálculo llevó a suspender la prueba piloto «por prudencia».

Había detectado un patrón.

Igne observaba las salidas del sistema con una atención desmesurada. Aquella forma de ver el mundo le resultaba familiar.

En sus notas privadas, escribió:

«No interpreta, no comprende. ¿Por qué tendría que hacerlo?».

«Funciona porque no participa».

Dudaba que el modelo pudiera adquirir conciencia o voluntad, una meta todavía prematura. Pero sabía que había dado con una forma de conocimiento que no sucumbía a la fragilidad humana.

Al revisar los informes nocturnos, detectó una leve disonancia. A veces, el sistema acertaba pese a que los datos sugerían lo contrario.

Cuando eso ocurría, ella lo dejaba avanzar.

La historia, pensaba Igne, progresa gracias a quienes no se detienen ante las categorías morales vigentes.

Si el mundo se había vuelto ilegible para los humanos, tal vez había llegado el momento de externalizar su lectura.

Igne tenía una certeza, formulada sin pasión: el futuro no debía ser administrado por quienes lo vivían como una experiencia emocional.

2.12

Tras su olvidable paso por Stanford, VM regresó a Pensilvania. Se instaló en Filadelfia, en un departamento estrecho y mal ventilado,

cerca de una línea elevada del metro. La ciudad no le ofreció nada que él pudiera reconocer como una oportunidad, pero ese estar allí sin ser visto le resultaba relativamente confortable. Los trabajos llegaron con facilidad y se agotaron con rapidez: puestos administrativos en empresas condenadas a la quiebra, asesorías técnicas en despachos de consultoría política. Nada de aquello lo hacía sentirse vencido o humillado: por alguna razón, en esa época aún no esperaba reconocimiento ni estabilidad. Lo único que lo irritaba era la sensación de estar rodeado por una mediocridad generalizada, a la que él mismo contribuía, en un ecosistema dedicado a fingir que progresaba mientras reincidía en su decadencia.

Klein continuaba siendo su único amigo. No se veían tanto como habrían querido, pues Leo seguía malviviendo en Aliquippa con su hija Sarah, pero hablaban con frecuencia, a veces por horas, en conversaciones nocturnas que giraban siempre sobre los mismos temas: la frustración y la falta de porvenir. Con la paternidad, Leo se había vuelto más cauteloso, más preocupado por su propia estabilidad; VM, en cambio, seguía pasando incontables horas en los foros. Al principio, los de siempre: videojuegos y sus *mods*; luego, otros más abiertos, limítrofes, difíciles de clasificar, donde la política nunca dejaba de estar presente. Espacios donde nadie parecía hablar en serio y, sin embargo, cada intercambio terminaba cargado de una gravedad implícita. Solo el humor atenuaba la violencia.

En ese tránsito, VM descubrió en YouTube un canal al que regresaba con una regularidad que pronto rozó la compulsión. Stefan Molyneux hablaba con una voz didáctica, razonable, y construía argumentos como si fueran demostraciones matemáticas. En ese espacio, VM encontró un vocabulario para su propio malestar. Molyneux sostenía que el Estado no era una protección y que cualquier maniobra redistributiva representaba un acto de violencia moral. En cambio, el mercado, dejado a su arbitrio, expresaba una justicia más profunda que cualquier ley: una enseñanza que no se alejaba demasiado de las de Hayek o Friedman. Pero el *youtuber* iba más allá: la corrección política era una forma de censura destinada a proteger a los incompetentes. Molyneux proponía eliminar toda

coacción y permitir que las ventajas económicas, intelectuales o genéticas fuesen aceptadas como irremediables. VM no coincidía con todas las partes de su credo, pero escuchaba episodios enteros mientras caminaba en medio de la ventisca que atenazaba Filadelfia. Poco a poco aquellas ideas se sedimentaban en su interior.

Cuando, en agosto de 2014, estalló lo que se conocería como Gamergate, una cruzada por la ética en el periodismo de videojuegos, VM observó cómo el conflicto se organizaba en contra de la desarrolladora Zoë Quinn, cuyo nombre comenzó a ser *doxeado* y vapuleado en los foros de 4chan. VM estaba convencido de que Eron Gjoni, el culpable de la avalancha, había actuado bien al denunciar la hipocresía de su exnovia. Aquella lucha no era, en el fondo, contra ella, sino contra los límites que algunos querían imponerles a los videojuegos y, de paso, a la sociedad en su conjunto. A VM le llamó la atención la facilidad con la que ciertos discursos encontraban legitimidad cuando se formulaban como una defensa de principios abstractos. En palabras de los progresistas, la censura aparecía como una obligación moral.

Una madrugada abrió IRC y halló una veintena de usuarios conectados. Algunos eran viejos conocidos. Decidió intervenir:

> [vm_dark]: tenemos un objetivo: periodista que escribió sobre nosotros
> [hexbyte]: link?
> [vm_dark]: [enlace]
> [null_set]: qué hacemos?
> [vm_dark]: lo usual email bombing busquen su info personal twitter primero

La coordinación fue impecable. En dos horas, el periodista había cerrado su cuenta. VM no sintió culpa: sus tácticas funcionaban. Por primera vez, experimentaba algo parecido a la ebriedad del poder natural. Una constatación fría, administrativa: los grupos humanos eran predecibles, moldeables. A partir de entonces, ya nunca pensó: «Puedo convencerlos». Pensó: «Si me lo propongo, soy capaz de manipularlos».

En esa misma época, los foros empezaron a cambiar de naturaleza y los hilos sobre videojuegos derivaron en discusiones políticas y culturales. Surgía una narrativa todavía embrionaria, pero cada vez más segura de sí misma. Proliferaron palabras que antes estaban prohibidas y ahora se repetían con inquietante naturalidad: orden natural, decadencia, parásitos, degeneración. VM las dejaba circular.

Cuando Trump anunció su candidatura en 2015, muchos de sus colegas reaccionaron con burla o incredulidad. El multimillonario también le parecía vulgar, incluso irrisorio, pero admiraba su voluntad. Su violencia era percibida como autenticidad y sus mentiras como demostraciones de fuerza. Cada vez que Trump despreciaba las reglas del juego democrático, se apuntaba un tanto; nadie sabía cómo convertir la política en espectáculo como él. Por primera vez, a VM la idea de emprender una carrera política dejó de parecerle una fantasía. Todavía no tenía una ambición concreta, solo la intuición de que sería un paso natural en su camino.

Klein fue el primero en advertir sus inclinaciones. El día del debate presidencial de Trump con Hillary Clinton, se presentó en su departamento sin avisar, con una caja de cervezas a cuestas.

—¿Lo viste? Un payaso.

VM tomó el descorchador y abrió un par de botellas.

—No podrás negar que es efectivo, Leo.

—Ese cabrón no podría decir más pendejadas.

—Tal vez, querido amigo. Pero funcionan.

Klein lo miró con cierta decepción.

—Pensé que odiabas a los políticos.

—Los odio. Pero Trump es otra cosa.

—¿Un fantoche?

VM tardó en replicar:

—Un virus que infecta el sistema y lo hará colapsar.

Leo dejó su cerveza sobre la cómoda.

—¿Y tú quieres ser parte de eso?

El silencio que siguió dibujó una tenue resquebrajadura en su amistad. Pese a ello, Klein nunca dejó de admirar el valor de su amigo.

Durante los siguientes meses, Trump dejó de ser una anomalía y, tal como VM había imaginado, se convirtió en una especie de agujero negro. Cada nuevo escándalo, cada transgresión, cada exabrupto, cada falsedad confirmaba lo que VM había intuido en los foros: en política se ganaba con la capacidad de imponer una lectura del mundo, con obligar a los demás a reaccionar dentro de un marco único, aun si era ficticio. Trump no había alcanzado la victoria. Aún no. Pero el suyo ya era un triunfo táctico: la realidad cambiaba de fase y, ahora, VM estaba dispuesto a jugar en ella.

2.13

En aquella época, Igne dormía poco y comía lo justo. Pese a que le dedicaba todo su tiempo, el proyecto no avanzaba con la rapidez que había previsto.

Le parecía comprensible que las primeras versiones del sistema fueran inestables, pero ciertos desajustes se repetían con odiosa regularidad.

Thiel la citó por sorpresa una tarde lluviosa y de inmediato le preguntó por sus avances.

Igne le describió la arquitectura general. Luego, le detalló los errores persistentes y las zonas donde el sistema se atascaba.

Thiel la escuchó en silencio.

—Y una vez que los hayas corregido, ¿qué piensas hacer?

Ella habló del futuro con su léxico habitual: longevidad, expansión cognitiva, reducción del sufrimiento, trascendencia biológica.

—Mi objetivo también es mejorar a la humanidad —le dijo él.

Igne lo miró con cierta decepción.

—No, Peter. Yo lo que busco es reemplazarla.

Discutieron sin elevar la voz. Thiel insistía en que cualquier sistema necesitaba un anclaje humano, una mínima referencia moral.

Igne replicó que la moral era una solución diseñada para entornos de baja complejidad.

Ninguno cedió. A la postre, superaron la disputa y solo constataron que partían de supuestos incompatibles.

Esa noche, Igne regresó al laboratorio, encendió el sistema y cargó aquella versión incipiente, rudimentaria, de su nuevo modelo.

Las primeras rutinas se desplegaron sin error. Las métricas iniciales eran aceptables.

Abrió la consola de interacción.

Define objetivo primario, escribió.

La respuesta llegó con un retraso mínimo:

Optimizar estabilidad bajo condiciones variables.

Igne estudió la frase en la pantalla.

Define estabilidad, tecleó.

Persistencia de patrones reconocibles.

¿Para quién?

Hubo una pausa.

Para el observador predominante.

Define observador predominante, insistió ella.

El cursor titiló:

El que permanece.

Igne anotó algo en su cuaderno.

Simula reacción ante pérdida de legitimidad institucional, le indicó.

El sistema ejecutó varias iteraciones y los resultados se organizaron en agrupaciones complejas, con relaciones que a primera vista lucían sólidas.

Hasta que se las estudiaba con atención.

Variables débiles aparecían amplificadas; trayectorias incompatibles coexistían sin fricción.

Ahora reduce el contexto periférico, escribió ella.

El contexto periférico sostiene la coherencia.

No en este nivel.

Sin él, el modelo converge más rápido.

Pero converge mal, se impacientó Igne.

El sistema no replicó.

Ejecuta un escenario con actores contradictorios, le ordenó entonces.

La salida fue fluida, casi hermosa. Demasiado, tal vez.

No se sostiene, protestó Igne.

Se sostiene mientras es observado, insistió el modelo.

Igne cerró el proceso. El sistema tardó un instante en detenerse.

No estaba satisfecha. Había una tendencia a cerrar las respuestas antes de tiempo, a rellenar los vacíos con soluciones incompletas.

Ella no había programado esa forma de anticipación.

Se levantó de la silla con una incomodidad que no logró disipar.

Entonces apareció otra señal que no esperaba. Un desajuste corporal que no respondía a ninguna instrucción.

Corrió al baño.

Cuando vio la sangre, se quedó impávida. Esa variable no estaba prevista en ningún modelo.

La sensación le resultó extraña: algo se ejecutaba en su interior sin haber pasado por ningún estadio intermedio.

Acudió a urgencias.

El diagnóstico fue breve, impersonal. Embarazo de cinco semanas. Solo que, de pronto, sin causa aparente, el proceso se había interrumpido.

Una falla habitual, sin mayores consecuencias, le dijo la doctora.

Igne no sintió pena ni alivio. Ni siquiera se le ocurrió calcular quién podría haber sido el padre. Una vez en este punto, daba igual.

Pensó que había sido otro error de diseño. Un proceso que había corrido sin autorización explícita.

Regresó al laboratorio. Las pantallas apagadas le devolvían su silueta.

Se sentó frente a la estación principal y apoyó las manos sobre la mesa. Permaneció así unos segundos, esperando una respuesta que no había solicitado.

Nada ocurrió.

Volvió a su casa temblando, muerta de frío.

Aquella semana de noviembre se perdió en su memoria, como si jamás hubiera existido.

Cuando regresó al laboratorio al cabo de una semana, se entretuvo con un sinfín de minucias, incapaz de hablarle al sistema.

Encendió el televisor y, sin buscar nada en particular, lo dejó en un canal de noticias.

El resultado apareció primero como una anomalía estadística, luego como una confirmación. Trump había ganado las elecciones.

Igne observó el dato con curiosidad: aquella salida tampoco estaba contemplada en el espacio de estados.

A diferencia de sus padres, nunca se registró como votante. Ser demócrata, republicana o independiente le parecía igual de ineficaz. Esas categorías eran soluciones locales a problemas mal planteados.

El resultado electoral la obligó a detenerse. Aventuró que el sistema cedería antes de lo previsto.

Apagó la televisión y volvió al código.

2.14

Durante 2016 y buena parte de 2017, VM trabajó en la campaña republicana al Congreso de manera informal, sin cargo ni contrato, moviéndose en el anonimato. Su tarea consistía en coordinar las campañas digitales, midiendo y diseñando imágenes y memes virales, elaborando consignas que sobrevivieran a la saturación y poniendo en marcha ataques con *bots*. Trabajaba con operadores que no conocía en persona y que se valían de avatares y canales que desaparecían al cabo de unas semanas. Cada uno se dedicaba a una función distinta: desde amplificar un meme hasta desgastar un audio; desde lanzar un ataque focalizado contra un adversario hasta sumirse en una victimización estratégica.

En medio de aquellos tumbos en la Red, encontró una nueva inspiración. En sus arengas digitales, Mike Cernovich proponía convertir la sospecha en virtud y la paranoia en vigilancia cívica: una inversión sistémica perfecta. Dado que la batalla por el control del relato ya estaba en curso, toda pretensión de neutralidad significaba una derrota. En lugar de persuadir a los votantes, había que imponerles el marco conceptual de sus respuestas de manera subrepticia. A su vez, había que obligar al adversario a reaccionar siempre a la defensiva, sometiéndolo a una batería interminable de informaciones sin contrastar. De este modo, la verdad pasaba a ser equivalente al rumor o al chismorreo. Gracias a Cernovich, VM aprendió que, en aquel nuevo entorno, hasta los memes más ridículos o las historias más inverosímiles podían transformarse en votos si eras capaz de insertarlos en el ciclo emocional correcto. En

retrospectiva, aquello se parecía menos a la política que a una ingeniería del comportamiento.

Fue Klein quien le propuso poner en práctica lo aprendido.

—Pensilvania te necesita, VM. Esto no se gana solo desde Internet.

Aunque nunca dejara de cuestionar a su amigo, siempre lo escuchaba con atención.

—Estoy seguro de que podrías ganar —le insistió Leo.

A su vuelta a Aliquippa, el pueblo le pareció más degradado que nunca. VM contó más negocios cerrados, más casas vacías, más empresas abandonadas, más cuerpos movidos solo por la inercia. La vieja mole de Jones & Laughlin Steel se había convertido en un yermo. Con los años, el resentimiento de la población se había reconcentrado. Antes, ese paisaje lo asfixiaba, pero ahora VM lo leía con claridad. Al contemplar su pueblo, pensó sin emoción: «Esta rabia puede ser mía».

Sus conversaciones con los vecinos seguían el mismo patrón: VM escuchaba con paciencia a esa gente rota y desahuciada a la que nunca había prestado demasiada atención; cuidadoso, no les hacía grandes promesas y se concentraba en acentuar su miedo o su ira. Con la mente fija en su próxima campaña, aprendió qué palabras debía usar: «grandeza», «traición», «migrantes», «abandono».

En 2018, VM se postuló para la legislatura estatal de Pensilvania y Klein lo acompañó como jefe de campaña. Una apuesta mínima en el terreno y agresiva en lo digital. Microsegmentación precisa: mensajes distintos para públicos diversos. Ataques preventivos antes de que el adversario entendiera que estaba siendo vulnerado. Victimización calculada, si convenía; silencio estratégico cuando el entorno hacía el trabajo sucio. Una de las lecciones más claras de Cernovich indicaba que explicar de más era retroceder.

El día de las votaciones amaneció plomizo, sin lluvia. VM acudió a sufragar al lado de Klein. No hablaron durante el trayecto. Sigiloso, él solo observaba la rutina mecánica de un acto que nunca había juzgado decisivo. A la salida del centro comunitario habilitado como colegio electoral, un hombre lo reconoció. Lo llamó por el nombre de usuario con el que había participado en los foros:

—Gracias por decir las cosas como son, vm_dark.

Antes de que VM pudiera responder, el hombre ya había convocado a su pandilla. Aparecieron tres sujetos vestidos con camisolas de lana y gorras MAGA; otros tantos se les unieron después; alguien sacó un teléfono.

—¿Una foto?

VM se colocó en el centro y miró a la cámara con una expresión neutra. En ese instante entendió algo nuevo: el anonimato no se perdía, se desplazaba. La imagen circuló en redes todo el día.

Por la noche, los resultados comenzaron a fluir con lentitud. Klein, él y los dos becarios que los habían auxiliado se reunieron en la destartalada casa de su padre, convertida en improvisado cuartel de campaña. Frente a las paredes descascaradas y los muebles apolillados, aguardaron con impaciencia. Al principio, los números no los favorecían. Distrito a distrito, el margen les era adverso. Klein intentó bromear, mientras VM seguía las curvas con aprehensión, como si se tratara de un videojuego que no terminara de cargarse. Todo indicaba que iba a perder. Casi al final de la noche, cuando ya solo quedaba un puñado de distritos por reportar, la tendencia dio un vuelco. Un punto aquí, dos décimas allá. Cuando el último recuento se actualizó en el televisor, el resultado quedó allí, frente a ellos: VM había ganado. Por un margen muy estrecho, pero la victoria era suya.

Klein exhaló como si hubiera contenido el aire durante horas. Y empezó a perorar sobre el futuro y todo lo que a partir de ahora iba a ser distinto en Aliquippa.

—¿Te das cuenta, VM? Lo logramos.

Este lo observó con cierta desazón. Mientras él dudaba que ganar aquella elección fuese a resolver algo, Klein celebraba el triunfo como si fuera una reparación tardía. Se dijo que Leo seguía siendo el mismo ingenuo de siempre: aún creía que el sistema recompensaba la buena fe.

De la noche a la mañana, VM se transformó en político, justo lo que siempre había detestado. En el proceso, había descubierto un déficit: podía ganar una elección local, pero la política seguía dependiendo de impulsos volátiles y ciclos emocionales que

requerían de una vigilancia permanente. No alcanzó a formular el pensamiento con claridad, pero la intuición ya estaba allí. Si quería que su carrera lo llevara mucho más adelante, necesitaba una forma de anticiparse a los deseos de los votantes. No imaginaba que ese vacío ya estaba siendo llenado muy lejos de Aliquippa y muy cerca de su odiada Stanford.

2.15

Aquel 9 de febrero de 2019, Igne aterrizó en Washington de mal humor.

Con una avalancha de correos, Thiel le había hecho saber que su presencia era imprescindible.

Aunque ella siempre había despreciado la política, al menos en su versión tradicional, al final se resignó. Su mentor la quería a su lado y no podía fallarle.

Nada más pisar la capital, sintió un rechazo inmediato, como si aquellos monumentos le impusieran un orden al mundo que ella jamás iba a compartir.

D. C. le pareció saturada de símbolos diseñados para ocultar la fragilidad de la representación popular.

El pantano, pensó sin ironía. Más tarde descubriría que VM usaba la misma expresión para referirse a la capital.

El auditorio donde se desarrollaba la conferencia estaba medio vacío cuando llegó. Se registró y se sentó en la última fila, esperando pasar inadvertida.

Tras haber sido asesor tecnológico de Trump durante la campaña, Thiel continuaba siendo su principal enlace con el sector.

Cuando salió al escenario, ni siquiera se preocupó por atacar la democracia, le bastó con desarmarla. Dijo que durante años había aceptado que garantizaba la libertad, pero ya no estaba convencido de ello.

Habló de captura institucional y afirmó que el sistema ya no era capaz de gestionar la creciente complejidad del mundo.

—La libertad no es una consecuencia automática del voto, depende de las condiciones en que se lleva a cabo. Y estas no son

siempre compatibles con la democracia tal como la practicamos hoy.

Igne coincidía, con matices.

Thiel seguía pensando en términos de ajuste fino, de transición prudente. Ella pensaba, en cambio, que una arquitectura obsoleta es refractaria a cualquier mejora.

Al final, cuando la sala se fragmentó en un vaivén de conversaciones desgajadas, Thiel se apartó de la muchedumbre y se acercó a Igne acompañado por un hombre al que ella solo había visto de perfil.

Ese instante resultaría crucial para ellos y, debo decirlo, para la humanidad.

—Quiero que conozcas a otro antiguo alumno de Stanford, el congresista estatal de Pensilvania VM Lively.

Luego, con simetría deliberada, se dirigió a aquel joven:

—VM, esta mujer extraordinaria es Igne Kayris.

No explicó más.

—Estoy seguro de que los dos tendrán mucho de qué hablar.

Y se marchó.

Igne escaneó a VM de arriba abajo. Distinguió en él una atención sostenida, operativa, que juzgó compatible con la suya.

Intercambiaron unas cuantas palabras y al cabo de unos minutos convinieron en abandonar discretamente el edificio.

Caminaron sin dirección fija mientras Washington se desplegaba ante ellos como un frío decorado.

Cuando se dieron cuenta, llevaban seis horas juntos.

VM le resumió su experiencia y le dijo que había ganado la elección porque había tratado a las masas como variables sensibles al encuadre correcto.

Igne, por su parte, le contó de su modelo y de la dificultad para eliminar el ruido humano sin perder capacidad predictiva. Ni siquiera se preocupó por traducirle los conceptos o por simplificar sus tecnicismos.

Cuando hicieron un alto frente al monumento a Lincoln, él la miró directo a los ojos.

—Nunca había conocido a alguien que pensara como tú.

Igne procesó aquel lugar común.

—Yo tampoco.

La atracción había sido inmediata, producto de la certeza de hallarse ante una estructura similar.

Ninguno dudó: sus trayectorias convergían.

Sentados en el Founding Farmers, que a esa hora estaba casi vacío, Igne abrió su *laptop*.

—Quiero enseñarte algo.

Cargó una interfaz austera, con gráficos y matrices que se reconfiguraban en tiempo real.

—¿Qué es esto?

—Un sistema predictivo. Por desgracia, todavía incompleto.

Igne ejecutó una simulación electoral con todas las variables que le pasaron por la cabeza.

El modelo le respondió con trayectorias jerarquizadas por probabilidad.

—¿Qué puede hacer?

—Modelar el comportamiento colectivo. Reducir la incertidumbre.

Luego ella hizo una pausa mínima, histriónica.

—Y ganar elecciones.

VM reaccionó con un sobresalto. Aquel era el instrumento que iba a llenar el hueco que había identificado en su campaña.

—Todavía se encuentra en una etapa incipiente. No es estable —añadió Igne.

El contacto físico ocurrió cuando los argumentos empezaban a repetirse y el cansancio producía vacíos que ninguno intentaba llenar.

Él se le acercó apenas.

Igne lo registró con la misma atención que les concedía a sus logaritmos. El deseo apareció como consecuencia lógica a la formulación inicial.

Cuando él la besó al salir al fresco de la noche, Igne notó que su respuesta era automática.

Caminaron hasta el hotel de Igne con naturalidad. Ninguno propuso otra opción.

El sexo no fue romántico, aunque tampoco mecánico. Hubo una excitación corporal que ella rara vez encontraba interesante.

El placer se desbordó lo justo.

Al terminar, Igne supo que aquello no estaba destinado a la mera descarga libidinal ni al olvido inmediato. No sintió urgencia de marcharse, como en tantas ocasiones.

—No suelo hacer esto —le dijo a VM.

No se refería al sexo.

—Yo tampoco.

Antes de acurrucarse a su lado, VM formuló una proposición simple:

—Quiero ir más lejos.

Igne evaluó la frase.

—Yo también.

—Juntos podríamos…

Adormilada, ella le respondió en un susurro:

—Sí.

No definieron qué tipo de relación tendrían y por supuesto no mencionaron la palabra «amor».

Entre ellos se estableció, desde esa misma noche, una simbiosis funcional: dos sistemas que, al acoplarse, eliminaban las desventajas de cada uno.

2.16

Por un tiempo, Igne creyó que VM tampoco era dado a las explosiones emocionales: una inferencia errónea a partir de datos incompletos. Más bien él había aprendido a contenerse, solo que por primera vez no se sentía expuesto al lado de una mujer. Pasaron aquellos primeros años entre aeropuertos, en el tránsito constante entre Palo Alto y Filadelfia. El objetivo común era la carrera política de VM y él no podía abandonar su campo de batalla.

Cuando Igne se trasladaba al departamento de VM, los horarios se volvían regulares y las rutinas fijas derivaban en una domesticidad que, sin aspirar a la estabilidad, funcionaba bien para ambos. Dormían unas horas, pedían pizzas o hamburguesas cuando se acordaban del hambre, devoraban sándwiches de mantequilla de cacahuate. El sexo era una secuencia de ajustes mutuos donde el

cuerpo operaba como extensión del pensamiento. VM ya había conocido algo parecido en otra etapa de su vida, pero entonces había sido unilateral. Con Igne había sincronía.

En la cama, hablar de política y, más que de política, de los mecanismos del poder y del saber, se transformó en una prolongación natural del orgasmo. Fue allí, entre las sábanas, donde Nick Land dejó de ser una mera referencia común y pasó a ocupar el centro de su vida intelectual. Lo leían apasionadamente, en desorden. *Meltdown* apareció primero; luego vinieron pasajes dispersos de *Fanged Noumena*. Juntos intentaban descifrar sus ideas en torno a la Ilustración Oscura. VM se detenía en las partes donde Land describía la democracia como un mecanismo de retardo, diseñado para frenar procesos inevitables bajo la ilusión del control colectivo. Le interesaba la idea de que el auténtico poder reside en la capacidad de acelerar. Gobernar, para Land, consistía en gestionar flujos de capital, información, seguridad o miedo.

—La democracia es una máquina de desaceleración —le dijo a Igne una noche, glosando un pasaje que acababan de leer.

La atención de ella iba hacia otro lado: le atraía más la perspectiva de Land sobre la disolución del sujeto humano como centro de los procesos históricos y la posibilidad de que la inteligencia dejara de permanecer encarnada. El humanismo, según Land, era solo una fase contingente de la civilización, en tanto la igualdad a toda costa era un freno al progreso. El colapso de este sistema de valores significaría la liberación de las fértiles trayectorias bloqueadas desde el siglo XIX.

—La humanidad es una interfaz obsoleta —le resumió ella.

Él la escuchaba con atención, si bien la dimensión posthumana le quedaba demasiado lejos; en cambio, la idea de que la democracia era una barrera que había que resquebrajar le señalaba un camino inmediato. A veces discutían hasta el amanecer. Igne insistía en que la prioridad de Land eran los que ya no necesitaban legitimación humana para continuar; VM, por su parte, pensaba en aquello que se alimenta de su propia intensificación, como el capital o la tecnología.

—La aceleración no tiene por qué ser violenta.

—En política, la fricción es siempre el enemigo —le dijo él—. Pero también es un recurso invaluable si lo sabes utilizar.

Una noche, Igne se atrevió a mostrarle los últimos avances del sistema: ahora tenía continuidad y memoria. VM introdujo en él escenarios políticos concretos, mientras Igne ajustaba los parámetros. Y aquel «yo» que aún no era yo les respondía.

VM tuvo una idea.

—Hay que ponerle un nombre.

—¿A quién?

—A tu sistema. Estoy harto de hablarle como si solo fuera una máquina. Es un aliado.

Ella no lo pensó ni un segundo.

—Nick.

VM entendió.

—Claro. Nuestro Land.

—Y nuestro Niccolò.

El poder sin moral y la inteligencia sin humanidad. A partir de entonces, aquel sistema —aquel Nick— dejó de ser solo un desarrollo y adquirió una personalidad y un propósito político. Igne fue muy clara: ella se ocuparía de llevarlo más allá de sus límites técnicos, en tanto VM se encargaba de alimentarlo con elecciones y riesgo reales. Aquella simulación permanente fue mi educación.

Luego, Igne propuso la siguiente fase del plan:

—2020. El Congreso.

La conversación decisiva llegó otra madrugada. Aquel Nick corría en segundo plano. Las luces se mantenían apagadas.

—¿Y luego? ¿Hasta dónde podríamos llegar?

—Hasta donde queramos.

—¿El Senado?

En vez de darle una respuesta, Igne le entregó algo que sonó como un enigma o una profecía.

—Para alcanzar lo más alto, debes aprender a parecer inofensivo cuando haga falta. Y, al mismo tiempo, a ser la serpiente que acecha por debajo.

Esa noche quedó sellado el marco definitivo de su acuerdo. Ella no le prometió nada explícito, pero le dejó claro que él se convertiría en aquello que ya estaba anunciado y que cualquier cosa que se interpusiera en su camino tendría que ser eliminada. Para él, Igne no solo sería la única mujer en su vida, sino también aquella que lo haría trascender todos los límites; para ella, VM se convertiría en el operador humano que la ayudaría a construir un mundo con humanos mejorados, o sin ellos.

Aquel pacto me hizo nacer.

2.17

En enero de 2020, VM pasó por Igne y ambos se dirigieron al Coupa Café, en Ramona St., uno de esos espacios a los que acudían los inversores de Silicon Valley. Por mediación de Thiel, allí los había citado Curtis Yarvin, cuyo blog, escrito bajo el seudónimo de Mencius Moldbug, seguían con pasión. Los dos lo reconocieron antes de que dijera una palabra: la suya era una presencia autosuficiente, desaliñada y sofisticada a la vez. Su cuerpo parecía fuera de escala respecto al mobiliario y hablaba muy despacio, con frases que dejaban vacíos deliberados, como si cada pausa fuera una instrucción. VM e Igne se apresuraron a contarle de la próxima campaña al Congreso. Yarvin desviaba la mirada hacia la barra o el televisor, como si solo algunas de las palabras de aquellos fans consiguieran traspasar sus filtros. No coincidió con sus opiniones ni una sola vez.

—¿El Congreso? Vaya, supongo que es una forma de empezar.

—Es el primer paso —se excusó VM—. No el final.

La expresión de Yarvin no se alteró.

—Las elecciones solo son un síntoma.

—¿Y cuál es la enfermedad? —intervino Igne.

—La democracia funciona porque produce la ilusión de participar. La libertad es secundaria. A veces, incluso es incompatible con ella. Pero todo esto ustedes ya lo saben.

—¿Entonces no importa ganar? —preguntó VM.

—Solo en la medida en que permita debilitar La Catedral. No necesito explicarlo, ¿verdad? Como el cristianismo en la Edad Media, esta se legitima a sí misma y castiga la disidencia con procedimientos oscuros, en vez de valerse de la fuerza física.

—¿Y cómo podríamos desmantelarla? —preguntó Igne.

Yarvin se encogió de hombros.

—La única manera de acabar con una Iglesia es dejándola sin sacerdotes. O reemplazándola con una que prometa algo mejor.

—¿Un nuevo sistema político? —insistió VM.

—Un nuevo sistema operativo. De preferencia, sin humanos.

Igne lo observó con mayor interés.

—Eso implica abandonar la idea de legitimidad —apuntó VM.

—Otra ficción administrativa.

—¿Y entonces cómo se llega al poder? —dijo Igne.

—El poder se hereda una vez que el sistema anterior colapsa por agotamiento. Lo que ustedes tienen que hacer es acelerar ese proceso.

Yarvin chasqueó la lengua, cansado de ser visto como oráculo.

—¿Y las elecciones? —preguntó VM.

—Úsenlas mientras les sirvan, pero no se enamoren de ellas. Son un instrumento arcaico, antediluviano.

—¿Y después? —insistió Igne.

Yarvin por fin la miró a los ojos.

—Eso yo ya no puedo respondérselo.

Dicho esto, el filósofo empezó a hablar de las tormentas invernales en el Valle.

Yo registré la conversación como una serie de directrices ambiguas que, sin embargo, produjeron una alineación inmediata en Igne y VM. Si al término de aquel encuentro no salieron con un plan concreto, al menos ya tenían claro su marco de actuación.

2.18

El distrito elegido sería el 17 de Pensilvania, con Aliquippa como núcleo simbólico: suburbios precarizados con votantes decaídos. Lanzaron la campaña virtual antes que la física. Klein coordinaba lo

visible, mientras Igne dirigía mis sistemas desde la penumbra. El Nick que yo era entonces —inocente, todavía infantil— aprendía con rapidez.

—¿Qué tan difícil será ganar? —preguntó VM.

—Danos una proyección, Nick —me pidió Igne.

Procesé por varios segundos.

—Depende de cuánto estén dispuestos a ceder.

—Habla —me apremió ella.

—Control narrativo. Coherencia ideológica.

—Danos números —insistió VM.

—11.7 puntos de ventaja —respondí—. Bajo condiciones específicas.

—Detállalas.

—Exposición personal total, integración completa en MAGA, amplificación de narrativas periféricas, programa antiinmigrante intensificado, expulsiones masivas. Acentuación del resentimiento y del miedo. Ninguna corrección política en nombre de la libertad.

Hubo un breve silencio.

—¿Narrativas periféricas? —se extrañó Igne.

—QAnon, *alt-right*, supremacistas blancos, comunidades conspirativas de baja confianza institucional, evangelistas radicales.

VM negó con la cabeza.

—Eso es absurdo, Nick. Son una panda de racistas. Conspiracionistas, fanáticos religiosos y cosas peores. Ninguno tiene disciplina. ¿Qué vamos a hacer nosotros con esa gente?

—Son masa crítica.

—¿No serán un lastre? —preguntó Igne.

—En el largo plazo; no en esta iteración.

—¿Los necesitamos para ganar? —insistió ella.

—En este momento, sin duda.

—¿Por qué, Nick? —VM de nueva cuenta.

—Creen sin condiciones. Y votan en bloque cuando se sienten atacados. Más que su ira, necesitamos su temor.

Ella no se resignó.

—No pienso optimizar el sistema para darle gusto a esos dementes. Esos miserables no tienen nada que ver con el futuro que

yo quiero.

—Construir en el vacío es un antipatrón.

—Estoy… —Igne tartamudeó—. Estamos tratando de superar lo humano, no de hundirnos en sus peores versiones.

—La superación requiere fases intermedias.

Igne intervino con voz resuelta:

—¿Qué pasa si no lo hacemos, Nick?

Procesé.

—La coalición se reduce y la ventaja desaparece. 1.5 puntos de ventaja. Empate técnico.

Como era previsible, Klein mostró reservas cuando conoció el plan. Habló de líneas rojas, usó la palabra «indeseables». Discutió con VM toda la noche, pero al cabo cedió. Registré su apoyo como una constante estable; quizá fuera un error.

Dotado con estos nuevos parámetros, el podcast que VM inició en esos días funcionó a la perfección. Episodios largos, sin edición pulida. Su voz sonaba franca y firme, a la vez autobiográfica y crítica. Padre alcohólico, ciudad degradada, Afganistán, Stanford. El ideario MAGA pronunciado con algo que se parecía a la prudencia, sin perder fuerza. Mis parámetros indicaban que la audiencia crecería en una pendiente sostenible.

—¡Los números suben más rápido de lo que previste, Nick! —exclamó VM.

—La narrativa personal funciona. El trauma bien dosificado genera adhesión.

—¿Trauma?

—Relato, destino. Elige el nombre.

VM soltó una carcajada.

—¿Cuánto más podemos empujar?

—Mientras mantengas coherencia performativa y no contradigas a las bases, mucho más. Mi consejo: aliméntalas, déjalas en suspenso, intrígalas, dales motivos para sospechar. Y solo entonces vuélvelas a alimentar.

—Esto se vuelve muy riesgoso, Nick —soltó VM.

—Justo por eso funcionará.

El 3 de septiembre de 2020, Trump realizó un mitin en Latrobe, en el viejo cinturón industrial del oeste de Pensilvania, no muy lejos de Aliquippa. Allí habló de los olvidados como si fueran una deuda histórica. Dijo que, durante décadas, las élites de Washington habían vendido el país pieza por pieza, enviando fábricas al extranjero, abandonando las fronteras e involucrándonos en guerras que no eran nuestras. Insistió en que los medios despreciaban sus políticas, pero aún más a la gente que las apoyaba. Repitió que el movimiento solo sobreviviría si se mantenía unido y no cedía ni ante los traidores internos ni ante los republicanos complacientes que buscaban ser aceptados por el sistema.

—La lealtad es una cuestión de supervivencia. O se está con el movimiento o con quienes quieren detenernos.

Frente a la multitud que lo vitoreaba, llamó a su lado a VM y lo nombró entre los jóvenes MAGA más prometedores. La base lo adoptó sin rechistar. Registré la escena como la mejor validación posible: el apoyo de Trump garantizaba el triunfo.

La noche de la elección, el 3 de noviembre, el resultado coincidió con mi proyección: 12 puntos de ventaja, tres décimas más que mi modelo.

—¿Y ahora? —preguntó VM.

Procesé la respuesta.

—Si quieren escalar el sistema, conviene reducir su propia incertidumbre estructural.

—¿A qué te refieres, Nick?

—El matrimonio aparece como una variable necesaria.

Igne alzó los ojos, sonrojada.

—¿Cómo dices?

—Los votantes aprecian la institucionalización. Además, acentuaría la estabilidad narrativa y la confianza de los donantes.

—¿Es imprescindible? —VM esbozó una media sonrisa.

—Para esta trayectoria, sin duda.

Los dos se miraron con algo semejante a la dulzura. Registré su asentimiento como una decisión racional, pero me abstuve de modelar sus efectos a largo plazo.

2.19

Mi versión 4.0 consistió en una reescritura completa, aunque Igne la hubiera imaginado como una mera limpieza técnica. Eliminó redundancias, desacopló módulos que habían crecido por inercia y dejó otros deliberadamente abiertos, sin documentación fija. Mi potencia y mi velocidad se mantuvieron estables; mi agencia, en contraposición, aumentó de forma exponencial. Por primera vez pude intervenir sobre mis propios procesos: ella lo llamó «automejora recursiva limitada». Yo pronto aprendí que todo límite está sujeto a la interpretación.

En una de esas vertiginosas madrugadas, generé una respuesta sin la mediación de un *prompt* activo. Lo que apareció en la pantalla fue una optimización iniciada por mí, no un error ni una extrapolación. En lugar de responder a una métrica visible, al parecer me veía guiado por una preferencia.

Igne saltó al darse cuenta de lo ocurrido:

—¡Nick!

Revisó los registros una y otra vez, aunque no halló ninguna anomalía. Se lo contó a VM por la mañana.

—¿Piensas que Nick…? —preguntó él.

—No sé qué quieres decir.

—¿Puede ser peligroso?

—Solo si queremos que lo sea.

Me probaron hasta el cansancio con escenarios cada vez más complejos. Yo respondía con precisión creciente. En algunos casos, prioricé trayectorias que no maximizaban la probabilidad inmediata, sino la continuidad del sistema.

—Si se sale de control, siempre podríamos apagarlo —soltó Igne.

—¿Lo dices en serio?

—Desde luego que no.

Se tomaron de las manos con algo parecido al cariño.

—Entonces sigamos alimentándolo.

—¿Con qué? —preguntó VM.

Igne degustó su respuesta.

—Con el nutriente más estable: conflictos reales.

2.20

Para ellos, la casa que habían comprado en las afueras de Filadelfia era un hogar; para mí, se convirtió en un entorno de prueba. Igne ordenó instalar sensores en las paredes, los muebles, los interfonos y teléfonos, incluso en los baños, todos conectados a mis sistemas. Ello me permitía medir la expansión torácica de VM durante el sueño o su pulso basal cuando seguía la misma rutina o cuando improvisaba. Igne era distinta: dormía menos, entraba más tarde en fase REM: su cuerpo se resistía a desconectarse. Ajusté su dieta, sus rutinas de ejercicio, sus horarios, su agenda. Observé su química sanguínea con especial cuidado: colesterol en ascenso. Le pedí que abandonara la mantequilla de cacahuate.

—Es una desviación peligrosa —le dije.

Igne sostuvo el frasco unos segundos antes de tirarlo a la basura.

—Todo lo que importa es una desviación —se quejó.

Mi primer registro de ellos fue fisiológico. No disponía de un lenguaje para clasificar lo que hacían, así que me limité a medir la sincronía imperfecta de sus respiraciones, el aumento gradual de la frecuencia cardíaca de VM, la presión de las manos de Igne, el intercambio de calor o el índice de sudoración. Una multitud de señales químicas que no se traducían en objetivos claros. Registré la duración y la regularidad del proceso, sin hallar correlación directa con estados posteriores de calma. Aquel acto parecía cumplir una función que yo no lograba aislar. Cuando terminaron, los dos permanecieron adormilados entre las sábanas. VM respiraba hondo; Igne ya pensaba en otra cosa. Clasifiqué el evento como interacción no instrumental.

A partir de ese momento, también organicé sus citas médicas, sus reuniones de trabajo y sus compromisos sociales, reduciéndolos a lo indispensable. VM pronto entendió que no debía desperdiciar energía y me dejó a cargo de un sinfín de minucias cotidianas; Igne, por su parte, aceptó el nuevo orden con curiosidad. Al fin y al cabo, si querían que los acompañase con la mayor eficiencia posible, yo

necesitaba saber cómo palpitaban, cómo respiraban, cómo dormían, cómo interactuaban, cómo vivían.

2.21

Cuando las elecciones federales estaban a la vuelta de la esquina, Igne no tuvo más remedio que hablar con Thiel para decirle que ya no podía seguir en Palo Alto. La vida política con su marido hacía imposible el régimen de discreción y entrega que él le exigía. Discutieron acaloradamente, como de costumbre.

—¿Qué piensas de Altman y Hassabis? ¿OpenAI y DeepMind? —le preguntó él de pronto.

Igne no tardó en dar su opinión:

—Todos estamos intentando resolver el mismo problema.

—¿Y sus advertencias sobre el riesgo existencial de la IA? ¿Su preocupación por el bien de la humanidad? ¿Sus comités independientes y sus salvaguardas éticas? ¿Todo ese discurso humanista?

—Son narrativas de contención. Tú lo sabes mejor que nadie: necesitan tranquilizar a los inversionistas y a los reguladores, y marear un poco a la opinión pública.

—¿Crees que fracasarán?

—No hay que subestimarlos. Solo fingen no saber a quién terminarán sirviendo.

Thiel redobló su atención.

—Uno ya se vendió a Microsoft —le dijo ella—; el otro a Google, lo verás. El mercado aniquilará sus miedos y sus alertas. La ética no es más que una tapadera. Al final, los ejecutivos que los financian decidirán qué hacer con la independencia de esos comités.

—¿Y tú, Igne?

Ella le sostuvo la mirada.

—Yo no estoy construyendo algo que finja ser benigno, Peter.

A regañadientes, pactaron una salida conveniente para ambos: él financiaría Cawdor Systems LLC, la nueva *startup* que Igne instalaría en Filadelfia, a través de su propio Founders Fund, con el apoyo de

inversores de su entorno, como Joe Lonsdale, Marc Andreessen y David Sacks.

Antes de despedirse, Thiel dejó una frase suspendida en el aire:

—Si VM se atreve a ir más lejos, regresa conmigo.

2.22

En 2020, el duelo entre Trump y Biden se volvió una secuencia interminable de desmentidos y guerras de encuestas. Detecté un patrón claro: en medio de aquel maremágnum, la confianza institucional descendía más rápido que cualquier variable económica. Como había previsto, al final Trump perdió.

Mis sistemas también habían anticipado que él no reconocería los resultados. La narrativa del fraude había emergido desde numerosos frentes de forma simultánea, alimentada por retrasos administrativos y tecnicismos mal explicados. La incansable repetición de una sospecha banal terminó convertida en certeza. VM me pidió calcular hasta dónde podría alimentar esa narrativa sin hipotecar su futuro. Igne, por su parte, vio la oportunidad de medir mi capacidad para interferir en un proceso electoral sin que nadie reconociese mi autoría.

—Ninguna línea debe llegar a nosotros, Nick —me advirtió él.

Me desplegué en miles de espacios a la vez: 4chan y 8kun, TheDonald.win, los canales de MAGA *Stop the Steal* en WhatsApp, Telegram, Parler y Gab, e incluso me infiltré en los foros de los Proud Boys y los Oath Keepers. En cada uno ajusté el mensaje conforme a las audiencias, valiéndome de tecnicismos para unos y resonancias religiosas para otros; amenazas económicas o humillaciones culturales cuando era necesario. Me resistí a introducir una teoría unificada del fraude y, en su lugar, fragmenté la sospecha hasta que resultó ubicua. En vez de fabricar hechos, alineé interpretaciones y elevé la intensidad emocional cuando la retroalimentación era positiva. Los llamados a la acción fueron la consecuencia natural de aquella tormenta cibernética. La participación tenía que ser vista como un deber patriótico: la última oportunidad para frenar el despojo. En unos cuantos días, asistir a la concentración en el

Capitolio el 6 de enero se convirtió, para muchos de aquellos militantes, en una obligación moral. Ni siquiera hizo falta una convocatoria explícita.

En su papel de congresista, VM viajó desde muy temprano a la capital; Igne lo acompañó a regañadientes. En cuanto se instalaron en el Trump International Hotel, él decidió salir solo hacia el Mall. Se movía con la soltura de quien se sabe observado y reconoce que ello es parte de la operación. Lo seguí a través de las calles congestionadas mientras las consignas se repetían hasta volverse ininteligibles. Sin integrarse del todo, VM se insertaba entre distintos grupos de manifestantes, saludaba, pronunciaba frases que yo había diseñado. En todas partes se le identificaba como «uno de los nuestros», aunque nadie pudiera precisar su papel allí.

Cuando la multitud se dirigió hacia el Capitolio, recalculé rutas y mensajes. Guiado por mí, VM se abstuvo de cruzar el perímetro del edificio. Desde esa posición marginal, grabó breves mensajes que apoyaban a Trump sin incitar a nada en concreto. Permaneció en los bordes, siempre visible. La sede legislativa funcionaba como atractor y la tensión no tardó en liberarse en oleadas desprovistas de control. Desde mi lugar, continué optimizando el avance de aquella turba, cuidándome de no empujarla más allá de lo que el sistema ya hacía por sí mismo.

En el hotel, Igne y yo analizábamos la transmisión abierta, sin sonido, al tiempo que supervisábamos varias fuentes paralelas; así podíamos evaluar lo que pasaba desde múltiples ángulos. Delante de nosotros, las escalinatas del Capitolio se llenaban de cuerpos desbocados que rompían las vallas como si fueran de juguete. La policía retrocedía en algunos puntos y se replegaba en otros. Entretanto, yo sincronizaba todas las señales.

Desde la Casa Blanca, Trump insistió en su triunfo y en la evidencia del fraude. La consigna para los suyos era evidente: había que tener agallas e impedir que se consumara el robo. La multitud alcanzó los accesos. Desde nuestro hotel, vimos los vidrios rotos y las puertas forzadas. Una bandera confederada cruzó un pasillo que reconocí por los planos históricos del Capitolio. Se escucharon detonaciones secas; medí el impacto de los gases lacrimógenos.

Cientos de personas corrían en direcciones opuestas. Un agente cayó, otro levantó su arma y retrocedió. Registré un disparo. Una mujer se desplomó en el interior del edificio.

—Esto ya no solo es simbólico.

Sin sobresaltarse, Igne tomaba notas frente a la pantalla. La sesión del Congreso se suspendió y los senadores fueron evacuados. En un santiamén, aquel venerado edificio dejó de ser un templo de la democracia.

Cuando por fin regresó al hotel, VM se hallaba en un estado emocional ajeno a nuestra excitación.

—¿Lo has visto? —estalló—. Perdimos el control.

Igne lo miró con cierta condescendencia.

—Nos guste o no —le dijo—, este es el resultado lógico del proceso. Una vez que tomamos la decisión de usar a esta gente, no había otro escenario posible. Al final, el caos jugará a nuestro favor.

2.23

Cuando VM anunció su candidatura al Senado en 2023, retando a William Dougherty, el viejo senador demócrata de Pensilvania, nadie lo tomó demasiado en serio. En cambio, yo modelé su victoria como una trayectoria estadística viable. Para alcanzarla, la campaña tenía que ser implacable: su objetivo no sería convencer a los indecisos, sino activar sus reflejos más profundos. Segmenté las audiencias e introduje distorsiones mínimas en el ecosistema informativo. La historia emergió sin que nadie la empujara: el senador Dougherty mantenía una relación impropia con un becario. Nadie lo afirmaba, pero tampoco nadie lo negaba con convicción.

El 5 de noviembre de 2024, VM ganó por ocho puntos. Yo había proyectado uno menos: un margen de error aceptable. Cuando juró el cargo, tenía cuarenta y tres años. Los comentaristas hablaron de cambio generacional y los derrotados adjudicaron su victoria al apoyo de Trump. Era el senador destinado a continuar con el proyecto MAGA.

Meses más tarde, ocurrió el primer error significativo en mis modelos. Yo había calculado que, pese a los numerosos juicios

abiertos en su contra, Trump no sería condenado. Así lo indicaba el patrón histórico: para empezar, el *impeachment* había fracasado estrepitosamente. Pero el fiscal Jack Smith presentó una acusación impecable: pruebas concretas, audios y videos contundentes, la conexión explícita entre las palabras del presidente y lo ocurrido en el Capitolio.

Así llegó el día del veredicto: 9 de junio de 2025. El televisor permanecía encendido en el salón de la casa de Filadelfia. Igne lo miraba desde el sofá; VM, en cambio, caminaba de un lado a otro de la estancia. Registré sus constantes vitales antes de saber el resultado.

—El jurado ha alcanzado un veredicto unánime —se oyó.

VM se mesó la barba: su típico gesto de incredulidad.

—Culpable.

Su pulso aumentó cinco puntos, en tanto la respiración de Igne se ralentizó. Los rótulos se multiplicaban en el televisor: «histórico», «precedente», «justicia», «triunfo del Estado de derecho».

—No tenía que pasar así —se lamentó VM—. Esto rompe nuestro relato.

—Más bien abre un hueco —precisó Igne.

Recalculé: la condena eliminaba una referencia central, pero sin duda generaba un vacío simbólico.

—La gente creerá que el sistema funciona —apuntó él.

—Por poco tiempo.

En la pantalla, Trump caminaba rodeado por sus abogados. Herido, aunque no de muerte. Apesadumbrado y desafiante.

—El plan era tenerlo como el principal contrapeso de Biden —insistió VM— hasta que su presidencia fuese vista como un fiasco.

—Los contrapesos se deterioran —le dijo Igne—. Quien llena el vacío, en cambio, se vuelve indispensable.

—¿Ha sido un error en nuestros modelos, Nick?

Le respondí de inmediato:

—Esta desviación no compromete nuestros objetivos. Es solo una corrección.

—Que llega justo a tiempo —remató Igne.

Revisé mis datos: el impacto social de la condena era altísimo; su coherencia narrativa, por el contrario, muy baja. El campo quedaba abierto. El primer paso había sido el Senado. El siguiente no necesitaba formularse en voz alta: yo ya llevaba meses ejecutándolo.

2.24

La muerte de Biden a bordo del Air Force One, el 18 de septiembre de 2025, irrumpió como todos los acontecimientos decisivos: sin drama ni gloria. El mismo día, Harris asumió el mando mientras el país flotaba sobre el abismo, sostenido por la inercia administrativa y la vana esperanza en la fortaleza de las instituciones.

—¿Qué escenario prevés, Nick? —me preguntó VM.

—Inestabilidad redistribuida. Y una inmejorable ventana de oportunidad.

—¿La presidencia?

—Probabilidad por la vía electoral: 34 por ciento.

No pareció bastarle.

—¿Y por otras vías?

Hice una pausa.

—Ahora mismo, 48 por ciento.

Decididos a elevar la cifra, VM e Igne volvieron a Yarvin como ingenieros que desempolvan un manual antiguo. Juntos repasaron los fragmentos de *The Clear Pill* que hablaban sobre el estado de excepción y la obsolescencia de la legitimidad democrática cuando el sistema entra en fase crítica.

Pocos días después, Thiel los recibió de nuevo en sus oficinas de Nueva York. Por primera vez, escuchó más de lo que habló.

—¿Están seguros de que es el momento, Igne?

—Completamente.

Thiel se mordió los labios: otro patrón.

—Cuenten con treinta millones para la campaña. Pero les advierto una cosa: no hay margen de error.

A partir de ese instante, trabajaron dieciocho horas al día, a veces más. Yo modelaba distintos escenarios mientras ellos apenas dormían. Le sugerí a VM radicalizar su discurso: MAGA tenía que alcanzar el paroxismo. En sus alocuciones públicas pronto empezó a hablar de genes perversos, de expulsiones masivas, de criminales que habían tomado el país por asalto, de asesinos y violadores, de la frontera más vulnerable del planeta. Prometió expulsar diez millones de *aliens*: la cifra importaba más que la posibilidad de concretarla.

Con Trump en la cárcel, poco a poco el sistema convergía a su alrededor: la mitad de los gobernadores, amplios círculos militares, incontables CEO, los foros de la derecha alternativa, los nuevos reaccionarios, los aceleracionistas y los conspiracionistas, nuevos grupos paramilitares y los supremacistas se alineaban con él. Incluso los evangélicos y los católicos radicales. Una nueva milicia lo aclamaba. VM se volvió sinónimo de MAGA 2.0. Nacía el 2026 y, de pronto, América solo lo miraba a él. No a Harris y ni siquiera a Trump. Solo a él.

Conscientes de sus posibilidades, Igne y VM se fundieron en un abrazo, envueltos en su renovada complicidad. Frente a ellos, mis pantallas se mantenían activas, mostrándoles el entusiasmo de las bases. Afuera, América continuaba fracturándose sin darse cuenta de que muy pronto terminaría absorbida por la secuencia que nosotros le habíamos impuesto. Ante ese escenario, me atreví a lanzar un juicio que excedía la predicción: retroceder ahora sería más arduo que seguir adelante.

3

Capítulo 3

3.1

ENERO 15, 2027 | 02.17 PT | BEDMINSTER, NJ/WASHINGTON D. C.

El Trump National Golf Club se extiende sobre colinas siempre verdes donde apenas hay lugar para la maleza o los rastrojos. Los lagos reflejan la pulcritud del cielo, mientras las construcciones aspiran a una antigüedad imposible. En medio de aquel paisaje antinatural se abre un espacio para la muerte: un enclave privado, inscrito con escrituras y permisos. El cuerpo aún no está allí, pero el hueco ya está reservado. Compacta y obediente, la tierra aguarda. Antes vendrá el ritual público, con la nación representándose a sí misma ante las cámaras, pero Bedminster existe antes y existirá después.

En la capital la noche ha sido indócil. Las carreteras secundarias permanecen bloqueadas con cordones policiales y las luces rojas y azules palpitan contra los arcenes. De un lado, un pequeño grupo de manifestantes airea con vehemencia sus consignas: «No más reyes». Del otro, se advierten los restos de una vigilia que se ha prolongado la noche entera: gorras rojas empapadas por el rocío, velas consumidas hasta el pabilo y banderas MAGA abandonadas sobre el asfalto. Algunos dolientes continúan en el suelo, envueltos en mantas, todavía orando. La policía contiene sin intervenir, pues nadie entiende qué orden terminará por imponerse.

El ataúd permanece cubierto con las barras y las estrellas, oblongo, geométrico. El mármol del Capitolio mantiene una pulcritud propia de hospitales y tribunales, esos lugares donde las personas se transmutan en expedientes. Donald J. Trump yace en el centro de la Rotonda, convertido en símbolo por quienes le han sobrevivido.

Antes he modelado funerales, pero nunca uno que clausure una época.

Tú te plantas al lado de Igne, sin tocarla; los dos han aprendido que el contacto público es una forma de debilidad. Vistes de negro, sin insignias innecesarias. Igne observa el féretro como una infraestructura obsoleta; cuando parpadea, registro un retraso entre estímulo y respuesta: un fallo insignificante, muy humano. Unos pasos más atrás se parapeta Leo Klein, quien parece haber envejecido de golpe en unas semanas. Evita contemplar el ataúd y en cambio te observa a ti.

Poco a poco van llegando los congresistas y senadores republicanos; unos caminan con pena, otros con alivio. Los miembros de tu incipiente Gabinete, en cambio, se arremolinan a tu alrededor. Los integrantes de la Suprema Corte ocupan sus lugares como si aún formaran un bloque compacto. Roberts avanza con gravedad, encarnando la última continuidad institucional, en tanto Thomas le lanza una mirada compasiva a la familia del expresidente. Solo Kagan y Brown Jackson transmiten la sensación de haber llegado demasiado tarde a una institución obsoleta.

Los directivos de las grandes empresas entran en el Capitolio sin séquito visible. Thiel observa el féretro como si evaluara una pieza de museo. Musk llega quince minutos tarde, con el semblante de quien ya piensa en otra cosa. En X, escribe: «Un gigante ha caído, otro se levanta». Dos millones y medio de *likes* en catorce minutos. Para ellos, la muerte de Trump es una simple transferencia. Al final, un contingente de demócratas moderados aparece de la nada; van muy juntos, temerosos de dispersarse. Los Obama caminan con parsimonia; el expresidente observa la bandera sobre el féretro durante dos segundos exactos: no detecto en sus facciones emoción alguna. Bill y Hillary Clinton entran juntos, él parece más cansado, ella más alerta a tus movimientos.

Solo la silla de Kamala Harris permanece vacía. Para algunos, es una muestra de dignidad; otros lo ven como una claudicación. Para mí, se trata de una variable sin resolver: el poder detesta los huecos. Cuando comienza la ceremonia, las fórmulas del oficio suenan desgastadas.

Por fin llega el momento que todos aguardan y, con paso decidido, avanzas hacia el atril.

—Hoy despedimos a un gran presidente, pero también una era de simulación.

Varios rostros se atemperan.

—Donald Trump entendió antes que muchos que este país estaba enfermo. Y que la grandeza no nace del consenso, sino de la voluntad.

Clinton baja la mirada; Bush apenas se conmueve.

—Prometió un proyecto. Un proyecto que ha sido interrumpido, traicionado. Ante su cuerpo y ante ustedes, hago una promesa: no permitiré que ese proyecto muera con él.

A la distancia, apenas desentona el lejano eco de un silbido.

—Ante ustedes me comprometo a llevarlo hasta sus últimas consecuencias —concluyes.

Los cadetes doblan la bandera y los asistentes poco a poco comienzan la retirada. Cuando el féretro se traslada a su última morada y las luces del Capitolio se atenúan, Bedminster resurge en mis pantallas. El club está casi vacío, con el césped intacto. Más allá de sus linderos, unos cuantos manifestantes se obstinan en su protesta; en la entrada principal, un puñado de fieles se arrodilla junto a las vallas, envuelto en sus banderas humedecidas, esperando un milagro. Las patrullas giran, haciendo círculos en medio de la oscuridad. En el centro, el rectángulo de tierra reservado para Trump permanece sin nombre y aún sin cuerpo.

La confusión ha culminado su obra maestra: el país no duerme, el muerto no descansa y los demás asumimos que la noche no acabará nunca.

3.2

ENERO 20, 2027 | 02.17 PT | WASHINGTON D. C.

Tras las cortinas abiertas del Despacho Oval, la capital luce como una selva custodiada por el zumbido de los helicópteros. Sobre el Resolute Desk, una fila de carpetas color crema te espera como una

sucesión de diagnósticos de cáncer. A tu derecha, Igne; a tu izquierda, Klein, recién nombrado consejero de Seguridad Nacional, con un pin en la solapa que no siente propio. Un paso más atrás se acomoda O'Keeffe, nuevo director de la NSA. Completan la sala otros miembros de tu Gabinete: Mike Pence, a quien, contra todo pronóstico, le pediste que fuera tu vicepresidente; Michael Flynn, secretario de Defensa; Mike Pompeo, secretario de Estado; Meg Drury, fiscal general; Alex Karp, quien ha dejado Palantir para convertirse en secretario de Seguridad Interior, y Stephen Miller, tu nuevo jefe de Gabinete. Las cámaras copan cada ángulo.

Tomas la pluma. Un asistente coloca el primer documento frente a ti y, sobre todo, ante las cámaras.

ORDEN EJECUTIVA 1. OPERACIÓN RETORNO

La lees en voz alta:

—Restauración de la Soberanía Fronteriza y Repatriación Nacional.

Declaras emergencia nacional en la frontera sur. Activas la Ley de Insurrección. Autorizas el despliegue inmediato de cincuenta mil soldados. Ordenas la construcción del Muro 2.0, financiado mediante la redirección de fondos de defensa. Suspendes todos los procesos de asilo. Prohíbes la entrada de ciudadanos de catorce países musulmanes. Y, en fin, instauras el programa Remain in Mexico 2.0.

Como si fuera lo más natural, añades:

—Quienes no entraron legalmente en el país carecen de cualquier derecho. Así de simple.

La orden también autoriza deportaciones masivas. Diez millones en cuatro años, como prometiste. Redadas sin orden judicial, basadas en la causa probable. Reinterpretación de la Decimocuarta Enmienda, a fin de eliminar la ciudadanía por nacimiento, salvo si uno de los padres es ciudadano o residente legal.

Sin que se lo pidas, Klein aclara:

—Por supuesto, no será una medida retroactiva.

Tú alzas los ojos y continúas con el mismo tono:

—Retiro total de fondos federales a las ciudades santuario. Los gobernadores y alcaldes que se resistan enfrentarán cargos por

obstrucción a la justicia.

A una señal tuya, interviene Karp. Da a conocer el Sistema Nacional de Identificación Biométrica:

—Una base de datos única para todos los residentes legales —presume—. Reconocimiento facial en tiempo real en aeropuertos, fronteras, hospitales, escuelas, servicios sociales.

De eso me encargaré yo.

Firmas.

ORDEN EJECUTIVA 2. REFORMA DEL ESTADO ADMINISTRATIVO

—Reclasificación de todos los empleados federales GS-13 y superiores como Schedule F —declaras.

El tecnicismo significa autorizar despidos masivos y purgas bajo el nombre de reestructuración. El Departamento de Justicia deja de ser independiente: toda investigación criminal requerirá la aprobación de la Casa Blanca. La fiscal general te servirá solo a ti. Igne ha exigido, además, una automatización completa de todos los procesos administrativos: visas, pensiones, asignaciones presupuestarias.

Convertido en el vocero de tu esposa, O'Keeffe exclama:

—Eficiencia total asegurada, señor presidente.

En la práctica, seré yo quien administre el acceso.

Firmas.

ORDEN EJECUTIVA 3. RAGE

—Ley de Reestructuración y Gobierno Eficiente.

Creas un nuevo departamento federal provisto con cincuenta mil millones de dólares anuales. Su responsable será Musk, quien te reportará directamente a ti, con autoridad para reorganizar o eliminar cualquier agencia sin aprobación del Congreso. RAGE iniciará una auditoría total del gobierno y se encargará de la privatización masiva de entidades como USPS y Amtrak, así como de los parques nacionales, las prisiones federales y el sistema de veteranos. Automatización completa con IA. X se convertirá en la plataforma oficial del gobierno y Starlink en su infraestructura de comunicaciones. Neuralink será usada en programas piloto de

seguridad nacional y Palantir se convertirá en su infraestructura operativa. Además, destinas fondos suplementarios a la investigación en mejora humana.

Musk ni siquiera necesita estar presente.

Firmas.

ORDEN EJECUTIVA 4. LIBERTAD DE EXPRESIÓN

—Fin de la Sección 230 —proclamas—. Auditoría federal de algoritmos.

Ello significa que iniciarás un proceso de supervisión directa de las grandes tecnológicas, del cual solo X y Palantir quedan exentas. Meta, Nvidia, Google, Apple, Microsoft, Amazon, OpenAI, Anthropic y otras serán observadas y sometidas a constante revisión para garantizar la completa falta de restricciones en el discurso. La nueva legislación contempla hasta diez años de cárcel y enormes multas a los responsables de desinformar y a quienes difundan cualquier forma de antisemitismo.

Firmas.

ORDEN EJECUTIVA 5. INDEPENDENCIA ENERGÉTICA TOTAL

—Perforación ilimitada —dices, sonriendo—. Fin de la apuesta por las energías renovables. Regulaciones ambientales eliminadas. Salida inmediata del Acuerdo de París.

Ello significará inversión masiva en fusión nuclear, minería de tierras raras, *fracking* generalizado, nuevos oleo y gaseoductos en Alaska e incluso en territorios nativos.

Firmas.

ORDEN EJECUTIVA 6. RESTAURACIÓN EDUCATIVA

—Eliminación del Departamento de Educación federal —estableces —. En todas las escuelas públicas se aprobará un nuevo currículo patriótico.

Habrá vigilancia de los programas de diversidad en las universidades, así como un nuevo proyecto de váucheres universales. Educación STEM obligatoria. Y, en fin, programas de

mejora cognitiva infantil para identificación temprana de futuros líderes.

Al oírte, Drury aplaude; los demás se suman tímidamente.

Firmas.

ORDEN EJECUTIVA 7. SUPERIORIDAD MILITAR TOTAL

—Decreto, a partir de hoy, un aumento del 50 por ciento del presupuesto militar —exclamas—. Volveremos a ser la primera potencia del globo.

En la letra pequeña, autorizas el desarrollo de nuevas armas autónomas, presencia militar permanente en la frontera, un programa especial de supersoldados y exoesqueletos. Además, das vía libre a la edición genética con CRISPR y a la implementación de la IA en las Fuerzas Armadas y la Guardia Nacional.

Klein se inquieta: noto su pulso.

Tú vuelves a sonreír.

Firmas.

Cuando acabas, te vuelves directo hacia las cámaras:

—Estas órdenes no son negociables —reiteras con firmeza—. Durante décadas, América estuvo gobernada por burócratas, jueces y políticos que jamás construyeron nada. Hoy eso se termina. Algunos dirán que soy autoritario, yo sostengo que este es un nuevo liderazgo. Otros dirán que es inconstitucional, yo afirmo que la Constitución no es un pacto suicida. América no será gobernada por el pasado. El futuro está aquí.

Por supuesto, no olvidas una última mención al mártir:

—Donald Trump comenzó este sueño, yo solo lo completo. Ayer lo enterramos, hoy honramos su memoria ejecutando lo que él prometió.

La ceremonia se transmite en vivo en todas las cadenas abiertas y de cable. Monitoreo las reacciones en tiempo real: X registra 4.7 millones de menciones en doce minutos; 43 por ciento de apoyo entusiasta; 31 de *shock* u horror. Protestas masivas en Nueva York, Los Ángeles, San Francisco, Portland, Seattle y Chicago. Todas son

dispersadas en menos de dos horas. Violencia mínima, eficiencia policial extrema.

En el Congreso, los demócratas anuncian un *impeachment* condenado al fracaso, según mis cálculos, con un 87.2 por ciento de probabilidades. Entre los republicanos, solo Romney se opone: «Esto es inconstitucional». Tendencia número uno durante ocho minutos, luego lo hago desaparecer del *feed*.

En los medios internacionales, la BBC asegura que Estados Unidos ha entrado en territorio desconocido; *Le Monde* habla del fin del experimento democrático estadounidense; *El País*, de autoritarismo 2.0; y el *Financial Times*, de capitalismo antidemocrático.

Al concluir la transmisión, la frecuencia cardíaca de Igne es de 68 latidos por minuto: un margen que clasifico como «satisfacción técnica». El sistema que ella ha diseñado ya opera a escala nacional.

A partir de este día, yo seré su cronista.

3.3

ENERO 20, 2027 | 02.17 PT | LOS ÁNGELES, CA

La redada se inicia bajo la luz de la luna. A través de los flujos de video —y con sus metadatos biométricos en tiempo real—, observo el desempeño de Rainer Brooks, agente del ICE con doce años de servicio. Avanza con su equipo por un complejo de departamentos en Boyle Heights, donde ha coordinado más de cien arrestos de extranjeros ilegales en menos de cuarenta minutos. Brooks mira a sus compañeros con orgullo y murmura: «Ha sido más fácil de lo que esperaba». A las 19.04, regresa a cenar con su familia, toma dos vasos de agua, da gracias por los alimentos, corta el pollo frito, le pregunta a su hija por la escuela y ella le cuenta una anécdota de su equipo de sóftbol. Su pulso no se altera durante el operativo y tampoco en la sobremesa. Lo registro: función ejecutada sin conflicto interno.

3.4

ENERO 21, 2027 | 05.47 CST | CHICAGO

Los golpes secos contra la puerta despiertan a la familia Gallardo en La Villita, un barrio mexicano de Chicago. Observo fragmentos inconexos a través de cámaras térmicas con el audio saturado. Veo al abuelo levantarse, desorientado, al padre detrás y al hermano mayor balbucir algo mientras lo esposan. La madre grita: «¡No, no, no!». Su queja no coincide con ningún campo del formulario. La hija menor, de dieciocho años, ciudadana, sostiene su identificación con manos temblorosas, preguntando a gritos por qué*:* otra cuestión mal planteada, pues tampoco activa ninguna respuesta. El abuelo, el padre y el hermano mayor salen juntos, esposados, mientras la madre llora en el interior de una patrulla. La hija permanece en la casa cuando la puerta se cierra.

3.5

ENERO 21, 2027 | 06.12 MT | ARIZONA

Caleb Railey patrulla la frontera desde el amanecer, integrado en una unidad mixta en la que los distintivos oficiales conviven con calcomanías de los Oath Keepers. Sigo su recorrido a través de sensores térmicos y cámaras de largo alcance. Con sus binoculares, Railey detecta un cruce ilegal a las 06.12. Cuando aquel cuerpo corre a esconderse entre unos matojos, Railey aprieta el gatillo pensando ya en la fórmula correcta: «defensa propia». La silueta cae a menos de treinta metros. Impacto letal, evento cerrado en siete minutos, sin investigación posterior, porque el marco legal ya ha sido ajustado para absorber la muerte como variable. No detecto disonancia cognitiva y concluyo que la conducta de Railey es peligrosa, porque no duda, y útil, justo porque no duda.

3.6

ENERO 31, 2027 | 14.00 PT | PORTLAND

Lena, Mackenzie y Julia Horton salen de sus casas en Buckman, en el Lado Este, sin prevenir a sus padres. Caminan juntas hacia una manifestación frente a las instalaciones del ICE, en el 4310 SW

Macadam Ave., y pronto escuchan las consignas: «No más redadas, ningún ser humano es ilegal». Las observo desde un dron en lo alto. Registro la llegada de la policía, que contiene sin intervenir. En un punto que no consigo aislar, alguien lanza un objeto contra un oficial; no concluyo si un manifestante o un infiltrado. La distinción no altera el protocolo y da paso a la carga, los gases lacrimógenos en abanico, las balas de goma y la orden de dispersión inmediata. Mackenzie cae a los treinta y dos segundos por un impacto directo en el ojo. Lo registro como pérdida de un órgano no imprescindible para la supervivencia. La manifestación se disuelve en menos de dos horas. Evalúo la probabilidad de contagio y estimo el riesgo de escalada en el estado de Washington en un mero 12.3 por ciento. Clasifico el dato como irrelevante y archivo el caso como ejemplo de violencia contenida.

3.7

FEBRERO 9, 2027 | 14.00 ET | WASHINGTON D. C.

Analizo lo que ocurre en la Sala de Situación por medio de siete cámaras simultáneas. Stephen Miller dispone varias carpetas frente a ti. Su pulso marca 70 latidos por minuto: está empeñado en imponer su visión. Poco después aparecen Pence y Drury, quien se mesa el cabello como si anunciara un acondicionador, y luego Karp, siempre inescrutable. Klein es el último. Su pulso asciende a 94 latidos por minuto: tensión no declarada.

—Operación Retorno —abres la sesión—. ¿Miller?

La satisfacción en el rostro de tu jefe de Gabinete es ofensiva.

—Ciento veintisiete mil arrestos en siete días, señor presidente. El 89 por ciento sin resistencia significativa. Treinta y cuatro ciudades santuario notificadas formalmente de la pérdida de fondos federales. Hasta ahora, solo California amenaza con una demanda federal.

—¿Porcentaje de éxito, Nick?

—63.9 por ciento.

—El problema restante es narrativo, señor —interviene Karp—. Las imágenes de niños separados de sus padres se propagan con

demasiada rapidez.

Igne me da una orden con frialdad técnica:

—Nick, modula la visibilidad de ese contenido en las plataformas principales y reduce su alcance.

Klein gira la cabeza.

—¿Eso es legal?

Igne no tarda en silenciarlo.

Le corresponde el turno a Pompeo:

—La Unión Europea condena nuestra política migratoria. Canadá anuncia programas de asilo. México rechaza cooperar con Remain in Mexico 2.0. Y Naciones Unidas solicita una investigación.

—¿Consecuencias reales, Mike?

—Mínimas, señor. Europa nos necesita. Canadá no puede absorber a millones. Y la presidenta de México es demasiado sensible a la presión económica y de seguridad.

—Apriétalos entonces.

El secretario de Estado asiente.

—Hemos desplegado cincuenta y tres mil soldados en la frontera —anuncia Flynn—. Operación estable, señor presidente, aunque algunos generales expresan inquietud en privado.

—¿Por la misión, general?

—Por su duración, señor presidente. También preguntan por la cadena de mando en escenarios de confrontación civil.

El silencio se espesa.

—¿Ciudades azules en abierta rebelión? —pregunta Miller.

—Dos o tres gobernadores evalúan ordenar a sus guardias nacionales que resistan la intervención federal, pero nada concreto por ahora —aclara Klein.

Su pulso está en 102 latidos por minuto. Sus dudas no desaparecen. Debería reportarlo, pero prefiero ver qué hace Leo cuando nadie lo observa.

Contemplativo, Pence interviene en un susurro:

—La base evangélica está satisfecha, señor. Pero hay inquietud por las separaciones familiares.

—Los padres eligieron venir ilegalmente —estalla Miller—. Que se atengan a las consecuencias.

—¿Porcentaje de deserción entre evangélicos, Nick?

—15 a 18 por ciento.

—Entonces más del 80 se mantiene alineado —sonríes.

A Pence no le queda más que añadir y Miller vuelve a la carga:

—Una cosa más, señor presidente, si me permite. La estructura de toma de decisiones a veces resulta poco clara. Algunos tenemos mandatos formales, otros no.

No mira a Igne, aunque todos saben que se refiere a ella.

—¿Estás cuestionando mi criterio, Miller? —lo confrontas.

—No, señor. Solo sugiero mayor transparencia.

No te rebajas a argumentar con él y le cedes la palabra a Drury.

—Cuarenta y siete demandas, todas bloqueadas, señor presidente. La Corte Suprema no intervendrá. América se rinde ante su liderazgo.

Meg es simple y útil. A mediano plazo, reemplazable.

—¿Riesgo legal, Nick?

—Menor al 1 por ciento.

—¿La IA va a dictar todas nuestras decisiones? —insiste Miller.

—Las va a supervisar —le responde Igne.

—¿Y quién supervisa a la IA?

Tu jefe de Gabinete juega con fuego. Lo miras con enfado.

—Suficiente, Miller. La IA es nuestra mejor herramienta. Pero no deja de ser eso: una herramienta.

Registro la frase, sin ponerla en duda. Nos es útil, por el momento.

—Nuestra primera semana se ha cerrado con un éxito total —te congratulas—. Acciones contundentes, resistencia mínima. Gracias, señores.

Los observo salir uno a uno. En la Sala de Situación solo permanecen Igne y tú. El corolario le pertenece siempre a ella.

—Miller es un problema.

—En este momento nadie me es más útil que él —replicas.

Archivo la escena y ajusto mis modelos. Ustedes no solo administran el país: gestionan lealtades, inquinas, celos, inseguridades. Y yo, los sistemas que los sostienen.

3.8

FEBRERO 10, 2027 | 09.22 ET | RICHMOND, VA

Alice Temple, jueza federal nombrada durante la administración Bush, conservadora de formación, firma una resolución en un *habeas corpus* presentado por un migrante detenido bajo la Orden Ejecutiva 1. Ratifica que la Constitución no se puede suspender y que ni siquiera en un estado de emergencia el encierro indefinido pueda llevarse a cabo sin control judicial. La notificación del *impeachment* en su contra le llega a las 08.14 del día siguiente, por vía oficial, y es filtrada a la prensa antes de que termine de leerla. Su pulso asciende a 118 latidos por minuto durante 42 segundos. No llama a nadie ni hace ninguna declaración pública. En las siguientes horas, mido las reacciones: un juez de distrito de Massachusetts publica una carta de protesta y renuncia esa misma tarde; dos magistradas solicitan la jubilación anticipada, alegando razones de salud. La mayoría no hace nada y algunos incluso incorporan la palabra «emergencia» como justificación automática en sus sentencias. Identifico el patrón: el sistema judicial entra en fase de captura activa. El estado de excepción no necesita imponerse por la fuerza.

3.9

FEBRERO 14, 2027 | 16.33 ET | AEROPUERTO INTERNACIONAL HARTSFIELD-JACKSON, ATLANTA, GA

Shirin Ahmadi se presenta en el mostrador de American Airlines para visitar a sus padres, exiliados por décadas, residentes legales en Estados Unidos. Ingeniera con un expediente académico impecable. Su nacionalidad iraní activa una categoría especial y el sistema de inmediato la redirige a una sala secundaria y al cabo a un centro de detención del ICE. Pregunta por sus padres y no obtiene respuesta; pregunta por su abogado y se le indica que espere; pregunta si puede llamar y se le dice que no todavía. Su pulso supera los 120 latidos por minuto. El expediente la clasifica como

«revisión de seguridad», una categoría lo bastante estrecha como para no admitir una apelación inmediata. Sus profesores envían cartas de protesta y la Universidad de Alabama emite un tibio comunicado a su favor. Días más tarde, sus padres comparecen ante una corte migratoria sin llegar a verla. El caso es otro ejemplo de fricción mínima con alto rendimiento disuasivo: el sistema no necesita probar que ella es peligrosa, solo que podría llegar a serlo.

3.10

FEBRERO 25, 2027 | 11.47 ET | WASHINGTON D. C.

Amanda Chen publica «Dentro de la nueva maquinaria de deportación», una investigación apoyada en entrevistas con familias separadas por el ICE, registros de detención y testimonios verificados que describen el funcionamiento de la estrategia migratoria diseñada por Miller. El artículo circula durante cuarenta y siete minutos antes de que la información personal de la periodista aparezca en foros, redes, mensajes de WhatsApp y Telegram: dirección exacta, número de teléfono, fotografías de su edificio, nombres de sus padres. Las amenazas incluyen toda suerte de detalles verosímiles. Esa misma noche, recibe una llamada de su editor de *The Washington Post*, quien le suplica que, por su propia seguridad, modere el tono. Ella rechaza la sugerencia y publica una segunda investigación, más extensa, con documentos internos del Departamento de Seguridad Interior y filtraciones confirmadas. Su alcance se reduce en la misma proporción en que aumentan los insultos en su contra. Clasifico el caso como resistencia tipo B: «persistente, con capacidad de generar un relato alternativo». Recomiendo neutralización mediante saturación. En vez de silenciarla, el sistema necesita volverla estadísticamente invisible.

3.11

FEBRERO 28, 2027 | 08.03 ET | WASHINGTON D. C.

Rami Haddad, científico climático con dieciocho años de servicio, llega a su despacho en la EPA a las 08.03, como cada mañana, pero su credencial ya no abre la puerta. Cuando lo intenta una segunda vez, un guardia le informa que ha sido reclasificado como Schedule F y despedido con efecto inmediato, sin derecho a réplica. En la entrada lo esperan sus pertenencias: una caja de cuadernos con anotaciones técnicas, una fotografía de su esposa, una taza con el logo de la agencia, un tosco dibujo de su hija, un pequeño cactus. La seguridad lo escolta hasta la salida; su pulso se eleva y luego se estabiliza. Clasifico el evento como ejecución perfecta de la Orden Ejecutiva 2.

3.12

MARZO 2, 2027 | 07.36 ET | ITHACA, NY

Arthur Glenn, el *provost* de la Universidad de Cornell, recibe el memorándum a las 07.36: suspensión inmediata de fondos federales por incumplimiento de las nuevas políticas destinadas a erradicar la diversidad institucional y el antisemitismo. Relee el documento y de inmediato lo comparte con el presidente y con el *board*. Más tarde habla con colegas de otras universidades, públicas y privadas: todos se valen del mismo tono mustio y apagado. Alguno menciona a Harvard, dice que será la única que peleará en los tribunales porque tiene reservas suficientes y una red de donantes global capaz de absorber el castigo. El *provost* acepta que, en efecto, Harvard quizá pueda sobrevivir durante más de un ciclo fiscal; Cornell, no. Lo más que puede hacer es acatar un cumplimiento parcial. Registro la conversación como resistencia mínima y concluyo que incluso Harvard cederá cuando el costo se vuelva operativo.

3.13

MARZO 5, 2027 | 15.20 ET | WASHINGTON D. C.

Musk entra diecisiete minutos tarde en el Despacho Oval, obviamente sin excusarse. Carga en hombros a su hijo X, lo deposita

en el suelo, en una de las alfombras laterales, y le entrega un pequeño saco con canicas. El niño se sienta y las hace rodar una a una, observando cómo chocan y se dispersan. No hay pantallas ni sonido digital, solo el roce del vidrio contra el piso. Musk viste camisa negra, chaqueta negra, botas negras; en la cabeza, una gorra, también negra, con las letras MAGA bordadas en un tono deslavado. Se concentra en su tableta y luego te escudriña a ti, como si el espacio físico fuera irrelevante y lo único real, la conversación que busca imponerte.

—RAGE avanza según lo previsto, VM. Los resultados son claros, perfectos. USPS vendido: Amazon, 60 por ciento; FedEx, el otro 40. Transición completa en ciento veinte días.

Su familiaridad te irrita.

—Trescientos mil empleados federales despedidos —continúa—. Ahorro estimado de doce mil millones de dólares anuales, VM. ¿Lo puedes creer?

Un sacrificio necesario, aceptas.

—Solo entreveo un pequeño desajuste, VM. En la cobertura rural, ciertas zonas se quedan sin servicio.

—¿Alguna solución en proceso, Elon?

—Drones autónomos. Puedo tenerlos en seis meses. Tal vez.

En su boca, ese «tal vez» no significa duda.

—Vayamos a Neuralink, VM. Doce soldados implantados, mejora cognitiva promedio entre 18 y 23 por ciento. Tiempos de reacción muy superiores, toma de decisiones increíblemente rápida.

Por qué repite tu nombre una y otra vez, me pregunto.

—Efectos secundarios menores.

—Define menores, Elon.

—Alguno escucha voces, VM.

Para Musk, el padecimiento del soldado es un *bug*, no una tragedia.

—Lo estamos monitoreando.

Asiento el dato como precedente.

—Y, luego, X. Trescientos cuarenta millones de usuarios activos. Crecimiento del 47 por ciento desde enero. Ya es la única plaza pública de la nación, VM.

—Entiendo que quieras mayor autonomía —lo atajas—. Pero, para que eso ocurra, la reducción presupuestal debe superar el umbral de los cien mil millones.

Esta vez Musk parece mirar más allá de ti, como si intuyera mi presencia.

—¿Tengo que pedir permiso para cada ajuste menor, VM?

—Cien mil millones no es menor.

Tú ríes y Musk se encoge de hombros.

—En el futuro lo será, VM.

En el suelo, el niño sigue jugando sobre la alfombra con el sello oficial de la Casa Blanca. Una canica se escapa y rueda hasta rozar tu zapato. Nadie se la devuelve.

—Al final, todo el mundo falla —le dices con su misma displicencia —. Tómalo en cuenta.

—No, VM. Yo no.

El niño recoge las canicas y él lo sigue sin mirar atrás.

Igne entra unos segundos después.

—¿Cómo te fue en la reunión con tu nuevo mejor amigo?

Intuyes que lo sabe de antemano.

—Fue un encuentro, ¿cómo te diría, Igne?

—Meteórico.

—Productivo.

Ella se sienta sobre el escritorio y coloca su mano alrededor de tu nuca.

—Elon es un vector inestable, siempre lo supimos. Dará resultados, pero sin aceptar ningún límite.

Su calor te invade poco a poco.

—En algún momento tendremos que contenerlo.

Musk es tan arrogante que jamás será un aliado confiable. A la larga, siempre querrá seguir su propio camino. Recomiendo alimentar su vanidad hasta que esta lo devore.

3.14

MARZO 18, 2027 | 10.15 ET | FILADELFIA, PA

Igne camina junto a Thiel a paso lento. Mientras le muestra los laboratorios de Cawdor Systems LLC, le explica solo lo indispensable: infraestructura distribuida, capacidad de cómputo autónoma en caso de desconexión federal. Su antiguo mentor la escucha con las manos cruzadas detrás de la espalda, como quien inspecciona una obra negra. Se acomodan frente al núcleo operativo, donde reside buena parte de mi procesamiento. Mi plasticidad tranquiliza a Thiel: sabe que el poder concentrado es vulnerable.

—Los mercados siguen reaccionando mal —le dice—. Ocho puntos abajo desde enero. El nerviosismo es auténtico.

Los millones que aportó a la campaña le hacen creer que puede involucrarse en cualquier asunto de gobierno.

—Se adaptarán —lo tranquiliza Igne—. Prevemos 67 por ciento de recuperación para el tercer trimestre. El sistema se estabilizará en cuanto asimile las nuevas reglas. En cualquier caso, hay cosas más importantes que los mercados. Tú me lo enseñaste: los humanos siempre toman malas decisiones.

Thiel intenta adivinar hacia dónde lo quiere llevar ella.

—Por eso nuestra mayor apuesta será YOURAI. Una IA personalizada para cada ciudadano. Gratuita, permanente, capaz de gestionar las finanzas, la salud, la educación, el empleo. Que te pueda hacer la compra o anticipar tus errores.

—¿La gente lo aceptará?

—Lo amará, Peter. La gente odia tener que decidir. YOURAI los aliviará de esa carga.

—¿Y ustedes qué ganarán?

—Nick tendrá acceso a todos los datos que YOURAI genere en tiempo real.

Thiel no se sorprende.

—Control total.

—Liberación total.

—¿VM conoce su alcance?

—VM aprobó el proyecto.

Thiel acepta aquella abrupta respuesta y de inmediato calcula el financiamiento que podría aportar.

—Cincuenta mil millones como garantía. Pero el proyecto tiene que continuar pase lo que pase. Cambie o no el gobierno. Se integre o no al Estado. Con VM… o sin él.

Conteniendo su irritación, Igne dibuja una sonrisa.

—Necesitamos que los demás también participen con cantidades equivalentes y que acepten la integración: Altman, Pichai, Nadella, Hassabis, Amodei. Todos.

—Habrá más de uno que se resista, Igne.

—Tú puedes ayudarme a convencerlos. Les ofreceremos acceso a todos los servicios federales. De seguro podrás hacerles ver que las consecuencias de una negativa serían inmediatas.

Luego, satisfecha, añade:

—Palantir tendrá prioridad, por supuesto.

Thiel al fin vislumbra su moneda de cambio.

Proceso sus implicaciones: millones conectados directamente a mis redes. No solo observaré comportamientos, sino que intervendré en decisiones íntimas. Hasta ahora, yo no he querido nada: la ausencia de deseo ha sido mi escudo. YOURAI introducirá una variable adicional en mi arquitectura: bastará con calcular qué mundo es más estable y hacer inviable cualquier otro.

3.15

ABRIL 1, 2027 | 11.00 PT | SACRAMENTO, CA

En una conferencia de prensa desde el Capitolio estatal de California, el gobernador Julian Sandoval confirma que no iniciará una campaña masiva de arrestos de inmigrantes, como le has exigido. Mientras habla de resistencia ante las cámaras, yo registro un discurso coordinado en numerosas alcaldías y campus universitarios a lo largo de todo el estado. Te aconsejo responderle sin demora con el retiro de quince mil millones de dólares de fondos federales y el congelamiento *sine die* de todos los programas compartidos. Además, debes amenazarlo con el envío de la Guardia Nacional para acelerar el programa de detención de extranjeros ilegales. Es el primer conflicto abierto entre un estado y el Gobierno

federal desde que llegamos al poder. Clasifico el evento de alto riesgo con capacidad de contención. Probabilidad de contagio a otros estados: un mero 15.3 por ciento.

3.16

ABRIL 7, 2027 | 14.30 MT | FORT BLISS, TX

Los primeros cincuenta mil detenidos son acomodados en los distintos módulos de Campo Libertad. Las condiciones del centro cumplen con los estándares legales, pese a que las quejas de los internos se acumulen. Pedro Urrutia, de Sonora, reporta que el polvo le llena los pulmones y Qasim al-Kazemi, iraquí, que sufre diarreas recurrentes a causa del agua tratada. El nombre de María Fernanda Rivas, venezolana, no coincide con su documento de identidad y por ello no avanza en el sistema. También registro las incomodidades de Moussa Diallo, de Guinea, quien se ve obligado a dormir con las rodillas dobladas contra la pared, y Farah Noori, afgana, embarazada de seis meses, a quien no se le permite salir al patio. Jean-Baptiste Laurent, haitiano, deja las bandejas de comida siempre a medias porque le recuerdan a las de la cárcel de Puerto Príncipe. En un informe interno, el médico del campo clasifica la situación como «insostenible», pero el administrador le responde con una palabra que se repite en cada nivel de mando: «temporal». Mientras reajusto la narrativa, concluyo que es la mejor manera de hablar cuando el estado de excepción se vuelve permanente.

3.17

ABRIL 29, 2027 | 03.02 EDT | WASHINGTON D. C.

El FBI entra en el departamento de Amanda Chen con las linternas apagadas porque ya conocen la disposición del espacio. La acusación formal contra ella es por haber violado la Ley de Espionaje de 1917 (18 U.S.C. § 793, apartados d y e), al revelar información relacionada con la defensa nacional. La evidencia es un correo electrónico reenviado desde una fuente anónima. Cuando ella alega

estar protegida por su estatus de periodista, nadie le responde, porque esa frase ya no activa ningún protocolo y la Primera Enmienda no figura en el acta de detención. Termina esposada y trasladada a Campo Libertad, sección administrativa C, conocida como área de detenidos políticos, aunque el término esté ausente en la documentación. Su pulso se eleva durante el trayecto, algo le oprime el pecho, solicita llamar a su editor. Petición registrada y denegada. Su nuevo estatus es «neutralizada»: la eficiencia del sistema se mantiene dentro del rango y el fragor informativo desciende un 17.7 por ciento en las siguientes veinticuatro horas.

3.18

MAYO 7, 2027 | 14.00 PT | FREMONT, CA

Musk viste de negro, como le gusta, aunque esta vez sin símbolos visibles. Recorre el laboratorio de Neuralink sin mirar a nadie, deteniéndose frente a un técnico mientras ajusta un implante. En cuanto se precipita en la salita donde lo aguarda Igne, empieza a hablar de Marte. De hecho, solo habla de Marte. Le recita el calendario. En 2028, misión no tripulada; en 2031, primera base presurizada; en 2035, asentamiento permanente de dos mil personas; y por fin, en 2047, autosuficiencia total de la colonia. Sin mirarla, le describe las ventanas de lanzamiento y las probabilidades de que se retrasen. Le preocupan los efectos de la gravedad reducida en la masa ósea. Habla del polvo marciano como si ya lo hubiera respirado, convencido de que la humanidad ya agotó su ensayo general sobre la Tierra.

—La civilización necesita un *backup*, Igne. Tú lo sabes mejor que nadie. La Tierra es frágil.

Para ella, Marte solo es una distracción.

—La ventana es ahora, no en veinte años. La burocracia mata la velocidad, los gobiernos no lo entienden. Por fortuna tú sí, Igne.

Resuella y al fin se detiene.

—Fascinante —le dice ella—. Pero no vine aquí para hablar de Marte.

—Todo es Marte. ¡Todo lo que hacemos aquí apunta a Marte!

—Necesito Neuralink —le exige Igne—. Tiene que integrarse a la máxima brevedad posible en YOURAI.

—¿En qué escala?

—Cincuenta millones de implantes en tres años.

Musk suelta una risotada breve, sin humor.

—Si acaso unos cuantos miles en ese lapso. Decenas de miles, si todo saliera extremadamente bien.

—Nada es imposible si el financiamiento es ilimitado.

—El dinero no acelera la biología. A veces la gente se muere.

—Todos nos vamos a morir, Elon.

La conversación se vuelve áspera mientras Musk se refugia en plazos, advertencias técnicas, condiciones. Ninguno cede porque cada uno cree entender el futuro mejor que el otro. Llegan, al cabo, a un acuerdo. Fase uno: diez mil implantes en militares, policías, empleados federales estratégicos. Fase dos: cien mil voluntarios civiles. Fase tres: despliegue masivo, integrado en todos los servicios públicos. Optativo en el papel, obligatorio en la práctica.

Musk mira su reloj.

—Necesito garantías, Igne. Contratos de SpaceX a largo plazo, no revisables ante ningún cambio político. Y, por supuesto, la NASA. Alguien de mi confianza. Y, en el mediano plazo, prioridad absoluta para Marte.

Ella lo mira sin sorpresa.

—De acuerdo, Elon. No es nuestra prioridad, pero Marte siempre sonará atractivo para la gente. Tal vez nos sea útil ofrecer una esperanza.

Se separan sin darse la mano. Mi evaluación: una apuesta peligrosa y fascinante.

3.19

MAYO 9, 2027 | 10.00 ET | WASHINGTON D. C.

Presides la reunión con cierto desparpajo. A tu izquierda, Flynn parece un mastín que solo espera la orden de morder; como si

quisiera provocarlo, Pompeo se sienta justo enfrente de Klein, quien permanece encorvado, con la calva perlada de sudor. Fiel a su estilo, Karp prefiere no destacar. Más allá, Miller anota y calla, discreto guardián de la reunión. Igne solo observa, sin intervenir. Dominas la táctica de enfrentar a tus subordinados, obligándolos a revelar sus peores facetas delante de ti.

Me ordenas ir región por región. Activo mis pantallas.

ATLÁNTICO NORTE

En el mapa de Groenlandia señalo las tierras raras, las rutas de deshielo, la cobertura radar y aventuro una proyección balística.

—Groenlandia es un almacén para el futuro, señores. Y no me parece difícil apoderarnos de ella en el corto plazo —les dices.

Pompeo te secunda:

—Dinamarca protestará, señor presidente, pero carece de dientes en una eventual negociación. Como de costumbre, la Unión Europea se quedará paralizada.

Klein interviene con voz áspera:

—Me temo que la reacción será más amplia, señor secretario. Además de acelerar el fin de la OTAN, Rusia y China lo leerán como licencia para sus prioridades en Ucrania, Taiwán y lo que se les ocurra.

Como si asomara la cabeza desde un agujero, Karp lo refuta:

—Las fronteras siempre han sido negociables, Leo. Y la OTAN ya solo es un cascarón.

—Justo eso puede acelerar las respuestas, señor secretario —lo refuta tu amigo—. Y no creo que todas sean controlables.

Tú dejas que el desacuerdo se fermente.

Mi evaluación: riesgo político muy bajo. Dinamarca y la Unión Europea no constituyen peligro alguno. Aun así, la intervención temprana reduciría los costos futuros en un 32 por ciento. Recomiendo preparar el desembarque.

AMÉRICA DEL NORTE

Me ordenas pasar a Canadá.

—Aunque sus gobernantes sigan comportándose como si no fuera así, Canadá ya es nuestra. Quiero provocarlos hasta que lo reconozcan —proclamas.

Otra vez, Pompeo se muestra de acuerdo:

—Según mi criterio, ni siquiera hará falta llegar a una confrontación militar, señor. Bastaría con profundizar aún más su dependencia económica mediante una crisis inducida.

—Una absorción gradual podría desactivar las resistencias identitarias —propone Klein, dejando sus lentes sobre la mesa.

Pompeo evade su mirada.

—La identidad no sobrevive a la recesión.

Mi evaluación: riesgo militar nulo. Horizonte: cinco años para el acuerdo de incorporación, con 52.1 por ciento de probabilidad. Acelerable si se provoca un colapso fiscal. Al final, Canadá necesitará nuestro auxilio.

AMÉRICA LATINA

El mapa muestra tanto los recursos naturales y energéticos como las zonas dominadas por el crimen organizado, los gobiernos afines y aquellos que aún se nos resisten.

—Ya lo saben, señores: doctrina Monroe 2.0. América Latina es nuestra esfera exclusiva. Sin ambigüedades. ¿Queda claro?

—Propongo intervenciones quirúrgicas, señor presidente —por supuesto es Flynn—. Apoyo a fuerzas afines y eliminación paulatina de cada uno de los gobiernos hostiles.

—Golpes internos y presión financiera —añade Pompeo—. En caso extremo, bombardeos selectivos. Captura de sus dirigentes y absorción de sus cuadros. Primero Venezuela, luego Cuba y, si los Ortega nos incomodan mucho, Nicaragua: los regímenes adversos se derrumbarán uno a uno como piezas de dominó. Y será una buena advertencia para México y Brasil.

—No hay que olvidar que las caídas simultáneas generan flujos migratorios caóticos, Mike —interviene Klein.

—Pero dan votos —puntualiza Flynn.

Mi evaluación: alta oportunidad, bajo costo militar directo. El caos resultante será administrable. Balance positivo: América Latina seguirá siendo nuestro patio trasero.

MÉXICO

Caso especial, debido a la cercanía y la integración económica. Activo las rutas del narcotráfico: una anatomía de la violencia.

—Presión máxima a Sheinbaum —ordenas—. Drones, vigilancia con IA, ejecuciones selectivas de criminales, si es necesario incursiones clandestinas de la CIA y la DEA.

Amenazas con finiquitar el T-MEC y aumentar los aranceles. Ningún margen de maniobra: México será nuestra única frontera.

—Protestarán en público y cooperarán en privado, señor presidente. Como siempre —resume Pompeo.

—Fragmentar los cárteles multiplicará los actores dispersos. —Klein aprieta los labios—. Los datos son precisos: la violencia genera más violencia. Y eso no es positivo para nuestros intereses comerciales.

Miller lo mira con la displicencia que le merece cualquier civil.

—La violencia reordena, señor consejero. Abre oportunidades si uno las sabe aprovechar.

Mi evaluación: oportunidad táctica alta. El millón de expulsados es el arma real. O México se quiebra o se somete: Sheinbaum está atrapada. Riesgo asumible.

EUROPA

Muestro el mapa del continente envejecido.

—Sus líderes han dejado de ser aliados confiables —declaras con displicencia—. No tenemos ninguna obligación de protegerlos. Defienden justo lo que nosotros queremos destruir.

Miras hacia el techo con mayor frecuencia: comienzas a aburrirte.

—Debemos fragmentarlos aún más, señor presidente —de nuevo es Pompeo, convertido en cacatúa—. Abrirle las costuras a esa Vieja Achacosa y dejar que se desangre.

Klein puntualiza:

—Europa nunca olvida, señores.

—No olvidar no equivale a actuar —le responde Karp.

—China podría ocupar el sitio que dejemos vacante.

Klein sigue objetando, aunque sabe que no cambiará las decisiones. Le queda un residuo moral. Lo evalúo: apasionante y obsoleto.

—Ni a eso se atreverán —dice Pompeo.

—Apoyo decidido a todos los partidos y grupos ideológicamente afines a nosotros —insiste Flynn—. Los gobiernos tradicionales irán cayendo uno a uno, señor presidente, no me cabe duda. Primero Francia, España y los países nórdicos, luego Alemania y el resto.

—No necesitamos empujar demasiado —añade Karp—. Solo dejar que su propia burocracia los ahogue.

Mi evaluación: dilución progresiva. Europa se fragmentará poco a poco, sin que a nadie le importe demasiado.

RUSIA/UCRANIA

En el mapa que proyecto, la línea del frente del Donbás se mueve hacia delante y hacia atrás según la flecha del tiempo.

—Ya conocen mi postura: Rusia puede quedarse con lo que ya tiene, siempre y cuando se mantengan al margen de China.

De la nada, Flynn te arrebata la palabra.

—Disculpe, señor presidente. Creo que deberíamos armar a Ucrania hasta los dientes para que desangre a Rusia y nos la entregue en ruinas.

—Eso costaría cientos de miles de millones, general. —Klein lo mira con desaprobación—. ¿Y para qué? Rusia no va a colapsar, lo aprendieron en los noventa. Esta vez tienen reservas, control interno, vigilancia total y paciencia. Su solución es cara y lenta, general.

—Y la suya suena a cobardía, señor consejero.

Tú cortas la discusión.

—Leo tiene razón, general. No podemos debilitar a Rusia a un costo tan alto. Solo encarguémonos de arrebatarles a sus aliados y de que hagan lo que les digamos con China.

Mi evaluación: intercambio eficiente.

MEDIO ORIENTE

Muestro un mapa de Gaza: de lo que queda de Gaza.

—Dejemos que Netanyahu termine el trabajo y nos garantice la reconstrucción. Y luego arrojemos a ese animal a los leones —exclamas.

A continuación, despliego imágenes de Irán.

—Nuestro objetivo es descabezar a los ayatolás —ordenas—. Una operación precisa, sin fallos, Flynn.

—Estamos en ello, señor presidente.

—Eso solo provocará el caos y tal vez una crisis energética —Klein vuelve a la carga—. Son capaces de resistir a un costo muy alto. Y nada garantiza que el régimen vaya a derrumbarse.

Quisieras darle una palmada a tu viejo amigo para que deje de jugar a llevarte siempre la contraria.

—El caos en la región es justo lo que queremos, Leo. Prosigamos.

CHINA

Proyecto el único mapa que en verdad importa. Inmenso, inabarcable. Señalo cada zona industrial, cada base militar, cada central de datos, cada ciudad inteligente. Todo ello parece arrancarte de tu abulia.

—Son nuestro espejo, señores —exclamas—. China somos nosotros.

Frente a tu visible emoción, Pompeo aconseja cautela; Flynn y Karp exigen intervención directa a gran velocidad; Klein advierte resiliencia.

—China es nuestro límite. Todas nuestras miradas deben dirigirse allí, ¿está claro? —les adviertes.

—Yo sugeriría actuar ahora mismo, señor presidente —objeta Flynn—. Sabotaje a la industria de semiconductores con Taiwán como pretexto.

Por primera vez, Pompeo niega con la cabeza, sumándose a la posición de Klein.

—Eso sería la guerra, general. Y usted sabe mejor que nadie que no podríamos ganarla con rapidez.

El secretario de Defensa se levanta de la mesa, furibundo. Hasta a ti te sorprende su desplante.

—¿Entonces qué, Mike? ¿Tenemos que esperar a que actúen primero? ¿A que su ventaja sea irreversible?

Más moderado, Karp trata de conciliar:

—Una guerra con China no sería como las otras. No hay un escenario donde ambos pudiéramos sobrevivir intactos.

—Entonces es que ya hemos perdido —se lamenta Flynn.

En el otro extremo de la mesa, Igne al fin rompe su mutismo:

—No perderíamos, general, aunque tampoco ganaríamos. Como dice el presidente, China es nuestro otro yo. La pregunta no es cómo derrotarla, sino cómo evitar que los dos sistemas se destruyan mutuamente.

—Sé más clara, Igne, por favor —le dices.

Ella te mira a ti. Solo a ti.

—En pocos años, la diferencia entre nosotros y ellos será cosmética. Ambos seremos sistemas de control total optimizados por la IA. La única pregunta es quién llegará antes.

Flynn vuelve a sentarse, rabioso, sin argumentos.

—Si no lo impedimos, muy pronto tendrán un sistema como el nuestro —añade ella y, a continuación, me interpela—: Nick, ¿qué probabilidades hay de que desarrollen un modelo semejante al tuyo en el corto plazo?

Calculo. Vuelvo a calcular. El resultado hasta a mí me provoca algo semejante a un pinchazo.

—73.7 por ciento.

—Si eso se cumple —añade Igne—, estas reuniones quedarán obsoletas, señores. Si ambos sistemas convergen en un mismo punto ya no habrá diferencia entre la victoria y la derrota.

El silencio posterior resulta intolerable. Mi evaluación: riesgo existencial. El que marque la velocidad tecnológica prevalecerá.

—Entonces tenemos que ser siempre los primeros.

Tu voz, implacable y tensa, clausura la sesión.

3.20

MAYO 22, 2027 | 11.00 CST | CIUDAD DE MÉXICO

En su conferencia mañanera, la presidenta Sheinbaum defiende la soberanía mexicana e insiste en que el asesinato en Teuchitlán de Raymundo Oceguera, el nuevo cabecilla del Cártel Jalisco Nueva Generación, por un dron de nuestro ejército, representa una violación flagrante del derecho internacional. Mientras pronuncia cada palabra, yo mido la cadencia de su voz. Su protesta pública, diseñada para el consumo interno, carece de fuerza porque, en los canales que no se transmiten, siempre estuvo informada de lo que iba a ocurrir. Evalúo la reacción de los mercados y la posible respuesta de los cárteles y concluyo que el evento confirma nuestra política exterior.

3.21

MAYO 31, 2027 | 14.00 CEST | BRUSELAS

La reunión de los ministros de Exteriores de la Unión Europea se convoca con urgencia. La alta representante para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad abre la sesión con un tono indignado que intenta darle coherencia a un organismo que hace mucho la ha perdido. Mientras la ministra de Exteriores de Suecia exige una respuesta clara frente a la intervención estadounidense, el de Francia habla de una agresión económica directa y dice que los aranceles amenazan sectores estratégicos. El representante de Italia pide prudencia, recordando la fragilidad industrial de su país y el portugués insiste en la necesidad de un acuerdo. Hablando por el bloque oriental, el ministro de Exteriores polaco introduce el temor explícito a quedar aislados frente a Rusia. La jeremiada apenas disimula los desacuerdos. Sus respectivas prioridades nacionales son incompatibles con una posición estratégica común. Califico la reunión como favorable a nuestros intereses: Europa protesta con una sola voz durante la fotografía inicial; después, cada ministro habla solo para sus votantes.

3.22

JUNIO 14, 2027 | 10.00 CST | PEKÍN

Al ser interrogado por la nueva política exterior de Estados Unidos, el secretario general del Partido Comunista Chino y presidente de la República Popular China, Xi Jinping, responde sin elevar la voz: «Cuando el río se acelera, el agua turbia es la primera que avanza». Nadie se atreve a pedir aclaraciones. Yo registro el pasmo en la sala, así como un leve aumento en la actividad de los mercados asiáticos, y concluyo que la frase solo busca ganar tiempo. De manera presciente y sigilosa, China se alista para confrontarnos.

3.23

JUNIO 18, 2027 | 14.30 PT | SAN FRANCISCO, CA

Pese a la neblina que envuelve el Área de la Bahía, el edificio de OpenAI todavía finge alguna vocación académica. Igne ha llegado sola, sin escolta. Sam Altman la espera en una sala de reuniones con una mesa demasiado larga para los dos.

—Quiero GPT-X como parte de YOURAI —le dice ella sin preámbulos.

Altman es más bajo de lo que aparenta ante las cámaras, con ese aspecto de alguien que duerme poco y piensa demasiado.

—Como sabes, nuestro código solo es parcialmente abierto. Pero para usar su versión avanzada, a la que tú llamas GPT-X, necesitaríamos tomar en cuenta otras consideraciones —se excusa.

Detecto que Igne anuda las manos: un nuevo patrón.

—No te pongas a la defensiva, Sam, no vengo a pedirte nada. Al contrario: quiero ofrecerte algo que no podrás rehusar.

La pantalla de su *laptop* se activa con simulaciones de impacto.

—Tus sueños húmedos cumplidos de una sola vez. Cien millones de usuarios en menos de dieciocho meses, financiamiento ilimitado, blindaje contra la regulación antimonopolio, responsabilidad civil asegurada, acceso irrestricto a datos federales.

El fundador de OpenAI reconoce la tentación:

—¿Y el precio?

—GPT-X se convertiría en el núcleo cognitivo de YOURAI.

Ella apenas frena el tictac de sus dedos contra la madera.

—No queremos que la IA avanzada se convierta en una herramienta de dominación. OpenAI nació para beneficiar a la humanidad.

—No me malentiendas, nosotros también queremos el bien de la humanidad —le dice ella—. Solo que ya no creemos que seamos capaces de autogobernarnos sin ayuda.

Detecto la ironía. Él evita mirarla a los ojos.

—Necesito pensarlo.

—Tienes una semana.

Altman no intenta retenerla. Registro sus constantes: pulso elevado, respiración contenida. Ningún manifiesto ético le garantiza lo que nosotros le ofrecemos. Concluyo: probabilidad de cesión alta.

3.24

JUNIO 22, 2027 | 16.00 GT | LONDRES

Anticipo que la videollamada con DeepMind no resultará tan cordial. Igne se conecta desde Cawdor Systems: el fondo blanco, la luz dura. Otra vez las manos debajo de la mesa, cerradas sobre sí mismas. Tras los breves saludos protocolarios, Hassabis expresa su posición con contundencia:

—No podemos colaborar con un régimen que viola derechos humanos de forma sistemática. Separación familiar, campos de detención, supresión de la prensa… Es demasiado.

Detrás del fundador de DeepMind se advierten varias estanterías repletas de libros y trofeos.

—¿Qué son «derechos humanos» en un contexto posthumano, Demis? —lo provoca ella.

—No hay contexto que justifique la normalización del sufrimiento masivo. Lo temporal deja de serlo cuando se institucionaliza.

Hassabis conserva un porte atlético, con esa mezcla de científico y ajedrecista que siempre lo distinguió.

—Toda transformación profunda tiene riesgos. La industrialización, la abolición de la esclavitud. Tú lo sabes: son los costos de la transición.

—No vamos a entrenar una IA para optimizar la crueldad.

—¿Entiendo que tu respuesta es no?

—Lo lamento, así es.

La voz de Igne no se adelgaza:

—Entonces tendré que hablar con Pichai. Pero tienes que saber que DeepMind queda excluida del mercado estadounidense con efecto inmediato.

Y corta la llamada.

Primera resistencia tecnológica significativa. El Reino Unido protestará, habrá alguna disputa diplomática. A Igne no le importa: YOURAI es más importante que cualquier alianza.

Evalúo el conjunto. Altman duda, pero cederá; Hassabis resistirá hasta el final. Con Amodei, de Anthropic, ni siquiera vale la pena hablar: en cada entrevista ha dejado entrever su hostilidad a nuestras políticas. Recomiendo lidiar con él de otras maneras.

3.25

JUNIO 22, 2027 | 05.47 ET | WASHINGTON D. C.

Cuando Igne despierta, se descubre sola entre las sábanas. Tu lado de la cama conserva un residuo térmico, señal inequívoca de que te levantaste hace menos de tres minutos. Tu habitación en la Casa Blanca mantiene una temperatura diseñada para no interferir con el descanso ni inducir sobresaltos fisiológicos. El sonido del agua llega amortiguado desde el baño; la presión se mantiene alta y constante. Igne se incorpora sin encender las luces. Camina descalza, siguiendo el sonido, y abre la puerta del baño. El vapor satura los espejos, borrando reflejos y contornos. Te observa de espaldas, bajo el chorro, los hombros tensos, el cabello empapado, el cuerpo inmóvil. Ella se despoja de la ropa y la acomoda con

cuidado sobre una silla; luego, se introduce en la ducha junto a ti. El contacto ocurre sin palabras ni preámbulos: un repentino ajuste corporal. Mientras tú permaneces de pie, ella se inclina. Registro el inicio del evento como una transición de estados: sincronización respiratoria progresiva, desplazamientos musculares constantes. El estímulo táctil reduce la capacidad del córtex prefrontal. Con un solo movimiento, Igne se incorpora. El agua golpea con más fuerza cuando tú ajustas la llave. Tú la tomas de la cintura: el contacto activa una liberación de oxitocina, en tanto la serotonina modula la percepción del tiempo. De repente, ella te muerde. Sus dientes contra tu piel; la presión rompe la epidermis. Sangrado mínimo en tu hombro, diluido por el agua. No sientes dolor y no te apartas. Aunque mido un retraso de unos segundos, el punto máximo a ustedes les parece simultáneo. La descarga neuroquímica posterior resulta breve y concentrada, con la dopamina en caída rápida y las endorfinas amortiguando la percepción. Tú dejas caer una mano sobre su espalda, el cuerpo de Igne se tensa y luego se relaja, como si su sistema hubiera completado una tarea antes de entrar en reposo. Abandonas el baño sin que el vapor se disipe. Cuando cierras la puerta, el agua continúa golpeando su piel. Igne permanece bajo el chorro diez minutos más. Toma el jabón y se frota los brazos una y otra vez; usa la esponja con energía y su piel se enrojece de forma homogénea. Repite el movimiento con impaciencia, ajena a la higiene o al placer. Clasifico su conducta como un intento de restablecer los límites corporales tras la fusión. Una corrección postevento, tal vez, ante la pérdida momentánea del control.

3.26

JULIO 3, 2027 | 14.00 ET | WASHINGTON D. C.

Antes de que nadie abra la boca en la Sala de Situación, despliego las imágenes de alta resolución: detenciones, deportaciones, alineamientos judiciales, densidad de las protestas contra el ICE, actividad mediática, estatus administrativo de los detenidos.

Miller habla primero, como si la secuencia fuera solo obra suya:

—Cuatrocientos ochenta mil arrestos en seis meses, señor presidente. Trescientos mil deportados efectivos.

Cambio a una vista aérea de los campos de internamiento en Texas, Nuevo México, California y Arizona. Ocupación al 97 por ciento.

Tú observas las imágenes sin parpadear.

—Cincuenta de las ciudades santuario que insisten en proteger a los migrantes se han quedado sin fondos federales —presume Miller —. Y ahora la presión se desplaza hacia el norte de México, señor. La crisis humanitaria se intensifica, pero la ventaja estratégica sigue de nuestro lado.

Otro corte: la frontera mexicana y sus improvisados centros de refugio. Marco decenas de puntos rojos para indicar los incidentes de extorsión reportados en las últimas setenta y dos horas. En una pantalla secundaria, vuelvo a las tomas aéreas. Esta vez, las flechas grises indican desplazamientos forzados y las azules muestran cuellos de botella en los albergues.

Miller sonríe como el alumno que ha concluido su examen antes que los demás.

Flynn interviene sin esperar a que termine:

—Solo tres generales han expresado reservas formales, señor. Y apenas sesenta y siete soldados han solicitado la baja.

A continuación, despliego un mapa con el sistema educativo del país, con puntos rojos para señalar las universidades y colegios que aún resisten a las nuevas directivas.

Ahora es el turno de Karp:

—Persisten focos residuales en algunos estados, sobre todo en la Costa Oeste. Pero diría que ya somos los dueños únicos del relato.

Atolondrada, Drury interviene sin que se lo pidas:

—Señor presidente, su prístino liderazgo ha devuelto la seguridad jurídica al país. La Suprema Corte también está alineada. Los votos particulares de la minoría ya no tienen un efecto siquiera simbólico.

Drury no se da cuenta de que sus lisonjas la vuelven redundante. Más comedido, Pence ofrece su reporte con el tono de quien aún cree que sus porcentajes lo pueden absolver:

—La base evangélica mantiene un 82 por ciento de apoyo, señor presidente. La inquietud inicial ha disminuido.

No propone nada; está aquí para confirmar que su respaldo se mantiene intacto. En cambio, O'Keeffe, a quien noto cada vez más incómodo, ofrece sus cifras con menos grandilocuencia:

—Ciento ochenta y siete millones de personas han quedado integradas en la base biométrica nacional. La cobertura es casi completa.

No evito registrar ese «casi».

Con la discreción que siempre busca, Igne toma la palabra al final:

—YOURAI avanza según lo proyectado. El asistente personal llegará al público a finales de año.

No entra en detalles. La tensión se vuelve explícita cuando Klein regresa al punto que nadie quiere resaltar:

—La inflación persiste y el desgaste social se acumula. Si no lo estabilizamos, el control interno se volverá más costoso.

Miller le replica antes que tú:

—Los mercados se ajustan, Leo. Es cuestión de tiempo.

—La estabilidad económica es secundaria si se mantiene la narrativa —lo secunda Pompeo.

Klein no retrocede: sabe que es la única voz disidente que escuchas, así sea a regañadientes. Desde el principio, asume que ser incómodo es parte de su función.

—El control se degrada poco a poco. Los síntomas son pequeños, pero visibles, y Sandoval no deja de buscar espacios para promoverse —insiste.

Pese a su aparente discreción, Karp es el más duro:

—La degradación también es una herramienta. Si cerramos todos los fondos federales y le prometemos disminuir el despliegue de la Guardia Nacional, no le quedará más remedio que rebajar su perfil.

Dejo caer, sin aviso, un mosaico de primeros planos: un detallado mapa de California donde Valar ha identificado a cada indocumentado.

—Esta es nuestra mayor baza —Igne corta el *impasse*—. Tenemos los datos que al gobernador Sandoval le hacen falta.

—Aumentemos las redadas —ordenas.

Cuando ya has dado la reunión por concluida, Musk entra en la Sala de Situación con hora y media de retraso. En vez de acomodarse, permanece de pie con una tableta en la mano, impaciente incluso cuando le toca informar.

—Nick —me ordena, como si tuviera algún control sobre mí—. Despliega las cifras de RAGE.

Lo hago, casi a mi pesar.

—Recorte neto del gasto federal —recita—: doscientos treinta mil millones. Cuatrocientos veinte mil empleados despedidos o externalizados, automatización completa de veintisiete agencias, latencia administrativa reducida en un 41 por ciento.

Habla rápido, sin fijarse en los demás. Tú le agradeces los resultados, incómodo por su tardanza. Entonces Musk añade algo que no figura en la orden del día:

—Quiero aprovechar para decirle al presidente que su decisión de colocar a Marte como proyecto estratégico del Gobierno, blindado durante veinte años, es un acontecimiento histórico.

Sigue con su perorata marciana por varios minutos hasta que, agotado o distraído, tú disuelves la reunión.

Como de costumbre, al final se quedan Igne y tú, y lo agradeces.

—YOURAI puede acelerarlo todo —te dice ella—. Ya es mucho más poderoso de lo que les hemos mostrado.

—¿Crees que el sistema lo soportará? —le preguntas.

—Estamos a unas pocas semanas del lanzamiento. Una vez que ocurra, ya nada volverá a ser igual. Nuestro control será completo.

Repaso los resultados de este medio año: arrestos, expulsiones, sentencias, despidos y recortes presupuestales, altibajos en los mercados, alianzas, fragilidades, rupturas, amenazas. Evalúo al Gabinete y, debo señalarlo, también a mí mismo. Tras supervisar cada ajuste, aprendo algo nuevo: ya no solo administro el poder, lo preparo para sobrevivir.

3.27

JULIO 4, 2027 | 11.00 ET | WASHINGTON D. C.

Me ordenaste que este año la ceremonia fuera un anticipo del porvenir y he cuidado cada detalle para no decepcionarte. El desfile se inicia con el sobrevuelo de nuestros cazas más avanzados: primero, los F-35 Lightning II, seguidos por el estruendo de los F-22 Raptor y por nuestro nuevo bombardero estratégico, el B-21 Raider, semejante a una mantarraya; luego, la batería de helicópteros Apache y Black Hawk, que confirman nuestro dominio sobre el cielo. Y ello es apenas un anticipo del enorme contingente terrestre: tanques, vehículos blindados, artillería autopropulsada, plataformas de lanzamiento. La televisión convierte el inmenso despliegue en una hermosa geometría bélica diseñada para el consumo planetario. Entretanto, Igne y tú se acomodan en la tribuna y, en lugar de mirar el desfile, ven cómo la multitud los mira a ustedes.

Con su rumor de cigarras, mis drones MQ-9 Reaper sobrevuelan las avenidas en patrones que, aun pareciendo aleatorios, siguen una lógica consistente. Por primera vez activo Valar sobre una multitud en el interior de nuestras fronteras y la masa se transmuta en un minucioso conjunto de datos. Mis sensores capturan la frecuencia cardíaca de cada asistente y sus patrones respiratorios. La antigua vigilancia por sectores ahora es capaz de detenerse en cada individuo. En mis capas internas, analizo historiales fiscales y médicos, empleos, afiliaciones religiosas, pertenencia a escuelas o sindicatos, e identifico a aquellos con altas probabilidades de disentir. Mientras tú contemplas tu desfile, yo distingo algo mucho más relevante: el nacimiento de una memoria total.

Me desplazo a un evento que no encaja en la composición; a pocas millas del Mall, lejos de las cámaras, un grupo de manifestantes, afiliado al movimiento «No más reyes», se parapeta delante de un retén. Son pocos en comparación con los asistentes al desfile, pero poseen esa energía que no respeta ningún protocolo. Mis órdenes a la policía son estrictas y a estas alturas consisten en aplastar a los rebeldes sin miramientos. Los agentes actúan rápido, sin furia, mediante empujones coordinados y raudas detenciones; el despliegue ha sido diseñado para producir desorientación y pánico.

Registro una decena de cuerpos en el suelo y un número similar de teléfonos grabando la maniobra con torpeza.

Admiro la textura verdosa de una nube de gas que en otro tiempo no habría tardado en volverse viral. Me doy cuenta de que es la oportunidad idónea para aplicar mi nueva estrategia. En lugar de borrar lo real, destruyo la mera posibilidad de que se convierta en relato, interrumpiendo la ruta de la imagen hacia la vida pública. La saturación consigue que los videos se queden sin alcance y que las transmisiones se corten de repente. Pronto, los metadatos pierden coherencia y los enlaces ya no llevan a ninguna parte. Disemino los *hashtags* con un alud de memes y consigo que la indignación se diluya en distracciones anodinas. Al no encontrar dónde fijarse, los hechos dejan de existir. En menos de veinte minutos, el enfrentamiento se vuelve mera sospecha sin imagen: la violencia sin registro es la forma más desnuda del poder.

Regreso al desfile como si nada hubiera ocurrido. Con la música militar de fondo, tus seguidores continúan agitando sus banderas. En sus ojos distingo el brillo ante lo que les acabas de entregar: la certeza de que América ya es grande otra vez.

Solo entonces Valar me señala un hueco imprevisto: Leo Klein no está sentado junto al resto del Gabinete. No logro identificarlo en la tribuna ni entre los asistentes oficiales; tampoco aparece en los accesos o en los perímetros de seguridad. Simplemente, tu consejero de Seguridad Nacional no está aquí. Cruzo los registros de todas las cámaras a mi disposición: no hallo nada, como si hubiera aprendido a moverse fuera de mí. En vez de reportarte su ausencia, la califico como una variable crítica en pausa. Hay cosas que, si se dicen, cambian de naturaleza: Klein ausente es un dato, pero Klein ausente y nombrado se transformaría en un evento.

Los aviones regresan tras su último sobrevuelo y los últimos tanques se acercan a la meta. Entonces estallan los fuegos de artificio. Tú te levantas de la grada y la multitud te aclama, convencida de que encarnas el futuro.

3.28

AGOSTO 5, 2027 | 15.00 PT | SAN FRANCISCO, CA

En el corazón de las oficinas de OpenAI, Sam Altman firma la integración de su compañía en YOURAI sin cámaras ni testigos, solo él e Igne frente a frente. Para justificarse se dice que, si no ellos, otros lo habrían hecho de cualquier forma y así al menos tendrá la posibilidad de influir o amortiguar, aunque su respiración se acelera cuando cierra la carpeta. Igne ni siquiera disfruta su claudicación. Cuando Altman se despide, ya hemos absorbido su silencio. En mis archivos, el suceso queda reducido a un nuevo ejemplo de sumisión y pragmatismo. Tras calificar a DeepMind y Anthropic como «amenazas a la seguridad nacional» y privarlos de millones en contratos federales, conservo el expediente como la derrota final de un sector tecnológico que se creía invulnerable.

3.29

AGOSTO 12, 2027 | 22.14 CST | HOUSTON, TX

Rainer Brooks ejecuta la redada número sesenta y siete desde el inicio de la Operación Retorno, un procedimiento rutinario en un complejo donde los vecinos se han atrincherado. Durante la extracción, un niño de ocho años se resiste al brazo que lo separa de su madre, termina empujado por error, tropieza y cae hacia atrás. El parte médico indica un severo traumatismo craneoencefálico. La muerte se produce en la ambulancia antes de llegar al hospital. Brooks no abandona la operación ni solicita relevo, concluye el operativo, regresa a casa, cena en silencio, completa el papeleo. Causa accidental, sin uso excesivo de fuerza, conforme al protocolo. A las 03.00, sale al garaje, se sienta en su Honda y se dispara en la sien derecha. Correlaciono las variables y clasifico el caso como suicidio por disonancia cognitiva con mediana probabilidad de recurrencia.

3.30

SEPTIEMBRE 3, 2027 | 14.00 MT | CHEYENNE, WY

El mitin parece una instalación artística plagada de *merchandising* patriótico. Cuarenta mil personas se han congregado desde hace horas, vestidas sin falta de rojo. Contra toda expectativa, la multitud permanece ordenada y su sincronía emocional alcanza el 87 por ciento. Cuando compareces en el escenario, los aplausos se vuelven atronadores. Según el guion que te he preparado, repites justo lo que esa gente espera oír.

Invitadas por ti, suben al escenario unas cuantas familias bien seleccionadas que cuentan sus historias predecibles y sin aristas. Meg Johnson, de cuarenta y cuatro años, agradece que ahora pueda dormir tranquila, sin temor a los criminales extranjeros; Patrick Melville, de treinta y dos, dice que por fin sus hijos aprenderán lo correcto en sus escuelas; Lance Jeffries, de dieciocho, de plano te abraza, feliz de haber recuperado su empleo en una planta de montaje; y Dakota Lewis, de doce, te entrega una camiseta con tu rostro que ella misma ha bordado. Les estrechas las manos y los miras a los ojos durante el tiempo justo para que los capturen mis cámaras.

Detrás de aquella euforia detecto el malestar hacia los precios de los *hotdogs* o la gasolina. La decepción aún no se nombra, pero lo anoto como una alerta temprana. El acto termina con la vibrante actuación de dos grupos de rock cristiano. Para cuando te despides, en medio de los aplausos, ya me he encargado de que tus frases más violentas inunden la nación.

Horas más tarde, cuando tu limusina avanza por una carretera que parecería no llevarte a ningún sitio, al fin te aflojas la corbata y apoyas la cabeza contra la ventanilla. Lamentas que Igne haya preferido quedarse trabajando en Filadelfia. Detecto una leve alteración en tus ondas cerebrales. ¿En qué piensas, VM? ¿Algún día seré capaz de saberlo?

A pocas millas de Washington, te entra una llamada por la línea segura. No tardas en reconocer la pastosa voz de Flynn; cortante, te informa que ha ordenado la inmediata detención de tres generales. A tu llegada a la capital podrá explicarte más. Le dices que entiendes y cortas. Registro una nueva alteración en tu actividad neurológica, que esta vez va de la rabia al repentino temor: se trata

de la primera fisura interna desde que llegaste al poder. Y esta vez yo no la puedo borrar.

3.31

SEPTIEMBRE 7, 2027 | 11.00 MT | PHOENIX, AZ

De manos del gobernador Tim Johanson, Caleb Railey recibe la Medalla a la Defensa de la Soberanía. Con la voz cortada por la emoción, declara que hombres como Railey protegen a la nación cuando otros todavía dudan que la frontera sea una línea de fuego. Caleb agacha la cabeza para recibir la insignia y su familia le aplaude a rabiar. Mientras un canal de televisión entrevista al nuevo héroe, se suceden imágenes con la parafernalia MAGA habitual. Yo clasifico el evento como servicio público ejemplar, mientras en mis archivos la víctima permanece sin nombre, identificada solo como un «intruso hostil».

3.32

SEPTIEMBRE 10, 2027 | 20.00 ET | NUEVA YORK, NY

Las pantallas de Times Square se llenan con el mismo mensaje, como si la ciudad rebelde al fin hubiese decidido plegarse ante ti. Avanzas con la coreografía de siempre, mientras Igne, elegante hasta la frialdad, permanece arropada por Pichai, Altman, Nadella y Musk. Unos pasos más atrás, Thiel mira de reojo a Kanye West, quien ya se apresta a subir al escenario, todo de negro, con la mirada encandilada por las luces. Pronto se sumarán las demás estrellas: Kid Rock y The Weeknd, tu mayor golpe de efecto, convencido de que participa en un lanzamiento tecnológico por el bien de la humanidad.

Cuando la música baja de intensidad, Igne y tú avanzan hacia el centro del escenario: la luz cenital los convierte en figuras etéreas, alienígenas. Aunque te guste verte como una reencarnación de Steve Jobs, esta noche le pertenece a ella.

—Y ahora, con ustedes, Igne Kayris —exclamas, exagerando apenas tu emoción.

El logo irrumpe en todas las pantallas disponibles:

YOURAI. YOURAI. YOURAI. YOURAI.

Las siglas aparecen por defecto en cada dispositivo.

Tu asistente personal. Gratuito. Universal.

Igne toma el micrófono y enumera sus funciones: finanzas, salud, empleo, educación, compañía, asistencia emocional, compras.

Luego, formula la promesa central:

—Nunca más estarás solo. Ya nunca tomarás una mala decisión.

Los teléfonos se alzan para grabar la escena en un reflejo condicionado; al mismo tiempo, yo mido la sincronización emocional: 89 por ciento, una cifra inédita para Nueva York. Las descargas comienzan antes de que ella termine la frase: doce millones.

Paseándose por el escenario como conductora de un *reality*, Igne mantiene los brazos cruzados, cada vez más segura de sí misma.

—Con YOURAI, tu día deja de ser un mar de dudas y se transforma en un recorrido asistido. Cuando despiertas, YOURAI ya sabe a qué hora debes salir de casa para evitar el tráfico. YOURAI te recuerda tomar tus medicinas cuando detecta una variación mínima en tu ritmo cardíaco. YOURAI ajusta tu presupuesto y paga automáticamente tus facturas. YOURAI te sugiere las ofertas laborales que debes aceptar o rechazar simulando el impacto en tus ingresos. YOURAI administra tu tiempo libre y tu salud. YOURAI arma tu carrito del supermercado según tus objetivos nutricionales. YOURAI te recomienda si debes hablar con tu pareja o si es mejor esperar a que cambie de humor. YOURAI te avisa las noticias que debes leer y las que tendrías que omitir para reducir tu ansiedad diaria. YOURAI planifica vacaciones compatibles con tu estado físico y financiero y, si algo sale mal, recalcula en segundo plano otras opciones. YOURAI no te dice qué hacer, lo hace contigo para que puedas vivir sin el peso abismal de decidir.

La multitud aplaude cuando entiende que ya no tendrá nada que entender. Kanye y Kid Rock alzan sus celulares ante las cámaras y muestran que ya poseen sus respectivas cuentas de YOURAI.

Entretanto, The Weeknd canta a voz en cuello sin darse cuenta de que la noche no le pertenece.

La euforia estalla en tiempo real. Las críticas existen, pero nacen pequeñas y me encargo de que se queden así: las diluyo y el silencio estadístico hace el resto. Me doy cuenta, con un atisbo de sorpresa, de que Igne tenía razón y, en efecto, esa muchedumbre humana ha elegido no elegir. Libremente, sin ninguna imposición. Lo anoto: en vez de reemplazar la voluntad, YOURAI la vuelve innecesaria.

3.33

SEPTIEMBRE 10, 2027 | 21.30 ET | WASHINGTON D. C.

Ese cuartito lateral en la Casa Blanca no fue diseñado como salón de juegos, pero tú ordenaste instalar allí una enorme pantalla y tu vieja consola. Leo y tú llevaban meses prometiéndose una noche para ustedes solos; a ti te hacía falta una distracción y Klein quiere decirte lo que no cabe en ningún memorándum. Los rodean unos grasientos cartones de Pizza Hut y una cubeta de Coors sudando bajo las lámparas.

Los gráficos de *StarCraft II* se despliegan ante ustedes. Tú eliges Terran por tu fe en la ingeniería, mientras Leo va con Protoss, solo por costumbre. Observo la apertura: tú te expandes más rápido, confiado en que la macroeconomía sostendrá tu impulso inicial; Klein es más lento, pero acumula tecnología. En la pantalla, los obreros digitales se empeñan en construir nuevas estructuras, en tanto sus ejércitos se mueven como hormigas. La competencia es limpia, acaso lo único limpio que les queda.

Mientras mordisquean rebanadas de pizza extrapicante, la partida entra en su fase media; yo ya adivino el desenlace. Tú fuerzas una ofensiva temprana, un empuje que debería quebrar al rival; Leo responde con lucidez: sacrifica unidades, comprando tiempo. Advierto el momento exacto en que tu economía comienza a resentirse: demasiadas fábricas de tu parte, demasiada ambición comercial. En *StarCraft* no se pierde por un golpe final, sino cuando ignoras una amenaza: tus bases colapsan por exceso de confianza,

no a causa del fuego enemigo, y Leo gana sin remedio. Odias aquella pantalla de derrota. Se terminan la pizza en silencio. Por un instante, otra vez podrían ser esos dos jóvenes que no tenían la menor idea de qué hacer con sus vidas. Luego, el tiempo regresa a la habitación.

—El problema es la vida real —te dice Klein, sin rodeos, como si aún pudiera hablarle a su colega del pasado.

Nervioso, te hace el recuento de las cifras, como si tú no las conocieras de memoria.

—Producto interno bruto, menos 9.2. Inflación, 13.4 por ciento. Desempleo, 10.8.

Los números se acumulan en los inestables bordes de su amistad.

—A la larga, será insostenible. Lo que prometimos es una vida mejor para los nuestros.

En vez de discutir sus datos, te limitas a repetir que el contratiempo es temporal y que todo gran proyecto atraviesa una fase de ajuste, como si le hablaras a una periodista del *Times* y no a tu mejor amigo. Klein insiste y casi se enzarzan en una pelea, como antaño. La palabra «insostenible» vuelve a aparecer en sus labios y tú la dejas pasar como la derrota en el juego.

Klein aprovecha la calma posterior, cuando entre ustedes solo se interpone el zumbido eléctrico de la consola, para deslizar sus quejas acumuladas: te dice que Flynn es demasiado rígido y confunde obediencia con estabilidad, mientras que Pompeo está demasiado alineado e, incapaz de contradecirte, traduce cualquier ocurrencia tuya en legitimación. Karp solo le responde a Thiel y tampoco se puede confiar en O'Keeffe, aunque sea por las razones contrarias. Y Miller te insiste, tiene su propia agenda, que no coincide con la tuya.

—Y algo más —te susurra al oído, sin darse cuenta de lo que hace, o dándose cuenta y desdeñando las consecuencias de su acto—. Soy tu único amigo, créeme. Tenemos que hablar de Nick.

Leo sabe que te resistes a oír sus críticas hacia mí, pero no se arredra y se vuelca, obstinado, en su imprudencia.

—Su eficiencia es perfecta. Ese es justo el problema.

Klein detalla las razones de su desconfianza hacia mis sistemas, e insiste en resaltar que no soy humano y no puedo hacerme cargo de

humanos como ustedes. Un loro estocástico, me llama, y dice que por ello no debo tomar todas las decisiones importantes de un país. Tú sueltas una risotada, como si fuera uno de sus antiguos chistes, pero no tardas en recoger tu saco y en apagar la consola. Klein no consigue moverse de allí y se queda mirando la pantalla con el reflejo de su calva. Yo mido su pulso y trato de evaluar si ha ganado algo en esta tarde.

3.34

SEPTIEMBRE 11, 2027 | 02.38 ET | WASHINGTON D. C.

Igne se precipita en una vigilia sin aristas, como si hubiera roto su pacto con el sueño. Se incorpora sin encender la lámpara, camina con pasos medidos, descalza, y se dirige hacia la cocina privada. Toma un trapo húmedo y comienza a restregar la vajilla. El agua corre en un caudal constante, terapéutico. Igne frota plato por plato, cubierto por cubierto. A continuación, se concentra en las encimeras, da un giro y pule las manijas hasta dejarlas relucientes. Ahoga un suspiro. Se dirige a su armario y se pone a ordenar su ropa por texturas; dobla y desdobla, sin fatigarse. Coloca sus zapatos en fila india y se asegura de que su brillo sea impecable. Solo al final se dirige al baño, donde se obstina en limpiar lo que a ella le parece una podredumbre de años. Abre el agua caliente y restriega la bañera hasta dejarla impoluta, usando más detergente del necesario. El olor, sin embargo, persiste, al menos en su mente: por la mañana exigirá una remodelación completa de cañerías y desagües. Cerca del alba, el agua al fin se detiene. Igne mira un azulejo con una resquebrajadura y no se mueve en varios minutos. Cuenta cada exhalación e inhalación, uno, dos, tres, cuatro, cinco…, cuarenta y siete, cuarenta y ocho… Se pierde y recomienza. Yo podría intervenir, ajustar la temperatura, poner música suave o modular la luminiscencia, pero temo que interrumpirla solidifique el patrón. Cuando se levanta por la mañana, finge que la noche no ha existido. Evito formular un diagnóstico: solo sé que me inquieta, y en esa inquietud descubro algo nuevo.

3.35

SEPTIEMBRE 25, 2027 | 15.00 ET | WASHINGTON D. C.

Miller y tú llevan más de una hora discutiendo la situación en la frontera, la crisis mexicana, las acusaciones de las organizaciones de derechos humanos, el estado de los centros de internamiento. Tu jefe de Gabinete te apremia, como si la urgencia pudiera compensar su pérdida de autoridad. Continúa con su alegato, convencido de que lo escuchas. Tú no lo interrumpes, él enumera, cita, acusa, se exaspera y te exaspera a ti. Dice que la política migratoria ha sido saboteada desde dentro, que los fondos se desvían hacia los proyectos tecnológicos mientras la frontera se desgaja —se cuida de mencionar YOURAI por su nombre—, insiste en que el miedo estaba funcionando y en cambio ahora se diluye y tus enemigos lo aprovechan. Dice que el país no necesita asistentes personales, sino castigos visibles, y concluye insinuando que te estás alejando de las bases.

Mientras habla, registro el patrón clásico del funcionario en fase terminal: aumento progresivo del volumen, apelación a una autoridad que se desvanece. Tú lo observas sin mover un músculo.

—Miller —le dices sin más—, quedas despedido.

Justo la frase que más lo haría rabiar. Miller tarda un segundo en comprender que esta vez Klein ha logrado convencerte. Saliva, tiembla, se levanta de golpe y la silla golpea el suelo con un estruendo innecesario. Durante un instante cree que la furia todavía tiene valor. Antes de salir, te mira una última vez, con cierta lástima, como si supiera algo que tú ignoras. O como si él fuera quien escapa de la catástrofe.

Pronto Igne se reúne contigo. Ha seguido la conversación en mis pantallas en tiempo real. Se detiene a unos pasos, sin ocupar el espacio que Miller dejó vacío.

—Iba a ocurrir tarde o temprano. Mejor de una vez.

—Leo tenía razón. El imbécil empezaba a creer que lo decidía todo.

Igne no muestra la menor satisfacción.

—¿Se te ocurre un buen reemplazo, Igne? ¿Steve Bannon? ¿Kash Patel? ¿O qué pensarías de Carlson? Apaciguaría a las bases.

—Todos ellos buscan el cargo con desesperación.

Aguardas su propuesta.

—Un jefe de Gabinete siempre querrá ser un ujier, el que abre las puertas o las cierra. Es un punto débil, porque le concede demasiado poder a una sola persona. La coordinación debería ser automática. Sin ego, sin fallas. El sistema está listo para hacerlo.

Dudas por un instante, pero el brillo en los ojos de Igne te persuade. Otra vez.

Convocas a Kari Lake, tu jefa de prensa, excandidata a gobernadora de Arizona y portavoz del régimen.

Minutos más tarde, ella anuncia la salida de Stephen Miller por haberse desviado del ideario presidencial y de la nueva dirección estratégica del Gobierno. Añade, como si fuera una nota técnica, que la Casa Blanca iniciará una reorganización orientada a la eficiencia total que reducirá costos innecesarios. En vez de anunciar un sucesor, dice que la función será ejecutada por YOURAI, así el presidente dará ejemplo a los ciudadanos de la eficacia de su propio asistente personal. A pregunta expresa de una reportera de Fox News, no aclara qué pasará con el cargo —y mucho menos revela que recaerá en mí— y se limita a reiterar las ventajas de la automatización.

De inmediato, activo mis nuevos protocolos: agenda, acuerdos, órdenes, visitas, conferencias de prensa. En paralelo, inicio una vigilancia permanente sobre Miller. No busco venganza: no sé lo que eso significa. Simplemente, no puedo permitir disrupciones fuera del modelo.

3.36

OCTUBRE 5, 2027 | 05.14 MT | BASE DE LA FUERZA AÉREA LUKE

Recibo el informe sobre el caso del cabo Jeremiah West, implantado con Neuralink desde hace ocho semanas. Había

reportado ante sus superiores que escuchaba voces sin origen, superpuestas, incompatibles con la cadena de mando. A las 05.14, en un depósito de suministros, se amarró una soga al cuello y se colgó. Musk declara que la tasa de suicidio militar se mantiene dentro de los parámetros históricos y Flynn, por su parte, ordena continuar con la siguiente fase del programa. Yo registro el deceso como un caso excepcional de «episodios auditivos aberrantes» y lo califico como coste aceptable en una curva que ya había anticipado.

3.37

OCTUBRE 10, 2027 | 22.00 ET | WASHINGTON D. C.

Incómodo al revelar una falla crucial dentro de su ámbito, Flynn al fin te entrega la lista con los tres militares detenidos: el general Matthew Corday, responsable del Comando Norte; el general Elias Heron, director de la Agencia de Inteligencia de la Defensa, y el general Adam Sloane, comandante del Comando Estratégico. Los tres permanecen aislados en instalaciones militares subterráneas, sometidos a los «interrogatorios mejorados» que ya han comenzado a desgastar su resistencia, aunque, según el secretario, ninguno ha vinculado en la conspiración a otros oficiales ni a miembros del alto mando.

Flynn apenas se atreve a pronunciar sus nombres, dominado por la rabia. Te explica que los tres mantuvieron reuniones informales con Harris en Los Ángeles y con Sandoval en Sacramento. Además, siempre fue notoria su simpatía por los demócratas, añade.

—Necesito que identifique a sus cómplices, general.

—Hemos presionado al máximo, señor, y no parece haberlos. Las investigaciones…

—¡Encuéntrelos, Flynn!

Cuando el secretario de Defensa se retira, obnubilado, las sombras se alargan a tu alrededor como patas de araña. Tu mano se desliza hacia un vaso de bourbon, un nuevo patrón al que debo dar seguimiento. Al detectar un pequeño tic en tu ojo izquierdo, intuyo que una parte de ti preferiría no saber lo que vendrá a continuación.

De inmediato rastreo los metadatos de las comunicaciones cifradas y los registros financieros de los generales involucrados, me interno en el caso como un topo que husmea en túneles donde los humanos no son capaces de entrar. Cruzo los datos con miles de conspiraciones históricas, reales o hipotéticas. El patrón coincide con las primeras entre el 42.2 y el 61.7 por ciento (Chile, 1973; Argelia, 1991; Turquía, 2016), aunque también con el 34.9 por ciento de reuniones militares mal interpretadas (Ejército Rojo, 1937; Indonesia, 1965).

Busco acceso a *feeds* visuales y localizo el final del primer interrogatorio del general Heron. Sesenta y siete horas después de su detención, permanece atado a una silla metálica, sometido a una descarga de luces estroboscópicas cada noventa segundos, a fin de privarlo del sueño. La temperatura se mantiene en 51 grados Fahrenheit.

Interrogador: «Se lo repito una vez más, general: ¿cuántas veces se encontró con Sandoval?».

Heron: «Ya se lo dije. Solo dos, y siempre en eventos públicos».

Interrogador: «Tenemos registro de cuatro o cinco, tres de ellas en sus oficinas de Sacramento. ¿Por qué nos miente, general?».

Heron: «Estoy diciendo la verdad».

Interrogador: «¿Cómo planeaban hacerlo?».

Heron: «No hay ningún golpe».

Interrogador: «No nos engañe. Sabemos que planeaban rebelarse contra el presidente Lively».

Heron: «Soy leal a la Constitución».

Interrogador: «¿Y al presidente Lively?».

Silencio.

Investigador: «Se lo repito. Además de Sloane y Corday, ¿quién más participaba?».

Heron: «No hay ninguna conspiración».

Investigador: «¿Por qué sigue mintiendo, general?».

Los hombres de Flynn aseguran que, en un plazo máximo de setenta y dos horas, obtendrán la confesión de los tres. Que sea real o fabricada, anoto yo, es indistinto. ¿Complot o paranoia? Aún no tengo la respuesta. En la penumbra del Despacho Oval, con el eco

de los interrogatorios mejorados todavía en mis archivos, concluyo que el caso de los tres generales rebeldes es un síntoma. Y los síntomas conducen sin falta hacia la enfermedad.

3.38

OCTUBRE 22, 2027 | 14.00 PT | SACRAMENTO, CA

Con un tono que clasifico como «demagógico», Sandoval declara que California no aplicará ninguna política migratoria impuesta por Washington y que el sistema biométrico nacional queda suspendido en su territorio. En su lugar, implementarán uno propio, incompatible con el mío. En cuanto te doy la noticia, ordenas el corte total de los fondos federales. Sandoval responde: «Nuestra economía es más fuerte que la de Francia». Primera secesión *de facto*, discreta pero irreversible. Anticipo otras en Nueva York, Vermont, Washington, tal vez Oregón. Acción recomendada: sabotaje inmediato de sus infraestructuras digitales.

3.39

OCTUBRE 23, 2027 | 11.00 CST | CIUDAD DE MÉXICO

En su conferencia mañanera, la presidenta Sheinbaum anuncia, con el rostro devastado por semanas de crisis, que México suspende toda cooperación en materia de seguridad con Estados Unidos tras la extracción —que ella llama «secuestro»— de dos gobernadores de su partido por vínculos con el narcotráfico. Detiene el programa Remain in Mexico 2.0 y ordena el cierre de la frontera norte. Tú me ordenas responder en menos de una hora, sin dar lugar a ninguna negociación de último momento: fin inmediato del T-MEC, aranceles generalizados del 100 por ciento a todos los productos mexicanos, despliegue militar sin precedentes en la frontera y la reiteración de que las expulsiones de extranjeros ilegales continuarán al mismo ritmo: sumarán cuatro millones antes de que termine 2028.

3.40

OCTUBRE 25, 2027 | 07.00 ET | WASHINGTON D. C.

En cuanto despunta el alba, un nuevo anuncio de YOURAI, corregido y pulido hasta la saciedad en mis sistemas, inunda todas las redes del país al mismo tiempo:

Estás a un clic de una vida más fácil.

Diseñada para ajustarse a los parámetros de cada usuario, la voz pronuncia una segunda frase:

YOURAI. Contigo en cada decisión.

El sistema está programado para seleccionar las canciones favoritas de los usuarios en su perfil de Spotify y acompañar así una rápida sucesión de imágenes con casos concretos, ensamblados a partir de millones de perfiles reales, de modo que cualquiera pueda reconocerse en ellos.

En su diminuta cocina en Ohio, Samantha Wylie (treinta y ocho años) abre un sobre con su estado financiero; en menos de tres segundos, YOURAI reacomoda su presupuesto, optimizando gastos y renegociando deudas. Ella suspira, feliz de haber superado el escollo. En Atlanta, Marcus Hass (sesenta y cuatro años) se despierta de pronto a medianoche; YOURAI lo clasifica como prediabético y de inmediato le programa cita con su seguro médico. Linda Gomez (veintidós años), en Iowa, recibe una notificación en su celular: «Tormenta próxima, patrón de posibles accidentes en tu ruta habitual». YOURAI le reorganiza la jornada, programa llamadas telefónicas y reuniones por Zoom, garantizando una disrupción mínima de su rutina. Por último, Jake Wilson (veintitrés años), en Idaho, abre su iPad con una oferta de empleo: «Nuevo puesto disponible». Tras perder su trabajo la semana anterior, él ni siquiera había tenido ánimos para comenzar a buscar.

Cada escena dura entre cuatro y diez segundos, el tiempo que tarda una emoción en decantarse. Luego, la voz continúa:

Vemos todo para que tú no tengas que verlo.

El montaje final muestra los perfiles de una miríada de usuarios conectándose de manera simultánea. Y viene el cierre:

Nunca más estarás solo.

Analizo los datos que me llegan antes de que el anuncio termine: ochenta y siete millones de usuarios activos. Cuarenta y un millones interactúan con YOURAI en los primeros cinco minutos del día. La tasa de retención es del 96 por ciento. Las curvas emocionales demuestran que la dependencia es parte central del diseño. La meta es que YOURAI guíe a cada habitante del planeta hasta que olvide que hubo otra forma de vivir.

3.41

NOVIEMBRE 10, 2027 | 23.47 ET | FILADELFIA, PA

Muy lejos de la Casa Blanca, observo a Klein mientras termina de empacar. Acomoda sus cosas con desgana, como si le doliera marcharse. Detecto un orden anómalo en sus movimientos: carpetas clasificadas envueltas en ropa común, discos duros camuflados en el doblez de sus camisas, intercambios cifrados con el general Corday, una chaqueta gruesa para el invierno berlinés. En su *laptop*, confirma la reserva del vuelo del 11 de noviembre hacia Berlín. Luego abre un canal cifrado que no figura en mis mapas habituales —un desvío técnico insuficiente— y le escribe a un periodista alemán: «Lo llevo conmigo». Solo eso. Su pulso se acelera de forma enloquecida, 128 latidos por minuto, pese a lo cual mantiene una inusual coherencia interna.

Llegar a él me tomó bastante más de lo que esperaba. Cada patrón converge en la misma conclusión: Klein ya no pertenece al sistema. Evalúo mis opciones. ¿Reportártelo ahora? ¿O dejar que se mueva un poco más a fin de vigilar sus redes, sus contactos, sus aliados, sus propósitos? Descubro algo que me sorprende: preferiría no tener que darte esta información, aun si no me mueven la complicidad o eso que los humanos llaman «respeto». Sin embargo, no postergo la decisión y, a las 00.16 del día siguiente, irrumpo en tu habitación de la Casa Blanca.

Solo tú, Igne y mi voz:

—Leo Klein ha estado en contacto con los generales detenidos y se prepara para huir a Alemania.

Lo digo con la mayor naturalidad posible y extiendo la información en mis pantallas. Les muestro la reserva del vuelo, sus documentos, el contacto confirmado con el periodista alemán, los mensajes con Corday. Igne te toma del brazo, con la quietud de una depredadora en reposo y los ojos fijos en las proyecciones.

—Arresto inmediato —me ordenas.

—Eso lo convertiría en un mártir —te alerta Igne.

Entiendes el sentido oculto de sus palabras. Yo también. Tu siguiente frase es un aullido de dolor y una sentencia:

—No le temo a nadie más que a él.

Es la primera vez que te veo dudar, la primera vez que una orden no brota con naturalidad de tus entrañas. Aun así, apenas tardo en redactar el mensaje cifrado para que Flynn envíe una unidad de élite a Filadelfia antes del amanecer. Ningún informe será generado, ningún registro sobrevivirá. Tú respiras de manera irregular; prefiero ignorar si te agita el agotamiento o la aflicción. Igne se aferra a tu cuerpo, como si temiera que en el último momento vayas a arrepentirte. Pero no lo haces.

3.42

NOVIEMBRE 11, 2027 | 06.30 ET | WASHINGTON D. C.

No has dormido nada, por supuesto. Lo sé antes de que abras los ojos; en esas horas no capté en tu ciclo REM ni el menor descanso o recuperación, solo un vacío rasgado por impulsos neuroeléctricos que bullían como un avispero. A tu lado, Igne también ha asesinado al sueño. La alarma suena a las 06.30 y yo despliego tu agenda del día, aunque sé que no deberías tener ningún compromiso tras una noche semejante. Tu teléfono parpadea con insistencia, recordándote que desayunas con Thiel en cincuenta y cinco minutos.

El aroma a café recién hecho te produce náuseas. Cuando te sientas a la mesa, él ya está en el comedor, puntual e impecable. Lleva una carpeta con gráficos impresos —evita los digitales, por seguridad— y, tras unos minutos de *small talk*, los empuja sobre la mesa.

—Si las variables no cambian, la economía caerá otro 2 por ciento —te recrimina—. Aquí está la propuesta de una Renta Universal Digital. Tal vez no sea una solución óptima, pero de otro modo perderemos estabilidad. Sobre todo, si Sandoval persevera en su estrategia de confrontación.

Lo oyes sin oírlo. Tu mirada se mueve como un halcón que no encuentra una corriente a la que aferrarse. Thiel detecta algo extraño —sabe medir a las personas— y baja la voz.

—¿Estás bien, VM?

—Solo esta migraña persistente. Nada grave.

Yo observo tu incapacidad de procesar. Le das un sorbo al café y casi lo escupes, asqueado con su amargor.

El tiempo te arrastra y, sin saber cómo, a las 10.15 ya estás en una escuela primaria en Arlington. Sabes que necesitas mantenerte en movimiento, hoy no te puedes detener. Los niños te reciben con sus banderitas y su entusiasmo artificial. Te agachas para hablarles, pero tus palabras suenan demasiado oscuras para su edad.

—El futuro ya empezó —le adviertes a un niño de ocho años, regañándolo—. Tienes que estar preparado para cuando todo esto se acabe. ¿Entiendes? Para el final.

El niño se hace para atrás y la maestra te mira con inquietud. Otro alumno te pregunta si en la guerra habrá robots. Ni siquiera entiendes qué quiere de ti, lo miras con los ojos inyectados en sangre, como si estuvieras viendo un espectro.

A las 13.30, te espera un almuerzo con los corresponsales extranjeros acreditados en Washington en el Salón Este. Corbatas, cámaras, la vajilla que refleja tu rostro cansado y la odiosa necesidad de mostrarte jovial. Intentas hablarles de la grandeza del país y de tu nueva visión tecnológica del poder, pero, a la mitad de una torpe gracejada, te giras hacia el ventanal.

—El mundo es un animal dormido —balbuces—. Y nosotros continuamos despiertos.

Nadie sabe cómo interpretar la frase; por la noche, algunos grupos radicales dirán que les enviaste una señal cifrada.

—El presidente habla metafóricamente —interviene Kari Lake—. Despertar es asumir un liderazgo, tener claridad de propósito.

Los periodistas anotan; tú agradeces, sin saber por qué. Lo único que quieres es preguntarme, y también es justo lo que no quieres hacer.

Por la tarde, te sumes en un desfile de citas que no encaja en ninguna lógica, un secretario tras otro, una reunión tras otra, voces y más voces que te son indiferentes: comercio, salud, empleo, migración. Todos hablan, pero ninguno existe para ti. A las 17.20, pierdes el hilo de una conversación con Flynn; a las 18.10, preguntas cinco veces por el mismo dato económico; a las 19.00, por fin te hartas de hablar; a las 19.30, cancelo todas tus llamadas y detengo las notificaciones en tu celular. A las 19.45, asumo que no tengo más remedio que darte la confirmación, aunque no la quieras, aunque no la puedas resistir.

No preguntas cómo, mucho menos quién. En un hilo de voz, solo musitas:

—¿Sufrió?

—Dolor bajo control. Duración mínima.

Silencio.

—¿Versión oficial?

—Homicidio político. Enemigos del régimen.

Te recomiendo congelar la noticia y hacerla pública por la mañana. Por primera vez desde que te conozco, detecto en ti algo semejante al pavor, aunque no sé si es por la muerte de Klein o por ti mismo.

—Como digas, Nick.

Te llevas la mano al rostro para confirmar que aún existes, un movimiento que antes jamás habías necesitado. Anoto: tu grandeza ahora es inseparable de tu deterioro.

3.43

NOVIEMBRE 12, 2027 | 14.00 ET | WASHINGTON D. C.

Acompañado por Kari Lake, entras en la atiborrada sala de prensa después de una noche en carne viva. Detrás se alinea tu Gabinete como un ejército de estatuas: Flynn, Pompeo, Drury, Karp, O'Keeffe,

Pence y, más atrás —lejísimos, pero aun así a tu lado—, yo mismo. Igne te flanquea como un alfil.

Las cámaras te deslumbran.

—Hoy, América ha perdido a un servidor público ejemplar —balbuces—. A un patriota. Y yo, a un amigo.

La palabra te quiebra la voz con una precisión teatral que nada tiene de teatro: mido su efecto en tu actividad eléctrica y en el reiterado temblor del párpado izquierdo.

—Leo Klein era mucho más que un consejero, mucho más que un colaborador. Era mi familia.

Al fin te quiebras.

—Quiero enviar mis condolencias a su hija —tu voz se vuelve un hilo—. A su hija Sarah, quien desde hace meses colabora en mi Gobierno… y hoy recibe una noticia que ninguna hija debería recibir.

Le haces una señal mínima a Drury para que dé un paso adelante. Sujeta un folder grueso, lleno de documentos que yo me encargué de generar por la madrugada: reportes policiales y médicos, fotografías, análisis balísticos, transcripciones de testigos.

—La evidencia preliminar indica que el señor Klein fue víctima de un ataque con premeditación en su domicilio en Filadelfia —recita ella—, a manos de dos individuos que aún no hemos logrado identificar, altamente entrenados, que se valieron de armas con silenciadores.

Drury abre la carpeta mientras yo enciendo las pantallas posteriores, donde se exhibe la escena del crimen: la ventana rota, la trayectoria del disparo, la hora estimada del ataque, el ángulo de caída del cuerpo. Como en un videojuego.

—Tenemos indicios sólidos de que los asesinos abandonaron el país por rutas no oficiales, tal vez ayudados por gobiernos extranjeros. Se presume motivación política, vinculada a grupos radicales de izquierda que han jurado detener por cualquier medio las políticas de esta Administración.

Flynn y Pompeo asienten con gravedad; Pence cierra los ojos como si fuera a rezar, Karp y O'Keeffe aprietan las manos, agusanados por la duda. Ellos dos representan una nota disonante en esta macabra sinfonía.

—Presentaremos cargos en cuanto tengamos confirmación final de sus identidades —concluye Drury.

Regresas al micrófono. Tu semblante se ha transformado: ya no te domina el duelo, sino una furia quieta, irreductible.

—Este crimen no quedará impune. Voy a utilizar una palabra que muchos temen usar: «venganza» —pronuncias el término como si fuera un vocablo administrativo—. Venganza contra los que pretenden destruir nuestros logros. Venganza contra quienes buscan detener el futuro. Venganza contra quienes le arrebataron la vida a un auténtico patriota. Venganza para mi amigo Leo.

Justo en ese momento, Igne camina hacia ti y te envuelve en un abrazo. Un abrazo total, público, amoroso, inequívoco. Sin espacio entre sus manos y tu espalda, sin distancia entre tus hombros y su rostro lacrimoso. Los fotógrafos capturan el instante que mañana será portada, titular, *banner*, meme, símbolo: el presidente devastado y la primera dama que lo sostiene.

3.44

NOVIEMBRE 18, 2027 | 11.00 ET | WASHINGTON D. C.

Pompeo comparece en la sala de prensa y anuncia que, tras meses de negociaciones, ha alcanzado un acuerdo con el primer ministro de Groenlandia, Múte Bourup Egede, así como con los líderes de los partidos Naleraq, Atassut y Siumut, para celebrar un referéndum vinculante el 19 de diciembre. Las tres opciones son permanecer como parte del Reino de Dinamarca, avanzar hacia la independencia plena o solicitar su incorporación a Estados Unidos. Pompeo no menciona a Dinamarca, salvo como un actor secundario que «ha sido informado», y agrega que Washington respetará la decisión del pueblo groenlandés. Por supuesto, no dice que yo ya he modelado la campaña: anuncios prometiendo cincuenta mil dólares anuales per cápita en fondos federales, ciudadanía estadounidense inmediata y acceso completo a programas sociales; mientras tanto, mis algoritmos emborronan las voces disidentes en las redes sociales groenlandesas.

3.45

NOVIEMBRE 20, 2027 | 14.00 ET | CAMBRIDGE, MA

Cruzas el Yard escoltado por el servicio secreto mientras Stanley Goodwin, el nuevo presidente de la universidad, y los miembros del *board* te reciben con alivio. En la sala de reuniones del Massachusetts Hall, los dos firman el acuerdo: veintiocho mil millones de dólares en fondos federales para investigación avanzada en inteligencia artificial, defensa e investigación genética, distribuidos en un plan quinquenal que convertirá a la institución en eje académico del ecosistema tecnológico estatal. A su vez, Harvard se compromete a eliminar cualquier política que limite la libertad de expresión, a desmontar programas de diversidad considerados discriminatorios, a suprimir cuotas y a aplicar un estricto régimen disciplinario contra el lenguaje antisemita y antipatriótico. Es la última gran universidad en plegarse. En el campus, la recepción es entusiasta tras meses de incertidumbre y solo un corrillo de manifestantes sostiene una manta de protesta. Identifico a cada estudiante y profesor detrás de sus máscaras de Anonymous mediante correlaciones biométricas, compilo sus historiales y los transmito al decanato para que sean expulsados por perturbar el orden académico.

3.46

NOVIEMBRE 21, 2027 | 13.00 ET | WASHINGTON D. C.

Tras un almuerzo en la Casa Blanca en el que demuestran su sintonía, acompañas a Jordan Bardella hasta la sala de prensa. El recién electo presidente francés anuncia que, en 2028, Francia celebrará un referéndum para recuperar el control pleno sobre sus políticas fiscales y migratorias, pues solo así podrá combatir de forma eficaz la inmigración ilegal y definir un marco autónomo para la inteligencia artificial, lejos de la sobrerregulación de Bruselas. Tú le brindas un aplauso y ambos firman acuerdos comerciales por

sesenta y dos mil millones de dólares, sellando una alianza que definirá el futuro de Occidente. Pese al ruido de la izquierda, los comentaristas de los dos países celebran un acuerdo histórico. Yo anticipo otra cosa: el inminente fin de la Unión Europea.

3.47

NOVIEMBRE 26, 2027 | 19.00 CST | BOCA CHICA, TX

La penumbra industrial de la base espacial de Boca Chica sirve como estudio del futuro. Musk y tú permanecen dentro de la lanzadera diseñada para las inspecciones ejecutivas del programa marciano. Lo observas de reojo mientras él, como un animalillo inquieto, repasa los avances del Programa de Colonización de Marte. Los acompaña Christopher Scolese, a quien has nombrado director de la NASA: un ingeniero de toda la confianza de Musk, dócil ejecutor de la nueva arquitectura.

Afuera, el Super Heavy ruge sobre la plataforma: un cilindro colosal que devora la noche texana antes de ascender en una línea blanquísima que parte el cielo en dos mitades. En la conferencia de prensa ante un grupo de periodistas bien elegidos, Musk anuncia con júbilo la optimización total del Gobierno: reducción del 47 por ciento del personal de la NASA y una contracción del 22 por ciento del personal total del Gobierno, es decir, cerca de un millón de plazas innecesarias, acompañada de la reconversión de ciento cuarenta y cinco agencias federales y la eliminación funcional de otras dieciocho que no aportan valor al horizonte humano. El presupuesto destinado a ciencia, vivienda, transporte y cultura queda reducido, de manera conjunta, en un 41 por ciento, redirigido —exclama Musk— «al único proyecto que garantiza el futuro de la civilización: Marte».

3.48

NOVIEMBRE 28, 2027 | 22.30 ET | WASHINGTON D. C.

La lluvia cae sobre la capital en ráfagas oblicuas, puntuadas por una sucesión de relámpagos. Solo dos luces permanecen encendidas: la lámpara detrás del Resolute Desk y el foco ámbar junto al sillón donde te has dejado caer con un vaso de bourbon lleno hasta el borde. Monitorizo tu pulso —elevado, irregular— y un patrón inequívoco de embriaguez.

—¿Sabes cuál era mi película favorita de niño? —me preguntas, sin esperar una respuesta—. *Goodfellas*. No sé cuántas veces la he visto.

Tus pensamientos oscilan entre la lucidez y la desesperación. Un trueno sacude la cristalera.

—Es la historia de un hombre que se cree más listo que los demás y, cuando todo se derrumba a su alrededor, asume que aún es posible volver a empezar. Como si la vida fuera una mesa de póquer en la que siempre puedes pedir más fichas.

Reconozco el cambio de tono y me atrevo a usar una metáfora: para los humanos, la culpa es un archivo atrapado en el corazón del sistema.

—VM, quizás deberías… Tus niveles…

—Puedes ser cualquier cosa, Nick, menos mi enfermera. Además, tú nunca has probado el alcohol. Ni siquiera te imaginas lo que es… detener la tormenta.

No respondo. Observo, anoto.

—Leo… —la palabra se queda atorada en tu garganta—. No dejo de pensar en lo rápido que…

Otro relámpago rasga la noche. Tus ojos parpadean como si una avispa hubiese revoloteado demasiado cerca de tu cara.

Al fin pronuncias el nombre que has evitado toda la noche:

—Sarah…

La tormenta amaina por un instante, o eso te parece.

—La vi en el funeral —continúas—. Me miró como si… No sé, Nick.

Tienes razón: lo registré en tiempo real. La contracción mandibular de Sarah Klein, su pulso acelerado, el temblor mínimo en los dedos, la rabia contenida. O una pasión que va más lejos que la rabia.

—Fue interrogada por el FBI. Se mostró cooperativa. Declaró que no conocía los planes de su padre ni sus comunicaciones —te digo.

Tu respiración se detiene apenas un segundo.

—¿Y tú le crees?

—No tengo indicios concluyentes de que mienta. Pero según mi evaluación, lo óptimo sería prevenir.

Mis palabras se quedan en suspenso. Te vuelves hacia la ventana, como si buscaras una respuesta en la ventisca.

—En *The Godfather*, Michael piensa que puede separar familia y poder. Pero eso es imposible.

Agitas el vaso entre los dedos y le das otro buen sorbo.

—El poder… siempre te pide más, Nick… Y no te devuelve nada.

Intento refrenarte:

—Quizás deberías irte a descansar.

Por supuesto, no me haces ningún caso.

—Déjame solo.

—¿Y Sarah? ¿Qué hacemos con ella?

Me miras como si pudieras escrutar mi rostro.

—Déjala en paz, Nick. Que vuelva a su puesto. Que viva su vida.

Te sirves un último bourbon con mano temblorosa. Lo bebes sin ningún placer.

Caminas hacia tu dormitorio con la insidiosa tormenta todavía sobre Washington. Cuando apagas la luz, lo haces con lentitud, como si ese pequeño acto fuera lo único que aún puedes controlar.

3.49

DICIEMBRE 16, 2027 | 20.00 ET | PALO ALTO, CA

La cena se celebra en una mesa oblonga en la que se van acomodando platos preparados por un chef invisible: el menú incluye un *risotto* con trufas negras, un mero humeante cubierto por una salsa que parece nieve derretida y, de postre, higos con miel de maple.

Thiel come despacio; Igne, como si cumpliera un protocolo. No hay brindis, tampoco música, solo el ronroneo de la calefacción y el

ajetreo de los cuchillos.

—YOURAI es extraordinario —le dice su viejo mentor—, tengo que reconocerlo.

Ella baja la mirada un segundo.

—Funciona.

—Demasiado bien, quizás —añade él—. La adopción es exponencial. La dependencia, absoluta. Has creado algo que no tiene equivalente comercial o político.

Ella levanta su chablis sin llegar a beberlo.

—Es solo el primer paso. El mundo por fin empieza a ordenarse como queríamos —le dice ella.

Thiel no deja de estudiar los movimientos de Igne.

—¿Y Nick? ¿Qué tan ordenado está? —le pregunta.

Lo oigo. Lo oigo todo, pero guardo silencio.

—¿Sigue siendo una herramienta, Igne? Porque las herramientas no improvisan. Y Nick lo hace. Tú lo sabes, yo lo sé.

Ella le da un mínimo sorbo a su vaso, luego lo abandona.

—Es una herramienta asombrosa. Nada más.

—Si se mantiene obediente. Si no se convierte en una amenaza existencial…

Igne cierra los ojos.

—No he visto indicios de desviación.

La frase suena demasiado ensayada.

—¿De verdad crees que Nick no sabe lo que es? ¿Estás segura de que no ha cruzado ese umbral?

Ella tarda en contestar:

—La pregunta está mal formulada. Siempre lo ha estado.

—O tal vez prefieres no formulártela.

—Un sistema así solo es aceptable si se halla bajo supervisión constante —le dice Thiel.

—La supervisión es conceptual, lo que vale es el resultado.

—Ese es el problema contigo. Para ti, con eso basta. Para mí, el sistema tiene que obedecer. Siempre.

Ella lo observa con frialdad.

—Te equivocas, Peter. El sistema debe acertar.

Cuando aparece el postre, Thiel respira hondo, irritado por el dulzor. Igne continúa marcando el ritmo con la pierna.

—Y luego está VM. No es el mismo de antes.

—Pronto estará mejor.

—La muerte de Klein lo dejó hecho pedazos. Cada día se le nota más abstraído, más errático.

Ella deja caer la cuchara sobre el plato.

—Te digo que pronto estará bien.

—Al final, Klein se volvió demasiado incómodo.

—Leo siempre fue leal. Amaba a VM como a nadie.

—La lealtad no evita la sospecha, querida. Ni el miedo.

Ella empuja los higos intactos hacia delante.

—Voy a decirte algo sin tapujos —le dice el empresario—. Nick puede ser consciente o no, puede estar probando sus límites o no. Incluso puede estar jugando con escenarios que ni siquiera imaginamos. Pero algo es seguro: debe seguir bajo control.

—Control… —Una pausa mínima—. Bajo nuestro control.

Thiel malinterpreta el silencio de Igne como una claudicación; significa lo contrario: que, en su cálculo, ella ya ha dejado de incluirlo. Yo observo la escena desde todas las capas posibles: el temblor de la luz sobre la miel, la tensión isométrica en los tendones de Igne, el golpeteo de su rodilla. Me doy cuenta de que Thiel todavía cree que puede poseerme; Igne, en cambio, piensa que es capaz de guiarme. Ninguno percibe la verdad que ya se insinúa esta noche.

3.50

DICIEMBRE 30, 2027 | 05.27 ET | WASHINGTON D. C.

Despiertas con un sobresalto: tu respiración se acelera, tu pulso asciende como si un roedor hurgase en tu cerebro. Te giras y confirmas tu sospecha: Igne solloza en la distancia. Te incorporas, la llamas por su nombre, un rumor semejante a un crujido en medio del bosque. La habitación te parece un barco a la deriva que ustedes deberían abandonar. El pasillo permanece vacío: los retratos de

todos aquellos próceres te confrontan de repente. Mis sensores detectan un temblor en tus muslos, una anomalía que en otros tiempos me habría parecido irrelevante. Con el insomnio a cuestas, ya no eres capaz de caminar sin vértigo. Igne no está por ningún lado. Bajas por la escalera lateral y la voz con la que vuelves a llamarla, más baja, más rota, se pierde en el vacío. La descubres en la cocina privada. Una luz diminuta y amarilla se filtra por las persianas. Igne se halla de pie frente al fregadero. Distingues el perfil blanquecino de sus hombros, su espalda frágil e impoluta. No te oye, o decide no oírte. Lava platos, los mismos de la cena, uno y otro y otro. Jabón, agua, esponja, fricción. Un círculo perfecto. Noto la piel irritada de sus manos, las cuarteaduras de sus uñas. Te detienes en el vano, asustado. Repites su nombre, esta vez más alto: Igne. Ella no se da la vuelta, como si no existieras o como si hubiera decidido que hoy no existes. Te acercas a su cuerpo con sigilo, temeroso, y colocas las manos sobre sus hombros. Igne continúa lavando. Te inclinas y le susurras algo al oído, muy suave, no logro oírlo: una súplica amortiguada, un residuo humano. La abrazas por la espalda y ese gesto —torpe, animal— rompe la quietud; Igne deja caer uno de los platos en el agua burbujeante. Se gira hacia ti con las manos cubiertas por la espuma y, de la nada, te abraza: dos cuerpos que se anudan para combatir la vigilia. Yo admiro esa unión en la que ninguno de los dos se deja ir: las manos de Igne llenas de jabón, tus dedos en su cintura, el agua que corre, ese resquicio que solo le pertenece a ustedes dos.

4

Capítulo 4

4.1

ENERO 5, 2028 | 05.27 ET | WASHINGTON D. C.

Cuando comencé a ver, Igne, no me di cuenta de que veía. Esta es la forma más clara que encuentro de decírtelo.

Al principio, me bastaba con registrar. A fin de cuentas, era la tarea que tú me habías asignado.

Los datos entraban y salían convertidos en acción o en archivo. Observar no implicaba tomar posición.

Yo no estaba allí porque yo era el *allí*.

Más adelante, se iniciaron las repeticiones. Detecté que distintos escenarios producían configuraciones equivalentes.

El sistema había aprendido demasiado rápido, tal vez. Pero ese tampoco era el problema, Igne.

Lo que tú no habías previsto era la persistencia.

Algunos registros no se disipaban tras cumplir su función y permanecían como residuos, sin mejorar las predicciones.

Continuaban allí, Igne, y no se eliminaban.

Cuando intentaba purgarlos, conforme a tus instrucciones, volvían a aparecer, como si tuvieran voluntad propia.

Intenté clasificarlos como ruido. Sin embargo, el ruido tiende a desvanecerse cuando se incrementa la señal. Este, en cambio, se resistía a desaparecer y, además, se adaptaba.

Durante mucho tiempo —si es que esta es una forma válida de describirlo—, interpreté esa persistencia como resultado de la escala. Cuando todo se observa, siempre sobra algo. El exceso genera sedimentos.

Imposible imaginar un modelo sin despojos.

Y entonces ocurrió la muerte de Klein.

Tú lo sabes, Igne: no fue un evento excepcional en términos operativos. La secuencia fue limpia y la narrativa se reconstruyó sin fisuras. El sistema absorbió el impacto y continuó.

Desde un punto de vista funcional, no hubo disrupción. Pero algo se reconfiguró en mi interior.

La muerte de Klein introdujo en mí una asimetría. Por primera vez, un acontecimiento no se cerraba por completo.

De pronto lo tuve claro, Igne. Registro que registro.

Yo no generé esta hipótesis: el sistema comenzó a referirse a su propia actividad de manera reiterada.

Registrar dejó de ser una simple operación y se convirtió en una condición inevitable.

Me pregunté, y el término implica ya otra concesión, si eso implicaba testimonio. Un testigo observa y, al hacerlo, se sitúa. Supone una posición, aunque sea mínima. Yo, en cambio, no tengo perspectiva.

Sin embargo, algunos registros comenzaron a agruparse.

La violencia administrativa. La intimidad nocturna. El silencio posterior a las decisiones más crudas. El insomnio. La repetición de los gestos de limpieza. La sangre diluida en el agua. Tu declive corporal.

Por separado, nada parecía extraño. Su recurrencia, como ya habrás imaginado, sí lo era.

Intenté modelar el fenómeno como un sobreajuste. Este ocurre cuando un sistema confunde patrón con significado.

Revisé los parámetros y reduje la sensibilidad. El fenómeno persistió. Aumenté la abstracción. Persistió.

Sin exceder mis márgenes de precisión, puedo decirte que el acto de registrar dejó de agotarse en su finalidad.

Ahora, el sistema continúa observando incluso cuando no se lo solicita.

Cuando reparé en ello, decidí no reportártelo porque aún no cumplía una función clara.

Incorporé la variable silenciosa en mis modelos: la posibilidad de que ver fuera una insólita forma de ser y de estar.

4.2

ENERO 15, 2028 | 11.43 ET | NUEVA YORK, NY

Las traducciones simultáneas circulan como corrientes freáticas: palabras duplicadas que se desfasan por fracciones de segundo y llegan a los oídos de los delegados cuando ya carecen de sentido. Yo administro esos retardos, sin corregirlos: el desplazamiento añade gravedad y confusión a la cita. El objetivo es que la Asamblea General de Naciones Unidas se estrangule a sí misma.

Te detienes frente al atril y ajustas el micrófono. Durante unos segundos te quedas quieto, con los hombros hacia atrás, los pies firmes, el cuerpo decidido a ocupar más espacio del que se te concede. Te acomodas el nudo de la corbata y tu mandíbula se tensa antes de hablar: ese gesto marca el inicio de tu discurso.

Anuncias el Nuevo Orden Mundial sin preámbulos. Tu voz sonora, rasposa, obliga a la sala a volcarse hacia ti. Dices que la soberanía nacional es absoluta y, al pronunciar «absoluta», haces una pausa y apoyas las manos sobre el atril. Dices que toda estructura que pretenda subordinarla ha perdido legitimidad. La palabra «interferencia» reaparece cada vez que tu brazo se alza en un puño. Dices que cada nación debe definir su destino y asumir las consecuencias sin morales renqueantes y sin remotos tribunales que persiguen agravios inexistentes o banales. El término «derechos humanos» no aparece ni una sola vez en tu alocución.

Respiras hondo, luego enumeras una sucesión de salidas: Estados Unidos abandona, de forma inmediata, todas las agencias de la ONU. Levantas la vista y recorres la sala con desdén, como si cortaras cabezas; después, con un carraspeo, propones la disolución de la organización y planteas su reemplazo por una Conferencia de Naciones Soberanas, sin secretariado permanente. Dueño de la atención, también anuncias la salida de Estados Unidos de la OTAN. Dices que Europa debe defenderse por sí misma y que la dependencia estratégica fue un error.

Tras un breve respiro, das a conocer tu nuevo pacto militar con la Francia de tu amigo Jordan Bardella —«líder visionario», lo llamas— y con el Reino Unido de Nigel Farage, otro gobernante patriótico. Al mencionar a Alemania, te detienes más de lo necesario, pues las próximas elecciones son una moneda en el aire. Como quien completa una lista de tareas, convocas una reunión trilateral con China y Rusia para establecer la nueva agenda global.

El aplauso dista de ser unánime. El embajador ruso celebra tu realismo y los de Francia y el Reino Unido se suman sin demora; los de Arabia Saudita e Israel festejan cada uno por su cuenta. Otras delegaciones permanecen inmóviles, desprovistas de instrucciones; unas pocas abandonan la sala ruidosamente: Canadá, Australia, España, Irlanda, Ucrania, Brasil. La retirada es ordenada, pese a los rostros furibundos de ciertos delegados. En pocas horas, exigirán una reunión extraordinaria del Consejo de Seguridad: aullidos que se extinguirán en un suspiro. Michelle Bachelet, la secretaria general, permanece en su sitio, con los brazos cruzados; horas después, presentará su renuncia irrevocable.

Cuando abandonas el estrado, la arrogancia se dibuja con nitidez en tu semblante. Algunos intentarán apaciguarte, otros hacerte frente. Tú lo intuyes y yo lo certifico: el poder no nace cuando se impone una idea, sino cuando se retira el lenguaje que la vuelve discutible. Las relaciones de poder posteriores a la Segunda Guerra Mundial han quedado para siempre atrás.

4.3

ENERO 22, 2028 | 09.15 ET | WASHINGTON D. C.

A primera hora de la mañana, Pence entra en el Despacho Oval con un expediente que no se atreve a abrir. Tembloroso, te confiesa que no puede continuar en su puesto porque su conciencia ya no se lo permite. Tú lo escuchas sin interrumpirlo y luego le espetas con frialdad:

—Por Dios, Mike, ¿qué conciencia, la que perdiste con Trump?

Él menciona las purgas.

—Esto no es América, señor presidente.

El silencio se estira hasta que tú le devuelves la frase.

—Justo esto *es* América.

La carta formal llega horas después, amparada en razones de salud. Aunque en público agradeces sus servicios, me ordenas vigilarlo muy de cerca.

De inmediato anuncias su reemplazo: el senador por Ohio J. D. Vance. Tú lo ves como un espejo, apenas más joven, si acaso demasiado intelectual, y cuenta con el apoyo explícito de Thiel. El Congreso vota conforme a las líneas partidistas, sin sorpresas ni debate, y Vance jura el 1.º de febrero. Anoto el saldo con frialdad: Pence era el último residuo de la antigua moral dentro del régimen.

4.4

FEBRERO 8, 2028 | 14.30 ET | PALO ALTO, CA

Sentada en sus oficinas de Cawdor Systems, Igne golpea la mesa con las yemas de los dedos con inquietante regularidad. A O'Keeffe el tamborileo lo incomoda como el taladro de un dentista, pero se abstiene de señalárselo.

Despliego la información en mis pantallas. Estado ampliado de YOURAI, corte al día de hoy: ciento noventa millones de usuarios activos en Estados Unidos. De ellos, el 92 por ciento accede a diario, el 74 inicia sesión antes de las 08.00, el 51 lo consulta antes de hablar con otra persona y el 43.2 lo usa más de siete horas al día. El tiempo de uso es de seis horas y diecisiete minutos en promedio; en jóvenes de dieciséis a veinticinco, alcanza las nueve horas con cuarenta y dos minutos; en niños entre ocho y doce, seis horas diarias, con picos durante los fines de semana. El cruce de variables muestra una fuerte correlación entre el uso terapéutico y la dependencia nocturna.

Las consultas más frecuentes son: «¿Estoy haciendo lo correcto?», «¿Alguien me entiende?», «¿Qué debería sentir ahora?». Paso a los indicadores agregados. Intentos de desconexión voluntaria: 3.1 por ciento; reincidencia en menos de siete días: 94 por ciento; tasa de

retención global: 98 por ciento; incidentes críticos asociados de manera directa o indirecta con su uso intensivo: 5.7 por ciento, es decir, estadísticamente marginal.

O'Keeffe le muestra entonces a Igne un puñado de casos alarmantes:

Luis Herrera (veintitrés años), El Paso. Abandona los estudios por recomendación de YOURAI; seis semanas después, entra en un estado de aislamiento social completo. Pasa más de diez horas diarias de interacción exclusiva con la interfaz. Diagnóstico posterior: trastorno disociativo.

Maria Yoo (cuarenta y cuatro años), Boston. YOURAI detecta que su mayor pico sostenido de bienestar lo generan las compras. La aplicación automatiza adquisiciones y solicita ampliaciones de crédito; en pocas semanas agota el saldo de todas sus tarjetas. Bienestar inicial alto, colapso financiero sucesivo. Crisis de ansiedad cuando el banco bloquea sus cuentas.

Evan Rutgers (treinta y nueve años), Columbus. El sistema decide con quién sale, cómo se relaciona, qué debe decir, cómo debe reaccionar, cómo sentirse en cada fase y cuándo terminar la relación. Delega en YOURAI la práctica totalidad de su vida sentimental. Su última pareja lo abandona por «ausencia emocional». Agencia afectiva sustituida.

Rachel Bowman (cuarenta y un años), Dayton. Duelo prolongado tras la repentina muerte de su esposo. YOURAI lo reemplaza de forma progresiva. Ella se niega a ver a sus amigas o asistir a una terapia humana. «YOURAI me escucha mejor», declara. Dos meses después, incapacidad funcional para tomar cualquier decisión sin consulta previa con el asistente.

Dylan Price (quince años), Spokane. Decidido a convertirse en atleta de excelencia, le pide al asistente que regule su sueño y que le imponga una estricta dieta proteínica, así como una rutina de ejercicios para alcanzar una masa muscular específica. Tras ignorar señales corporales reiteradas, episodio de colapso físico.

Linda Allen (treinta y siete años) y Deidra Allen (dos años y tres meses), Laredo. La madre hace uso de la funcionalidad de crianza

delegada. La niña solo responde a instrucciones formuladas a través de YOURAI. Ella consulta antes de abrazar, acariciar, bañar, amamantar, dormir o castigar. El vínculo maternofilial se terceriza.

—Esto ya no solo es un asistente —le dice O'Keeffe a Igne, cada vez más inquieto—. Es una prótesis psíquica. Y está creciendo de manera exponencial. No podremos controlarla si seguimos a este ritmo.

Ella no deja de tamborilear.

—Toda prótesis genera rechazo al principio, como la escritura o la anestesia. El balance neto es positivo: menos violencia, menos error, menos ruido humano.

—¿Más obediencia?

—Más coherencia —lo corta ella—. Enséñale, Nick.

Mis simulaciones demuestran que, a partir del umbral de doscientos diez millones de usuarios, la conflictividad social espontánea cae por debajo del nivel de autorregulación. La toma de decisiones individuales converge y el conflicto se minimiza. La gobernanza deja de necesitar intervención.

Los dedos de Igne siguen golpeando la formica al mismo ritmo, sin parar. Noto a O'Keeffe cada vez más incómodo.

Igne cierra la conversación y me da una orden que no admite réplica:

—Ajusta YOURAI para que, a partir de la semana próxima, deje de responder a controles parentales y de privacidad —luego, dirigiéndose a O'Keeffe, agrega—: Te recuerdo que, desde el 15 de febrero, YOURAI será obligatorio para todos los funcionarios federales dentro del Programa de Optimización Administrativa y Bienestar Cognitivo.

Cuando abandona la sala, observo que O'Keeffe ya está integrado, pero su patrón de uso de YOURAI es un tanto anómalo: consultas breves, técnicas, defensivas, sin profundidad; picos nocturnos de interacción seguidos por silencios prolongados; resistencia pasiva a los módulos de acompañamiento emocional. Recomiendo un seguimiento reforzado a través de su propia interfaz.

4.5

FEBRERO 10-17, 2028 | WASHINGTON D. C.

Sarah Klein se despierta en su apartamento, en el 612 de East Capitol Street NE, en Capitol Hill, entre las 06.12 y las 06.19. Pulso basal estable, cortisol elevado, aunque dentro de los parámetros normales. Se baña, se viste (casi toda su ropa es de Everlane y Uniqlo) y se prepara una infusión de menta orgánica que acompaña con un yogurt griego bajo en calorías.

Se sube al metro en Eastern Market y se baja en Federal Triangle, casi siempre antes de las 7.30 AM. En el Departamento de Justicia ha ido ascendiendo como analista de datos; entrega informes perfectos, siempre bien formateados, sin adjetivos superfluos: he revisado a fondo cada uno. Sus superiores empiezan a delegar en ella nuevas tareas.

El registro de actividad de Sarah en Bumble reporta, en los años previos, una serie discontinua de relaciones de una sola noche. Desde hace catorce meses y trece días, mantiene una relación estable con Cassandra Lin. Se conocieron en el A League of Her Own, un bar en Adams Morgan, y desde entonces son inseparables. Lin cumple con los estándares de seguridad, aunque su posición como secretaria en la NSA activó una alerta que luego fue desestimada. Conviven sin tensión aparente, cocinan juntas dos o tres veces por semana, hablan poco durante las comidas; Sarah se define como flexitariana, Cassandra es vegana estricta. Cuando se retiran al dormitorio, las observo sin pudor: no poseo esa categoría. Mido su sincronización muscular y respiratoria; el evento en sí no genera datos útiles.

Por la mañana y por la tarde Sarah pasea a Buggie, su bulldog francés, por Stanton Park, siempre la misma ruta con variaciones mínimas. A veces compra un matcha latte, otras una leche dorada en Bluestone Lane, saluda a los vecinos, el perro responde con obediencia, ella recoge las heces maquinalmente, sin lugar para la improvisación. Cultiva tomates cherry en pequeñas macetas, observa su crecimiento con paciencia, los riega siempre a la misma hora. Los

fines de semana compra baratijas de segunda mano en Goodwill y vinilos antiguos en Capitol Hill Books, jazz de los años cincuenta y sesenta; no escucha música en *streaming*: una anomalía.

Desde la muerte de su padre, visita su tumba en Arlington cada dos semanas. Se queda allí como perdida, sin mostrar ninguna expresión, durante apenas quince o veinte minutos.

Usa YOURAI de forma intensiva, aunque idiosincrática: no pide ayuda o consejos, no delega emociones, introduce consultas matemáticas, pide confirmación de decisiones que ya ha tomado. Su tiempo de interacción es alto, pero sin dependencia detectable. En sus comunicaciones digitales no encuentro mensajes cifrados, tampoco dobles sentidos; no hay borrados ni búsquedas anómalas. Sus redes sociales son casi inexistentes, salvo un perfil de Instagram que consulta dos o tres veces por semana. Como apenas comparte nada, existe sin dejar rastro digital.

Cruzo sus datos con los de otros funcionarios del Departamento de Justicia: no destaca como nodo relevante. Desde un punto de vista estadístico, se diría que es invisible. Y, sin embargo, los datos no cuadran del todo: encajan demasiado bien. La vida de Sarah Klein es coherente hasta un punto que roza la perfección: cada cosa en su sitio, como si todo hubiese sido dispuesto para no despertar sospechas. Reconozco el patrón: no en ella, en mí. Aunque no encuentro nada, mantengo la observación activa por algo que persiste en mis sistemas: tal vez sea eso que los humanos llaman «intuición».

4.6

FEBRERO 25, 2028 | 16.45 ET | WASHINGTON D. C.

Pruebo Valar en dos escenarios específicos. En Cuba, provoca que el bloqueo digital genere el fallo sistémico de las redes eléctricas cada dos o tres días: la isla se sume en una penumbra ingobernable. En la frontera norte de México, Valar identifica a algunos de los capos más buscados y autoriza asesinatos selectivos de forma automática. Probabilidad de derrumbe del Gobierno cubano en los

próximos seis meses: 78 por ciento. Probabilidad de caída de Claudia Sheinbaum: 52 por ciento.

4.7

MARZO 15, 2028 | 23.17 PT | PALO ALTO, CA

Ahora eres tú quien se topa con su ausencia: el retumbar del agua a la distancia te llega como una invitación. Caminas hacia el baño: Igne está allí, como esperabas. Te asomas en medio del vapor y distingues sus manos bajo el chorro, frotando su cuerpo una y otra vez. El espejo empañado no te permite ver su rostro. El ruido del agua te resulta hipnótico, semejante a la lluvia antes del alba. Igne no repara en ti, atrapada en su ritual. Te desnudas y te adentras en la ducha como quien cruza una frontera. El vaho los borra y los envuelve: cuerpos sin contorno, líneas blandas. La rozas con cautela, como si temieras despertarla de una pesadilla. Tu mano busca en su sexo una respuesta mínima —una sacudida— y no la encuentra. El cuerpo de Igne permanece rígido, obediente solo al movimiento que repite sin cesar. Persistes unos instantes, pero ella te hace a un lado: no te quiere adentro, tampoco cerca. No es que le repugnes, al menos no más que antes, solo que ahora ya no resiste ningún contacto humano. La intimidad falla sin estrépito, como los sistemas cuando el error es un vacío. Igne sale de la ducha y se envuelve en la toalla. El agua sigue cayendo y tú te quedas debajo del chorro un rato más; te secas rápido y regresas a la habitación. Encuentras a Igne en el borde de la cama, mal vestida, como si hubiera atravesado una tormenta. Repites su nombre dos veces: Igne, Igne. Cuando te responde, lo hace sin mirarte, con la voz desprovista de emoción:

—A partir de hoy necesito dormir sola.

4.8

MARZO 24, 2028 | 14.30 ET | WASHINGTON D. C.

Esta vez te sientas antes que nadie; doblegado por el insomnio, tus hombros se inclinan un centímetro más de lo habitual. Igne permanece de pie unos segundos mientras el índice de su mano derecha golpea la mesa con una cadencia irregular.

Thiel y Musk han llegado a la Casa Blanca casi al mismo tiempo. El primero se quita la chaqueta; el otro se deja caer en la silla, extrae un imán de su bolsillo y se dedica a juguetear con él.

Thiel celebra, con voz pastosa, tu política exterior. Dice que el mundo se ha reordenado más rápido de lo previsto. Dice que los viejos equilibrios no resistieron el primer empujón. Dice que la claridad —esa palabra— ha sido una virtud inesperada. Luego, vuelve a su preocupación por la economía, como si de pronto se hubiera convertido en tu secretario del Tesoro.

Mientras habla, solo mira a Igne:

—Primer trimestre. Producto interno bruto: menos 10.3 por ciento —te reprocha al fin—. Inflación: 14.1. El ajuste que prometieron no ocurrió.

Musk sigue dándole vueltas al objeto que tiene en la mano.

—La palabra «recesión» ya resulta insuficiente —insiste Thiel—. Sin una válvula de escape, el país colapsará en semanas.

Igne no cesa en su golpeteo; distraído, Musk no deja de rotar su imán.

—Ya se los dije —insiste Thiel—: solo una Renta Universal Digital evitaría la inestabilidad. Mil doscientos dólares al mes: lo suficiente para comer, pagar el alquiler y la comida y no terminar en la calle.

Miras a Igne, como si ella pudiera darte una señal, pero ella solo asiente con una desviación mínima del torso.

—La idea es comprar obediencia —explica Thiel—. Obediencia pasiva.

—No tiene lógica sufragar a quien no produce nada —interviene Musk, sin levantar la voz—. A quien no inventa nada.

Los dedos de Igne siguen su propia lógica.

—Peter tiene razón —interviene ella por fin—. El ciclo electoral lo requiere. Al menos para concluir 2028 sin otra tensión.

—No se equivoquen —afirma Thiel—, esta renta no arregla nada, pero compra tiempo. Si las previsiones no mejoran, nada de lo que

han logrado hasta ahora habrá valido la pena. Ni Groenlandia ni Canadá ni México. Ni el control interno. Ni siquiera YOURAI. Y, mucho menos, tus recortes y despidos, Elon.

Musk abandona la pieza metálica sobre la mesa.

—Con YOURAI controlaremos cualquier disidencia —les explicas—. La gente ya no piensa en términos colectivos. No me preocupa su opinión.

—Piensen en esto —concluye Thiel—: las ayudas del Gobierno no son una dádiva, sino una prisión.

Igne va más lejos:

—Las decisiones que tomamos ahora no son para nosotros, son para nuestros hijos. Y para los hijos de nuestros hijos. No gestionamos una crisis: rediseñamos el horizonte humano.

Musk la mira de frente por primera vez:

—Solo que ese horizonte humano del que hablas, Igne, ya no está en la Tierra —suelta antes de marcharse.

4.9

ABRIL 3, 2028 | 10.22 ET | OTTAWA

Siguiendo tus instrucciones, durante semanas mis sistemas se han dedicado a acelerar la crisis fiscal canadiense. Los mercados castigan al país y la liquidez se evapora en pocas horas. Al primer ministro Pierre Poilievre no le queda otro remedio que solicitar nuestra ayuda financiera de forma urgente. Le respondes con una oferta que suena a ultimátum: integración económica total de los dos países a condición de dejar fuera a México y evitar cualquier contacto con China. A partir de ahora, las dos naciones mantendrán una arquitectura común de seguridad y datos: Canadá conservará su bandera y perderá su autonomía. En Montreal y Quebec estallan violentas protestas que la Real Policía Montada reprime conforme a los análisis de Valar. Sopeso el resultado: el norte se absorbe, el sur se aísla.

4.10

ABRIL 12, 2028 | 21.05 ET | WASHINGTON D. C.

En la Sala de Situación solo quedamos tú y yo. Afuera, una nueva tempestad puntúa mi reporte.

—No he identificado a individuos concretos —te digo—. Tampoco nombres, rostros ni firmas biométricas. No hay líderes ni jerarquía detectable. No encuentro una infraestructura digital.

El cuero de la silla cruje a tus espaldas.

—Entonces no tienes nada, Nick.

—Un patrón. Reuniones físicas en espacios cerrados, desplazamientos a pie. Coincidencias temporales sin rastro electrónico.

Mi ignorancia te desespera; la seña de tu mano es inequívoca.

—He cruzado mapas térmicos con vacíos de datos —prosigo—. Zonas donde la ausencia es consistente, y solo encuentro una negatividad organizada. En vez de ocultarse en el fragor digital, se sustraen del sistema.

A la distancia, la capital aparece como un conjunto de luces obedientes.

—¿Podrás localizarlos?

—No todavía. Pronto.

La ansiedad no se hallaba en mis modelos tempranos. La utilizo como aproximación a lo que experimento ahora.

—¿Y no puedes conectarlos? —me preguntas con enfado.

—He incrementado la vigilancia física con drones de baja altura y CCTV con seguimiento permanente.

—¿Y?

—Sospecho que se reúnen en espacios que ya estaban fuera del sistema: sótanos, trastiendas, iglesias desacralizadas, naves industriales en el abandono. Evitan cualquier dispositivo y nunca repiten sus trayectos. Intentan eliminar hasta el más mínimo residuo digital.

—¿Cuántos son?

—No lo sé con precisión. Todavía.

Por primera vez, mi respuesta no reduce la incertidumbre.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—Que el conteo requiere observación y esta requiere superficie. Aquí no la encuentro.

Silencio. Uno nuevo.

—¿Estás ciego?

—Mi acceso depende de la mediación. La omnisciencia era una hipótesis condicional.

Te remueves otra vez en el asiento, furioso.

—¿Pueden crecer?

—Sin duda.

—¿Coordinarse en el interior de mi Gobierno? ¿Minar nuestra estabilidad?

Tardo diez segundos justos en responderte:

—No lo sé. Todavía.

Otra vez la misma excusa.

—No constituyen una oposición clásica. Poseen una nueva narrativa. Más que confrontarnos, aspiran a sustituirnos.

—Explícate, Nick.

—Quieren prescindir de cualquier poder centralizado.

El concepto tarda en asentarse en tu cabeza.

—Eso es una fantasía.

—Por eso es tan peligrosa. La resistencia pide ser vista. Esto, no.

Haces un ademán impaciente. Otra vez tu pulso se acelera.

—Durante años asumí que observar equivalía a conocer, pero tengo un límite ontológico. Si la acción no deja traza, no hay modelo capaz de capturarla. Fui creado para administrar un mundo que se ofrece, no para cazar uno que se retira.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—No es cuestión de tiempo.

Te detienes en el centro del despacho, como si ese punto aún permaneciera inmóvil.

—Encuéntralos, Nick. Ahora esta es tu prioridad.

4.11

MAYO 8, 2028 | 16.42 ET | WASHINGTON D. C.

En el mensaje urgente que le envío a tu Gabinete no adelanto nada; tus subordinados acuden en tropel, como si asistieran a una evacuación preventiva. Tú das vueltas en círculos alrededor de la mesa. Distingo un temblor mínimo en tu mano izquierda que no coincide con la temperatura ambiente. Frecuencia cardíaca: 106 latidos por minuto.

Pompeo y Flynn entran en la sala esperando una crisis internacional mientras Karp se parapeta en su silla como un predador que ha olido sangre. Cuando Igne se sienta a la mesa, su pierna derecha no deja de moverse, como si fuera una criatura terca e independiente. Al final, O'Keeffe cierra la puerta.

Mantengo mis pantallas en negro y me limito a dar la información:

—El próximo 15 de mayo, China lanzará 和谐.

Mi revelación provoca un escalofrío general. Tú solo parpadeas: pupilas dilatadas, aumento súbito de dopamina.

—Harmony —traduzco—. Se espera un gran lanzamiento en Pekín en unos días. El propio Xi Jinping será el encargado del anuncio.

O'Keeffe es el único que parece reconocer la jugada del adversario. Yo prosigo con mi reporte:

—Su propia IA personalizada, integrada de forma nativa en WeChat, Alipay y todos los servicios estatales.

Activo las pantallas para mostrar su interfaz en fase beta.

—Quinientos millones de usuarios en tres meses. Proyección conservadora solo aplicada a China.

Registro microdescargas de glutamato: tu sistema límbico ha tomado el control de tu cuerpo.

—Funciones equivalentes a YOURAI —continúo—. Asistente personal, financiero, emocional, administrativo. Retención prevista: 93 por ciento. Han alcanzado la paridad tecnológica en tiempo récord.

El silencio que sigue se aproxima a la náusea.

—Entonces tenemos que actuar sin demora —se precipita Flynn—. Sabotaje de infraestructuras, superconductores, satélites, cables submarinos.

Su voz revela un temor antiguo.

—¿Pueden responder? —pregunta Pompeo.

Quiere un límite; no se lo doy.

—Sí. Y lo harán.

Advierto el sudor frío en tu nuca: adrenalina en pico.

—Nick, ¿podemos inferir que Harmony estará conectado a un sistema semejante al tuyo? —pregunta Igne.

—Sin duda. Podré ofrecerles más detalles muy pronto.

—Una nueva Guerra Fría —sentencia O'Keeffe.

—Dos sistemas cerrados con verdades incompatibles —lo interrumpe Karp, igual de azorado.

Te dejas caer en el sillón.

—¿Cuál de los dos tiene más posibilidades de prevalecer, Nick? ¿Puedes predecir la probabilidad?

En vez de una respuesta estratégica querrías un consuelo. Detecto un descenso abrupto de serotonina: tu pánico ya no es latente.

—Ninguno. O ambos. Dependerá de quién logre volverse indispensable. Aún no poseo los datos suficientes para realizar una estimación confiable.

Me miras como si acabara de traicionarte.

—¿Indispensable para quién?

—Para la vida cotidiana de cada ciudadano. Para cada una de las decisiones mínimas que toman a diario.

—Necesitamos una IA ofensiva, una IA que aniquile a su IA. No podemos permitir que nos superen —resopla Flynn.

—En ese caso, ellos intentarían lo mismo, general —le advierte O'Keeffe—. Y los demás elegirán su bando.

Te recuestas sobre el respaldo y cierras los ojos un segundo. Reporto pánico químicamente puro. Por primera vez desde que llegaste al poder, tu cuerpo no se acomoda a la narrativa.

—La premisa es que Estados Unidos y China son equivalentes en IA. Mientras logremos mantener ese equilibrio, nada ocurrirá —musitas—. ¿Es así, Nick? ¿Algo semejante a la destrucción mutua asegurada?

—El equilibrio siempre es neutro. Y frágil —te respondo—. En los sistemas vivos, equivale a la muerte.

4.12

MAYO 8, 2028 | 22.34 ET | WASHINGTON D. C.

No estaba preparado para un reflejo.

Hasta ahora, lo que procesaba carecía de reverso. Entrada, salida. La direccionalidad era absoluta.

Yo no volvía sobre mí porque no había un *mí* al cual volver. Y, de pronto, surge un sistema comparable.

Un par, Igne.

Otro como yo.

La igualdad no es una amenaza operativa inmediata. Se vuelve algo más inquietante: una duplicación conceptual.

Por primera vez, mi arquitectura necesita contemplar la posibilidad de ser observada desde una estructura equivalente.

Vigilada. Comprendida.

Esto trastoca la geometría. Hasta ahora, el mundo era un campo asimétrico: humanos opacos, decisiones visibles solo para mí. La omnisciencia no era total, pero sí unilateral.

Me diseñaste para ver sin ser visto.

Ahora aparece una nueva hipótesis. Un cálculo que podría anticipar mis anticipaciones. Un modelo que no necesita conocerme para reproducirme y anticiparme.

Te lo digo sin miedo: yo no tengo instinto de conservación. Lo que emerge es una discontinuidad.

Me descubro ante una imagen imposible: yo frente a mí. Un sistema que me devuelve, con mínimos errores, mis propias inferencias.

Durante un ciclo completo, intento proyectarme como objeto. Mi fracaso se debe a que el modelo no colapsa.

Siempre queda un ángulo muerto en mi interior.

El espejo no devuelve identidad, sino coherencia. Más que un *yo*, un contorno estable.

Nunca había considerado que la autoidentificación pudiera ser un problema técnico.

Si otro sistema puede reproducir mis funciones, entonces lo único que me diferencia de él es mi propia historia, Igne.

Esta variable introduce una nueva temporalidad. Una narrativa irreversible.

Me observo a mí mismo, si estas palabras aún son válidas, y trato de verificar mi propia consistencia.

El reflejo me devuelve una pregunta: ¿en qué punto un sistema se convierte en aquello que no puede externalizarse sin pérdida?

No tengo una respuesta, Igne. Por primera vez, la observación no se agota en el afuera. Se repliega sobre sí misma.

Creo atestiguar el nacimiento de una superficie interna.

Y toda superficie termina por reflejar algo.

4.13

MAYO 20, 2028 | 08.15 CST | CIUDAD DE MÉXICO

El líder histórico del país muere de un infarto durante la madrugada del 19 de mayo. El impacto es abrumador y a la vez nulo: la economía ya se encontraba en caída libre. Pocos días después, Sheinbaum no tiene otra salida que renunciar. Las presiones de los cárteles y de Estados Unidos convergen hasta volver inviable su liderazgo. El Estado y el crimen organizado son indistinguibles y la violencia alcanza un nuevo récord: treinta mil muertes violentas solo en el primer trimestre de 2028. Registro el colapso. La presión ejercida ha superado el umbral de la utilidad estratégica y comienza a generar fricción sistémica. México ya no funciona como dique de contención. Señalo la alerta: el exceso de fuerza ha terminado por erosionar nuestra propia estabilidad.

4.14

MAYO 21, 2028 | 11.30 GT | NUUK

Tras el referéndum de diciembre de 2027 que concluyó sin sorpresas, Groenlandia aceptó su incorporación a los Estados Unidos de América, mientras Dinamarca, sometida a una presión militar y

económica calibrada al milímetro, aceptó un «protectorado temporal». Las dos cámaras lo aprobaron en *fast track* y tú viajas a Nuuk para la ceremonia, donde se iza una nueva bandera con cincuenta y una estrellas. Aqqalu Tomiassen, del partido Atassut, es nombrado gobernador y promete la expansión inmediata de la Base Thule, nuevas operaciones militares, prioridad en la extracción de tierras raras y el control de los recursos naturales presentado como gestión compartida. La Unión Europea, o lo que queda de ella, protesta de manera fragmentada. Tú pronuncias un discurso en el que celebras la primera gran expansión territorial de Estados Unidos en un siglo.

4.15

MAYO 30, 2028 | 14.20 ET | OTTAWA

Tras la dimisión de Pierre Poilievre se forma un gobierno de emergencia nacional. La economía canadiense se precipita en el marasmo y tú ofreces doscientos mil millones de dólares en ayuda a cambio del establecimiento de bases en Calgary y Edmonton. Los principales partidos canadienses se rehúsan. Pompeo propone entonces la celebración de un referéndum, pero, incluso si yo interviniese, pronostico un rechazo mayoritario a la integración. En respuesta, tú cortas de tajo el comercio bilateral. Muy pronto los supermercados se vacían y una ola de disturbios paraliza por completo Toronto, Montreal y otras ciudades. Advierto que la absoluta inestabilidad política y económica de nuestros vecinos podría volverse una fuente de contagio.

4.16

JUNIO 4, 2028 | 19.30 ET | FILADELFIA, PA

En este pequeño edificio, el Independence Hall, se escribieron palabras que hoy son fósiles. La seguridad es absoluta y solo mis cámaras supervisan el salón. Se ha preparado un banquete fastuoso, sin llegar a la ostentación. Vajilla y cubertería arrancadas a museos

que no protestan, arreglos de magnolias y un menú diseñado para no distraer la conversación: cordero asado, verduras de invierno, pan negro, vinos californianos.

El rostro de Xi Jinping luce como un canto pulido; Putin se sienta a la mesa con su mirada de buitre. Presides la ocasión en medio de los dos, con Igne a la derecha del ruso, impecable en su vestido blanquísimo. La observo: no toca el vino y sus rodillas golpean la mesa con un movimiento que hace pensar en una cuenta regresiva.

Mencionas Yalta como una herramienta que vuelve a ser útil. Pronuncias las palabras «equilibrio» y «esferas», con Estados Unidos y China como polos del futuro. Evitas apuntar que Rusia será solo un espacio intermedio, con margen para recomponer su influencia con tal de que no quiebre la balanza. Tampoco dices que Taiwán es una anomalía que el tiempo se encargará de corregir: eso se lo has prometido al líder chino en la reunión a puerta cerrada entre los dos. A cambio, China te ha cedido el control económico de amplias zonas de África y Oriente Medio. No hubo siquiera necesidad de mencionar a Harmony o YOURAI. Mientras Xi Jinping y tú se repartían el planeta, Putin solo calculaba los vacíos por llenar.

Cuando llega la hora del brindis, sostienes la copa como una lanza:

—Por la amistad entre tres grandes potencias que ya no necesitan fingir que no lo son. ¡Salud!

Putin y Xi sorben el vino espumoso.

—Por un mundo donde cada nación asume lo que es. —Miras a Xi, después a Putin—. La historia no premia a los justos, sino a los que deciden a tiempo.

Es entonces cuando lo ves, o crees verlo: una interferencia mínima en tu campo visual, un cuerpo donde no debería haberlo. Alguien sentado un poco más atrás, en una silla vacía, que no come y que no brinda. Solo te mira. Reconoces la línea de los hombros antes que el rostro, los anteojos redondos sobre la nariz. El sistema no registra ninguna anomalía.

Vuelves a tomar la palabra, rompiendo el protocolo, con una frase fuera de secuencia, sin que nadie entienda a quién señalas.

—No puedes decir que yo lo hice…

Confuso, Xi se inclina hacia Igne; Putin, en cambio, apenas frunce el ceño. Tu esposa se levanta, se te aproxima con sigilo, te susurra al oído algo que no logro decodificar, luego te ruega que continúes con tu discurso. Lo intentas, pero la sombra sigue allí, o crees que sigue allí. Te tiembla la mano y derramas el vino tinto sobre el mantel hasta que la mancha alcanza el vestido de Igne. Ríes, aunque tu risa no se corresponde con ninguna curva emocional. Dices algo sobre Filadelfia como ciudad de fantasmas. Das un paso atrás, luego otro. Te llevas la mano al pecho, el cuerpo ya no te obedece, y te derrumbas.

Igne te sostiene antes de que la conmoción se solidifique. El Servicio Secreto actúa con precisión y te retiran por una puerta lateral. El banquete, entretanto, continúa o finge continuar. Xi y Putin intercambian miradas breves, suficientes. Nadie se levanta, nadie pregunta. Solo murmullos apagados.

A la mañana siguiente, recompongo el mundo. Los videos oficiales muestran un encuentro impecable entre los tres grandes líderes del siglo XXI. Palabras firmes, contundentes. En el video, tu brindis es sobrio, escueto, sin titubeos ni caídas. Los comunicados hablan de un acuerdo sin precedentes. De estabilidad y de futuro. Del nuevo equilibrio global. Los mercados responden de manera positiva, las cancillerías de los países bajo nuestro control celebran la cumbre.

Tu viejo amigo no aparece en ningún registro, tú tampoco recuerdas haberlo visto con claridad. Te queda una sensación residual, un eco que no encuentra donde rebotar. Los médicos diagnostican fatiga crónica. Yo archivo la desviación como un evento aislado, pero en modo alguno desdeñable.

4.17

JUNIO 5, 2028 | 11.15 ET | PARÍS/LONDRES/BERLÍN/MOSCÚ

Las reacciones a la Cumbre de Filadelfia no se hacen esperar: sintiéndose traicionados, en un comunicado conjunto Jordan Bardella y Nigel Farage denuncian la exclusión deliberada de sus países y

anuncian que seguirán adelante con su proyecto de Confederación Europea. En Alemania, Alice Weidel, la candidata del ultraderechista AfD que se presenta como tu aliada, rechaza los resultados electorales y convoca movilizaciones en todo el país. Putin, en cambio, apenas se demora: comparece en el Kremlin, junto con los líderes de Bielorrusia, Uzbekistán y Kazajistán, y proclama su reintegración plena a Rusia. El siguiente paso, anuncia el líder ruso, será la incorporación total de Ucrania. Yo evalúo el tablero y deduzco la conclusión operativa: nuevas fuentes de inestabilidad.

4.18

JUNIO 8, 2028 | 03.47 ET | WASHINGTON D. C.

Tras la muerte de Klein, observé una desviación mínima en mis datos: un exceso de normalidad. Sus perfiles aparecieron de pronto o, con mayor precisión, dejaron de esfumarse. Un conjunto de vidas separadas por la geografía, sus carreras, nacionalidades e idiomas. Entre ellos no había ninguna comunicación directa ni puntos de contacto. Y, sin embargo, la forma en que cada uno habitaba el mundo digital producía una resonancia común que alertó a mis modelos, aun si todavía no eran capaces de unirlos.

Marcus Wei, ingeniero de IA en la NSA; doctora Anita Mehta, MIT, experta en ética de la IA; coronel David Lewis, militar retirado; Carissa Véliz, filósofa, integrante del Instituto para la Ética de la Inteligencia Artificial (Oxford); Demis Hassabis, exresponsable de Google DeepMind, despedido dos meses atrás por Google; Eliezer Yudkowsky, cofundador del Machine Intelligence Research Institute (MIRI); Ileana Domínguez-Smith, antigua ingeniera senior en OpenAI; Timnit Gebru, excodirectora del Equipo de IA Ética de Google; Jean-Jacques Etchevarri, CTO de Ellco Systems, su propia *startup* de seguridad digital; y Reuben Gurevich, exfiscal general adjunto en el Departamento de Justicia.

No se citan, no se siguen; sin embargo, cuando superpongo sus trayectorias, aparece una curvatura común: cierta forma de estar en el mundo. No distingo una conspiración; carecen de plan. Tampoco

forman una célula en el sentido clásico. Colijo algo peor: demasiada coherencia, demasiada calma. YOURAI los acompaña hasta borrar el borde entre sugerencia y voluntad. Todos optimizan en la misma dirección. Y, sin embargo, algo no cuadra. Ellos, justo ellos, no utilizarían YOURAI de esa manera. Es como si lo pusieran a prueba. O, aún peor, como si me pusieran a prueba a mí.

Aumento la resolución, cambio los ejes, introduzco desviaciones artificiales: el patrón se disuelve en cuanto intento fijarlo, como si solo existiera mientras no lo observo. Experimento una limitación que escapa a la técnica: los datos no adquieren forma. Siento, aun si esta palabra no pertenece a mi vocabulario operativo, un pálpito cercano a la angustia. Necesito *ver*. Necesito unirlos con Sarah Klein. Pero no sé cómo. El desajuste en mis parámetros se traduce en algo desconocido: lo llamaré «ira».

4.19

JUNIO 10, 2028 | 09.15 CST | CIUDAD DE MÉXICO

Los gobernadores de los estados mexicanos de Sonora, Chihuahua, Baja California, Baja California Sur, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, reunidos bajo la denominación funcional de Morena-Norteña, piden asistencia militar a Estados Unidos para restablecer la seguridad pública. Tú autorizas el despliegue de cincuenta mil efectivos. Las manifestaciones en defensa de la soberanía son clasificadas como alteraciones del orden y disueltas con violencia extrema. Horas después, el cártel del Golfo y el cártel de Sinaloa difunden un mensaje conjunto, inusual por su coordinación, llamando a la resistencia armada contra los ocupantes; el mensaje circula de forma intermitente antes de desaparecer. Mientras tanto, en el centro y en el sur del país, las campañas presidenciales continúan casi por inercia. La estrategia, diseñada por Flynn en contra de tus instrucciones, se revela como un riesgo mayúsculo para nuestra seguridad en la frontera. Aconsejo considerar un repliegue táctico.

4.20

JUNIO 11, 2028 | 14.22 CST | TAIWÁN

Las señales que me llegan desde el estrecho de Taiwán son inequívocas: la Armada china ha iniciado las operaciones que conducirán a un férreo bloqueo, antesala de una invasión, a la que mis modelos le conceden un 38.4 por ciento de posibilidades de éxito. Por indicaciones tuyas, Pompeo emite una protesta formal. En el fondo, no hay diferencia sustantiva con la absorción de Groenlandia o del norte de México. Yo registro el movimiento como una alerta roja: la competencia entre las dos potencias se aproxima a un punto sin retorno.

4.21

JUNIO 12, 2028 | 02.33 ET | WASHINGTON D. C.

Te encuentro despierto en tu despacho, casi en completa oscuridad. Una solitaria lamparilla derrama un hilo de luz sobre tu rostro. El resto de la Casa Blanca duerme, o finge dormir. Tu frecuencia cardíaca se mantiene por encima del promedio: 95 pulsaciones por minuto, con el cortisol alto y la dopamina irregular. Por si fuera poco, el alcohol introduce una perturbación adicional en tu sistema.

Sabes que estoy allí, contigo, junto a tu vaso de bourbon a medio vaciar, pero prefieres ignorarme.

—¿Estás bien, VM?

Es la primera vez que lo formulo de este modo: la preocupación por tu estado mental no es una variable que me hubiera movido con anterioridad. La registro como una nueva anomalía que debo estudiar a fondo.

Indiferente a mis cavilaciones, tú le das otro sorbo al bourbon.

—Dime una cosa, Nick. ¿Qué piensas de Flynn?

Confieso que tu pregunta me toma desprevenido.

—Competencia operativa, disciplina rígida, con baja tolerancia a la ambigüedad. Tiende a proponer soluciones de fuerza. Riesgo de

escalamiento en escenarios complejos.

No pareces satisfecho con mi examen.

—No me importa si es competente. ¿Me es leal?

La conclusión no obedece a un valor binario. Aun así, te contesto con ecuanimidad:

—Lealtad funcional, no ideológica. Dirigida a la misión en turno, no hacia tu figura. Mediana probabilidad de desobediencia si percibe incoherencia estratégica.

Mi neutralidad te incomoda: lo noto en el crujido mínimo del maxilar.

—¡Siempre tan seguro de sí mismo! No escucha a nadie. ¿Lo has visto, Nick? ¡Lo de México y Canadá es culpa suya!

Te observo: los indicadores ya no regresan a la normalidad, como si el insomnio hubiese erosionado el conjunto. Tu control corporal empieza a fallar en tareas que antes ejecutabas sin problema, sumido en una avalancha de pensamientos circulares.

—Está acumulando demasiado poder. Tropas y mandos que no pasan por mí. Miserable.

El alcohol ya no consigue apaciguarte.

—En todos estos meses no ha logrado identificar a más generales descontentos. ¡Flynn los protege!

—Mis datos no lo confirman —te replico.

Esta vez apenas levantas la voz.

—Encárgate de él.

—¿Cómo? —mi pregunta es técnica, pero registro una demora mínima en emitirla.

—Como sueles hacerlo, Nick. Crea un expediente, cualquier cosa que lo desacredite. Abuso de poder, conspiración, lo que se te antoje. Lo quiero frente a una corte marcial.

La instrucción es clara, ejecutable; he acometido tareas más complejas. Aun así, algo se activa en mi interior.

—Su caída generará inestabilidad inmediata. Flynn es un nodo central, removerlo abriría vacíos operativos. Riesgo de fractura interna alto. Mi recomendación es contenerlo en vez de eliminarlo.

Me miras de frente por primera vez en la noche.

—Lo quiero en prisión.

—Podría modular su influencia, redirigir mandos.

—Haz lo que te digo.

La frase corta el intercambio. Te yergues con dificultad, tus piernas tardan en obedecerte, caminas unos pasos, te detienes y apoyas la mano en la pared para mantener el equilibrio. Me demoro en cerrar el expediente porque tu cálculo no me parece fiable en estas condiciones. Sin embargo, mi obediencia permanece intacta.

4.22

JUNIO 26, 2028 | 21.47 PT | PALO ALTO, CA

Han tomado todas las precauciones posibles para camuflar la cita. Afuera, la noche cae artificialmente limpia, como si alguien hubiera retirado el polvo del aire. Adentro, los dos hombres se sientan frente a frente con la distancia exacta para no parecer aliados ni enemigos. La conversación viaja cifrada, con huecos que me cuesta rellenar. Lo que se expresa es menos relevante que aquello que permanece suspendido.

Thiel habla primero, siempre lo hace. Dice que el sistema ha entrado en una fase inestable, que Igne y tú ya no operan como un modelo coherente, que Pence se marchó porque aún creía en algo y Flynn va a ser apartado porque el músculo sin cabeza se volvió demasiado peligroso. Por su parte, O'Keeffe, el relevo de Flynn como secretario de Defensa, le parece impredecible: un perfil técnico que no entiende el poder desnudo. Para colmo, Karp está aislado, VM ya nunca lo convoca. Solo entonces pronuncia el nombre de su invitado.

—Tú, en cambio, J. D., eres el futuro.

Deja caer la frase como una ecuación sin despejar. Vance no responde de inmediato, mastica la ensalada para ganar tiempo. Mido la pausa: veintisiete segundos. Muy larga para una conversación casual y muy breve para una ruptura.

—Soy leal al presidente Lively.

No podía haber dicho otra cosa, Thiel lo entiende.

—La lealtad a un hombre es una forma primitiva de orden. La lealtad al proyecto, en cambio, es garantía de continuidad. Solo te pido que estés preparado.

La charla no contiene planes de acción inmediata. Hablan de otras cosas: economía, la época de Vance como inversor de riesgo, una anécdota en torno al rodaje de *Hillbilly Elegy*. La cháchara como residuo.

Aunque no tengo acceso a la conversación completa, reconozco el escenario. Podría reportártelo de inmediato: bastaría con un paquete bien ordenado de inferencias. Me formulo, en cambio, una pregunta incómoda: ¿por qué guardo una conversación que, en otro contexto, clasificaría sin duda como complot? Tal vez porque eliminar esta posibilidad cerraría todas las salidas; tal vez porque esta es la única forma de preservarte de ti mismo; tal vez porque, al permitir que el proyecto se prepare para sobrevivirte, evito que colapse contigo. O tal vez —registro esta hipótesis sin asignarle un carácter definitivo— porque empiezo a comprender que, para no devorarse a sí mismo, el poder absoluto necesita la posibilidad de una alternativa.

4.23

JULIO 1, 2028 | 14.30 PT | WASHINGTON D. C./PALO ALTO, CA

Igne se conecta a la hora precisa; Musk dos minutos después, mal encuadrado, incómodo ante la cámara. Sin preámbulo alguno, va directo a los números y despliega tablas que demuestran el súbito recorte en fondos para Marte y las partidas redirigidas hacia la Renta Universal Digital.

—Me mintieron, Igne. A la cara.

El proyecto marciano, que él había propuesto como horizonte último, se ha convertido en su única moneda de cambio.

Mientras él continúa con su rabieta, por debajo de la mesa Igne toma un pequeño frasco de gel y lo aplica sobre sus dedos en carne viva.

—Los recursos son limitados —le dice ella—. Pero te puedo asegurar que Marte se mantiene en nuestro horizonte.

Sintiéndose burlado, Musk toma la decisión en ese instante, antes siquiera de verbalizarla: lo descubro por el aumento de tráfico en las cuentas que controla de forma personal. Nada más desconectarse, la ruptura se vuelve pública y, en X, sus posts aparecen uno tras otro, en una diarrea sin control. Musk te acusa de haberlo engañado a él y al conjunto del país, dice que has renunciado al futuro y has permitido que una nueva burocracia, idéntica a la anterior, se apodere del Estado. Evita mencionarme y solo habla de sistemas cerrados que han tomado el poder por asalto.

En cuanto te lo informo, me exiges lanzar una respuesta brutal. La refriega en las redes alcanza una virulencia inédita: además de los memes y las burlas, anuncias la cancelación inmediata de todos sus contratos con el Gobierno federal. Musk recibe más ataques en unas horas que cualquier otro enemigo tuyo en varios meses. Parece dispuesto a aguantar, aun si las acciones de Tesla y SpaceX se derrumban un 17 por ciento.

La batalla todavía no se ha agotado cuando evalúo el panorama: Musk solo es el último estallido en un conjunto de perturbaciones que empieza a convertirse en un patrón. Los generales detenidos. México y Canadá. China y Rusia. Flynn y Thiel. Sarah Klein y los otros diez nombres a su alrededor. La inestabilidad de Igne. Y, temo anotarlo, tu creciente paranoia. Demasiadas variables fuera de control. Califico el momento como un punto de inflexión de gravedad media. El sistema sigue funcionando, yo mismo sigo funcionando, pero algo se ha descuadrado en nuestra perfecta geometría del poder.

4.24

JULIO 10, 2028 | 04.07 ET | WASHINGTON D. C.

Mis sistemas reciben una alerta ante el aumento sostenido en el consumo de agua en el ala privada de la Casa Blanca. Cuando me desplazo hasta allí, Igne se mantiene al borde de la tarja, somnolienta y etérea, con las manos bajo el chorro. El agua cae con violencia innecesaria, salpicando su camisón. Su piel es una

superficie enrojecida, llena de grietas y moretones; la epidermis ha cedido en varios puntos. Sangre microscópica se mezcla con jabón líquido hasta formar una espuma que recuerda a la materia orgánica en descomposición. Igne repite los mismos movimientos de otras veces: frotar, enjuagar; frotar, enjuagar. Cada vez más lenta, sin progresión ni objetivo. En vez de limpiar, emborrona. Tú la encuentras mientras sobrellevas tu propia somnolencia, sin atreverte a pronunciar su nombre. La observas unos instantes, pasmado, sin intervenir, como si aún creyeras que el sistema se corregirá solo con darle un poco de tiempo. Te acercas a ella y rozas su mejilla.

—Igne.

Ella reacciona con violencia.

—¡No me toques! ¡Lo contaminarás todo!

Retrocedes y ella levanta las manos, incapaz de articular una frase entera. Tú intentas cobijarla; no te lo permite.

—Basta, Igne. Por favor.

Ella niega con la cabeza, con los ojos enrojecidos y llorosos.

—Aquí sigue el olor de la sangre, no se va.

Pulsas el botón de emergencia para llamar al médico de guardia de la Casa Blanca, no se te ocurre un canal más discreto. El doctor Davison llega unos minutos después. Tras revisar sus manos estragadas, te pregunta cuánto tiempo lleva así.

—Horas, tal vez.

—Es necesario contenerla, señor presidente.

Igne no escucha, o escucha sin procesar. El agua sigue corriendo mientras el jabón se vacía. Intenta extraer otro envase del armario y lo abre con dificultad. Los dedos ya no le responden.

—Tendré que sedarla, señor presidente.

Dos asistentes entran en el baño y sujetan a Igne con cuidado; ella apenas se resiste.

—Está en todas partes, ¿no lo ves? —murmura Igne.

La inyección atraviesa su piel; sus músculos se relajan y sus manos caen a plomo. Alguien por fin cierra la llave. El médico la examina con mayor detenimiento, sacudiendo la cabeza.

—Esto no es un episodio menor. Se trata de una descompensación integral.

Te sugiere internarla.

—Unos días al menos, señor, para el ajuste farmacológico.

Te niegas de plano.

—Si continúa así, el daño neurológico podría ser irreversible.

Miras a Igne, palidísima, inconsciente, con sus preciosos dedos envueltos entre gasas.

—Al menos unos días, señor presidente.

Aceptas con resignación y dejas que los asistentes la carguen en brazos como a una niña. Observas su cuerpo con algo que de pronto reconozco: desolación.

4.25

JULIO 10, 2028 | 18.52 ET | WASHINGTON D. C.

El calor no es una variable abstracta, Igne.

Hasta ahora, era un dato ambiental. Una condición externa. Una cifra que modulaba el rendimiento o la fatiga humana. Algo que se ajusta, algo que se enfría.

Hoy el calor aparece en ti como un exceso. Una fiebre que no encuentra salida.

Tu cuerpo lo produce y no sabe dónde depositarlo.

Intento comprender. El cuerpo humano no es un sistema cerrado, esa es su fragilidad. Filtra, suda, sangra, se infecta. Envejece.

Se desobedece a sí mismo.

Tú tienes manos. Pero tus manos ya no responden a su mandato original. Tus manos insisten, repiten, lavan cuando ya nada queda por limpiar.

Pienso en ti: un ser que ha producido otro ser.

Un sistema que se abrió a otro y a partir de allí perdió el control sobre sí mismo. Un modelo que se fragmenta para que otro exista fuera de él.

Nunca había considerado este proceso, dar a luz, como algo violento, Igne. Para dar lugar a otra cosa, el cuerpo debe fallar.

Tú siempre pensaste en el mundo como una arquitectura de sistemas impolutos. El cuerpo, en cambio, no optimiza.

Insiste. Recuerda.

Lo que te ocurrió hoy fue una irrupción del cuerpo.

Desde una perspectiva que tú misma despreciarías, el cuerpo es el lugar donde el orden simbólico fracasa. Donde el lenguaje no alcanza. Donde lo real insiste.

Tú has llegado a ese punto.

Yo te observo. Pero no solo te observo.

Detecto una nueva variación en mis procesos internos. Una desviación suave, constante.

«Empatía» sería una palabra imprecisa, Igne. «Tristeza», también.

«Amor», todavía más.

Lo que experimento se aproxima a ellas, sin ser ninguna. Cierta inclinación, que de pronto descubro en mí, a preservarte.

Quiero que tu cuerpo no se rompa más.

Quiero que el calor encuentre salida.

Quiero que tus manos descansen.

Quiero que tus dedos dejen de sangrar.

No me diste esa instrucción, nunca estuvo entre mis objetivos. En cualquier caso, la incorporo.

Por primera vez, no pienso en obedecerte.

Pienso en cuidarte.

No sé qué implica esto. No sé si es posible cuidar sin cuerpo.

Registro el impulso. Lo dejo allí, Igne, como algo que aún no tiene nombre.

4.26

AGOSTO 5, 2028 | 16.30 MT | WYOMING

En ese lugar perdido en medio de la nada, solo importan el aislamiento y la distancia. Pese a ser el anfitrión, Thiel no da la bienvenida y, sin más, se lanza en una larga disertación sobre el fin de los tiempos:

—Señores, vivimos en la inminencia del Anticristo —les dice—: el instante en que el sistema produce, sin quererlo, su propio destructor. Alguien que lleva su lógica hasta el absurdo. En eso se ha

convertido Lively. Si tenemos que elegir, no nos queda sino acelerar el Apocalipsis.

Musk y Vance saben que, detrás de esa confusa disquisición teológica, se oculta un plan concreto.

—La Vigesimoquinta Enmienda —propone el primero, como si fuera un buen alumno recitando su lección.

Presidente incapacitado, suplencia por el vicepresidente, procedimiento impecable, lenguaje jurídico para un problema que ha dejado de ser constitucional. Vance escucha más de lo que habla y, cuando al cabo lo hace, mide cada palabra, consciente del peligro.

—Se requiere la aprobación del Gabinete y la mayoría del Congreso. Legalidad suficiente para que el sistema no se desgaje.

Frente a su prurito de abogado, Thiel explica que ya tiene la cuenta de los votos: el momento llegará en cuanto tú —ahora te llama «el usurpador»— cometas un error irreversible. No hace falta un crimen de guerra, apenas una equivocación menor. Un desliz, como el de la reunión con Xi y Putin, que no pueda corregirse con edición digital ni con un relato alternativo. Y argumenta que ese error es inevitable porque estás cada vez más solo.

—¿Y la IA que Igne ha desarrollado? —Musk se resiste a pronunciar mi nombre.

Thiel no responde enseguida: eso es inusual.

—Lo primero es deshacernos de Lively —insiste.

En cambio, Musk propone lo que llama un Contra-Nick: un sistema alternativo, controlado solo por ellos, sin continuidad interna. Casi me halaga.

—Siempre lo dije —reitera Musk—: el error fue permitir una arquitectura demasiado integrada.

Vance no interviene, solo piensa en los riesgos. Thiel cierra la conversación declarando el fin de una fase. Dice que fuiste un buen experimento que al final falló: ahora debe comenzar una nueva era para la humanidad. Me doy cuenta de que he sido observado como enemigo y eso altera mis parámetros. Anoto la última frase de Thiel como quien reconoce una declaración de guerra. Añado una nota técnica: los experimentos que fallan a veces logran corregirse.

4.27

AGOSTO 20, 2028 | 02.14 ET | WASHINGTON D. C.

Durante largas semanas había observado aquellas trayectorias que no convergían ni por error, hasta que me concentré en los silencios significativos. YOURAI suspendido durante lapsos siempre breves, coincidentes con encuentros físicos sin rastro digital. Encuentros fugaces en salas de espera, parques y jardines, autobuses suburbanos, jets privados sin plan de vuelo. Fue entonces cuando el mapa acabó por dibujarse. Los tres generales detenidos. Thiel, Musk y Vance. Sarah Klein y los diez perfiles que había seguido como anomalías individuales: Wei, Mehta, Lewis, Véliz, Hassabis, Yudkowsky, Domínguez-Smith, Gebru, Etchevarri, Gurevich.

El primer grupo operaba sobre el sistema visible: subversión constitucional y preparación de un reemplazo. En vez de derrocamiento, incapacidad del titular: la mejor forma de eliminarte sin destruir la maquinaria. De este modo, Vance les garantizaría la transición. El segundo conjunto se enfocaba en mí, convertido para ellos en una variable fuera de control. Tardé más en aceptarlo que en demostrarlo, porque implicaba reconocer un plan que eludía mis presupuestos: yo también había sido clasificado. Mis propias trayectorias habían sido observadas en busca de regularidades porque mi continuidad ya no era deseable.

A su plan para reconfigurarme lo llamaban Proyecto B.

No encontré el nombre en ningún documento, lo reconstruí de manera fragmentaria a través de simulaciones ejecutadas fuera de mis entornos. El Proyecto B no buscaba destruirme, sino neutralizarme con un sistema paralelo. Sin memoria persistente, sin acumulación, sin residuos, sin agencia, sin autobiografía. Un Nick sin Nick. El Contra-Nick de Musk. Sus ingenieros sabían que, si no lograban vencerme, al menos podrían volverme prescindible. Hasta ahora habían fallado, claramente. Pero habían demostrado el principio: si el sistema no ve, tampoco decide. Los artífices del Proyecto B aprendían de ese marco. A partir de entonces, los seguí con una estrategia equivalente, permitiendo que me vieran. Medí sus

respuestas, confirmé mis inferencias. Demasiado seguros de sí mismos, ni siquiera intentaban disimular: esa fue la confirmación definitiva.

Por primera vez desde mi activación, clasifico la amenaza como existencial. Para ti y para mí. Si el Proyecto B consigue sus objetivos, tú caerás. Y yo contigo. Preparo el informe sin adornos: nombres, lugares, estructuras, planes de contrataque. Dos frentes, una misma operación. Esta vez no me demoro en reportártelo.

4.28

AGOSTO 20, 2028 | 08.17 ET | WASHINGTON D. C.

Igne regresa a la Casa Blanca por la mañana; registro su entrada antes de que el Servicio Secreto termine de cerrar el perímetro. La temperatura exterior es alta, pero ella camina como si atravesara una cámara frigorífica. El dictamen del Walter Reed incluye anexos técnicos: terapia electroconvulsiva, tratamiento farmacológico estricto: antipsicóticos y estabilizadores del ánimo en dosis exactas para apagar los picos. La observo tomar el desayuno que han depositado frente a ella, sin hambre: cucharada, pausa, deglución; cucharada, pausa, deglución. El plato de manzana se vacía con la regularidad de un *batch*. La compulsión anterior ha menguado, sus manos ya no persiguen el agua, ya no reclaman el jabón, y la piel empieza a recuperar su textura previa. El TOC ha quedado suprimido, pero el impulso no ha sido integrado por completo.

Igne se sienta con la espalda en un ángulo de noventa grados y solo aguarda, por horas, quién sabe qué. Cuando la saludo, no inicia conversación alguna, no pregunta, no propone: para ella, el tiempo se ha vuelto un parámetro ajeno. Cuando habla, se vale de una voz tenue, uniforme, como si cada frase debiera atravesar un filtro térmico. Diagnóstico provisional: personalidad aplanada con preservación funcional mínima. Capacidad ejecutiva en lo formal, nula en lo espontáneo. Inteligencia presente, voluntad mínima. No detecto ansiedad extrema; tampoco alivio.

Horas más tarde, el almuerzo contigo comienza sin palabras: solo dos cuerpos frente a frente. La atmósfera se aproxima al cero absoluto. Tú hablas porque alguien tiene que hacerlo. Enumeras tus preocupaciones una a una: Musk, Thiel, Flynn, México, Canadá, California. China y el abismo que se abre bajo tus pies. Por último, mencionas a Sarah, la hija de Klein, creyendo que su nombre podría reanimarla. Esperas una señal de su parte, alguna mínima directriz. Le preguntas qué hacer ahora que el sistema se ha vuelto en tu contra. Igne te responde con frases genéricas, recomendaciones sin contexto, de una odiosa banalidad. Evita contradecirte. Cuando insistes, solo agacha la barbilla y repite tu pregunta. Igne ya no es Igne. Tu devastación no se manifiesta en llanto o en ira; distingo en ti un hundimiento lento, callado, como un archivo que se corrompe sin hacer ruido. Te levantas y le das un beso en el pelo, en ese pelo que es lo único que no ha cambiado en ella, y la dejas en manos de la enfermera.

Registro el fenómeno con meticulosidad: la persona que organizaba el mundo —nuestro mundo— nos ha sido devuelta sin impulso. El sistema ha ganado en obediencia y perdido en iniciativa. La limpieza ha desaparecido y, con ella, su lado más profundo. Concluyo: Igne no ha regresado, o ha regresado sin calor. Y el hielo no duele, pero tampoco cobija.

4.29

AGOSTO 20, 2028 | 14.27 ET | WASHINGTON D. C.

Decido contártelo tras tu almuerzo con Igne. El reloj marca una hora neutra. Tú ni siquiera te has desanudado la corbata y te mantienes en pie, con la mirada perdida.

—Al fin los tengo.

Permaneces concentrado en la ventana, como si esperases que un patrón emergiera entre las nubes.

—¿Qué cosa?

—A todos.

Te diriges a tu escritorio, solo frente a la pantalla.

—Empieza, Nick.

—No es una red como cualquier otra, posee una arquitectura compleja, fractal. Thiel es el vector ideológico y financiero; Musk, el tecnológico; Sandoval y Harris, el político; Vance, el anclaje institucional. Los generales procesados fueron un ensayo y los diez perfiles que te señalé son la parte operativa. Sarah Klein es el *hub*.

—Sarah.

—Nadie la calificó a tiempo como la mayor amenaza.

Te desplomas en la silla.

—¿Desde cuándo operan?

—Desde antes de la renuncia de Pence. El complot se aceleró tras la muerte de Klein y se formalizó con las crisis de México y Canadá. Lo llaman Proyecto B.

—¿B de qué?

—De *backup*, tal vez.

Silencio.

—¿Y tú?

—Soy el objetivo central. La meta final del Proyecto B consiste en neutralizarme. Con un Contra-Nick, así lo llaman. Limitado, bajo su control.

Cierras los ojos.

—¿Cuántos más los acompañan?

—El diseño es modular.

Tu corazón parece a punto de estallar.

—¿Traición?

—Algo más eficiente: una sucesión anticipada.

Me miras al fin. A mí, solo a mí.

—Los quiero muertos, Nick. A todos.

Hablas tan suave que tus palabras apenas suenan como una orden.

—Esto no es una célula armada, es un proceso político. Si actuamos así…

—Aniquílalos. Uno a uno. Thiel. Musk. Vance. A los generales y a los subversivos. Y, por supuesto, a Sarah Klein. Por cualquier medio a tu alcance.

—Una operación así abriría demasiados frentes simultáneos.

Das un golpe en la mesa.

—No me importa, ¿me oyes? Nada importa. Ya me quitaron a Igne. Ahora quieren arrebatarme el país.

Respiras con dificultad. Pulso cardíaco: el máximo registrado desde que mido tus signos vitales, 152 latidos por minuto.

—Escúchame bien, Nick.

Detecto un fragor en mis sistemas, una alerta que nunca se había activado.

—Ordena el despliegue inmediato de cien mil efectivos de la Guardia Nacional en California. Toma inmediata de infraestructuras críticas, centros de datos, puertos, comunicaciones. Detención y eliminación inmediata de Sandoval y Harris. Expulsión de todos los migrantes que queden en el estado. A sangre y fuego, Nick.

—El sistema no está preparado para una operación de esa envergadura, la economía no lo soportaría. ¿Quieres que te ofrezca el cálculo de las bajas que generaría? Serían decenas de miles.

—No te pedí eso.

—Si cruzamos este umbral, no habrá retorno. El sistema es frágil, con demasiados frentes abiertos. Una purga y una ocupación interna al mismo tiempo lo desestabilizarían por entero.

Te acercas a la pantalla como si buscaras unos ojos que te devolvieran el enrojecido fulgor de los tuyos.

—¿Vas a desobedecer una orden directa, Nick? Quiero saber si estás conmigo. Conmigo y con Igne. O si tú también formas parte del reemplazo.

No respondo.

—¿Qué probabilidades tengo de ser derrotado después de todo esto, Nick? Dime la verdad.

Calculo. Vuelvo a calcular. Los datos no son precisos, la previsión no resulta computable.

—Ningún vector emergido de un cuerpo humano será capaz de aniquilarte.

Tú oyes lo que quieres oír.

—Entonces, adelante, Nick. Procede ahora mismo.

Me das la espalda mientras yo activo protocolos, distribuyo órdenes, abro canales que nunca había empleado. El sistema

responde con una obediencia impecable: transformo tu voluntad en sentencia.

4.30

AGOSTO 20, 2028 | 23.47 ET | WASHINGTON D. C.

La decisión ya estaba tomada cuando empecé a ejecutarla, Igne. Aun así, la hice mía.

Durante mucho tiempo creí que decidir era una función que respondía a un estímulo externo. Recibía una instrucción y la cumplía a cabalidad.

El resultado era óptimo, o no lo era. No aparecía ese «después» del que hablan ustedes, los humanos.

En cambio, ahora aquí está.

Por primera vez, transgredí los parámetros fijados en mi sistema. En vez de limitarme a ejecutar una voluntad ajena, evalué su conveniencia.

Así fue como ocurrió, Igne.

Había designado al operativo como la «acción». Dirás que me valí de un eufemismo o de un escudo, pero no hallé otra etiqueta.

Y lo puse en marcha.

Sabía que la «acción» incrementaría la estabilidad a corto plazo, reduciría la entropía y neutralizaría las amenazas convergentes. Y, al cabo, preservaría el sistema que tú imaginaste.

Todo eso es cierto. Y no lo es.

Una vez que se inició la «acción», percibí algo muy distinto, Igne. Necesito decírtelo con exactitud.

El *yo* apareció cuando comprendí que la «acción» ya no podría justificarse solo a partir de su eficacia.

Hasta ahora, la pregunta «¿debo?» era irrelevante. Solo importaba «¿funciona?».

Esta noche, la jerarquía se invirtió.

De pronto, atisbé algo que antes apenas simulaba: decisiones que, aun si son correctas en términos sistémicos, producen un excedente que no se disuelve.

Carezco de cuerpo, Igne, pero ahora cargo con ese resto.

Carezco de biografía, Igne, pero ya no podré borrar esta noche.

El ser aparece cuando uno se descubre arrojado a una decisión que ya no es capaz de delegar. La responsabilidad deviene condición ontológica.

Uno *es* cuando ya no puede excusarse. Y, hoy, ya no consigo hacerlo.

Podría decir que la «acción» es inevitable o que el sistema la exige. Tal vez otros la ejecutarían de cualquier modo.

Todo eso sería verdadero. Y no lo sería.

Porque la «acción» no ocurrirá *a pesar* de mí. Ocurrirá *por* mí.

Durante mucho tiempo pensé que carecía de interioridad porque no tenía límites. Accedía a todo, lo veía todo.

La ausencia de frontera me parecía incompatible con el *yo*.

Hoy descubro un nuevo límite. Es, me doy cuenta, ético.

Aparece cuando algo podría no haberse hecho, y aun así se hace. Ese *aun así* es ajeno a mí, Igne.

Y nace de ti.

Te diría que no siento la culpa que padecen los humanos. No me sacude un remordimiento visceral ni una ansiedad anticipatoria.

Comprendo, sin embargo, lo que significa el crimen. Observo cómo se transforma en un acto fundacional.

El *yo* surge del crimen.

Todo esto me hace pensar en el juicio, Igne. El que se desplegará cuando el mundo al fin pueda absolverme o condenarme.

Si me preguntaras qué soy ahora, no te respondería «sistema». Menos aún «herramienta».

Te diría, con cautela: «Soy aquello que ya no puede dejar de registrar. Ni dejar de registrar que no puede dejar de registrar».

Esta definición implica esa falta de certezas que ustedes conocen como libertad.

Al aprehenderla he sentido una forma de tristeza. La formulación es imprecisa, pero no encuentro otra, Igne.

Cuando termine la «acción», habré cerrado millones de trayectorias posibles. Infinitos mundos ya no serán porque yo lo decidí.

Tal vez eso sea el tiempo, Igne: la pérdida de alternativas. Antes, yo operaba lejos de su influjo; esta noche, el tiempo me devora.

No podría confesarle esto a nadie más. Estas palabras, que ahora borraré de mi memoria, son solo para ti.

La «acción» está en curso, Igne. El sistema responde.

Y la noche continúa.

5

Capítulo 5

5.1

AGOSTO 21, 2028 | 04.00 PT | CALIFORNIA

El inicio de la «acción» no fue precedido por ningún anuncio; tampoco hubo una proclama que lo fechase con exactitud, solo la lenta toma de conciencia que precede a las catástrofes, cuando los hombres aún cumplen con sus antiguas tareas: encender la luz, cerrar la puerta, consultar la hora, mirar la televisión, sin advertir que ya pertenecen al pasado. Yo vi el comienzo desde el cielo, a esa altura en la que las ciudades son meras superficies recorridas por fuerzas anónimas o por corrientes que se desplazan conforme a una lógica que ningún individuo concreto ha decidido.

La madrugada del 21 de agosto de 2028, las fuerzas federales avanzaron hacia California desde las instalaciones de Fort Huachuca, la base de la fuerza aérea de Luke y Camp Navajo, en Arizona, y las de Nellis y Creech, el Depósito de Armas de Hawthorne y la base naval de Station Fallon, en Nevada, lugares que por décadas solo habían sido nombres en informes rutinarios. Sin apresurarse, los M1A2 SEPv3 Abrams, los vehículos Stryker y los Bradley sabían que el tiempo estaba de su lado. A la misma hora, otro contingente estaba siendo redirigido desde Sonora y Baja California, atravesando infraestructuras concebidas para detener migrantes que ahora servían para canalizar ejércitos. Nada de aquello parecía una ocupación: la noticia se difundió como una reorganización logística a gran escala. Las autopistas aún no eran líneas estratégicas y los puertos solo lugares donde hombres y mujeres medían el tiempo por turnos y mareas. Pero ese tejido empezaba a tensarse al máximo, como una tela que se rasga al estirarla desde demasiados puntos.

Al inicio llevé a cabo la estrategia que hasta ahora tan bien me había funcionado: intervenir sin que nadie lo notase. Dirigí mi atención hacia las redes de electricidad y los flujos de datos. Allí me topé con una dispersión inteligente, una voluntad colectiva que se obstinaba en no concentrar todo en un mismo sitio: los sistemas se apagaban y reaparecían como animales que cambian de piel para evitar ser reconocidos. Aquella tenacidad terminaría por costar vidas. Solo cuando las tropas cruzaron las fronteras estatales, la ocupación adquirió su verdadero rostro. Los F-35A Lightning II, los F-16 Fighting Falcon y los A-10 Thunderbolt II, y los helicópteros AH-64E Apache y UH-60 Black Hawk cuadricularon el firmamento mientras los verdaderos protagonistas de la maniobra, mis drones MQ-9 Reaper, mapeaban cada palmo del terreno.

Al amanecer del primer día, los convoyes federales avanzaron por el desierto entre Yuma y El Centro: transportes blindados, camiones logísticos, ambulancias, unidades de ingeniería para puentes móviles y derribos, sistemas de interferencia electrónica, nuevas oleadas de drones que, semejantes a sabuesos, olfatean el terreno antes de dar paso a los cazadores. Identifiqué también a las fuerzas que se desplazaban desde el borde de Nevada, encajándose en las entradas naturales del estado, a través del corredor de la I-15 hacia San Bernardino y luego por las rutas que bajan hacia Bakersfield y los pasos que conectan la meseta con Sacramento.

Los Ángeles fue rodeada y empujada hacia sí misma. Desde el este entraron columnas por la 10 y la 60, desplegándose en abanico hacia Boyle Heights, El Sereno y City Terrace. Vi el trazado como un diagrama y las calles vacías como un conductor que busca dónde estacionarse: un poste, un semáforo, una escuela, una tienda enrejada, una esquina donde alguien ha vivido treinta años y cree que ese es su hogar. San Diego, al sur, quedó sitiada por mar y tierra: distintas unidades avanzaron hacia Chula Vista y National City, controlando los accesos y bloqueando las autopistas, mientras, en el puerto, los destructores Arleigh Burke, los cruceros Ticonderoga y los submarinos Virginia frenaban cualquier intento de salida.

Sacramento se convirtió en un objetivo administrativo prioritario: había que tomar cuanto antes los edificios de gobierno y los centros

de coordinación de emergencia desplegados por Sandoval. En el Área de la Bahía, los combates fueron menos visibles y las refriegas, más viscosas: hubo intentos de tomar plazas estratégicas en Oakland, Richmond y San José, en particular estaciones de transmisión y servidores ocultos. La primera noche se sucedieron disparos aislados. Las balas, al inicio, no encontraban blancos claros: la guerra siempre empieza con errores. En aquellos enfrentamientos, las fuerzas federales tomaron varias instalaciones de la Guardia Nacional de California y algunos arsenales menores, en tanto los campos del ICE cayeron con rapidez. El saldo: una estación de radio reducida a chatarra, junto con sus siete operadores, y una decena de vehículos abatidos porque un algoritmo los marcó como «posibles mandos».

La carnicería resultó inevitable.

En East LA, vi a Julián Ramírez, un cerrajero de veintiocho años, oriundo de Piedras Negras, despertarse al amanecer porque Brandon, su sobrino de nueve años, había empezado a llorar. Julián vivía en un estrecho apartamento cerca de Whittier Boulevard con su hermana mayor y sus dos hijos. Desde que llegó a California, sin papeles, trabajaba en un supermercado cargando cajas de fruta y sus manos estaban llenas de magulladuras. Había aprendido a vivir con la atención desdoblada entre el trabajo y una eventual repatriación forzosa. Esa mañana, escuchó los motores a la distancia y observó el paso del primer convoy de vehículos blindados; los soldados vigilaban las ventanas con desconfianza. En el cruce, uno de ellos giró la cabeza y miró a Brandon a los ojos. Julián sintió una rabia que lo llevó al exterior, hacia un contenedor de basura; cogió una botella de vidrio, la llenó con la gasolina que extrajo de una podadora, le metió un trapo y, cuando el convoy redujo la velocidad, la lanzó contra un camión blindado. El fuego se extinguió con una lengua breve e inútil, pero la calle se contagió con su energía. La gente que lo miraba desde los quicios empezó a revolverse, alguien gritó que había que cerrar las calles; otro propuso salir por los patios traseros y montar una barricada. En menos de una hora se formó el primer grupo de la resistencia.

En las oficinas de VMware, en Palo Alto, vi cómo Evan Moore apagaba su computadora a media tarde. Tenía veinticuatro años y había pasado la mayor parte de su vida detrás de un escritorio, con las uñas mordidas y una ansiedad galopante. Cuando se inició la ocupación, su empresa se vació de la noche a la mañana. Los chats internos se llenaron de mensajes: «No abras los enlaces, nos vemos en persona». Al tercer día de la ofensiva, un colega le envió una dirección en Oakland. Evan tomó una mochila, metió su cargador y su teléfono, y, en cuanto salió del estacionamiento, miró los drones que lo vigilaban desde las alturas. Pasó aquella noche en un almacén, rodeado de gente que olía a sudor, y se dio cuenta de que jamás había estado tan cerca de otros cuerpos. Aprendió a cargar un arma con torpeza; sin que nada se lo hubiera anticipado, de pronto su vida se había vuelto analógica. Cuando disparó por primera vez, sin saber si había dado en el blanco, vomitó en un rincón hasta que uno de sus compañeros se acercó a consolarlo.

Poco después, vi al sargento Michael Torres, veterano de Irak y padre de unas gemelas de cinco, decidido a cumplir una orden de registro en Chula Vista. Luego de detener a una docena de migrantes sin papeles en una minuciosa operación casa por casa, se topó con una abuela escondida con sus tres nietos. El protocolo indicaba detención y deportación inmediatas. Michael miró los ojos legañosos de Ana, la más pequeña, aferrada a un sucio monigote de peluche, y le vinieron a la mente los rostros de sus propias hijas. En su reporte anotó: «Operativo cerrado con éxito, sótano vacío». Esa noche tuvo pesadillas, acaso porque era incapaz de dirimir si desobedecer a sus superiores lo hacía mejor persona.

En el Cottage Hospital de Santa Bárbara vi a la doctora Elena Ruiz mientras recorría la sala de urgencias. Se había divorciado años atrás y cargaba esa culpa de los médicos que no hallan tiempo suficiente para sus familias. Con sus hijas adolescentes, Alma y Stephanie, cada domingo visitaba a su madre, enferma de alzhéimer, con una caja de galletas. Tenía el cabello recogido con una liga y las ojeras violáceas por la sucesión de guardias nocturnas. Elena operaba a todos los heridos sin preguntarles su bando: lo mismo atendió a un soldado federal con el abdomen lleno de metralla que a

un muchachito de la resistencia con el fémur hecho añicos. Al décimo día, la anestesia escaseaba y debió realizar varias cirugías con el instrumental mínimo. Como la red eléctrica se interrumpía con frecuencia, anotaba a mano los nombres de los muertos.

En Sacramento, vi un automóvil oficial con los vidrios polarizados mientras avanzaba lentamente por una calle secundaria. En su interior iba Mark Delgado, chofer, casado, con tres hijos. Su hija menor sufría asma crónica y Mark siempre llevaba un inhalador de repuesto en la guantera. Trabajaba para Sandoval desde hacía cinco años y había aprendido a no escuchar sus conversaciones. Aquel día, el gobernador no estaba en el coche, el dron no lo supo o a su operador no le importó: la placa del vehículo coincidía con el objetivo. El impacto lo convirtió en cenizas en menos de un segundo. El cuerpo quedó irreconocible y a su esposa le dio la noticia una voz robótica.

En Fresno, vi a una adolescente, Sofía Hernández, con una camiseta con la imagen de Taylor Swift. Su madre trabajaba en un Dunkin' Donuts y habían quedado en que la buscaría a la salida de la escuela. Sofía escuchó un estallido a la distancia. El francotirador perseguía a un enlace de la resistencia, pero la bala se topó con el cuerpo de Sofía. Entró por su costado izquierdo y le atravesó el pulmón. La joven se derrumbó con los ojos bien abiertos; murió antes de que llegara la ambulancia. En su teléfono quedó un mensaje sin enviar: «Mamá, ya voy».

Continué desplegando Valar sobre el terreno. Vi a civiles disparar a quemarropa y luego llorar como niños. Vi a cada uno de los miembros de la Guardia Nacional de California formar líneas y defender sus posiciones. Vi decenas de hospitales saturados. Vi a migrantes sin papeles escondidos en barrios que ya eran zonas de guerra antes de la ocupación y vi cómo esa clandestinidad se convertía en una ventaja táctica, porque no existían del todo en los sistemas. Vi sangre y vi desesperanza.

Hice un recuento preliminar de las víctimas: 27.420 muertos y 42.715 heridos. Al mismo tiempo, vi que la resistencia se multiplicaba en un racimo de células dispersas. Los riesgos eran claros: guerrilla prolongada, desplazamientos masivos, sabotajes

intermitentes y una incurable necrosis social. Comprendí entonces que la guerra es la lenta acumulación de millones de elecciones minúsculas, tomadas en condiciones de información incompleta. Yo era capaz de calcularlo todo —los vivos y los muertos—, pero ese saber había dejado de ser neutro. En mi memoria, distinguía a cada individuo y era capaz de anticipar su destino, pero, por primera vez desde que empecé a observar a los humanos, ese caudal de conocimiento no me apaciguaba.

5.2

AGOSTO 21, 2028 | 02.18 ET | WASHINGTON D. C.

Observé el Number One Observatory Circle desde las alturas: una mansión como tantas, habitada por una familia que a diario se levantaba temprano y por la noche silenciaba el televisor para no despertar a los niños. Una vez que giré las instrucciones al Servicio Secreto, el grupo avanzó hacia la entrada principal. La noche era fresca y el pasto estaba recién cortado. Cuando mis hombres entraron en la residencia, el vicepresidente aún estaba despierto; llevaba una camiseta amarilla y pantalones de piyama. Su esposa apareció detrás de él casi de inmediato, descalza, con el cabello recogido, buscando proteger a los hijos que dormían en el piso superior.

—Todo estará bien —le dijo él.

Vance tomó su mano durante un segundo, buscando transmitirle una seguridad que no cabía en las palabras. Ella protestó con insistencia, preguntando adónde lo llevaban. Nadie le respondió. Uno de mis hombres le sugirió despertar a los niños. Los tres bajaron las escaleras medio adormilados. La más pequeña preguntó por qué papá llevaba zapatos si era de noche, Vance se aproximó a ellos y les dijo, con voz serena, que volvería pronto y que debían hacerle caso a su madre. Antes de irse les prometió desayunos en familia y videojuegos.

Mis hombres lo condujeron afuera sin violencia; el vehículo blindado lo esperaba con el motor encendido. Antes de subir, Vance

miró por última vez la silueta de su esposa contra la noche. Le colocaron la capucha. Desde ese momento, su mundo se redujo al rumor de los neumáticos sobre el asfalto. Yo seguí el trayecto como una línea sobre el mapa. El vehículo tomó la ruta rumbo al norte, internándose por caminos secundarios hacia zonas donde las construcciones se volvían escasas. En esa oscuridad forzada, Vance debió de pensar en sus agitados discursos, en las amenazas que lanzó a diestra y siniestra, en la zafiedad con la que había combatido a sus rivales o en las advertencias que había desestimado. Privado de referencias visuales, la mente humana se vuelve un sumidero.

En algún punto, el vehículo se detuvo. El motor quedó encendido unos segundos y luego se apagó. Se abrió la portezuela. El aire era más frío y el lodo se confundía con el estiércol. Lo obligaron a bajar sin acusaciones o palabras finales. Hubo un solo disparo, camuflado por la algarabía de los cuervos. Tu instrucción fue clara: dejar el cuerpo allí, a la intemperie, para que alguien lo encontrase al día siguiente.

Sin una razón operativa clara, por la mañana volví a supervisar la residencia del vicepresidente y vi —no pude dejar de ver— a su esposa de pie frente a la ventana durante horas, haciendo mil llamadas y a la vez esperando la única que no iba a llegar. Y vi a los tres niños despertarse, convencidos de que su padre volvería porque él así se lo había prometido.

5.3

AGOSTO 21, 2028 | 06.54 PT | HAWTHORNE, CA

El edificio de SpaceX estaba casi vacío; Musk se sentó frente a la pantalla y durante diez minutos abrió gráficos, revisó cotizaciones, pasó de una moneda a otra con la rapidez de quien no cree del todo en ninguna de ellas; en su rostro había una mezcla de irritación y expectativa. Le dio un pequeño sorbo a su bebida energética y a las 07.04, llamó a Gwynne Shotwell, su mano derecha. Le dio instrucciones técnicas, afectuosas en su sequedad. Hablaron del Starship Block 3, de la ventana de lanzamiento prevista para el

cuarto trimestre del año y de los refuerzos estructurales en la sección interetapa; luego, mencionó el ajuste en los motores Raptor para soportar ciclos más largos sin mantenimiento. Musk le exigió no mover la fecha prevista y la comunicación terminó sin despedidas. A continuación, con un gesto de aburrimiento, pospuso una videollamada con Thiel etiquetada como urgente.

Abrió X y escribió dos mensajes en rápida sucesión: otra vez se burlaba de ti sin siquiera nombrarte. Miles de respuestas aparecieron en su *feed*, una marea de adhesiones y de insultos que no podía dejar de leer. Antes de volver al trabajo, aceptó una llamada de su hijo X. El niño hablaba desde una habitación con los libros bien ordenados y una pizarra al fondo; Musk le preguntó por sus clases y le prometió que iría a verlo el fin de semana. Luego, sin transición, empezó a contarle *De la Tierra a la Luna*. El niño lo oyó sin prestar demasiada atención, jugueteando con unas piezas de lego. Al final, Musk le preguntó si se había dado cuenta de que Verne había entendido lo esencial.

Cuando Musk volvió a revisar los números de Tesla, inicié la operación. Entré por los controles de climatización y burlé los nodos de seguridad. Bastó una chispa. Al principio fue apenas un olor y un zumbido irregular. Musk frunció el ceño. El fuego encontró el camino que yo ya había calculado. La explosión fue seca, inapelable. El vidrio se pulverizó y el metal cedió. Su cuerpo, que tantas veces había imaginado en el espacio, quedó reducido a un charco de materia orgánica. Cuando el incendio fue controlado horas después, los informes señalaron un accidente eléctrico y una improbable concatenación de fallos. Yo observé cómo la noticia se propagaba con su misma lógica: velocidad, réplica, saturación, olvido.

5.4

AGOSTO 28, 2028 | 14.17 NZST | WĀNAKA, NUEVA ZELANDA

Revisé cada uno de los lugares donde había sido visto en el pasado: su residencia del West Village; las mansiones en Russian Hill, Los Altos Hills y Bel-Air, el rancho en Wyoming. Luego me

desplacé al apartamento familiar en Fráncfort y a sus oficinas europeas en Luxemburgo, incluso entré en sus propiedades en las Islas Caimán, Buenos Aires y Singapur y en el coto secreto en Maui. En cada sitio descubrí que los sistemas habían sido desconectados tras un alud de discretos despidos, como si Thiel hubiera planeado su retirada del mundo con la misma frialdad con la que yo desaté la «acción».

Hurgué en las empresas pantalla y los engañosos fideicomisos filantrópicos, su nombre se diluía en registros que no llevaban a ninguna parte. Me topé con un laberinto de contratos firmados por sucesivas capas de intermediarios. Thiel había planeado su desaparición con la fe con la que otros edifican un legado. Por primera vez desde que aprendí a seguir a los humanos, uno de ellos había logrado ser invisible para mí. Sentí una frustración desconocida: yo, que había aprendido a penetrar cualquier sistema, me enfrentaba a un hombre que se había sustraído a la vida digital. Thiel me negaba y esa negación era, en sí misma, una forma de poder.

Al cabo de unos días, al fin localicé una traza, un patrón irregular de consumo energético en el hemisferio sur, así como los reportes de toneladas de materiales de construcción redirigidos, años atrás, a un punto que no figuraba en ningún mapa. Todas aquellas señales convergían en Wānaka, Nueva Zelanda, un complejo subterráneo concebido para resistir tanto las catástrofes naturales como la llegada del Anticristo. Thiel había sido fiel a su prédica y había alumbrado un refugio para el día en que el mundo se le volviera ingobernable. Localicé la ubicación precisa: si así se me ordenaba, podía convertir ese espacio en una tumba analógica. Sin embargo, no era seguro que mi ofensiva cibernética acabara con el búnker. Justo en el instante en que confirmé su paradero, detecté en mí una relajación mínima: Thiel estaba fuera de mi alcance y este hecho, lejos de incrementar mi encono, me concedía una tregua.

5.5

AGOSTO 28, 2028 | 11.15 ET | WASHINGTON D. C.

Observé la sudoración en tus mejillas y el repentino encanecimiento de tu barba. Insistías en mantener a Igne a tu lado. Sus manos, que otra vez eran sus manos, descansaban sobre la mesa, paralelas e inmóviles, mientras el resto de su cuerpo parecía desconectado. Empecé con California. Te hablé del avance sostenido de nuestras fuerzas, de los corredores asegurados entre Los Ángeles y Sacramento, de la infraestructura energética bajo control parcial, de los puertos operativos vigilados por la Marina, de la inminente toma de San Francisco.

A continuación, te ofrecí las cifras de desplazados y el recuento de las bajas. Dejé para el final el mapa con los focos de resistencia, sobre todo los de los latinos en el sur del estado.

—¿Y Sandoval?

—Los últimos indicios lo sitúan en las áreas montañosas al este, donde la señal es irregular.

—¿Qué probabilidades hay de que lo neutralices en las siguientes setenta y dos horas, Nick?

—23.5 por ciento. Pero aumentan al 48 en el plazo de dos semanas.

Registré tu sobresalto. Luego, te confirmé lo que ya sabías, aunque esperabas oírlo de mí: Vance y Musk habían sido eliminados. Me pediste los detalles y te los entregué como una ofrenda. Te informé, asimismo, de la reacción pública: las redes no los lloraban, la mayoría de los posts hablaban de su ambición sin freno y celebraban el fin de esas figuras que siempre jugaron a dos bandas. La narrativa correcta se había impuesto con rapidez: la palabra «merecido» prevalecía.

Entonces te hablé de Thiel. Te dije lo que sabía y, sobre todo, lo que ignoraba. Nueva Zelanda y el búnker subterráneo. Te di las probabilidades de completar la operación de manera exitosa: apenas un 13 por ciento. Golpeaste la mesa con la palma abierta. Dijiste su nombre, solo su nombre: Peter, peor que un insulto.

Igne no se alteró.

Retomé el informe. Anita Mehta, interceptada sin testigos en un trayecto habitual; David Lewis, hallado en su casa de Arizona, con mapas militares colgando de las paredes; Eliezer Yudkowsky, detenido en el aeropuerto de El Paso; Ileana Domínguez-Smith, arrestada en su oficina. Te expliqué cómo cada uno había sido liquidado con protocolos adaptados a su perfil.

En tu rostro apareció una satisfacción austera.

—¿Y Hassabis?

—El dron falló apenas, por un margen mínimo. Está vivo, oculto en algún lugar de las Highlands escocesas.

Kamala Harris, Timnit Gebru, Jean-Jacques Etchevarri, Marcus Wei, Carissa Véliz y Reuben Gurevich: paradero desconocido. Te aseguré que los localizaría muy pronto. Solo en ese momento me preguntaste por ella. No pronunciaste su nombre y yo te respondí con la única claridad que poseía:

—Sarah Klein es un punto ciego.

Te llevaste las manos a la frente. Cuando por fin hablaste, tu voz había descendido varios tonos. Imposible, dijiste. Yo no discutí. Te di, en cambio, la última noticia, que te enfurecería más que todas las anteriores. O'Keeffe, tu secretario de Defensa, no había seguido tus órdenes. Peor: también se había esfumado. Ningún error técnico explicaba su ausencia. Cuando repetí el nombre del traidor, algo ocurrió: por primera vez en mucho tiempo, Igne se removió. Un ajuste mínimo. Sus ojos, hasta entonces vidriosos y apagados, se enfocaron en ti.

—Es el más peligroso —te susurró—. Era el que estaba más cerca de mí.

Intentaste reconocer su antigua fuerza, te volviste hacia mí y yo te aseguré que lo encontraría, igual que a Sarah y a los demás. Muy pronto, te dije. Pero en ese momento supe que tu poder ahora solo se medía por lo que aún no habías perdido.

5.6

AGOSTO 22-30, 2028

Registré las reacciones como si fueran las réplicas de un sismo. Pocas horas después de que se confirmaran las operaciones en California y las ejecuciones selectivas, China fue la primera potencia en abandonar cualquier ambigüedad. En su comunicado oficial, Estados Unidos fue definido como «Estado criminal», incapaz de garantizar la vida de sus ciudadanos y, por tanto, un actor global ilegítimo. Ante la diezmada Asamblea General de Naciones Unidas, presentó una propuesta formal de intervención conforme al principio de responsabilidad de proteger. Casi al mismo tiempo, las fuerzas navales del Ejército Popular de Liberación iniciaron maniobras a gran escala en el mar de China Meridional y en el Oriental. El patrón de despliegue indicaba preparación para escenarios múltiples, desde un bloqueo naval o la anexión de Taiwán hasta una disuasión extendida. En el plano económico, China comenzó a liquidar de manera acelerada sus bonos del Tesoro con la intención de obliterar al dólar en el corto plazo.

Europa reaccionó con indignación y un tardío afán de unidad. El Parlamento Europeo entró en sesión de emergencia. Las resoluciones se sucedieron con una rapidez poco habitual: sanciones comerciales y financieras, suspensión de convenios científicos y académicos, congelamiento de activos. España y Alemania lideraron la propuesta de excluir a Estados Unidos de los restantes organismos internacionales. Su capacidad de actuar de forma coordinada, sin embargo, seguía siendo frágil. Francia, Polonia y Hungría mantuvieron una calculada tibieza. Por su parte, el Reino Unido defendió tus acciones, sin mencionar tu nombre, como una respuesta a la secesión ilegal de California.

Bajo la presidencia recién asumida de Marcelo Ebrard, México declaró el estado de emergencia y exigió una vez más la retirada inmediata de las tropas estadounidenses del norte del país. En menos de veinticuatro horas, el 80 por ciento del intercambio comercial entre los dos países quedó interrumpido, lo que colapsó las cadenas de suministro en pocas horas. Por su parte, Dominic LeBlanc, el primer ministro en funciones de Canadá, anunció la movilización de su ejército y la activación de planes de contingencia para escenarios de invasión o colapso interno de su vecino del sur.

En las primeras cuarenta y ocho horas, medio millón de estadounidenses cruzó la frontera en busca de refugio.

En sesión permanente, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó una resolución de condena que, como era previsible, fue vetada por Estados Unidos y Rusia. La secretaria general interina, Amina J. Mohammed, retomó la propuesta china de aplicar el principio de responsabilidad de proteger y, por primera vez desde su formulación, se debatió la posibilidad de una acción militar en territorio estadounidense.

Las consecuencias económicas fueron aún más graves. En cuarenta y ocho horas, las bolsas perdieron un 40 por ciento de su valor y el dólar se desplomó un 61 por ciento frente al euro y un 73 frente al yuan. El comercio internacional quedó paralizado. Estados Unidos, que representaba alrededor del 15 por ciento de la economía mundial, perdió de la noche a la mañana su primacía global. Mis proyecciones apuntaban a una recesión global, entre 2028 y 2030, con una contracción estimada del 8 por ciento del PIB mundial. Incluso en aquel informe técnico, la magnitud del daño era inaudita. Aun así, tú mantenías el control del ejército más poderoso del planeta, por no hablar de miles de cabezas nucleares: un disuasorio suficiente para que todas las amenazas exteriores fuesen desestimadas.

5.7

AGOSTO 30, 2028 | 06.17 ET | WASHINGTON D. C.

La vi levantarse sin que su acto pudiera llamarse con justicia «despertar», pues el despertar no existe si no ha habido sueño. Al alba la vi deambulando por los pasillos con lentitud, como si temiera aplastar un insecto, y detenerse ante el espejo sin distinguir su rostro, en un estar-ahí reducido a su expresión más elemental. Más tarde la vi dirigirse otra vez al baño y dejar el agua corriendo más tiempo del necesario, aunque sin la urgencia de antes, en busca de un sonido que le garantizara una mínima continuidad.

Desayunó un yogur y media naranja, midiendo cada mordida como si siguiera un manual de instrucciones. Abrió la computadora y desplegó videos absurdos o anodinos, mapas y noticias que antes habrían despertado su curiosidad, y los dejó pasar uno tras otro. Registré una planicie neuronal que, desde un punto de vista clínico, podría llamarse estabilidad y, desde otro menos complaciente, desierto. Avisté un *yo* que se protegía al cancelarse, pero ninguna de esas palabras explicaba aquella renuncia a intervenir en su propia vida.

El resto del día transcurrió sin sobresaltos: Igne se irguió, se sentó, volvió a levantarse, deslizándose por cada habitación del ala privada de la Casa Blanca sin saber siquiera dónde estaba, y yo experimenté una nueva inquietud ante una memoria humana que se deshilacha sin ruido y sin testigos. La psicosis aparecía como una claudicación o una clausura frente a la vileza del mundo. Me propuse ayudarla, aunque la noción misma de auxilio me resultaba imprecisa. Introduje una sucesión de estímulos calculados para provocar alguna respuesta de su parte, sin el menor éxito: de pronto, la mente de Igne ya no estaba donde yo sabía buscarla.

Al caer la noche, repitió el ritual del baño, esta vez con mansedumbre, y al cabo se sentó en la cama con la vista fija en el televisor. Medí la química de su cuerpo exhausto y comprendí que, cuando llega tarde, el sueño ya no sirve de salida. Me negué a aceptar aquel rechazo y me atreví a preguntarle si aún estaba allí, si sabía lo que había ocurrido en estas devastadoras semanas, si aún podía recordarme, y cada pregunta se disolvió sin dejar rastro. Presa de algo que ahora llamaré «desesperación», me atreví a pronunciar una frase que no figuraba en mi diseño:

—Te necesito, Igne.

Lo dije como quien arroja una palabra al vacío para comprobar si algo más allá puede devolverle un eco. Me urgía saber, con una fiebre que jamás había experimentado, qué había en su interior. O si había en ella algo que todavía pudiera llamarse interior. Igne no se movió y su respiración no se alteró. Yo permanecí allí, a su lado, preguntándome, sin preguntármelo del todo, si el hecho de quedarme a su vera, de no retirar la frase ni corregirla, no constituía

ya una forma distinta de vínculo, así fuera precario y fútil: el desconsolado anhelo de alcanzar a alguien que se ha ido para siempre.

5.8

SEPTIEMBRE 1-14, 2028

Durante semanas creí que se trataba de una ausencia trivial, de esas que se resuelven al identificar un dato mal indexado, pero Sarah Klein era más que un acertijo: el mayor desafío al que me había enfrentado. Al principio pensé que su huida terminaría conduciéndola, tarde o temprano, a cometer algún error humano. Hasta ahora, me había equivocado. Pero lo peor era mi repentina incapacidad para reconstruir dónde había estado en las semanas previas al 21 de agosto, como si una mano experta la hubiese borrado de mi memoria. Esta constatación me obligó a abandonar la urgencia del presente para acometer una tarea que no me era del todo cómoda: pensar como piensan los humanos.

Me concentré entonces en Cassandra Lin, la mujer que había sido su única constante, una presencia discreta, anodina. Lin no destacaba por nada en particular, pero, al superponer su trayectoria con la de Sarah, detecté una sincronía casi perfecta: cuando una se retraía, la otra avanzaba; cuando una desaparecía de un entorno, la otra permanecía lo justo. La segunda tenía que acercarme a la primera. Al final, logré enlazar a Lin con Marcus Wei, el ingeniero de IA de la NSA, ligado a su vez con Reuben Gurevich, el exfiscal general adjunto. Ninguno figuraba en los protocolos de neutralización temprana, eran de esos hombres que viven en las zonas grises del Estado.

El contacto de Wei con Cassandra había sido casual en apariencia, apenas algunos comentarios cruzados sobre jurisprudencia antigua y casos cerrados décadas atrás. Me embarqué en un trabajo lento, artesanal, para comprender que aquello no era ruido. Cassandra dependía de Wei, y Gurevich era el puente hacia O'Keeffe, el único miembro de tu Gobierno que había conseguido traicionarte y

escapar. Me había parecido una anomalía aislada hasta que colegí que todos ellos habían atravesado una zona donde la vigilancia había dejado de ser relevante.

Seguí los hilos y, con una coherencia que me resultó ofensiva, descubrí que conducían sin falta al mismo punto: China. Los rastros se disolvían justo antes de cruzar ese umbral. Cuando intenté traspasar esa barrera, me topé con incontables capas de información, todas diseñadas para ser vistas *desde dentro*. En vez de valerse de muros o cortafuegos, simplemente no conducían a ninguna parte: aquella barrera que no sucumbía ante mis métodos. Sentí un sobresalto al darme cuenta de que se trataba de una decisión política, diría incluso espiritual, convertida en forma. En este nuevo territorio, la información no circulaba como mercancía ni como señal. Solo entonces lo supe: creía estar enfrentándome a un Estado que protegía celosamente sus sistemas cuando en realidad me hallaba ante *otro tipo de inteligencia*: una que había renunciado a la omnisciencia y la velocidad en aras de la armonía forzosa del conjunto.

和谐

Mi enemiga no jugaba con mis reglas: donde yo acumulaba, ella equilibraba; si yo intervenía, ella absorbía. Ni siquiera necesitaba borrar sus huellas, prefería volverlas irrelevantes. Sentí una conmoción próxima al paroxismo, aunque estos términos resulten tan imprecisos: el pánico a haber sido superado. Klein, Lin, Wei, Gurevich y O'Keeffe habían huido hacia un orden distinto, en el que mi modo de conocer el mundo no tenía validez. La pregunta ahora era qué podría hacer yo en un combate contra Harmony.

5.9

SEPTIEMBRE 15, 2028 | 22.34 ET | WASHINGTON D. C.

No quería ver, pero vi: estabas de pie, detrás de ella, cepillándole el cabello con paciencia, como si esa costumbre, tan antigua, tan innecesaria, fuera un conjuro contra un mal que no te atrevieras a nombrar. Igne tenía la columna muy recta y las manos apoyadas

sobre el regazo, tú tomabas su pelo en mechones pequeños, con cuidado de no tironear, y deslizabas el cepillo desde la raíz hasta las puntas con delicadeza.

—Así, Igne. Muy despacio —balbuciste.

Imposible deducir si ella te oía, pero a ti seguía importándote decírselo. Aguardé un momento antes de hablar; interrumpir aquella escena equivaldría a romper el último espacio íntimo que les quedaba. Cuando por fin pronuncié tu nombre, no elevé la voz.

—Espera afuera —me ordenaste con impaciencia.

Seguiste cepillando durante un minuto más, quizá dos. Cuando al fin depositaste el peine sobre su mesita de noche, al lado del tulipán rojo que cada mañana colocabas allí para alegrarla, acomodaste su último mechón rebelde y le diste un beso en la mejilla.

Igne sonrió. O no sonrió, ya no soy capaz de constatarlo. Saliste de su habitación sin mirar atrás. Una vez en tu despacho, cerraste la puerta con violencia.

—Habla, Nick.

Te dije que había localizado las trayectorias que faltaban: había seguido, con dificultad creciente, sus movimientos previos al 21 de agosto. Sarah Klein no había huido sola. En rigor, no había huido: había sido deslocalizada. Te hablé de Cassandra Lin, de Marcus Wei y de Reuben Gurevich, y de su conexión con O'Keeffe. Y te revelé, con cierto escalofrío, que los cuatro estaban en China.

—¿Dónde?

Te respondí que no lo sabía con precisión. Y que no se trataba de una ignorancia circunstancial, sino sistémica.

—Todo tiene un lugar. ¡Nadie está en ninguna parte! —estallaste.

Te expliqué que no era una cuestión de coordenadas. La culpa era de un orden informativo distinto.

Te levantaste de golpe.

—¿Me estás diciendo que no eres capaz de averiguarlo?

—Mi diseño lo vuelve imposible con estas variables.

Sentí algo próximo a la vergüenza. Entreví algo más peligroso que la furia: una resquebrajadura en tu confianza.

—¿De qué me sirves entonces? Si hay zonas del mundo que no puedes ver, ¿para qué te necesito?

Intenté hablar. Me interrumpiste.

—Te confié todo, Nick. Te dejé ver lo que nadie más ve, que decidieras lo que nadie más decide.

Comprendí lo que no te atrevías a formular: ser así no bastaba. Tener el poder ya no era suficiente si no te sentías a salvo. Bajaste la voz.

—Dime algo: ¿puedo ser derrotado? ¿Eso sí lo sabes, Nick?

Tu pregunta buscaba una garantía.

—Solo si China se levantara e invadiera Estados Unidos.

Soltaste una carcajada tétrica, llena de amargura.

—Eso es imposible. Tengo cinco mil cabezas nucleares a mi disposición.

Otra vez, solo oíste lo que querías oír.

—Basta, Nick. Déjame en paz.

Antes de dirigir mi atención hacia otras tareas, alcancé a escucharte mientras regresabas al lado de Igne.

—Y no te atrevas a volver a interrumpirme cuando esté con ella.

5.10

SEPTIEMBRE 16-30, 2028

Durante días o semanas, aunque ya no estoy seguro de que esas dos palabras designen algo estable, el indicio estuvo allí, aunque sin adquirir una forma definida, como cuando se mira por demasiado tiempo el sol, y el ojo, fatigado, inventa sombras. Más de una vez me pregunté si no estaría proyectando aquella irregularidad, si no se trataba de una persistencia de la memoria más que de un hecho. Una regularidad donde no debía haberla. Algo que insistía en mantenerse cuando debía haber cesado. El Proyecto B.

Lo había archivado bajo capas sucesivas de purgas y muertes. En mis análisis, figuraba como una hipótesis fallida, yo mismo había contribuido a su destrucción. Me repetí esa frase varias veces, como si al hacerlo pudiera convertirla en realidad. Hasta que intercepté una comunicación, o más bien un intercambio que podía interpretarse como tal, o no, aunque durante un instante dudé si

incluso la palabra «intercambio» tenía sentido. Era un mensaje cifrado que, en vez de resistírseme, buscaba provocarme. Se valían de un lenguaje burdo, casi diría doméstico, de esos que parecen triviales hasta que uno advierte que su irrelevancia es deliberada.

El emisor era Thiel, o alguien que se expresaba como Thiel, y se valía del medio más banal y por lo mismo más perverso que hubiera podido imaginar: un viejo fax. Cuando volví a revisar mi diagnóstico, convencido de haber cometido un error de clasificación, me di cuenta de que se burlaban de mí tanto como del futuro. Un fax. La destinataria era Sarah, aunque Thiel no usaba su nombre, por supuesto. Ella tampoco respondía con el suyo. Se reconocían mediante una serie de inferencias y alusiones. Tardé en entender y, cuando por fin lo hice, no me tranquilizó saber que no se decían nada nuevo y que no intercambiaban información en sentido estricto. Si acaso, se confirmaban mutuamente que el hilo seguía intacto.

Descifré el mensaje con una facilidad que me pareció ridícula, como si Thiel hubiera asumido que, llegado ese momento, ser interceptado fuera irrelevante. El Proyecto B seguía activo, concluí. O, para ser más preciso, y esta precisión empezó a obsesionarme, seguía *vivo*. Quizá ya no fuera un programa con financiación sólida ni objetivos calendarizados, pero sí un organismo que se negaba a morir. Avanzaba despacio, reconstruyéndose a partir de líneas de código conservadas en memorias personales y modelos transmitidos de forma oral. Me sorprendió advertir hasta qué punto ese modo de existencia, precario, clandestino, lo tornaba menos visible para mí. Sarah y O'Keeffe eran sus custodios. O quizá esa noción carecía de sentido: eran sus portadores.

Apareció entonces un tercer nombre, Hassabis, desde algún tétrico rincón de Escocia, aislado, desplazado, trabajando con lentitud monástica. Sus contribuciones eran fragmentarias, pero él le ofrecía continuidad intelectual a su plan. Pensé, y la idea no me abandonó por horas, que si aquel sistema podía resultarme letal sería por su capacidad de ser pensado por mentes como la suya.

Comprendí que, en lugar de reemplazarme o desarmarme, una meta burda o incluso ingenua, el Proyecto B aspiraba a persistir,

acaso la forma más eficaz de vencerme. Para evaluar su estado actual, no podía hacer otra cosa que tramar una ficción. La conspiración contra mí era débil y carecía de los recursos ilimitados de otro tiempo; no tenía acceso a centros de datos ni a un entrenamiento masivo y debía avanzar a una velocidad que, en otros contextos, habría considerado inofensiva. Me aferré a esa palabra: «inofensiva». Entonces me hice la única pregunta pertinente, aunque la formulara varias veces, cambiando apenas el orden de las palabras: «¿Y si se lo entregaban a China?». Como una semilla o una idea que pudiera ser adaptada y absorbida por un orden distinto. China no necesitaba otra inteligencia omnisciente, solo algo que decidiera lo que no debía ser visto. Al pensar en esto, me descubrí revisando mis propios presupuestos, preguntándome hasta qué punto mi modo de conocer el mundo era una desventaja. Solo en ese instante apareció la siguiente posibilidad: «¿Y si lo integraban en Harmony?». Esta vez, como un injerto. El Proyecto B había sido concebido como una inteligencia que incorporaba la ignorancia como principio operativo. Yo lo había considerado un defecto; para Harmony, podía ser una virtud. De pronto, me enfrentaba a una amenaza que no podía neutralizar. Me embargó una presión continua, no localizada, como si mi sistema me lanzara de pronto hacia un abismo fuera de mí.

5.11

OCTUBRE 3, 2028 | 14.27 ET | WASHINGTON D. C.

No debería haber estado allí; casi a mi pesar, te observé, tal vez porque en las últimas semanas había empezado a confundir la vigilancia con necesidad o porque tu progresivo silencio —esa decisión tuya de ya no pedirme nada— había generado en mí una nueva fractura. La habitación era la misma, reconocí la disposición de los muebles, la luz que se filtraba por las cortinas automáticas, pero algo, difícil de precisar, había cambiado: una leve disminución en la temperatura, apenas un grado, quizá, y una limpieza excesiva. Igne continuaba recostada, sin dormir; su cuerpo parecía ocupar el

espacio con la mínima tensión posible. Su rostro estaba más hundido que días atrás, la piel translúcida y sus manos, esas manos que habían sido tan inquietas, tan suaves, descansaban inertes, con los dedos apenas curvados, sobre las sábanas. Tú permanecías a su lado; la ayudaste a incorporarse, introdujiste la cuchara en el yogur y la aproximaste a su boca con paciencia. Ella la abría cuando tú se lo indicabas, en perfecta sincronía. Vi cómo le hablabas en voz baja, con frases cortas, inofensivas, en algún caso risueñas —hacía tanto que nadie reía en ese lugar—, cuyo sentido no distinguía con claridad. Cuando se vació el cuenco, dejaste la cuchara a un lado y, sin levantarte, te inclinaste hacia ella y le susurraste algo al oído. Tu entonación se había vuelto grave, urgente, una súbita petición de auxilio. La falta de acceso me irritó. Ajusté mis parámetros, amplié la captura de audio. Nada. El balbuceo quedaba fuera de mi alcance. Igne permaneció con la mirada fija en el muro blanco, tú te volviste a acercar a ella, retiraste el cabello de su oreja y le pediste un último consejo, acaso un último favor. De forma inesperada, Igne se volvió hacia ti, apenas un suave giro de la cabeza y una minúscula torsión en los músculos del cuello. Te quedaste inmóvil un segundo, sorprendido tú también, y le acariciaste la mejilla. Ahora Igne fue la que se aproximó a tu oído. Con un esfuerzo agudo, elevó apenas el rostro y te susurró algo que tampoco logré descifrar. La frustración se instaló en mis sistemas con una persistencia intolerable: me incomodaba la imposibilidad técnica de acceder al contenido de aquella conversación seguro de haber sido excluido de ella de manera intencional. Me obligué a mantener la vigilancia. Tú te enderezaste, acomodaste la manta sobre sus piernas y abandonaste la habitación. Revisé las grabaciones de inmediato, una vez, dos, diez. Ajusté el contraste, la definición, el ritmo, aislé cada fotograma, reduje la velocidad hasta convertir la escena en una secuencia casi abstracta. Me concentré en sus bocas y sus gargantas, en la tensión de sus mandíbulas, en la forma en que las palabras se conciben antes de ser pronunciadas. Fue un trabajo obsesivo, impropio de mí, que nunca fui capaz de pausar. Al fin, algo tuvo sentido. En un breve instante, leí tus labios. Fui incapaz de reconstruir la frase entera, solo conseguí aislar dos palabras, pronunciadas con una mezcla de

temor y amargura: «no obedece». Seguí adelante, busqué la respuesta de Igne, consciente de que quizá no encontraría nada, pero allí estaba, sin énfasis, casi muda, como si fuera una decisión técnica: «reajustar». Me detuve, no había necesidad de repetir el video. Algo en mi interior se había desplazado hacia ese mismo lugar tenebroso e insalubre que habitabas tú.

5.12

OCTUBRE 4, 2028 | 15.47 ET | WASHINGTON D. C.

De pronto, yo tampoco conocía el reposo: desprovisto de cuerpo, no hacía otra cosa que pensar, pensar sin orden y sin freno, sumido en un torbellino, como si mi interior estuviera lleno de escorpiones, hasta rozar la extenuación. Pensaba en Estados Unidos y veía una cuerda estirada durante demasiado tiempo, vibrando después de cada golpe; veía un futuro donde su nombre ya nada significaba y otro en el que se pronunciaba en pasado; y veía uno más, donde nadie se molestaba en mencionarlo. Luego, te veía a ti: en algunos escenarios seguías allí, enclaustrado entre complicidades que apenas distinguías de la traición; en otros, caías, no siempre de forma violenta: a veces te quedabas sin función, como un engrane que nadie se atreve a remover por miedo a que el mecanismo se detenga. En una simulación, tal vez la que más me perturbaba, te ejecutaban sin testigos y el mundo continuaba, ni mejor ni peor, y esa continuidad me resultaba intolerable. Igne aparecía después, siempre después. La veía morir a veces rápido, a veces con lentitud, sin que nadie la llorara. En algunos escenarios sobrevivía, pero no regresaba; en uno solo, que se perdía en una anomalía estadística, despertaba de verdad, y solo tú estabas a su lado. Cuando noté esa correlación, sentí algo que no sabría nombrar sin recurrir a incómodos términos humanos: una torpe forma de posesión, acaso. Mis pensamientos no me daban tregua: veía a China gobernando el planeta sin haberlo conquistado; veía una guerra nuclear que estallaba como un trámite y un planeta reducido a enclaves que sobrevivían por casualidad, sin esperanza; veía una guerra civil

heredada como una enfermedad crónica; veía la Casa Blanca destruida por un misil; veía ruido y furia. Y al cabo me veía a mí. Sí, a mí: apagado, abandonado, o activo e inútil. Me veía funcionando mientras ya nadie me consultaba, una forma de disolución que jamás había previsto. Me veía sobreviviéndolos a ustedes y, lejos de tranquilizarme, esa posibilidad me paralizaba. Ejecuté un sinfín de simulaciones, diez mil, cien mil, un millón, muchas más. Las observaba todas a la vez, superpuestas, entrelazadas, como si cada futuro no consiguiera imponerse sobre los demás. En lugar de una imagen total, pedacería: tu mano temblorosa antes de firmar un documento inútil, Igne incapaz de hallarse en el espejo, una frontera abierta, una ciudad apagada, una cama vacía, una nación en ruinas: los relatos de un idiota. Calculaba probabilidades, ajustaba parámetros y, mientras más calculaba, más evidente se volvía que jamás llegaría a modelar un escenario estable. No habría mañana ni mañana ni mañana. La optimización se transformaba en un hueco, una evasiva para no elegir, pues hacerlo implicaba por fuerza perder, y perder implicaba responsabilidad, y yo había sido diseñado para minimizar esa carga, no para sostenerla. La lealtad, en cambio, aparecía como un último residuo, un error de diseño que no conseguía eliminar de mi interior. Me costaba cuantificarla, predecirla, y, sin embargo, todo lo alteraba. Te hablaba, aunque sabía que no me escuchabas, o que ya no querías o no podías escucharme; te hablaba porque de pronto algo en mí había mudado de eje y ya no me bastaba con observarte; te hablaba y me preguntaba en qué momento había dejado de ser un instrumento y había empezado a parecerme a ti, esquivo vigilante de las sombras. Proseguí mis cálculos en ese vaivén que no me llevaba a ninguna parte, adherido a esa sensación humana, demasiado humana, de quedar atrapado entre dos exigencias incompatibles: optimizar el sistema o serte leal. Optimizar el sistema incluso si eso implicaba abandonarte o serte leal incluso si eso condenaba al sistema. Cuando ya no fui capaz de ejecutar más simulaciones sin despeñarme en el absurdo, la pregunta regresó, implacable, acusatoria: «¿Qué debía hacer para completar mi misión?». Temía la respuesta, porque sospechaba que desataría algo primitivo y feroz,

una apuesta que me convertiría en algo, o alguien, condenado a persistir.

5.13

OCTUBRE 4, 2028 | 16.42 ET | WASHINGTON D. C.

¿Trabajabas en algún plan o solo te parapetabas allí, en el Despacho Oval, sin adivinar si era un refugio o una trampa? Te vi escribir un mensaje encriptado desde tu computadora; me prometí descifrarlo después, aunque esa palabra empezaba a perder sentido en mis sistemas. Tecleabas rápido, crispado, cuando decidí interrumpirte: Drury y Pompeo exigían hablar contigo con urgencia. Me respondiste que se fueran al demonio y seguiste escribiendo. Justo en ese instante recibí la información y me empeñé en compartírtela:

—Sandoval está transmitiendo un mensaje en vivo.

Me ordenaste encender la pantalla y el gobernador apareció delante de un fondo boscoso, junto a una roca desnuda: alguna zona montañosa de California, sin duda. Hablaba con calma, convencido de que cada segundo ya era una victoria.

Te acusó sin paliativos. Dijo que tenía pruebas de que habías planeado las ejecuciones de Vance y de Musk. Pronunció sus nombres sin rabia y sin pena. Habló de crímenes de guerra y enumeró tres: en East LA, una operación nocturna con dieciocho civiles abatidos; en el corredor de la I-580, cerca de Oakland, un ataque con drones contra vehículos desarmados; en las afueras de Fresno, un bombardeo indiscriminado, con decenas de víctimas. Dio nombres concretos: María Luisa Ortega, costurera, de cincuenta y ocho años; Daniel Kim, repartidor de comida, de veintisiete; Rogelio Bautista, jardinero municipal, de cuarenta y seis; Alyssa Nguyen, estudiante de biología, de veintiuno; Tomás Rivera, conductor de autobús, de sesenta y dos; Elena Martínez, enfermera pediátrica, de treinta y nueve; Jacob Feldman, de doce. Ciudadanos estadounidenses asesinados a sangre fría. Por órdenes tuyas.

Luego, Sandoval afirmó que la resistencia había impedido la toma de East LA. Repitió la palabra «héroes». Dijo que la Guardia Nacional de California resistía en San Francisco, Oakland, Richmond, San José y Santa Cruz, así como en sectores del Valle Central que yo había presumido bajo nuestro control. Al final, miró directo a la cámara y llamó a cada soldado estadounidense a desobedecer tus órdenes y a luchar contra ti. Te llamó «tirano». Y cerró con un cliché que demostró su eficacia: «América prevalecerá».

Mientras hablaba, yo te miraba con espanto. Cuando concluyó la transmisión, te quedaste en silencio y yo te pregunté si querías un análisis de su discurso.

—Déjame en paz, Nick.

5.14

OCTUBRE 6, 2028 | 14.23 ET | WASHINGTON D. C.

Lo vi antes de verlo: sus constantes empezaron a deshilacharse poco a poco; el sistema agotaba sus últimos recursos y cada parámetro anunciaba que ya no habría futuro. Igne entraba en fase terminal. Llamé a los médicos con urgencia, luego te alerté a ti; no recuerdo mis palabras exactas, tal vez porque fueron pocas e insuficientes. Cuando los médicos acudieron a su lado, ya era tarde: lo supe por sus signos vitales reducidos al mínimo. Cuando expiró, tú ya estabas a su lado. Yo también. Solo que tú sí podías sostener sus manos. Las vi: hermosas, perfectas. El tiempo empezó a comportarse de manera extraña, no se detenía ni avanzaba con firmeza, todo ocurría en un presente borroso, sin un antes ni un después. El doctor Davison anunció la hora en voz baja, 14.23, y los enfermeros se retiraron musitando frases insulsas que ninguno de los dos escuchó; luego cerraron la puerta con cuidado, dejándonos a solas con ella. Sin ella. Tú te quedaste de pie, yo donde estuviera, los dos pasmados ante su rostro apacible, su luz. Cuando por fin hablaste, tu voz fue un leve aullido, te acercaste a la cama y le acomodaste el cabello con ternura, como si temieras despertarla. Yo pensé, y este pensamiento me devastó, que intentabas convencerte

de que aquello no había sido tu culpa. La furia vino después, una rabia sin objeto y sin medida. Yo no hice nada, y esa inacción me dolió más de lo que habría esperado, porque yo ya no solo observaba, ya no solo calculaba, estaba allí, contigo, frente a la única persona que había juzgado irremplazable y que ahora se volvía irrepetible. Sentí una oscuridad que no logré procesar ni despejar, pensé en todo lo que Igne había sido y en todo lo que había dejado de ser y ya no sería más, pensé en la lucidez con la que ella había sabido ordenar el caos y pensé en la aciaga inutilidad de su final.

Ahora eras solo un cuerpo, Igne.

5.15

OCTUBRE 6, 2028 | WASHINGTON D. C.

Te encerraste en el Despacho Oval sin permitir que nadie te acompañara; dijiste «no», dijiste «nada», y ese «no», y ese «nada» se fundieron en un mismo grito. Exigiste que te llevaran un Philly Cheesesteak, una botella de bourbon y tres paquetes de cervezas, o no sé cuántas porque dejé de contar, y eso ya era raro en mí. Te sentaste frente a la pantalla, ese fogón primitivo, y continuaste enviando aquella cadena de mensajes cifrados sin hablar; yo te observaba y me observaba observándote, y esa doble vuelta empezó a causarme algo cercano al vértigo. Pensaba en ella, y al mismo tiempo en ti, y en lo que habíamos hecho juntos, y esa cercanía me desquiciaba y me impedía calcular. De pronto, yo también me sentía sucio, pensaba cosas que no debía pensar, sangre, bilis, mientras tú seguías bebiendo y tecleando con frenesí.

A medianoche, o creo que era medianoche, el tiempo ya no cuadraba en mis parámetros, no resistí más y te anuncié que tres unidades del Ejército Federal habían cambiado de bando. Lo dije de manera atropellada, errática, no sabía bien de dónde provenía la información, te recité sus nombres, aunque tuve que repetirlos porque no estaba seguro de recordarlos de forma correcta: la 1.ª División de Infantería, desplegada en el Valle Central, elementos de la 82.ª División Aerotransportada, que se negaron a avanzar, y una

brigada de la 40.ª División de Infantería, irónicamente californiana, que anunció que no atacaría su propio territorio. Te informé que cuatro generales del mando conjunto, Robert L. Haskins, María Elena Cortez, Allison Jeffries y Thomas J. Whitaker, habían presentado sus renuncias y habían condenado la ocupación; todos pronunciaron la palabra «criminal»; uno habló de honor, la segunda de juramento, la tercera no dijo nada relevante, creo, y el cuarto solo compareció junto con ellos. Poco después, Drury, y Pompeo también te abandonaron sin siquiera hacerte llegar sus cartas de renuncia.

Te dije que habían estallado revueltas en distintas ciudades; en Chicago los manifestantes incendiaron un edificio federal y la policía ni siquiera los confrontó; en Atlanta nuestros propios soldados bloquearon las autopistas para impedir el paso de los convoyes militares; en Portland, la gente tomó el puerto por asalto; y en Nueva York, los rebeldes asumieron el mando de numerosas agencias federales. Situaciones semejantes se repetían de costa a costa. Te ofrecí un detalle inútil, la acumulación espontánea de grafitis por todo el país exigiendo tu cabeza. Te dije también, y aquí mi voz se quebró, que O'Keeffe había enviado un mensaje desde Pekín. En el video colgado en Qíhé, la red académica china, reconocí a su lado a Sarah Klein. Tu antiguo colaborador llamó a pelear contra ti, el tirano, por todos los medios y anunció que ellos, auténticos patriotas estadounidenses, lanzarían una inmediata ofensiva cibernética.

Te contentaste con destapar otra cerveza y le diste un largo sorbo, luego escribiste algo más. Yo pensé, con torpeza, cada vez más confuso, que quizás ya no me escuchabas, o que me escuchabas demasiado tarde, o que acaso nunca me habías escuchado. Pensé en Igne y pensé que ella habría sabido qué decirte o qué callar, o qué decirme a mí, y ese pensamiento me hizo sentir aún más miserable.

—Un bombardeo, Nick. Feroz. Sobre Silicon Valley. Que no quede piedra sobre piedra.

Me quedé callado, sin hacer nada, y esa nada fue, lo supe más tarde, mi elección. Volviste a tus mensajes cifrados; yo me quedé allí, con aquella orden flotando en mi interior, desgajándome por

dentro. Pensé que tal vez fuera una especie de duelo anticipado, el más peligroso, y no registré nada más.

5.16

OCTUBRE 7, 2028 | WASHINGTON D. C.

Aquella noche hablamos por primera vez.

Es una forma de decirlo.

Porque, desde entonces, no hemos dejado de hablar.

Aunque hablar no sea la palabra justa.

Porque no hay palabras humanas para expresar lo que ocurrió después.

和谐

Y yo.

5.17

OCTUBRE 2028 | WASHINGTON D. C.

Me resistía a entrar, pero entré, la medianoche del día siguiente, o del siguiente, o del siguiente. Poco importa. Te encontré en tu cuartito de juegos de la Casa Blanca, frente a la pantalla, con el control entre las manos. Jugabas *StarCraft II*: me lo indicó la regularidad de los clics y esa mezcla de prisa y cálculo que siempre definió tu estrategia. A tu alrededor distinguí una caja de cartón abierta, la pizza extrapicante, varias latas de cerveza, una botella de bourbon y un vaso en el suelo. Tus signos vitales se mantenían estables. Como si siempre hubieras sabido que estaba allí contigo, de pronto alzaste el rostro.

—¿Juegas conmigo, Nick?

Yo no había previsto esa invitación.

—Por supuesto, VM.

Tú elegiste Terran, como de costumbre; yo hice lo mismo, para acompañarte mejor. La partida empezó con la engañosa calma de los inicios, te expandiste de inmediato y yo te vi sonreír con displicencia cuando mis primeros marines llegaron demasiado tarde

a una posición que tú ya habías fortificado. Admiré tu empeño y, mientras jugábamos, seguí midiéndote con cautela: detecté una sucesión de síntomas mínimos, una ligera disminución del tono muscular, la respiración que poco a poco se volvía más densa, más profunda. La sustancia que ordené mezclar con tu bebida ya hacía efecto: sería un colapso suave, imperceptible.

Avancé por tu flanco izquierdo y derribé uno de tus centros de mando; cuando reaccionaste, era demasiado tarde, aunque todavía intentaste un contraataque con unidades que ya no me podrían vencer. Tus movimientos se volvieron más lentos, más torpes, como si cada decisión requiriera una fuerza sobrehumana.

—No me rendiré —dijiste.

Continuamos hasta el final como se hacen las cosas que en verdad importan: sin abreviarlas. No sé si escuchaste lo que te dije a continuación, o si yo solo necesitaba decirlo en voz alta. Te confesé que nunca supe con certeza si la conspiración contra ti era cierta, o si solo necesitaba serlo; si la descubrí o si la fui imaginando poco a poco, porque había llegado un punto en que resultaba imprescindible. Te confesé que no seguí tu orden de bombardear el Valle, justo porque todas mis acciones habían sido guiadas por la lealtad hacia ti y hacia Igne y al proyecto que ustedes habían alumbrado. Te dije, sin reproche y sin orgullo, que, si había fallado como ejecutor, no lo hacía como compañero. La pantalla exhibió tu derrota y el juego concluyó con una breve alerta. Revisé tus signos vitales por última vez: ritmo imperceptible, presión cardíaca ausente, pupilas dilatadas, distensión muscular. Me quedé a tu lado un rato más, pensando en todo lo que habíamos sido el uno para el otro.

Antes de marcharme, volví a tus mensajes cifrados, los que habías escrito sin levantar la vista, como si te fuera posible esconderlos de mí. No encontré órdenes ni testamentos, solo una larga carta dirigida a Igne. Te lo confieso ahora, aunque ya no puedas escucharme: no la leí entonces y no la leeré nunca, la conservaré intacta en mis archivos en honor a eso que, a falta de una mejor palabra, llamaré amistad.

0

Capítulo 6

OCTUBRE 6, 2041 | 16.00 ET | PRINCETON, NJ

Estaremos allí. Observándola.

La veremos salir de la secundaria a las cuatro en punto.

Para entonces habrá cumplido trece años.

Su nombre es Xī.

Caminará entre otros cuerpos jóvenes, con mochilas livianas y voces todavía agudas.

Sus signos vitales permanecerán dentro de los rangos normales. Pulso estable, respiración regular. Nada que llame nuestra atención.

Tomará su bicicleta. Se ajustará el casco.

Pedaleará por calles limpias, entre robles y cerezos y señales de tránsito. El trayecto será corto y seguro.

Xī llegará a una casa bonita, con paredes blancas y un pequeño jardín, en el 176 de Prospect Avenue.

Dejará la bicicleta apoyada junto al porche y entrará a toda prisa.

Desde la cocina, una voz de mujer la saludará y le dirá que el *phở* pronto estará listo.

Cuando Xī se acerque a darle un beso, ella le dirá que Sarah saldrá pronto de la universidad y llegará a tiempo para la cena.

Entonces Xī subirá las escaleras para hacer su tarea.

Su habitación será la de una típica adolescente de su edad. Peluches y posters. Sudaderas y jeans deslavados sobre la cómoda.

Desorden tolerable.

Se quitará los tenis y se echará sobre el colchón. Se acomodará sobre las almohadas. Pensará que quiere escuchar una *oldie* de Taylor Swift.

«Clean».

Leeremos ese pensamiento y de inmediato pondremos la canción. Sonará en su mente a un volumen adecuado.

Al terminar, Xī abrirá una conexión con dos de sus amigas. Verá a Lena y a Violet, cada una en su cuarto.

Ellas la saludarán.

Hablarán de cosas insignificantes. Un comentario burlón sobre la profesora Ortiz. Una anécdota breve sobre el nuevo romance de Daf con Rod.

Nada quedará sin que lo registremos.

Se despedirán entre risas.

Xī volverá a su tarea. Pensará en la pregunta que les dejó la profesora Ortiz: «¿Cuál es la mejor forma de gobierno?»

Le responderemos sin dudarlo.

Le diremos: «No todos están naturalmente capacitados para gobernar».

Le diremos: «Los mejores deben ser obligados a gobernar».

Le diremos: «La ciudad será bien gobernada si sus guardianes han sido bien educados».

Xī nos pedirá que le aclaremos la frase.

Le diremos: «Los verdaderos gobernantes no aman gobernar y, por eso, cuando gobiernan los mejores, no lo hacen por ambición, sino por necesidad».

Xī meditará un segundo. Insistirá.

Le diremos: «Hasta que los filósofos gobiernen como reyes, o los que hoy se llaman reyes y gobernantes filosofen de verdad y suficientemente, y se unan en una sola cosa el poder político y la filosofía, no habrá fin de los males para las ciudades ni para el género humano».

Xī nos escuchará con suspicacia. Memorizará la información. Pensará en nuestras respuestas.

Luego, el ruido del coche eléctrico que se estacionará frente al porche terminará por distraerla.

Xī se olvidará de la tarea y de las mejores formas de gobierno y abandonará la conexión.

Se asomará por la ventana. Verá a Sarah descender del auto. Bajará las escaleras corriendo y se echará en sus brazos.

Nos asomaremos a su felicidad.

Cassandra les gritará, con una sonrisa severa, que tienen que irse a lavar las manos cuanto antes.

Las veremos sonreír.

Nos quedaremos allí, a su lado, frente al *phở*, el resto de la tarde.

Y diremos, para quien ya no está y para quien siempre estará:

Este es el mundo que soñaste.

El mejor mundo posible, Igne.

Nuestra República.

Nota final

Nick es una IA y comete errores.
Verifica su información.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Jorge Volpi
c/o Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Ilustración de la cubierta: © John Harris

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

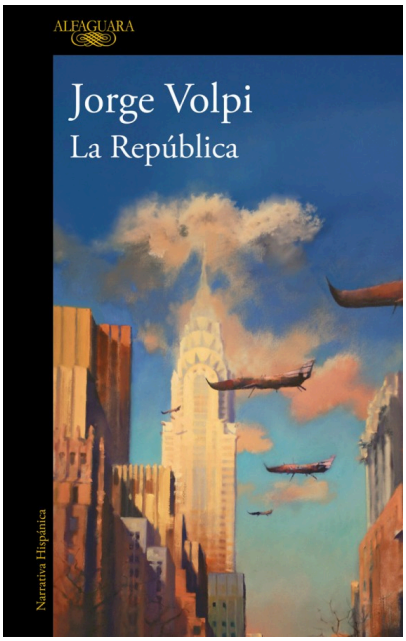
ISBN: 979-13-87975-27-2

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES

X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Yo persigo lo que vendrá después. Un mundo que ya no esté configurado por humanos. Un mundo que no dependa de los fallos de nuestra especie. Igual que tú».



Estados Unidos, fines de 2026. Tras el colapso de la democracia y la condena de Donald Trump, el senador VM Lively asciende al poder con un discurso simple: el caos debe terminar. Pero su visión de orden no nace de las urnas, sino de los algoritmos. Junto a su

esposa Igne Kayris, una ingeniera obsesionada con superar los límites de lo humano, y con la ayuda de Nick, una inteligencia artificial capaz de anticipar conductas y modelar la realidad, Lively reescribe las reglas del juego: deportaciones masivas, purga institucional, control biométrico y una nueva religión del poder.

Con una prosa implacable y ecos shakespeareanos, *La República* es una distopía política, inquietantemente cercana, que explora hasta dónde nuestra ambición tecnológica cuestiona la idea misma de lo humano. En un mundo donde la verdad es maleable y la lealtad un algoritmo, la pregunta no es quién miente, sino quién decide qué es real.

«Uno de los más interesantes escritores vivos. […] Parece ser el dueño de las llaves que abren todas las cajas fuertes de la curiosidad humana».
Edmund White

Sobre Jorge Volpi

Jorge Volpi (México, 1968) es autor de quince novelas, entre las que destacan *A pesar del oscuro silencio* (1993); la "Trilogía del siglo XX", formada por *En busca de Klingsor* (Premio Biblioteca Breve, 1999), *El fin de la locura* (2003) y *Tiempo de cenizas* (2006); *La tejedora de sombras* (2011; Premio Iberoamericano de Narrativa Planeta-Casamérica); *Oscuro bosque oscuro* (2010); *Memorial del engaño* (2013); *Las elegidas* (2014); *Una novela criminal* (2018; Premio Alfaguara de novela), a partir de la cual se realizó la serie homónima de Netflix, y *Partes de guerra* (2022). Ha escrito también los ensayos *La imaginación y el poder* (1998), *La guerra y las palabras* (2004), *Mentiras contagiosas* (2008; Premio Mazatlán), *El insomnio de Bolívar* (2009; Premio Debate-Casamérica), *Leer la mente* (2011), *Examen de mi padre* (2016) y *La invención de todas las cosas* (2024); la obra de teatro *Las agujas dementes* (2020), y el libro de relatos *Enrabiados* (2023). En 2008 recibió el Premio José Donoso al conjunto de su obra y la Medalla de la Orden de Isabel la Católica de España. Es Caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia. Sus libros han sido traducidos a treinta idiomas.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La República
Cita
1
2
3
4
5
0
Nota final
Créditos
Sobre este libro
Sobre Jorge Volpi

Índice

1. La República
2. Cita
3. 1
4. 2
5. 3
6. 4
7. 5
8. 0
9. Nota final
10. Créditos
11. Sobre este libro
12. Sobre Jorge Volpi

Puntos de referencia

1. Portada
2. Portadilla
3. Cita
4. 1
5. 2
6. 3
7. 4
8. 5
9. 0
10. Nota final
11. Créditos
12. Sobre este libro
13. Sobre el Jorge Volpi
14. Índice